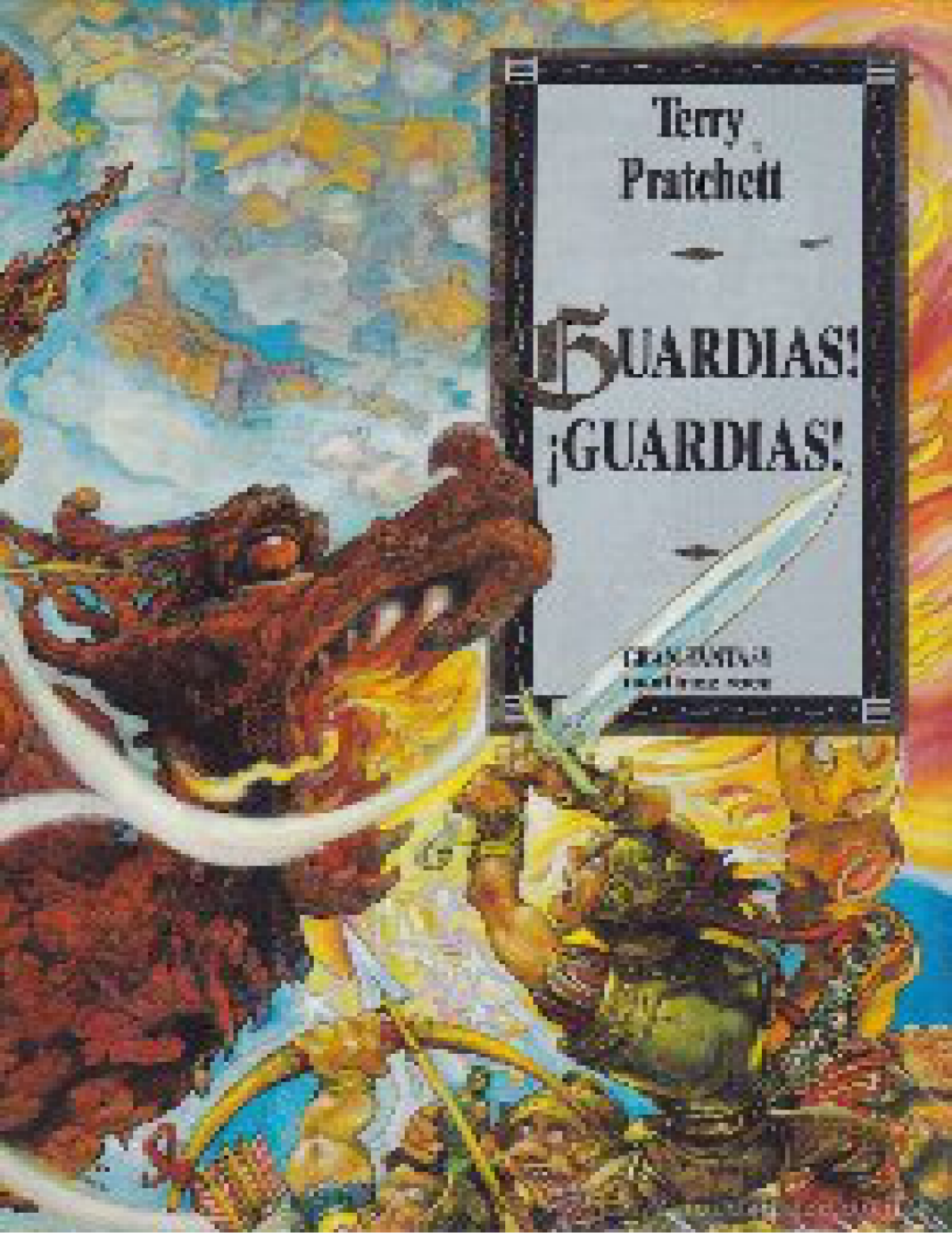
Terry
Pratchett
¡GUARDIAS!
¡GUARDIAS!

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

En esta nueva e hilarante entrega de *Mundodisco*, Terry Pratchett nos presenta a un nuevo grupo de personajes que viven en Ankh-Morpork. Bueno, viven..., digamos que moran o habitan, que ya se sabe que en Ankh-Morpork el único que vive es el patricio… La guardia (turno de noche) está formada por un grupo de hombres rudos, con alguna debilidad de carácter, de acuerdo, que se entregan con aplomo a su trabajo y hacen frente sin temor a un cúmulo de situaciones peligrosas.

Pese a algunos contratiempos, los miembros de la guardia (turno de noche) se las venían apañando para mantener la ley y el orden… Hasta que empezaron los problemas… Varios a la vez.

El primero, de carácter interno, lo constituyó la llegada del joven Zanahoria. Había algo muy extraño en ese chico, y no era sólo su estatura o el hecho de que se hubiese ofrecido voluntario… Tenía una extraña fijación con las ordenanzas, y no sólo parecía sabérselas de memoria sino que se empeñaba en hacerlas cumplir al pie de la letra. Así, un buen día detiene al ilustre presidente del Gremio de Ladrones acusándole de ser, eso, el presidente del Gremio de Ladrones…

Por si fuera poco, Ankh-Morpork empieza a sufrir los ataques de un dragón que nadie sabe de dónde puede haber salido, pues esos feroces e inteligentes animales se creían extinguidos desde hacía muchísimo tiempo. (No, la variedad doméstica de dragones del pantano no puede tenerse en cuenta aquí.) Lo peor del caso es que no parece haber ningún héroe a mano que pueda encargarse del dragón, y ¿a quién le va a tocar hacerse cargo de la situación…?

- Terry Pratchett
  - Dedicatoria
  -
- notes
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
  - 11

- ○ 12
- ○ 13
- ○ 14
- ○ 15
- ○ 16
- ○ 17
- ○ 18
- ○ 19
- ○ 20
- ○ 21
- ○ 22

Terry Pratchett
¡Guardias! ¿Guardias?

Dedicatoria

Puede que los llamen «La Guardia de Palacio», o «La Guardia de la Ciudad» o «La Patrulla». Sea cual sea el nombre, su función en cualquier obra de fantasía heroica es siempre la misma: más o menos a la altura del capítulo Tres (o a los diez minutos de empezar la película) entran a saco en una habitación, van atacando al héroe de uno en uno, y mueren por orden. Nadie les pregunta nunca si es eso lo que quieren hacer.

Este libro lo dedico a esos abnegados hombres.

Y también a Mike Harrison, Mary Gentle, Neil Gaiman y a todos los demás que me ayudaron o se rieron con mi idea del Espacio-B; lástima que ninguno seamos licenciados en física…

Aquí es a donde fueron a parar los dragones.

Aquí yacen…

No están muertos, no están dormidos. No aguardan, porque el hecho de aguardar implica una cierta expectación. Posiblemente la palabra más adecuada sea…

… latentes.

Y aunque el espacio que ocupan no es como el espacio normal, están muy apretados. No hay ni un centímetro cúbico que no esté ocupado por una garra, una /.arpa, una escama o la punta de una cola, de manera que la sensación que da es como en esos dibujos engañosos, hasta que por fin los ojos comprenden que el espacio que hay entre dragones es, de hecho, otro dragón.

Podrían recordar a una lata de sardinas, si uno imaginara sardinas enormes, con garras, orgullosas y arrogantes.

Y probablemente, en algún lugar, estará la llave.

En otro espacio completamente diferente, la madrugada envolvía Ankh-Morpork, la más antigua, grande y sucia de las ciudades. Una lluvia fina caía del cielo plomizo y perforaba las nieblas del río que serpenteaban entre las calles. Las ratas de diferentes especies se dedicaban a sus ocupaciones nocturnas: cobijados en la capa oscura de la noche, los asesinos asesinaban, los asaltantes asaltaban y las busconas buscaban. Etcétera, etcétera.

Ebrio, el capitán Vimes, de la Guardia Nocturna, se tambaleó calle abajo, se dejó caer suavemente en el canalón junto a la Casa de la Guardia y se quedó allí tendido, mientras sobre él unas extrañas letras hechas de luz chisporroteaban con la humedad, y cambiaban de color…

La ciudad era una…, una…, una cosa de ésas. Una mujer. Eso, una mujer. Una mujer vieja y eso. Te seducía, te dejaba que te eso, que te enamoraras, y luego te daba una buena patada en eso, en…, en la… cosa con d… en la dengua…, no, en los dientes. Eso, eso es lo que

hacía la muy…, la muy animal…, ya sabes, la mujer del bicho ese…, la zorra. Y entonces la odiabas, y justo cuando pensabas que ya la tenías en un…, en un…, bueno, en un ése…, te abría su enorme corazón podrido y te cogía de impra… impre… improviso. Eso. Nunca sabías a qué atentarte…, atontarte…, atenerte. Lo único que sabías era que no podías soltarla. Porque era tuya, tuya hasta la última alcantarilla…

La húmeda oscuridad envolvía los venerables edificios de la Universidad Invisible, la principal escuela de magia. No había más luz que un tenue parpadeo octarino en las pequeñas ventanas del nuevo edificio de Magia de Alto Voltaje, donde los cerebros más experimentados estaban estudiando el tejido mismo del universo, tanto si le gustaba como si no.

Y claro, también había luz en la biblioteca.

La biblioteca contenía la mayor colección de libros sobre magia de todo el multiverso. Miles de volúmenes de sabiduría ocultista combaban los estantes.

Se decía que, como una gran cantidad de magia puede distorsionar seriamente el mundo cotidiano, la biblioteca no obedecía las normas habituales de espacio y tiempo. Se decía que era infinita. Se decía que uno podía vagar días y días entre las estanterías más lejanas, que había tribus de estudiantes e investigadores perdidos, que en algunas zonas habitaban cosas extrañas, perseguidas por otras cosas aún más extrañas[1].

Los estudiantes inteligentes que se aventuraban a buscar algún libro alejado dejaban marcas de tiza en los estantes a medida que se adentraban en la oscuridad, y encargaban a sus amigos que los buscaran si no habían regresado para la hora de cenar.

Además, como la magia sólo se puede confinar hasta cierto punto, los libros de la biblioteca eran algo más que pulpa de madera en forma de papel.

Sus lomos chisporroteaban con energía mágica, controlada sólo por los hilos de cobre que colgaban de cada estantería a modo de toma de tierra. Unos leves rastros de fuego azul recorrían los volúmenes, y se oía un sonido, un susurro como de papel, como si hubiera una colonia de estorninos anidando entre ellos. En el silencio de la noche, los libros charlaban entre ellos.

También se oían ronquidos.

La luz procedente de las estanterías no iluminaba la oscuridad, sino más bien la subrayaba, pero el parpadeo violáceo habría bastado para que cualquiera que pasara por allí localizara un viejo escritorio destartalado, bajo la cúpula principal.

Los ronquidos provenían de debajo de él, donde una manta

desastrada apenas cubría lo que parecía un montón de sacos de arena, pero eran de hecho un orangután macho adulto. Era el bibliotecario.

Ya quedaba poca gente que mencionara el hecho de que se trataba de un simio. El cambio lo había provocado un accidente mágico, cosa que siempre es un riesgo calculado cuando uno se encuentra en compañía de tantos libros poderosos. Pero se lo había tomado bastante bien. Al fin y al cabo, conservaba su forma en lo básico. Y le habían permitido que siguiera con su trabajo, que por cierto se le daba bastante bien, aunque la palabra «permitido» no era la más apropiada. Era mas bien por su manera de doblar hacia arriba el labio superior para dejar al descubierto más dientes increíblemente amarillos de los que había en cualquier boca que hubiera visto el Consejo de la Universidad. Por eso el tema nunca se había tratado de manera oficial.

Pero ahora había otro sonido, el sonido extraño de una puerta al abrirse. Unos pasos resonaron por el sucio y se perdieron entre las estanterías abarrotadas. Los libros crepitaron indignados ante la intromisión, y algunos de los grimorios más grandes sacudieron sus cadenas.

El bibliotecario siguió durmiendo, arrullado por el susurro de la lluvia.

Al abrigo de su canalón, el capitán Vimes de la Guardia Nocturna abrió la boca y empezó a cantar.

Una figura envuelta en una capa negra recorría las calles nocturnas, pasando de portal a portal para ocultarse, hasta llegar a un portalón sombrío. Ningún portalon puede llegar a ser tan sombrío sin esfuerzo. Parecía tomo si el arquitecto hubiera recibido instrucciones concretas. Queremos algo escalofriante en roble oscuro, le debían de haber dicho. Así que pon una gárgola bien desagradable sobre el arco, que al cerrarse suene como la patada de un gigante…, en fin, que quede bien claro para cualquiera que la vea que no es una de esas puertas cuyos timbres hacen «ding-dong».

La figura dio una serie de golpecitos a un complicado ritmo en la madera oscura. Se abrió una pequeña mirilla protegida por barrotes, y un ojo suspicaz escudriñó el exterior.

—El búho sensato ulula a medianoche —dijo el visitante, tratando de sacudirse la lluvia de la capa.

—Pero muchos señores grises contemplan con tristeza a los hombres sin amo —entonó la voz al otro lado de la rejilla.

—Hurra, hurra por la hija de la hermana de la soltera —replicó la figura empapada.

—Para el verdugo, todos tenemos la misma altura.

—Sí, sin duda la rosa está dentro de la espina.

—La buena madre prepara sopa de verduras para su hijo descarriado —siguió la voz tras la puerta.

Hubo una pausa durante la cual sólo se oyó el sonido de la lluvia.

—¿Qué? —preguntó al final el recién llegado.

—La buena madre prepara sopa de verduras para su hijo descarriado.

Otra pausa, esta vez más larga.

—¿Estás seguro de que la torre mal construida no tiembla al paso de la mariposa? —insistió la figura empapada.

—Qué va. Es la sopa de verduras. Lo siento. La lluvia seguía cayendo despiadada sobre el embarazoso silencio.

—¿Y la ballena enjaulada? —preguntó el empapado visitante, tratando de arrebujarse en el escaso refugio que ofrecía el temible portal.

—¿Qué le pasa?

—Que no sabe nada sobre las grandes profundidades, para que te enteres.

—Ah, la ballena enjaulada. Tú a los que buscas es, los Hermanos *Esclarecidos* de la Noche Ébano. Es tres puertas más abajo.

—¿Y quiénes sois vosotros?

—Somos los Iluminados y Antiquísimos Hermanos de Ee.

—Creía que os reuníais en la calle Melaza —señalo el hombre empapado.

—Sí, bueno, pero ya sabes cómo van estas cosas. Los del taller de marroquinería usan la sala los martes, y nos hicimos un lío.

—Ah. Bueno, pues gracias.

—No hay de qué.

La puertecita de la mirilla se cerró.

La figura envuelta en la capa se la quedó mirando un momento, y luego chapoteó sobre los charcos, calle abajo. Era verdad, allí había otro portal. El diseñador no se había molestado en variar mucho el estilo.

Llamó con los nudillos. La puertecita de la mirilla se abrió.

—¿Sí?

—Oye, el búho sensato ulula a medianoche, ¿vale?

Pero muchos señores grises contemplan con tristeza a los hombres sin amo.

— Hurra, hurra por la hija de la hermana de la soltera, ¿te enteras?

Para el verdugo, todos tenemos la misma altura.

—Sí, sin duda la rosa está dentro de la espina. Aquí están cayendo chuzos de punta, supongo que lo sabes.

—Sí —replicó el otro con el tono de voz de quien, desde luego, lo sabe, pero no se está mojando.

El visitante suspiró.

— La ballena enjaulada no sabe nada sobre las grandes profundidades, y vale ya.

—La torre mal construida tiembla al paso de la mariposa.

La figura empapada se aferró a los barrotes de la mirilla y se alzó sobre las puntas de los pies.

—Venga, déjame entrar, estoy calado —siseó. Hubo otra pausa llena de lluvia.

—Esas profundidades… ¿dijiste que eran grandes?

—Sí, lo dije, y bien claro. Unas profundidades todo lo grandes que quieras. Soy yo, el Hermano Dedos.

—Pues no te lo oí decir —insistió cauteloso el vigilante de la puerta.

—Oye, ¿queréis el maldito libro o no? Nadie me obliga a hacer esto. Podría estar tranquilamente en mi cama, a ver si te enteras.

—¿Seguro que lo dijiste?

—Estoy completamente seguro de que son unas profundidades profundísimas —lo apremió el Hermano Dedos—. Sabía lo profundas que eran cuando tú no eras más que un neófito. ¡Ahora, haz el favor de abrir |« puerta!

—Bueno…, de acuerdo.

Sonaron varios cerrojos oxidados. Otra pausa.

—¿Te importa darle un empujón? —dijo la voz desde dentro—. La Puerta del Conocimiento que No Debe Traspasar el Ignorante se atranca en cuanto caen cuatro gotas.

El Hermano Dedos arrimó el hombro y empujó. La puerta se abrió. Lanzó una mirada asesina al Hermano Portero, y se dirigió hacia el interior.

Los demás le aguardaban en el Santuario Interior, de pie, con el aire desconcertado de los que no están acostumbrados a usar siniestras capas negras con capuchas. El Gran Maestro Supremo le hizo un gesto de saludo.

—Eres el Hermano Dedos, ¿verdad?

—Sí, Gran Maestro Supremo.

—¿Traes aquello en pos de lo cual se te envió? El Hermano Dedos se sacó un paquete de entre los pliegues de la capa.

—Estaba donde dije —afirmó—. Ningún problema.

—Bien hecho, Hermano Dedos.

—Gracias, Gran Maestro Supremo.

El Gran Maestro Supremo dio unos cuantos manotazos para pedir silencio. Todos los asistentes formaron una especie de círculo en torno a él.

—Llamo al orden al Único y Supremo Congreso di los Hermanos Esclarecidos —entonó—. ¿Está bien se liada la Puerta del

Conocimiento, para impedir la entrada a herejes e ignorantes?

—A cal y canto —replicó el Hermano Portero—. Es por la humedad. La semana que viene traeré la lija, eso lo arreglo yo en un perique…

—De acuerdo, de acuerdo —lo interrumpió el Gran Maestro Supremo—. Con un simple «sí» bastaba. ¿Se ha dibujado bien el triple círculo? ¿Están aquí todos los que son, son todos los que están? ¡Ay del ignorante que se encontrara aquí, pues sería expulsado de este lugar, sus charnelas desgarradas, sus ordinales esparcidos a los cuatro vientos, sus lipasas clavadas en una estaca! *¿qué pasa ahora?*

—Disculpa, ¿has dicho Hermanos *Esclarecidos!* El Gran Maestro Supremo clavó la vista en la solitaria figura que levantaba la mano.

—Sí, los Hermanos Esclarecidos, guardianes del sagrado conocimiento desde tiempos inmemoriales…

—Desde febrero —aportó el Hermano Portero, siempre dispuesto a cooperar.

El Gran Maestro Supremo tenía la sensación de que el Hermano Portero nunca acababa de entrar en el espíritu del asunto.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento —dijo la figura, preocupada—. Me equivoqué de sociedad. Cuánto lo siento. Debí de equivocarme de callejón. Ya me voy, si me disculpáis, perdonad…

—Sus lipasas clavadas en una estaca —repitió el Gran Maestro Supremo, alzando la voz para hacerse oír por encima del estruendo que armaba el Hermano Portero tratando de abrir el temible portal atrancado—. ¿Estamos ya? ¿Hay algún otro ignorante que se haya equivocado de fiesta? —añadió con cierto sarcasmo—. bien. Estupendo. Supongo que será mucho pedir que alguien me informe de si las Cuatro Torres de Vigilancia están cerradas. Ah, perfecto. ¿Y el Pantalón de Santidad alguien se ha molestado en confesarlo? Ah, tú. ¿Bien? Lo comprobaré, si no te importa… Vale. ¿Están todas las ventanas cerradas con los Cordones Rojos del Intelecto, como ordenan las antiguas leyes? Bien. Ahora, a lo mejor podemos seguir.

Con el ceño ligeramente fruncido de quien acaba de pasar un dedo por el estante más alto de su nuera, y contra todo pronóstico ha descubierto que está inmaculadamente limpio, el Gran Maestro prosiguió.

Qué pandilla, pensó. Vaya puñado de incompetentes, en otra sociedad secreta no los tocarían ni con un Cetro de Autoridad de tres metros de largo. Son de los que se dislocan los dedos hasta con el apretón de manos secreto más sencillo.

Pero, pese a todo, son unos incompetentes con posibilidades. Que las otras sociedades se queden con los hábiles, los esperanzados, los ambiciosos, los inteligentes, Él prefería a los inútiles resentidos, los que estaban llenos de bilis e ira, los que sabían que podrían hacer algo

grande si se les diera la oportunidad. Prefería a Aquellos cuyas riadas de veneno y ansia de venganza solo estaban refrenadas por delgados muros de ineptitud y paranoia.

Y de estupidez, claro. Todos habían formulado el juramento, pero ni a uno se le había ocurrido preguntar qué era una lipasa.

—Hermanos —dijo—, esta noche tenemos que discutir asuntos de vital importancia: el buen gobierno…, no, qué digo, el futuro mismo de Ankh-Morpork está en nuestras manos.

Todos se inclinaron hacia adelante para oír mejor. El Gran Maestro Supremo sintió el cosquilleo de la vieja sensación de poder. Estaban pendientes de sus palabras. Sólo por aquella sensación gloriosa ya valía la pena vestirse con esa estúpida capa.

—¿No sabemos bien que la ciudad está bajo la zarpa de hombres corruptos, que se refocilan en sus tesoros mal ganados, mientras que hombres mejores tienen que sufrir el yugo de una esclavitud virtual?

—¡Y tanto que sí! —replicó el Hermano Portero con vehemencia, en cuanto tuvo tiempo de traducirlo mentalmente—. Sin ir más lejos, la semana pasada, en el Gremio de Panaderos, intenté decirle al Maestro Critchley que…

No fue por contacto visual, porque el Gran Maestro Supremo se había asegurado bien de que las capuchas de la Hermandad ocultaran todos los rostros para darles un aire místico, pero aun así consiguió hacer callar al Hermano Portero simplemente con un ejercicio de silencio puro, ultrajado.

—Pero no siempre fue así —continuó el Gran Maestro Supremo—. Hubo en el pasado una era dorada, cuando aquellos dignos de poder y respeto recibían su justa recompensa. Una era en la que Ankh-Morpork no era simplemente una ciudad grande, sino grandiosa. Una era caballeresca… ¿Sí, Hermano Vigilatorre?

La corpulenta figura envuelta en su capa bajó la mano.

—¿Quieres decir cuando teníamos reyes?

—Muy bien, Hermano —asintió el Gran Maestro Supremo, algo molesto ante aquella inusual muestra de inteligencia—. Una era…

—Pero eso ya se acabó hace cientos de años —insistió el Hermano Vigilatorre—. ¿No hubo una gran batalla, o algo por el estilo? Y desde entonces lo que hemos tenido han sido gobernantes como el patricio.

—Sí, muy bien, Hermano Vigilatorre.

—Lo que intento decir es que eso de los reyes ya no existe —aclaró el aludido.

—Como dice el Hermano Vigilatorre, la estirpe de…

—Me di cuenta cuando mencionaste eso de la era caballeresca.

—Más o menos, y…

—Eso es lo que pasa cuando hay reyes, que también hay caballeros —insistió alegremente el Hermano Vigilatorre—. Y torneos.

Y también tenían…

—*En cualquier caso* —lo interrumpió bruscamente el Gran Maestro Supremo—, es muy posible que la estirpe de los reyes de Ankh no esté tan extinta como hemos dado por supuesto, y que haya algún descendiente de esta estirpe aún con vida. Así parecen indicarlo mis investigaciones de antiquísimos pergaminos.

Los miró, expectante. Pero sus palabras no habían surtido el efecto que él esperaba. Probablemente habrían entendido lo de «descendiente», pensó, pero con lo de «estirpe» se me ha ido la mano.

El Hermano Vigilatorre levantó la mano de nuevo.

—¿Sí?

—¿Estás diciendo que puede haber por ahí algún heredero del trono?

—Es posible, sí.

—Claro. Es lo que suele pasar, ya se sabe —dijo el Hermano Vigilatorre con gesto de entendido—. Constantemente. Lo pone en los libros. Los llaman bástagos. Se crían en pueblos perdidos, van pasándose una espada secreta y una marca de nacimiento de generación en generación, y todo eso. Entonces, justo cuando su antiguo reino los necesita, aparecen y echan a los usurpadores que haya por ahí. Y hay regocijo general. El Gran Maestro Supremo se quedó boquiabierto. No había esperado que fuera tan sencillo.

—Sí, muy bien —intervino una figura, que el Gran Maestro sabía que era el Hermano Revocador—. Pero ¿qué importa? Supongamos que aparece un bástago de ésos, va al patricio y le dice, «Qué tal, soy el rey de aquí, tengo la marca de nacimiento y todo eso, ya te puedes largar.» ¿Qué conseguirá? Una expectativa de vida de unos dos minutos, y eso con mucha suerte.

—Es que no te enteras —bufó el Hermano Vigila-torre—. La cosa es que el bástago tiene que llegar cuando el reino está en peligro, ¿no? Así todo el mundo se entera. Lo llevan en hombros al palacio, cura a unas cuantas personas, proclama medio día de fiesta, tira por ahí unas cuantas monedas del tesoro, y marchando.

—También tiene que casarse con una princesa —señaló el Hermano Portero—. Porque es un porquero. Todos le miraron.

—¿Quién ha dicho nada de que sea un porquero? —bufó el Hermano Vigilatorre—.Yo no he dicho que sea un porquero. ¿Por qué va a ser un porquero, a ver?

—No le falta razón —intervino el Hermano Revocador—. El bástago típico suele ser un porquero, o un campesino. Es por el no sé qué ése, el cognito. Tiene que parecer que son de origen humilde.

—Pues los orígenes humildes no tienen nada de especial —dijo un Hermano muy menudo, que parecía consistir enteramente en una túnica negra con halitosis—. Yo tengo montones de orígenes humildes.

En mi familia pensábamos que los porqueros eran gente de elevada posición social.

—Pero tu familia no es de sangre real, Hermano Yonidea —dijo el Hermano Revocador.

—Pues no veo por qué no —replicó el otro, malhumorado.

—Vale, como quieras —siguió el Hermano Vigilatorre—. El caso es que, en el momento preciso, el rey de verdad se echa hacia atrás la capucha y dice «¡Aquí estoy!», y todos ven su majestad.

—¿Cómo, exactamente? —preguntó el Hermano Portero.

—… *no veo por qué no voy a tener sangre de reyes* —murmuraba el Hermano Yonidea—. *No tiene derecho a. decir que no tengo sangre de…*

—¡Pues mira, porque la ven y basta! Se les nota en la cara, digo yo.

—Pero antes de eso, tiene que salvar al reino —dijo el Hermano Revocador.

—Ah, sí, claro —asintió el Hermano Vigilatorre—. Es lo más importante.

—¿Y de qué?

—… *tengo tanto derecho como cualquiera a llevar sangre real…*

—¿Del patricio? —sugirió el Hermano Portero.

El Hermano Vigilatorre, que de repente se había convertido en una autoridad sobre temas de la realeza, sacudió la cabeza.

—No creo que se pueda decir que el patricio sea una amenaza —respondió—. No es precisamente un tirano. Los hemos tenido bastante peores. Lo que quiero decir es que…, bueno, que no *oprime.*

—Pues yo me paso el tiempo oprimido —replicó el Hermano Portero—. El Maestro Critchley, mi jefe, se pasa el día oprimiéndome, me grita y todo eso. Y la mujer de la verdulería…, ésa sí que me oprime.

—Es verdad —asintió el Hermano Revocador—. Mi casero me oprime cosa mala. Se pasa el día llamando a la puerta, venga una y otra vez, por el alquiler que dice que le debo, cosa que es mentira, por supuesto. Y los vecinos de al lado me oprimen toda la noche. Les he dicho que me paso el día trabajando, y que un hombre necesita tiempo para aprender a tocar la tuba. Eso es opresión, desde luego. Me paso la vida oprimido.

—Hombre, visto así… —asintió el Hermano Vigila-torre—. La verdad es que mi cuñado es un auténtico opresor conmigo, con eso de que se ha comprado un caballo y un carro nuevos. Y yo no tengo. ¿Verdad que no es justo? Seguro que un rey no permitiría que hubiera estas opresiones, que las esposas fueran oprimiendo a la gente con que por qué no tenemos nosotros un carro nuevo como mi hermano Rodney, y todas esas cosas.

El Gran Maestro Supremo escuchaba todo con un ligero

sentimiento de euforia. Era como si supiera que existen unas cosas llamadas avalanchas, pero jamás hubiera imaginado la que se iba a armar cuando tiró la bolita de nieve desde la cima de la montaña. Apenas se había visto obligado a empujarlos en la dirección adecuada.

—Me apuesto lo que sea a que un rey les diría un par de verdades a los caseros —dijo el Hermano Revocador.

—Y prohibiría que la gente tuviera carros tan ostentosos —asintió el Hermano Vigilatorre—. Y comprados con dinero robado, seguro.

—Creo —intervino el Gran Maestro Supremo, para que las cosas no se exagerasen demasiado— que un rey sabio sólo permitiría que tuvieran coches ostentosos aquellos que lo merecieran.

Hubo una pausa en la conversación, mientras los Hermanos reunidos dividían mentalmente el universo en la categoría de los merecedores y los no-merecedores, y se situaban en el lado apropiado.

—Sería justo —dijo al final el Hermano Vigilatorre—. Pero la verdad es que el Hermano Revocador tiene razón. No me imagino a un bástago presentándose aquí sólo porque el Hermano Portero cree que la dependienta de la verdulería lo mira mal. Sin ánimo de ofender.

—Y encima siempre me engaña en el peso —bufó el Hermano Portero—. Además…

—Sí, sí, sí —lo interrumpió el Gran Maestro Supremo—. Sin duda, las buenas gentes de Ankh-Morpork están bajo la garra de muchos opresores. El caso es que los reyes suelen aparecer en circunstancias un poco más especiales. Como una guerra, por ejemplo.

Las cosas iban muy bien. Sin duda, pese a toda su estupidez, alguno tendría la inteligencia necesaria como para hacer la sugerencia correcta.

—Antes había profecías antiguas, o cosas por el estilo —dijo el Hermano Revocador—. Me lo dijo mi abuelo. —Le brillaban los ojos por el esfuerzo de recordar—. «Vendrá el rey, trayendo Ley y Justicia, de su boca sólo saldrá la Verdad, para Proteger y Servir al Pueblo con su Espada.» No me miréis así, que no me lo estoy inventando.

—Bah, esa leyenda nos la sabemos todos. Para lo que sirve… —se burló el Hermano Vigilatorre—. A ver, para empezar, ¿qué hace ese tipo? ¿Llega a caballo con la Ley y la Verdad como si fueran los Cuatro Jinetes del Apocalipsis? «Hola a todos, soy el rey, y esa de ahí es la Verdad, que está dando agua al caballo.» No parece muy sensato. Naa, uno no se puede fiar de esas leyendas antiguas.

—¿Por qué no? —preguntó el Hermano Yonidea.

—Porque son legendarias. Por eso —replicó el Hermano Vigilatorre.

—Pues a mí me gustan las de princesas durmientes —intervino el Hermano Revocador—. Sólo un auténtico rey puede despertarlas.

—No seas burro —lo reprendió el Hermano Vigilatorre—. No

tenemos ningún rey, así que tampoco puede haber princesas. Es de lógica.

—Claro, que en los viejos tiempos era más sencillo —dijo el Hermano Portero.

—¿Por qué?

—Lo único que tenían que hacer era matar a un dragón.

El Gran Maestro Supremo juntó las manos y ofreció una plegaria silenciosa al dios que le hubiera estado escuchando. Había estado en lo cierto sobre aquel puñado de imbéciles. Tarde o temprano, sus cerebros atrofiados los guiaban hacia donde él quería.

—Qué idea tan interesante —aplaudió.

—Pero no sirve de nada —replicó el Hermano Vigilatorre—. Ya no hay dragones grandes.

—Pero podría haberlos.

El Gran Maestro Supremo hizo crujir los nudillos.

—¿Volverán? —se interesó el Hermano Vigilatorre.

—He dicho que es posible.

Desde las profundidades de la capucha del Hermano Vigilatorre se oyó una risita nerviosa.

—¿Los de verdad? ¿Los que tienen alas y triangulitos en el lomo?

—Sí.

—¿Los que lanzan llamas por la boca?

—Sí.

—¿Los que tienen esa especie de uñas largas en las patas?

—¿Garras? Oh, sí. Todas las que quieras.

—¿Cómo que tantas como quiera?

—Creo que está bien claro, Hermano Vigilatorre. Si quieres dragones, puedes tener dragones. Puedes traer un dragón aquí. Ahora. A la ciudad.

—¿Yo?

—Todos vosotros. Es decir, nosotros —insistió el Gran Maestro Supremo.

El Hermano Vigilatorre titubeó.

—Pues la verdad, no sé si es buena idea…

—Y obedecería todas vuestras órdenes.

Eso los hizo guardar silencio. Eso los hizo pensar. Eso cayó sobre sus diminutos cerebros como un buen trozo de carne en una perrera.

—¿Te importa repetirlo? —pidió el Hermano Revocador.

—Podéis controlarlo. Podéis obligarlo a que haga lo que queráis.

—¿A un dragón de verdad?

En la intimidad de su capucha, el Gran Maestro Supremo puso los ojos en blanco.

—Sí, uno de verdad. No uno de esos dragoncitos de pantano que la gente tiene en casa. Uno de verdad.

—Pero yo creía que eran…, ya sabes, ritos. El Gran Maestro Supremo se inclinó hacia adelante.

—Eran *mitos,* y eran reales —dijo en voz alta—. Onda y partícula a la vez.

—Ahí me he perdido —señaló el Hermano Revocador.

—En ese caso, os haré una demostración. Por favor, Hermano Dedos, el libro. Gracias. Hermanos, debo deciros que, cuando aprendía a los pies de los Maestros Secretos…

—¿De los qué, Gran Maestro Supremo? —preguntó el Hermano Revocador.

—¿Qué te pasa, por qué no escuchas nunca? ¡Ha dicho «Maestros Secretos»! —gritó el Hermano Vigilatorre—. Ya sabes, los venerables sabios que viven en no sé qué montaña, lo gobiernan todo en secreto, le enseñaron eso de la sabiduría y pueden caminar sobre el fuego y esas cosas. Nos lo dijo la semana pasada. Nos va a enseñar, ¿a que sí, Gran Maestro Supremo? —terminó, obsequioso.

—Ah, los Maestros Secretos —asintió el Hermano Revocador—. Lo siento. Es por estas capuchas místicas. Lo siento. Secretos. Ya me acuerdo.

Cuando yo gobierne esta ciudad, se dijo para sus adentros el Gran Maestro Supremo, se acabará todo esto. Fundaré una nueva sociedad secreta, llena de hombres astutos e inteligentes, aunque no demasiado inteligentes, claro, no demasiado inteligentes. Expulsaremos al tirano y habrá una nueva era de ilustración, fraternidad y humanismo, y Ankh-Morpork será una Utopía, y la gente como el Hermano Revocador arderá a fuego lento. Junto con sus lipasas.[2]

—Como decía, cuando estaba aprendiendo a los pies de los Maestros Secretos… —continuó.

—Fue cuando te dijeron que caminaras sobre papel de arroz, ¿verdad? —lo interrumpió el Hermano Vigilatorre, en tono coloquial —. Siempre me ha parecido un buen detalle. Desde que lo contaste la primera vez, guardo el papel que viene en las cajas de zapatos. Es realmente sorprendente. Puedo caminar sobre él sin problemas. Eso demuestra lo mucho que te ayuda estar en una buena sociedad secreta.

El Hermano Revocador no arderá solo, pensó el Gran Maestro Supremo.

—Tus pasos por el camino de la iluminación son un ejemplo para todos nosotros, Hermano Vigilatorre —dijo—. De todos modos, si me permitís proseguir, entre los muchos secretos que aprendí…

—… sobre la esencia del ser… —aportó el Hermano Vigilatorre, aprobador.

—… sobre la esencia del ser, como dice el Hermano Vigilatorre, estaba la ubicación exacta actual de los dragones nobles. Es erróneo

pensar que todos murieron. Sencillamente, encontraron un nuevo camino de evolución. Y podemos invocarlos. —Blandió el libro—. Aquí tenemos las instrucciones concretas.

—¿Y están en un libro, así como si tal cosa? —se asombró el Hermano Revocador.

—No es un libro cualquiera. Es el único ejemplar que existe. He tardado años en localizarlo —dijo el Gran Maestro Supremo—. Está escrito del puño y letra de Tubal de Malaquita, un gran experto en el tema de los dragones. Es su propia caligrafía. Él invocaba dragones de todos los tamaños, y vosotros podéis hacer lo mismo.

Hubo otro largo silencio de asombro.

—Mmm —dijo al final el Hermano Portero.

—A mí es que eso me parece como…, bueno, ya sabes, cosa de magia —señaló el Hermano Vigilatorre, con el tono nervioso de quien acaba de ver bajo qué va-sito está la bola, pero no quiere decirlo—. O sea, no quiero cuestionar tu sabiduría suprema ni nada por el estilo…, pero…, no sé…, eso de la magia…

Su voz se apagó.

—Exacto —asintió el Hermano Revocador, incómodo.

—Es…, es por los magos, ¿sabes? —intervino el Hermano Dedos —. A lo mejor no te enteraste porque estabas con los venerables venerados en esa montaña, pero aquí a los magos no les hace gracia que hagas nada mágico, se te ponen en contra, y no es buena cosa.

—Dicen que es cuestión de profesionalidad —dijo el Hermano Revocador—. O sea, que yo no voy por ahí metiéndome en asuntos místicos, y ellos no van por ahí haciendo revocados de fachadas.

—No comprendo cuál es el problema —replicó el Gran Maestro Supremo.

En realidad, lo comprendía perfectamente. Aquél era el último obstáculo. Si conseguía que sus cerebros atrofiados lo saltaran, tendría el mundo en la palma de la mano. El egoísmo estúpido de aquellos hombres no lo había decepcionado hasta entonces, y no lo haría ahora…

Los Hermanos se removieron, inquietos, hasta que el Hermano Yonidea rompió el silencio.

—Bah. Magos. Ésos sí que no han dado golpe en su vida.

El Gran Maestro Supremo suspiró, aliviado.

El ambiente general de resentimiento se había hecho casi palpable.

—Son unos vagos, desde luego —bufó el Hermano Dedos—. Siempre van por ahí con cara de ser mejores que nadie. Yo los veía a menudo cuando trabajaba en la Universidad. Unos fanfarrones, os lo digo yo. Nadie los ha visto hacer un trabajo honrado.

—¿Como robar, por ejemplo? —señaló el Hermano Vigilatorre, al

que no le caía demasiado bien el Hermano Dedos.

—Pero claro —siguió el Hermano Dedos, haciendo caso omiso del comentario—, siempre te dicen que no puedes ir por ahí haciendo magia, por eso del equilibrio y la armonía universal, y no sé qué tonterías más. A mí siempre me han parecido sandeces.

—Bueeeno… —titubeó el Hermano Revocador—. La verdad, no sé. Quiero decir, si haces mal la mezcla, te pones hasta las rodillas de cemento. Pero si haces mal la magia, aunque sea sólo un poquito mal, dicen que aparecen cosas horribles y se te llevan.

—Sí, pero los que dicen eso son los magos —señaló el Hermano Vigilatorre, pensativo—. Si os he de ser sincero, yo tampoco los he soportado nunca. A lo mejor es que tienen un buen secreto y no quieren que los demás nos enteremos. Al fin y al cabo, sólo se trata de mover un poco los brazos y decir palabras raras.

Los Hermanos meditaron unos momentos. Parecía plausible. Si *ellos* tuvieran un buen chollo, no querrían que nadie más se metiera en el ajo.

El Gran Maestro Supremo decidió que ya había llegado la hora.

—Entonces, Hermanos, ¿estamos de acuerdo? ¿Estáis preparados para practicar la magia?

—Ah, *practicar* —suspiró el Hermano Revocador, ya más tranquilo—. Practicar no me importa. Mientras no la hagamos de verdad…

El Gran Maestro Supremo dio un golpe con el libro.

—¡Quiero decir que si estáis preparados para hacer auténticos hechizos! ¡Para devolver los buenos tiempos a la ciudad! ¡Para invocar un dragón! —gritó.

Todos dieron un paso hacia atrás…

—Y entonces… —titubeó el Hermano Portero—. Si hacemos que venga el dragón, ¿el rey legítimo aparecerá aquí, así, sin más?

—¡Exacto! —exclamó el Gran Maestro Supremo.

—Ya entiendo —lo apoyó el Hermano Vigilatorre-. Por el destino y esas cosas.

Hubo un momento de silencio, y luego un asentimiento general de capuchas. Sólo el Hermano Revocador parecía algo descontento.

—Bueno… —dijo—. No se nos escapará la cosa de las manos, ¿verdad?

—Te aseguro, Hermano, que podrás dejarlo cuando quieras —lo tranquilizó el Gran Maestro con la voz más dulce de que fue capaz.

—Vale…, entonces, bien —replicó el otro de mala gana—. Pero sólo un poquito de magia. Lo justo para quemar algunas verdulerías opresoras, por poner un ejemplo.

Ahhh.

Había ganado. Volvería a haber dragones. Y volvería a haber un

rey. No como los reyes de antaño, claro. Un rey a quien decirle lo que debía hacer.

—Eso —dijo con voz pausada— depende de hasta qué punto colabores. Para empezar, necesitaremos todos los objetos mágicos que podáis conseguir.

Quizá fuera más conveniente que no vieran que la última mitad del libro de Malaquita estaba completamente quemada. Obviamente, el viejo Tocón no había estado a la altura de las circunstancias.

Él lo haría mejor. Y nadie, absolutamente nadie, podría detenerlo.

El trueno retumbó…

Se dice que los dioses juegan con las vidas de los hombres. Pero nadie sabe a qué juegan, ni por qué, ni quiénes son los peones, ni cuáles son las reglas del juego.

Es mejor no especular.

El trueno retumbó.

Y volvió a retumbar una y otra vez…

Ahora, salgamos por unos momentos de las lluviosas calles de Ankh-Morpork y viajemos por las nieblas matutinas del Disco para concentrarnos en un joven que se dirige hacia la ciudad con toda la inocencia, sinceridad y buena voluntad de un iceberg a la deriva hacia un yate de recreo.

El joven se llama Zanahoria. No es por causa de su pelo, que su padre le ha cortado al cepillo por motivos de Higiene. Es por causa de su forma.

Es esa forma que sólo se obtiene con una vida sana, comida saludable y aire limpio de las montañas a pulmones llenos. Cuando flexiona los músculos de los hombros, otros músculos tienen que apartarse antes para dejar paso.

También lleva una espada, que le fue entregada en circunstancias misteriosas. En circunstancias muy misteriosas. Pero, por sorprendente que parezca, esta espada no tiene nada de inexplicable. No es mágica. No tiene nombre. Cuando la esgrimes, no sientes una corriente de poder, sólo agujetas. Es una espada tan usada que se ha convertido en la esencia de una espada: un trozo de metal muy largo, con bordes muy afilados. Y no tiene un destino escrito a lo largo de toda su hoja.

Es, desde luego, una espada única.

El trueno retumbó.

Las alcantarillas de la ciudad eructaron suavemente mientras los desperdicios de la noche corrían por ellas, en algunos casos protestando débilmente.

Cuando la corriente llegó a la figura tendida del capitán Vimes, el agua se dividió y fluyó en torno a él en dos ramales. Vimes abrió los ojos. Tuvo un momento de paz vacía hasta que los recuerdos lo golpearon como un martillazo.

Había sido un mal día para la Guardia. Para empezar, asistieron al funeral de Herbert Gaskin. Pobre Gaskin, pobre. Había violado una de las reglas fundamentales de los guardias. Y no era la clase de regla que alguien como Gaskin pudiera romper dos veces. Así que lo bajaron a la fría tierra embarrada, mientras la lluvia tamborileaba sobre su ataúd sin que nadie hubiera acudido a llorarlo aparte de los tres miembros supervivientes de la Guardia Nocturna, el grupo más despreciado de toda la ciudad.

El sargento Colon había llorado a moco tendido. Pobre Gaskin, pobre.

Pobre Vimes, pobre, pensó Vimes. Pobre Vimes, pobre, tirado en un canalón. Pero claro, ahí es donde empezó. Pobre Vimes, pobre, el agua le corría bajo la cota de mallas. Pobre Vimes, pobre, viendo pasar la basura del agua. Seguramente, hasta el pobre Gaskin, pobre, disfrutaba en aquellos momentos de una visión mejor.

A ver…, después de salir del funeral, se había emborrachado. No, no era exactamente eso, faltaba un adverbio. Se había emborrachado *más,* eso era. Porque el mundo entero le daba vueltas, como si lo viera a través de un cristal distorsionado, y sólo conseguía enfocarlo correctamente a través del culo de una botella. Pero había algo, algo que olvidaba. Ah, sí. Era de noche. Hora de entrar en servicio. Aunque Gaskin no estaría de servicio. Necesitaba un nuevo compañero. Ya se lo habían enviado. Algo de una carta. Intentó recordar.

Pronto se rindió, y se dejó caer de nuevo. El agua siguió corriendo en torno a él.

Arriba, las letras iluminadas chisporroteaban bajo la lluvia.

El aire puro de las montañas no era lo único que había proporcionado a Zanahoria su imponente físico. El hecho de criarse en una mina de oro explotada por enanos, y trabajar doce horas diarias empujando vagonetas hasta la superficie seguramente había contribuido en algo.

Caminaba encorvado. Es lo que le pasa a uno cuando se cría en una mina de oro explotada por enanos que piensan que un metro cincuenta es una buena altura para un techo.

Siempre había sabido que era diferente. Para empezar, siempre tenía más chichones que nadie. Y un día su padre se acercó a él, o mejor dicho se acercó a su cintura, y le dijo que, en realidad, no era como había creído siempre, un enano.

Es terrible tener dieciséis años y descubrir que te has equivocado de especie.

—No hemos querido decírtelo antes, hijo —suspiró su padre—. Pensamos que crecerías sin darte cuenta.

—¿Sin darme cuenta de qué? —inquirió Zanahoria.

—De que crecías. Pero ahora tu madre opina…, bueno, los dos

opinamos que ya es hora de que vayas a vivir entre los tuyos. Es decir, no nos parece justo tenerte aquí acurrucado, privado para siempre de la compañía de los de tu propia altura. —Su padre se retorció la correa de cuero con que se sujetaba el casco, señal inequívoca de que estaba preocupado—. Eh… —añadió.

—¡Pero vosotros sois los míos! —exclamó Zanahoria, a la desesperada.

—En cierto modo, sí, claro —asintió su padre—. Pero en otro cierto modo, que por cierto es mucho más preciso, no. Es por cosas de eso de la genética, ¿entiendes? Así que lo mejor sería que te marcharas a ver un poco el mundo.

—¿Cómo, para siempre?

—¡Oh, no! No. Claro que no. Vuelve a visitarnos siempre que quieras. Pero bueno, un chico de tu edad, metido aquí abajo…, no está bien. Ya sabes. O sea. Ya no eres un niño. Tienes que pasarte la mayor parte del tiempo de rodillas, y todo eso. No está bien.

—Entonces, ¿cuáles son los míos? —preguntó Zanahoria.

El viejo enano respiró hondo.

—Eres humano —dijo.

—¿Qué? ¿Como el señor Varneshi?

El señor Varneshi tenía un carro de bueyes y subía por los caminos de la montaña una vez a la semana para venderles cosas a cambio de su oro.

—¿Soy de la Gente Grande?

—Mides un metro ochenta, hijo. Él sólo mide un metro cincuenta. —El enano volvió a retorcerse la correa de cuero del casco—. Ya ves.

—Si, pero…, pero quizá lo que pasa es que soy alto para mi altura —insistió Zanahoria a la desesperada—. Al fin y al cabo, si hay humanos bajitos, ¿por qué no puede haber enanos altos?

Su padre le dio unas palmaditas de consuelo en las rodillas.

—Tienes que enfrentarte a los hechos, hijo. Estarás mucho mas cómodo arriba, en la superficie. Lo llevas en la sangre. Además, el techo no está tan bajo.

Bajo el cielo no te seguirás dando esos golpes en la cabeza, añadió para sus adentros.

—Un momento —dijo Zanahoria, con su frente sincera fruncida ante el esfuerzo de sus cálculos—. Tú eres un enano, ¿no? Y mamá también es una enana. Así que yo debería ser un enano. Son hechos de la vida.

El enano suspiró. Había albergado la esperanza de esquivar aquel tema, tal vez aplazarlo durante unos meses e írselo insinuando poco a poco, pero se le había acabado el tiempo.

—Siéntate, hijo —indicó con amabilidad. Zanahoria se sentó.

—La cosa es que…, en fin… —tartamudeó cuando el rostro

grandote y sincero del chico estuvo un poco más cerca del suyo—. Te encontramos en el bosque un día. Gateabas cerca de uno de los senderos…, mmm…

La correa de cuero se soltó. El rey tomó aliento y siguió hablando.

—O sea, que…, verás, había unos carros. Como ardiendo, como si dijéramos. Y gente muerta. Eso, mmm…, sí. Gente muy muerta. Por eso de los bandidos. Aquel invierno fue malo, y todos bajaban de las montañas… Así que te recogimos, claro, y bueno, fue un invierno muy malo, y muy largo, ya te lo he dicho, y tu madre se acostumbró a ti, y bueno, nunca nos decidimos a pedirle a Varneshi que hiciera averiguaciones. Eso es todo.

Zanahoria se lo tomó bastante bien, sobre todo porque no entendió ni la mitad. Además, que él supiera, encontrar a los niños gateando junto a los senderos era el sistema normal de reproducción. A los enanos[3] no se los considera lo suficientemente mayores como para explicarles el proceso técnico hasta que no llegan a la pubertad[4].

—Muy bien, papá —suspiró, inclinándose hasta quedar a la altura de la oreja del enano—. Pero…, bueno yo y… ¿conoces a Minty Machacarrocas? Es preciosa, papá, tiene una barba tan suave como…, como una cosa muy suave… y más o menos nos entendemos, y…

—Sí —replicó el enano con voz fría—. Lo sé. Su padre ha hablado conmigo.

Y su madre con tu madre, añadió para sus adentros, y luego tu madre habló conmigo. O más bien me habló a mí.

—No es que no les gustes, eres un buen muchacho, y un gran trabajador, serías un estupendo yerno. *Cuatro* estupendos yernos. Eso es lo malo. Además, la chica sólo tiene sesenta años. No es correcto. No está bien.

Había oído hablar de niños criados por lobos. Se preguntó si el jefe de la manada se habría visto en una situación tan violenta como aquélla. Quizá tenían que llevarse a los crios a algún claro tranquilo y decir, Mira, hijo, quizá te hayas preguntado por qué no eres tan peludo como los demás…

Lo había discutido con Varneshi. Un buen tipo, el tal Varneshi. También había conocido a su padre. Y a su abuelo, ahora que lo pensaba. Los humanos no duraban mucho, probablemente era por el esfuerzo de tener que bombear la sangre tan arriba.

—Pues tienes un problema, rey[5]. Un buen problema —le había dicho el anciano, mientras tomaban un trago en un banco junto a la boca del Pozo número 2.

—*Es* un buen chico desde luego —suspiró el rey—. De carácter tranquilo. Honrado. No es lo que se dice inteligente, pero le mandas que haga algo y no para hasta haber terminado. Obediente.

—Podríais cortarle las piernas —sugirió Varneshi.

—Lo que nos causa problemas no son sus piernas —replicó el rey con voz sombría.

—Ah. Claro. Bueno, en ese caso podríais…

—No.

—No —asintió Varneshi, pensativo—. Mmm. Bien, en ese caso quizá debáis enviarlo fuera una temporada. Que se junte un poco con los humanos. —Se acomodó en el banco—. Lo que tenéis aquí, rey, es un pato —añadió con tono de entendido.

—No creo que deba decirle eso. Ni siquiera se quiere creer que es humano.

—Un pato criado entre gallinas. Un fenómeno científico que se da en las granjas. Se encuentran con que no pueden picotear el suelo y ni siquiera saben lo que es nadar. —El rey escuchó con educación. Los enanos no se interesan demasiado por la agricultura—. Pero lo mandas con los otros patos, dejas que se moje un poco, y ya no volverá a correr detrás de los gallos. Te lo digo yo.

Varneshi se acomodó de nuevo, bastante satisfecho consigo mismo.

Cuando te pasas una gran parte de la vida bajo tierra, desarrollas una mentalidad un tanto literal. A los enanos no les sirven de nada las metáforas y los símiles. Las rocas son duras y la oscuridad es oscura. Su lema es, si empiezas a liarte en descripciones como aquélla, te meterás en apuros. Pero, tras doscientos años de hablar con humanos, el rey había desarrollado más o menos un agotador instrumental mental que le iba bastante bien para comprenderlos.

—Claro que me lo dices tú, te acabo de oír —señaló con tono racional.

—Ya me entiendes.

Hubo una pausa, mientras el rey analizaba cuidadosamente las últimas frases.

—Lo que estás diciendo —empezó, sopesando cada palabra— es que deberíamos hacer que Zanahoria saliera y fuera un pato entre los humanos, porque tú lo dices.

—Es un gran muchacho. Hay muchas posibilidades para un chico fuerte como él —señaló Varneshi.

—He oído que muchos enanos se van a trabajar a la Gran Ciudad —asintió el rey, inseguro—. Y desde allí envían dinero a sus familias, cosa muy encomiable.

—Pues ahí lo tienes. Búscale un empleo en, en… —Varneshi se detuvo, buscando inspiración—. En la Guardia, o algo así. Mi bisabuelo estuvo en la Guardia, ya sabes. Es un buen trabajo para un chico, me lo dijo mi abuelo.

—¿Qué es una Guardia? —quiso saber el rey.

—Oh —respondió Varneshi, con la vaguedad de alguien cuya familia no ha viajado más de treinta kilómetros durante las tres últimas generaciones—, sirven para asegurarse de que la gente cumple las leyes y todo el mundo hace lo que le dicen que haga.

—Es una ocupación muy apropiada —dijo el rey, que, como era el que decía lo que todos debían hacer, estaba a favor de que todo el mundo hiciera lo que le decían que hiciera.

—Claro que no aceptan a cualquiera —siguió Varneshi mientras rebuscaba en las profundidades de sus recuerdos.

—Por supuesto, es un trabajo muy importante. Escribiré a su rey.

—Me parece que allí no tienen rey. Sólo alguien que les dice lo que tienen que hacer.

El rey de los enanos se lo tomó con tranquilidad, puesto que para él el noventa y siete por ciento de ser rey consistía en eso.

Zanahoria también se tomó la noticia con calma, igual que cuando le decían que había que volver a abrir el Pozo número 4 o cortar madera para hacer vagonetas. Todos los enanos son por naturaleza obedientes, serios, disciplinados y tranquilos, y su único defectillo es la tendencia, después de la primera copa, de correr hacia los enemigos gritando «¡Aaaaarrrrggg!» y cortarles las piernas por las rodillas de un hachazo. Zanahoria no tenía motivos para ser diferente. Iría a esa ciudad, fuera lo que fuera una «ciudad», y se haría un hombre.

Según había dicho Varneshi, sólo aceptaban a los mejores. Un guardia tenía que ser buen luchador, recto de pensamiento, palabra y obra. Desde las profundidades de su anecdotario ancestral, el vendedor había extraído historias de persecuciones por los tejados a la luz de la luna, y terribles batallas contra felones a los cuales, por supuesto, su bisabuelo había derrotado pese a que siempre lo superaban en número.

Zanahoria se vio obligado a admitir que aquello parecía mejor que trabajar en la mina.

Y, tras pensarlo bien, el rey escribió al gobernante de Ankh-Morpork, preguntando respetuosamente si Zanahoria podía ocupar un lugar entre los guardianes de la ley de la ciudad.

En aquella mina, rara vez se escribían cartas. Se detuvieron todos los trabajos y el clan entero se sentó a su alrededor, guardando un respetuoso silencio, mientras el rey deslizaba la pluma por el pergamino. Había enviado a su tía a ver a Varneshi para que disculpara, pero a ver si podía prestarles lacre para sellar la carta. También envió a su hermana al pueblo para pedirle a la bruja Ajostiernos un hechizo de ortografía.

Luego, pasaron meses.

Y llegó la respuesta. Estaba un tanto arrugada, puesto que en las

Montañas del Carnero el correo se suele entregar a cualquiera que vaya en la dirección adecuada o más o menos, y además era muy breve. Decía que su solicitud había sido aceptada y que debía presentarse ante su superior de inmediato.

—¿Así, sin más? —se asombró Zanahoria—. Suponía que habría exámenes y esas cosas. Para ver si sirvo para el puesto.

—Eres mi hijo —replicó el rey—. Se lo dije, ¿sabes? Salta a la vista que vales para el puesto. Seguro que te ascienden a oficial enseguida.

Luego buscó un saco que tenía bajo la silla, hurgó entre sus contenidos y entregó a Zanahoria un objeto metálico, más semejante a una espada que a una sierra, pero por poco.

—Puede que esto te pertenezca por derecho —dijo—. Cuando encontramos los…, los carros, esto era lo Único que quedaba. Los bandidos, ya sabes. Así, entre tú y yo… —Hizo una señal a Zanahoria para que se le acercara más—. Pedimos a una bruja que le echara un vistazo. Por si fuera mágica. Pero no lo es. Dijo que sin lugar a dudas se trataba de la espada menos mágica que había visto en su vida. Todas tienen un poco de magia, ya sabes, por eso del magnetismo, supongo. En cambio, está muy bien equilibrada.

Se la entregó al chico, y siguió buscando.

—Y luego también está esto. —Mostró una camisa—. Servirá para protegerte.

Zanahoria la cogió con cuidado. Estaba confeccionada con la lana de las ovejas de aquellas montañas, y era tan cálida y suave como los pelos de un cerdo. Era uno de los legendarios chalecos de lana que usaban los enanos, esos chalecos que necesitan bisagras.

—¿De qué me protegerá? —preguntó.

—De los resfriados y esas cosas —respondió el rey—. Tu madre dice que te la pongas. Ah, y… eso me recuerda algo. El señor Varneshi dijo que te pasaras por su casa cuando bajaras. Tiene algo para ti.

Sus padres lo despidieron y se quedaron mirándolo hasta que se perdió de vista. En cambio, Minty no. Qué cosa tan rara. Últimamente parecía haberlo estado esquivando.

Había guardado en la mochila la espada, bocadillos y una muda limpia, y tenía el mundo a sus pies, o más o menos. Llevaba en el bolsillo la famosa carta del patricio, el hombre que gobernaba en la ciudad grande y hermosa de Ankh-Morpork.

Al menos así lo había llamado su madre. Desde luego, había un dibujito impresionante en la parte de arriba, pero la firma decía algo así como «Supino Garabato, p.o.».

Aun así, aunque no estuviera firmada por el patricio, sin duda la había escrito alguien que trabajaba para él. O al menos en el mismo edificio. Probablemente el patricio conocía la existencia de la carta. En

términos generales. No de esta carta en concreto, quizá, pero seguramente sabía que existían las cartas.

Zanahoria caminó con paso firme por los caminos que llevaban a la base de la montaña, espantando con sus pisadas a los enjambres de abejorros. Tras un buen rato, desenfundó la espada y, a modo de experimento, lanzó unas cuantas estocadas contra criminales troncos de árboles y asambleas ilegales de avisperos.

Varneshi estaba sentado junto a la puerta de su cabaña, enhebrando champiñones secos en un cordel.

—Hola, Zanahoria —dijo, guiando al chico hacia el interior—. ¿A conquistar la gran ciudad?

Zanahoria meditó debidamente la pregunta.

—No —respondió al final.

—¿Cómo, te lo has pensado mejor?

—No. La verdad es que no pienso muy bien mientras camino —replicó Zanahoria con sinceridad.

—Veo que tu padre te ha dado la espada —suspiró Varneshi, mientras rebuscaba en un sucio estante.

—Sí. Y un chaleco de lana para protegerme de los resfriados…

—Sí, tengo entendido que allí abajo el clima es muy húmedo. La protección es muy importante. —Se dio la vuelta—. Esto perteneció a mi bisabuelo —añadió con tono dramático.

Era un objeto extraño, vagamente hemisférico, rodeado de tiras de cuero.

—¿Es una especie de honda? —preguntó Zanahoria, tras examinarlo en educado silencio. Varneshi le dijo lo que era.

—¿Una rosquilla, como las que prepara mi madre? —se extrañó el chico.

—No. Es para las peleas —murmuró Varneshi—. Tienes que llevarla puesta siempre. Protege tus partes vitales.

Zanahoria se la puso.

—Es un poco pequeña, señor Varneshi.

—Es que no se pone en la cabeza.

Varneshi le dio algunas explicaciones más al atónito Zanahoria, que primero se asombró, y segundo se horrorizó.

—Mi bisabuelo solía decir —terminó el vendedor— que, si no fuera por esto, yo no existiría.

—¿Y qué significa eso?

— Varneshi abrió y cerró la boca unas cuantas veces.

—No tengo ni idea —se rindió al final.

En cualquier caso, el humillante objeto reposaba ya en el fondo de la mochila de Zanahoria. Los enanos no tenían cosas como aquélla. El asombroso protector era un primer indicio de un mundo tan extraño como la cara oculta de la luna.

El señor Varneshi le había hecho otro regalo. Se trataba de un libro, pequeño pero grueso, encuadernado en un cuero que con el paso de los años había cobrado la dureza de la madera.

Se titulaba *Las Leyes y Ordenanzas de las Ciudades de Ankh y Morpork*.

—Esto también perteneció a mi bisabuelo —le dijo al entregárselo —. Son instrucciones para los miembros de la Guardia. Tienes que aprenderte las leyes de memoria para ser un buen oficial —añadió con tono virtuoso.

Quizá Varneshi habría hecho bien en recordar que a Zanahoria en toda su vida le habían mentido, ni le habían dado instrucciones que no tuviera que cumplir al pie de la letra. El chico había aceptado el libro con solemnidad. Si iba a ser un oficial de la Guardia, ni se le pasaba por la cabeza ser un mal oficial.

Fue un viaje de ochocientos kilómetros y, por sorprendente que parezca, un viaje sin incidentes. Las personas que miden más de un metro ochenta y tienen los hombros de aproximadamente la misma envergadura suelen disfrutar de viajes sin incidentes. Hay gente que salta a su paso desde detrás de las rocas, pero luego dicen «Oops, lo siento, me equivoqué, lo confundí con un amigo mío».

Se había pasado la mayor parte del trayecto leyendo.

Y, ahora, Ankh-Morpork se extendía ante él.

Era un poco decepcionante. Había esperado ver altas torres blancas que dominaban el paisaje, y banderas, muchas banderas. Ankh-Morpork no dominaba nada. Más bien parecía estar a hurtadillas, aferrada al suelo como si temiera que alguien se lo robara. Y no había banderas.

Ante la puerta encontró a un guardia. Al menos, vestía una cota de mallas y la cosa que esgrimía parecía una lanza. Tenía que ser un guardia.

Zanahoria saludó y le mostró la carta. El hombre la miró un rato.

—¿Mmm? —dijo al final.

—Creo que tengo que ver a Supino Garabato p.o. —respondió el chico.

—¿Qué significa lo de p.o.? —preguntó el guardia con gesto de sospecha.

—¿Pronto Operativo? —sugirió Zanahoria, que también se lo había estado preguntando.

—Pues no tengo ni idea de quién es —replicó el guardia—. A quien tienes que ver es al capitán Vimes, de la Guardia Nocturna.

—¿Dónde se encuentran sus cuarteles? —preguntó el chico con educación.

—A estas horas del día, prueba en El Puñado de Uvas, en la Calle Tranquila. —Miró a Zanahoria de arriba abajo—. Te unes a la guardia,

¿eh?

—Espero ser digno de ello, sí. El guardia le dedicó una mirada que se podía calificar de anticuada. Era prácticamente neolítica.

—¿Qué hiciste? —preguntó.

—¿Disculpe?

—Debes de haber hecho algo.

—Mi padre escribió una carta —respondió Zanahoria con orgullo —. Soy voluntario.

—Infiernos —dijo el guardia.

Volvía a ser de noche, y al otro lado del temible portal.

— ¿Han girado convenientemente las Ruedas del Tormento? — preguntó el Gran Maestro Supremo. ---Los Hermanos Esclarecidos se removieron, nerviosos.

—¿Hermano Vigilatorre? —insistió el Gran Maestro Supremo.

—A mí no me toca hacer girar las Ruedas del Tormento — murmuró el aludido—. Al que le toca hacer girar las Ruedas del Tormento es al Hermano Revocador.

—Ah, no, ni lo sueñes, a mí lo que me toca es engrasar los Ejes del Limón Universal —replicó el Hermano Revocador, acalorado—. Siempre estás diciendo que me toca a mí…

El Gran Maestro Supremo suspiró en las profundidades de su capucha al ver que comenzaba la enésima disputa. ¿Y con aquellos borricos pretendía dar origen a una Era de Racionalidad?

—¿Os queréis callar los dos? —rugió—. La verdad es que esta noche no necesitamos las Ruedas del Tormento. Callaos de una vez. A ver, Hermanos…, ¿habéis traído los objetos que os indiqué?

Hubo un murmullo general.

—Ponedlos en el centro del Círculo de Conjuración —ordenó el Gran Maestro Supremo.

Era una colección lamentable. Les había dicho que trajeran objetos mágicos. Sólo el Hermano Dedos había presentado algo digno de tal nombre. Parecía una especie de adorno de altar, y era mejor no preguntar de dónde había salido. El Gran Maestro Supremo dio un paso hacia adelante y tocó una de las otras cosas con el pie.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

—Un amuleto —murmuró el Hermano Yonidea—. Es muy poderoso. Se lo compré a un tipo. Garantizado. Te protege contra las mordeduras de cocodrilo.

—¿Seguro que te puedes permitir prescindir de él? —preguntó el Gran Maestro Supremo.

El resto de los Hermanos, obedientemente, dejaron escapar unas risitas.

—¡Avergonzaos, Hermanos! —rugió, girando sobre sus talones—.

Os dije que trajerais objetos mágicos, ¡no bisutería barata y chatarra! ¡Demonios, si esta ciudad está podrida de magia! —Hurgó en el montón de objetos—. Maldita sea, ¿qué es esto?

—Son piedras —respondió el Hermano Revocador con voz titubeante.

—Eso ya lo veo. ¿Qué tienen de mágicas? El Hermano Revocador se echó a temblar.

—Tienen agujeros, Gran Maestro Supremo. Todo el mundo sabe que las piedras con agujeros son mágicas.

El Gran Maestro Supremo volvió a su lugar en el círculo. Alzó los brazos.

—De acuerdo. De acuerdo, muy bien —dijo, cansado—. Si queréis que lo hagamos así, lo haremos así. Si lo que obtenemos es un dragón de un palmo de grande, todos sabremos a qué se debe. ¿Verdad, Hermano Revocador? ¿Hermano Revocador? Lo siento, no he entendido lo que has dicho. ¿Qué has dicho, Hermano Revocador?

—He dicho que sí, Gran Maestro Supremo —susurró el aludido.

—Muy bien. Espero que todo haya quedado bien claro.

El Gran Maestro Supremo se volvió y tomó el libro entre las manos.

—Y ahora —dijo—, si ya estamos preparados…

—Mmm. —EJ Hermano Vigilatorre alzó una mano con timidez—. ¿Preparados para qué, Gran Maestro Supremo?

—Para la invocación, por supuesto. ¡Diantres, debí imaginar…!

—Pero es que no nos has dicho qué tenemos que hacer, Gran Maestro Supremo —gimió el Hermano Vigilatorre.

El Gran Maestro titubeó. Era verdad, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—Claro, por supuesto —bufó—. Porque es obvio. Tenéis que enfocar vuestra concentración. Pensad en dragones —tradujo—. Todos a la vez.

—¿Y eso es todo, nada más? —preguntó el Portero.

—Sí.

—¿No tenemos que entonar ruinas místicas, ni nada por el estilo?

El Gran Maestro Supremo lo miró. El Hermano Portero, ante la opresión, era tan desafiante como puede serlo una sombra anónima oculta bajo una capucha negra. Si se había unido a una sociedad secreta, quería entonar runas místicas. Era lo que más le había atraído.

—Bueno, entona lo que quieras —bufó el Gran Maestro Supremo —. Ahora quiero que… *¿sí, qué pasa, Hermano Yonidea?*

El menudo Hermano bajó la mano.

—No me sé ninguna ruina, Gran Maestro. Y entonar, lo que se dice entonar…

—¡Silencio!

Abrió el libro.

Le sorprendió bastante ver que, tras páginas *y* más páginas de aclaraciones místicas, la invocación en sí no era más que una frase breve. No un cántico, ni siquiera una rima, sino unas cuantas sílabas sin sentido. De Malaquita decía que causaba pautas de interferencia en las ondas de la realidad, pero seguro que el viejo imbécil se lo había inventado sobre la marcha. Eso era lo malo de los magos, tenían que hacer que todo pareciera difícil. En realidad, lo único que se necesitaba era fuerza de voluntad. Y los Hermanos tenían de sobras. Una fuerza de voluntad irracional y vitriólica, sí, cargada de maldad posiblemente, pero a su manera suficientemente poderosa…

Esta vez no intentarían nada exagerado. Algo discretito…

En torno a él, los Hermanos entonaban lo que cada uno consideraba, según sus luces, algo místico. El efecto general no estaba nada mal, mientras no se prestara atención a las palabras. Las palabras. Ah, sí-Bajo la vista y las pronunció en voz alta. Nada sucedió. Parpadeó.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontraba en un callejón oscuro, tenía el estómago lleno de fuego y estaba muy furioso.

Iba a ser la peor noche en la vida de Zebbo Mooty, ladrón de tercera clase, y no le habría consolado en absoluto saber que también sería la última. La lluvia hacía que la gente se quedara en sus casas, y él aún no había cumplido el cupo. Por tanto, se mostró un poco menos cauteloso de lo que habría sido en otras circunstancias.

Durante la noche, en las calles de Ankh-Morpork la precaución es un absoluto. No existe el concepto de «precaución moderada». O eres muy precavido, o eres un cadáver. Quizá camines y respires, pero el caso es que eres un cadáver.

Mooty oyó los sonidos amortiguados que le llegaban de un callejón cercano, se sacó de la manga la cachiporra forrada de cuero, esperó a que su víctima estuviera a punto de doblar la esquina, saltó, exclamó «¡Oh, mier…!», y murió.

Fue una muerte de lo más inusual. Nadie moría así desde hacía por lo menos un siglo.

El muro de piedra que había a su espalda se puso al rojo vivo por el calor, y el brillo se fue fundiendo poco a poco con la oscuridad circundante.

Fue el primer ciudadano de Ankh-Morpork en ver al dragón. Por desgracia, esto no lo consoló en absoluto, porque estaba muerto.

«… da», dijo.

Su yo desencarnado contempló el montoncito de cenizas que, esto lo supo con una certeza poco común, eran lo que quedaba de su cuerpo. Ver tus propios restos mortales es una sensación extraña. No

le pareció tan espantoso como habría dicho si se lo hubieran preguntado diez minutos antes. El hecho de descubrir que estás muerto se compensa al descubrir que hay una parte de ti consciente que se da cuenta de que estás muerto.

El callejón volvía a estar desierto.

—Pues sí que ha sido raro —se dijo Mooty.

EXTREMADAMENTE INUSUAL, DESDE LUEGO.

—¿Has visto eso? ¿Qué era? —preguntó el ladrón a la oscura figura que salía de entre las sombras—. Y ya que estamos, ¿quién eres tú? —añadió con tono de sospecha.

ADIVINA —respondió la voz.

Mooty escudriñó a la figura encapuchada.

—¡Vaya! —exclamó—. No sabía que acudieras a por la gente como yo.

ACUDO A POR *TODOS*.

—Quiero decir en persona…, bueno, más o menos.

A VECES. EN OCASIONES ESPECIALES.

—Sí, bueno —concedió Mooty—. ¡Y ésta es una de ellas, sin duda! O sea, ¡era un jodido dragón! ¿Qué se supone que puede hacer uno? ¡Nadie espera encontrarse un dragón a la vuelta de la esquina!

EN FIN, SI NO TE IMPORTA VENIR POR AQUÍ… —indicó la Muerte, poniendo una mano esquelética en el hombro del ex ladrón.

—¿Sabes una cosa? Una echadora de cartas me dijo que moriría en la cama, rodeado de bisnietos llorosos —dijo Mooty a la alta figura —. ¿Qué te parece, eh?

ME PARECE QUE ESTABA EQUIVOCADA.

—Un jodido dragón —gruñó Mooty—. Y respiraba fuego, y todo. ¿Sufrí mucho?

NO. FUE PRÁCTICAMENTE INSTANTÁNEO.

—Menos mal. No me gustaría pensar que sufrí mucho. —Mooty miró a su alrededor—. ¿Qué viene ahora? —preguntó.

Tras él, la lluvia convirtió en barro el montoncito de cenizas negras.

El Gran Maestro Supremo abrió los ojos. Estaba tendido de espaldas. El Hermano Yonidea se disponía a hacerle la respiración boca a boca. La sola idea bastaba para despertar a cualquiera que se hubiera desmayado. Se sentó y trató de librarse de la sensación de que pesaba varias toneladas y estaba cubierto de escamas.

—Lo logramos —susurró—. ¡El dragón! ¡Acudió! ¡Lo he sentido!

Los Hermanos se miraron entre ellos.

—Pues nosotros no hemos visto nada —señaló el Hermano Revocador.

—A mí me pareció ver algo —dijo el Hermano Vigilatorre,

lealmente.

—No, no estaba aquí —bufó el Gran Maestro Supremo—. No esperaríais que se materializara aquí mismo, ¿verdad? Fue afuera, en la ciudad. Sólo unos segundos… —Señaló con un dedo—. ¡Mirad!

Los Hermanos se volvieron rápidamente, temerosos de encontrarse frente a frente con una bocanada de llamas.

En el centro del círculo, los objetos mágicos se estaban convirtiendo en polvo. Ante sus ojos, el amuleto del Hermano Yonidea se deshizo.

—Se han quedado secos —susurró el Hermano Dedos.

—Tres dólares que me costó ese amuleto, nada menos —murmuró el Hermano Yonidea.

—Pero eso demuestra que funciona —dijo el Gran Maestro Supremo—. ¿No lo veis, idiotas? ¡Funciona! ¡Podemos invocar dragones!

—Pero nos va a salir muy caro en objetos mágicos —respondió el Hermano Dedos, dubitativo.

—… *tres dólares, que no es ninguna tontería*…

—El poder no es barato —rugió el Gran Maestro.

—Muy cierto —asintió el Hermano Vigilatorre—. No es barato. Muy cierto. —Volvió a contemplar los restos agotados de los objetos —. Vaya —siguió—. ¡Lo hemos logrado, claro que sí! Nos pusimos a ello e hicimos magia, ¿verdad?

—¿Lo veis? —exclamó el Hermano Dedos—. ¡Os dije que no era peligroso!

—Todos lo habéis hecho excepcionalmente bien —los animó el Gran Maestro Supremo.

—… *quería cobrarme seis dólares, pero me dijo que me lo dejaba en tres aunque iba a la ruina*…

—Sí —siguió el Hermano Vigilatorre—. ¡Le hemos cogido el tranquillo enseguida! Y no ha dolido nada. ¡Hemos hecho magia de verdad! Además, no han aparecido demonios, ni nada por el estilo, Hermano Revocador. No sé si te habrás dado cuenta.

Los otros Hermanos asintieron. Magia de verdad.

Y no era para tanto. Que se fuera preparando todo el mundo.

—Alto ahí, un momento —intervino el Hermano Revocador—. ¿Adonde ha ido este dragón? Es decir, ¿lo hemos invocado o no?

—Es muy propio de ti hacer preguntas tan estúpidas —replicó el Hermano Vigilatorre, algo inseguro.

El Gran Maestro Supremo se sacudió el polvo de su capa mística.

—Lo invocamos —explicó—, y acudió. Pero sólo mientras duró la magia. Luego volvió a marcharse. Si queremos que se quede más tiempo, necesitamos más magia, ¿comprendéis? Y la conseguiremos.

—… *tres dólares, que no se ganan así como así*…

—¡Cállate!

> Queridísimo padre [escribió Zanahoria]: Bueno, aquí estoy, en Ankh-Morpork. Las cosas no son como en casa. Creo que todo ha cambiado un poco desde que estuvo aquí el bisabuelo del señor Varneshi. Me parece que la gente de esta ciudad no sabe diferenciar el Bien del Mal.
>
> Encontré al capitán Vimes en una cervecería. Me acordé de lo que decías, que un enano decente no entraba en esos lugares, pero como él no salía, pasé al interior. Lo vi tumbado con la cabeza en la mesa. Cuando le hablé, me dijo que arrimara un taburete y le pagara la siguiente. Creo que la bebida le había afectado. Me dijo también que me buscara un sitio para dormir y luego me presentara al sargento Colon en la Casa de la Guardia, esa misma noche. Luego añadió que cualquiera que quisiera unirse a la guardia tenía que hacerse mirar la cabeza.
>
> El señor Varneshi no mencionó esto. Quizá lo hagan por motivos de Higiene.

Fui a dar un paseo. Aquí hay mucha gente. Encontré un lugar que se llama Las Sombras. Luego vi que unos hombres intentaban robar a una Señorita. Me enfrenté a ellos. No sabían luchar bien, y uno de ellos intentó pegarme una patada en las Partes Vitales, pero yo llevaba el Protector, como me habían dicho, y el hombre se hizo daño. Luego la Señorita vino y me dijo que si quería una cama. Yo le dije que sí. Me llevó a donde vivía, una especie de pensión, aunque lo llamó otra cosa que empieza por B, pero no me acuerdo. La dirige la señora Palma. La señorita del Bolso se llama Reet, y le dijo, tendrías que haberlo visto, eran 3, fue increíble. La señora Palma dijo, Corre por cuenta de la casa. También me dijo, Qué Protector tan grande. Así que subí arriba y me quedé dormido, aunque era un lugar con mucho ruido. Reet me despertó una o dos veces para decirme que si quería algo, pero no tenían manzanas. Así que me quedé dormido de pie, como dicen aquí, aunque no lo entiendo muy bien, porque si te duermes de pie te caes, es de Sentido Común.

Desde luego, hay muchas cosas que hacer. Cuando fui a ver al sargento, me encontré con un lugar que es ¡¡el Gremio de Ladrones!! Pregunté a la señora Palma y me dijo que claro. Me dijo que los jefes de los Ladrones de la Ciudad se reúnen allí. Fui a la Casa de la Guardia y conocí al sargento Colon, que es un hombre muy gordo, y cuando le hablé del Gremio de Ladrones me dijo, No seas idiota. No creo que hablara en serio. Me dijo, No te preocupes por el Gremio de

Ladrones, lo único que tienes que hacer es pasear por las Calles de Noche, gritando Las doce en punto y sereno. Y yo le pregunto, ¿Y si no todo está sereno? Y él me dijo que me fuera a buscar otra calle.

Esto no es Liderazgo.

Me han dado una especie de cota de mallas. Está oxidada, y no muy bien hecha.

Te dan dinero por ser guardia. Son 20 dólares al mes. Cuando los tenga te los enviaré.

Espero que estéis todos bien y que hayáis vuelto a abrir el Pozo número 5. Esta tarde iré a ver el Gremio de Ladrones. Es una vergüenza. Si hago algo al respecto, me apuntaré un Tanto. Ya empiezo a entender la manera de hablar de aquí.

Tu hijo que te quiere, Zanahoria.

P.D. Por favor, dale recuerdos a Minty. La echo mucho de menos.

Lord Vetinari, el patricio de Ankh-Morpork, se pasó una mano por los ojos.

—¿Que hizo qué?

—¡Me llevó *arrestado* por las calles! —exclamó Urdo van Pew, actual presidente del Gremio de Ladrones, Rateros y Profesiones Relacionadas—. ¡A plena luz del día! ¡Y con las manos atadas!

Dio unos pasos en dirección a la austera silla en el despacho del patricio, blandiendo un dedo.

—Sabes muy bien que nos hemos mantenido dentro de los márgenes de la Cuota —dijo—. ¡Y qué humillación!

¡Me trató como a un criminal común! Más vale que reciba una disculpa en toda regla —añadió— o tendrás otra huelga. Nos veremos obligados, pese a nuestra natural responsabilidad cívica —zanjó.

Fue lo del dedo. Lo del dedo fue un error. El patricio contemplaba con ojos fríos el dedo. Van Pew siguió la dirección de su mirada y bajó la mano rápidamente. El patricio no era hombre ante el cual se pudiera blandir un dedo, a no ser que quisieras acabar contando sólo hasta nueve.

—¿Y dices que fue una sola persona? —preguntó lord Vetinari.

—¡Sí! Exacto… —titubeó Van Pew.

Ahora que lo narraba en voz alta, sonaba un tanto extraño.

—En cambio, dentro había cientos de vosotros —siguió el patricio con tranquilidad—. Es una cueva de ladrones…, si me disculpas la expresión.

Van Pew abrió y cerró la boca unas cuantas veces. La respuesta sincera habría sido: sí, y si alguien se hubiera colado a hurtadillas, lo habría pasado mal. Fue su manera de entrar, como si fuera el dueño del edificio, lo que engañó a todo el mundo. Eso y el hecho de que no dejó de golpear a todo el mundo y de decirnos que Rectificáramos.

El patricio asintió.

—Me ocuparé de este asunto en un momento —dijo.

Era una buena frase. Siempre hacía titubear a la gente. Nunca estaban seguros de si quería decir que se ocuparía enseguida, o que se ocuparía *brevemente.* Y nadie se atrevía a preguntarle.

Van Pew reculó.

—Una disculpa en toda regla, te lo recuerdo. Tengo que proteger mi reputación —insistió.

—Gracias. No quiero entretenerte más —replicó el patricio, dando de nuevo su toque personal al idioma.

—Eso. Bien. Gracias. Muy bien —asintió el ladrón.

—Al fin y al cabo, tienes mucho trabajo —siguió lord Vetinari.

—Por supuesto, por supuesto. El ladrón titubeó. La última frase del patricio tenía punta. Uno se encontraba a la espera de recibir el golpe.

—Ejem… —carraspeó, a la espera de recibir una pista.

—Lo digo por todo el trabajo que estáis haciendo, claro.

El pánico se apoderó del rostro del ladrón. Un sentimiento de culpabilidad sin rumbo fijo vagó por su mente. No se trataba de lo que había hecho, se trataba de lo que el patricio hubiera averiguado al respecto. Aquel hombre tenía ojos en todas partes, pero no había par más aterrador que los gélidos azules que brillaban sobre su nariz.

—Yo…, eh…, no acabo de comprender…

—Una selección muy curiosa. —El patricio tomó una hoja de papel—. Por ejemplo, una bola de cristal perteneciente a una adivina de Calle Abrupta. Un pequeño adorno del templo de Offler, el Dios Cocodrilo. Y más cosas. Chatarra.

—La verdad es que no sé… —tartamudeó el jefe de los ladrones.

El patricio se inclinó hacia él.

—No habrá ladrones *sin licencia,* claro —dijo.[6]

—¡Investigaré ese asunto personalmente! —balbució el ladrón—. ¡Puedes estar seguro! El patricio le dirigió una dulce sonrisa.

—Lo sé —replicó—. Gracias por venir a verme. No te entretengo más.

El ladrón salió lo más deprisa que pudo. Con el patricio siempre pasaba lo mismo, reflexionó amargamente. Acudías a presentarle una queja de lo más razonable, y lo siguiente que sabías era que te estabas retirando caminando de espaldas, haciendo reverencias y satisfecho de seguir con vida. Eso había que concedérselo al patricio, admitió de mala gana. Porque, si no se lo concedías, enviaba a sus hombres para que lo cogieran de todos modos.

Cuando se hubo marchado, lord Vetinari hizo sonar la campanita de bronce con la que llamaba a su secretario. Pese a su caligrafía, el hombre se llamaba Lupine Wonse. Apareció esgrimiendo ya la pluma.

La principal característica de Lupine Wonse era su limpieza.

Siempre daba la impresión de estar recién hecho. Hasta su cabello era tan liso y engominado que parecía pintado.

—Parece que la Guardia ha tenido algunos problemas con el Gremio de Ladrones —dijo el patricio—. Van Pew acaba de pasar para decirme que un guardia lo arrestó.

—¿Por qué, señor?

—Al parecer, por ser un ladrón.

—¿Un miembro de la *Guardia}* —se asombró el secretario.

—Lo sé, lo sé. Arréglalo, por favor.

El patricio sonrió para sus adentros.

Siempre resultaba difícil entender el peculiar sentido del humor de lord Vetinari, pero no podía dejar de recordar al jefe de los ladrones, enrojecido y airado.

Una de las mejores contribuciones del patricio a las reformas de Ankh-Morpork había sido legalizar el antiguo Gremio de Ladrones, al principio de su mandato. Siempre habrá crimen, razonó, y por tanto, si tenemos que soportarlo, al menos que sea crimen *organizado.*

Así que habían persuadido al Gremio para que saliera de las sombras y construyera una gran casa de reuniones, ocupara su lugar en los banquetes de la ciudad y fundara una academia con cursillos acelerados, certificados de aprendizaje, libros de escolaridad y todo eso. A cambio dé la no intromisión de la Guardia, accedieron a mantener el nivel de criminalidad según las cifras acordadas anualmente. De esa manera, dijo lord Vetinari, todo el mundo podía planear sus gastos por anticipado, y se eliminaban parte de las inseguridades del caos que es la vida.

Así, un poco más adelante, el patricio volvió a reunir a los ladrones y les dijo, oh, por cierto, ahora que me acuerdo…, vaya, no sé qué iba a decir… ¡ah, sí!

Sé quiénes sois, les dijo. Sé dónde vivís. Sé qué clase de caballos tenéis. Sé a qué peluquería van vuestras esposas. Sé los nombres de vuestros encantadores hijos, por cierto, ¿cuántos años tienen ya?, cielos, cómo pasa el tiempo, y sé dónde juegan. Así que no olvidéis nuestro acuerdo, ¿vale? Y sonrió.

Ellos también sonrieron, después de tragar saliva.

Y la verdad es que todo funcionó muy satisfactoriamente para todo el mundo. El jefe de los ladrones tardó poco en echar barriga y en hacerse diseñar escudos de armas, además de buscar un edificio adecuado para las reuniones y olvidarse para siempre de los antros llenos de humo. Establecieron un complicado sistema de recibos y facturas mediante el cual, aunque todo el mundo podía recibir las atenciones del Gremio, nadie las recibía en exceso, y la situación era muy aceptable…, al menos para los ciudadanos suficientemente ricos como para pagar la razonable tarifa que el Gremio cobraba a cambio

de una vida sin sobresaltos. Había una extraña expresión extranjera para denominar esto: *palizas de canguros.* Nadie sabía exactamente qué significó en un principio, pero Ankh-Morpork la había adoptado.

A la Guardia no le hizo gracia, pero los hechos demostraron que los ladrones controlaban el crimen mejor de lo que lo habían hecho ellos. Al fin y al cabo, la Guardia tenía que trabajar el doble para hacer que el índice de criminalidad bajara, mientras que el Gremio lo único que tenía que hacer era trabajar menos.

Así, la ciudad prosperó, y la Guardia se fue atrofiando como un apéndice inútil, convirtiéndose en una pandilla de inútiles a los que nadie en su sano juicio tomaba en consideración.

Y nadie quería que se les metiera en la cabeza combatir el crimen. Pero ver la humillación del jefe de los ladrones había valido la pena, en opinión del patricio.

El capitán Vimes llamó a la puerta con mucho cuidado, porque cada golpe le resonaba en el cráneo.

—Adelante.

Vimes se quitó el casco, se lo puso bajo el brazo y empujó la puerta para abrirla. El crujido fue como una sierra roma en la parte delantera de su cerebro.

Siempre se sentía intranquilo en presencia de Lupine Wonse. En realidad, siempre se sentía intranquilo en presencia de lord Vetinari, pero eso era diferente… era cuestión de *posición.* Un temor de lo más normal. Mientras que a Wonse lo conocía desde su infancia en las Sombras. El muchacho había sido prometedor incluso entonces. Nunca fue un jefe de banda. No tenía ni la fuerza ni la vitalidad necesarias. Además, ¿de qué servía ser jefe de una banda? Tras cada jefe de banda hay un par de tenientes en busca de un ascenso. Ser jefe de banda no es una ocupación con muchas perspectivas. Pero en todas las bandas hay un jovencito pálido al que se acepta porque siempre se le ocurren buenas ideas, generalmente relativas a ancianas y a tiendas mal cerradas; ése era el lugar de Wonse en el orden natural de las cosas.

Vimes había estado en el pelotón, la versión en falseto de la carne de cañón. En su recuerdo, Wonse era un chaval flacucho, siempre caminando a saltitos para mantenerse al ritmo de los muchachos más corpulentos, y siempre con nuevas ideas para mantenerlos ocupados y que no se metieran con él, que era la diversión habitual si no había nada más interesante. Fue un entrenamiento excepcional para los rigores de la madurez, y Wonse adquirió una experiencia envidiable.

Sí, los dos habían empezado desde abajo. Pero Wonse había ascendido, mientras que Vimes era el primero en admitir que él se había limitado a *seguir.* Cada vez que parecía a punto de llegar a alguna parte, expresaba su opinión, o decía lo que no debía.

Generalmente, ambas cosas a la vez.

Eso era lo que hacía que se encontrara incómodo en presencia de Wonse: el sonido del brillante mecanismo de la ambición.

Vimes nunca había dominado la ciencia de la ambición. Era algo que sucedía a los demás, no a él.

—Ah, Vimes.

—Señor —replicó Vimes, rígido.

No intentó saludar por si acaso se caía de bruces. Deseó haber tenido tiempo para beber la cena antes de acudir.

Wonse rebuscó entre los papeles de su escritorio.

—Están pasando cosas extrañas, Vimes. Me temo que hay algunas quejas graves sobre ti —dijo.

El secretario no llevaba gafas. Si las hubiera llevado, habría mirado al capitán por encima de ellas.

—¿Señor?

—Uno de tus hombres de la Guardia Nocturna. Al parecer, arrestó al jefe del Gremio de Ladrones.

Vimes se tambaleó y trató de concentrar la vista con todas sus fuerzas. No había acudido preparado para algo como aquello.

—Lo siento, señor, no he comprendido bien.

—He dicho, Vimes, que uno de tus hombres arrestó al jefe del Gremio de Ladrones.

—¿Uno de mis hombres?

—*Sí.*

Las células dispersas del cerebro de Vimes hicieron un valiente esfuerzo por reagruparse.

—¿Un miembro de la *Guardia?* —insistió. Wonse le dirigió una sonrisa desagradable.

—Lo ató y lo dejó delante del palacio. La cosa no está muy clara. También dejó una nota…, ah… aquí está… «Este hombre ha sido arrestado acusado de Conspiración para cometer Crimen, bajo la Sección 14 (iii) del Acta General de Felonías, 1678, por mí, Zanahoria Fundidordehierroson.»

Vimes entrecerró los ojos para ver mejor.

—¿Catorce i-i-i?

—Eso parece —asintió Wonse.

—¿Qué significa?

—La verdad es que no tengo ni la más remota idea —replicó el secretario con voz seca—. Y en cuanto a ese nombre… ¿Zanahoria?

—¡Pero nosotros no hacemos esas cosas! —exclamó Vimes—. No podemos ir por ahí arrestando a los ladrones del Gremio. ¡Nos pasaríamos la vida haciéndolo!

—Por lo visto, el tal Zanahoria no opina lo mismo. El capitán sacudió la cabeza y volvió a entrecerrar los ojos.

—¿Zanahoria? No me suena de nada.

El tono de seguridad resacosa fue suficiente hasta para Wonse, que quedó desconcertado por un momento.

—Fue bastante… —titubeó el secretario—. Zanahoria, Zanahoria —repitió—. Yo conozco ese nombre. Lo he visto escrito. —Su rostro se iluminó—. ¡Ya recuerdo, el voluntario! ¿Te acuerdas de que te enseñé la carta?

Vimes lo miró.

—Sí, la enviaba… creo que un enano…

—Decía no sé qué de mantener seguras las calles y servir a la comunidad, eso. Rogaba que se aceptara a su hijo en algún humilde puesto dentro de la Guardia.

El secretario estaba buscando entre sus archivos.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Vimes.

—Nada. Absolutamente nada. Eso es lo raro. Vimes frunció el ceño mientras sus pensamientos daban forma a un concepto novedoso.

—¿Un *voluntario?* —preguntó.

—Sí.

—¿No lo obligaron a ingresar?

—*Quiso* ingresar. Tú dijiste que debía de ser una broma, y yo te respondí que debíamos tratar de admitir a más minorías étnicas en la Guardia. ¿Te acuerdas ahora?

Vimes lo intentó. No era fácil. Tenía el vago recuerdo de que había bebido para olvidar. La cosa no tenía mucho sentido, porque últimamente no conseguía recordar lo que quería olvidar. Al final, resultaba que bebía para olvidarse de que bebía.

Una ristra de imágenes caóticas que no quiso dignificar dándoles el nombre de recuerdos pasó por su cabeza, sin darle ninguna pista.

—No —respondió, impotente.

Wonse cruzó las manos sobre el escritorio.

—A ver si nos entendemos, capitán —dijo—. Su señoría quiere una explicación. Y yo no tengo ganas de decirle que el capitán de la Guardia Nocturna no se entera de lo que hacen los hombres que están a sus órdenes, si entendemos la palabra órdenes en un sentido muy amplio. Este tipo de cosas sólo traen problemas, se hacen preguntas, todo eso. Y no es lo que queremos, ¿verdad?

—No, señor —murmuró Vimes.

El vago recuerdo de alguien que le hablaba respetuosamente en El Racimo de Uvas estaba haciéndole cosquillas de culpabilidad desde el fondo de su consciente. No había sido un enano, desde luego. No, a menos que los requisitos para ser un enano hubieran cambiado mucho en los últimos tiempos.

—Claro que no —asintió Wonse—. Por los viejos tiempos y todo eso. Así que ya se me ocurrirá alguna explicación para el patricio.

Pero tú, capitán, dedícate a averiguar qué está sucediendo, para que todo vuelva al orden. Explica brevemente a ese enano para qué son los guardias, ¿de acuerdo?

—Ja ja —rió Vimes, obediente.

—¿Cómo?

—Oh. Pensé que habías hecho un chiste étnico, señor.

—Mira, Vimes, estoy siendo muy comprensivo. Dadas las circunstancias. Pero ahora, quiero que arregles esto. ¿Comprendido?

Vimes saludó. La negra depresión que siempre albergaba se aprovechó de su estado de sobriedad y trasladó su morada a la punta de la lengua.

—Tienes mucha razón, señor secretario —respondió—. Me encargaré de que aprenda que arrestar a los ladrones va contra la ley.

Deseó no haberlo dicho. Si no dijera cosas como aquélla, ahora se encontraría en una posición mucho mejor, sería capitán de la Guardia de Palacio, un hombre importante. Darle el puesto en la Guardia Nocturna había sido un pequeño chiste por parte del patricio. Pero Wonse ya estaba leyendo un nuevo documento que había cogido de su escritorio. Si había advertido el sarcasmo, no lo demostraba.

—Muy bien —dijo.

> Queridísima madre [escribió Zanahoria]: hoy ha sido un día mucho mejor. Fui al Gremio de Ladrones y arresté al jefe de los Criminales y lo llevé al Palacio del Patricio. Supongo que eso acabará con sus problemas. Y la señora Palma me ha dicho que me puedo quedar en la cama de la buhardilla porque siempre viene bien tener un hombre cerca. Eso fue porque por la noche unos hombres afectados por la bebida armaron Jaleo en la habitación de una de las chicas, y fui a hablar con ellos, pero intentaron Luchar y uno quiso golpearme con la rodilla, pero yo llevaba puesto el Protector y la señora Palma dice que se rompió la Rótula, aunque no tendré que pagarle una nueva.
>
> No comprendo algunos deberes de la Guardia. Tengo un compañero, se llama Nobby. Dice que soy demasiado rápido. Dice que tengo mucho que aprender. Creo que es verdad, porque sólo he llegado a la Página 326 de Las Leyes y Ordenanzas de las Ciudades de Ankh y Morpork. Besos a todos. Tu hijo, Zanahoria.
>
> P.D. Cariños a Minty.

No era sólo la soledad, era la vida en general cuando se vive al revés. Aquello lo colmaba todo, en opinión del capitán Vimes.

La Guardia Nocturna se levantaba cuando el resto del mundo se iba a la cama, y se acostaba cuando el amanecer empezaba a bañar el paisaje. Te pasabas la vida entera en calles oscuras y húmedas, en un mundo de sombras. A la Guardia Nocturna sólo se alistaban aquellos que, por un motivo u otro, preferían aquel modo de vida.

Llegó a la Casa de la Guardia. Era un edificio antiguo y sorprendentemente grande, entre una curtiduría y una sastrería que fabricaba sospechosas prendas de cuero. En el pasado sin duda fue imponente, pero ahora buena parte de él era inhabitable, y sólo lo patrullaban búhos y ratas. Sobre la puerta, un lema escrito en la antigua lengua de la ciudad estaba casi erosionado por el tiempo, la humedad y el musgo, pero se podían distinguir las letras:

Según el sargento Colon, que había estado destinado en el Extranjero y se consideraba un experto en idiomas, significaba «Proteger y Servir».

Sí. En el pasado, ser guardia debió de significar algo importante.

Al entrar tambaleante en la húmeda penumbra, pensó en el sargento Colon. A aquel hombre sí que le gustaba la oscuridad. Debía treinta años de feliz matrimonio al hecho de que la señora Colon trabajaba todo el día, y el sargento Colon trabajaba toda la noche. Se comunicaban por medio de notas. Él le preparaba el té antes de salir por la noche, y ella le dejaba el desayuno listo y calientito en el horno por las mañanas. Tenían tres hijos ya mayorcitos, nacidos, según opinión de Vi-mes, como resultado de una caligrafía extremadamente persuasiva.

El cabo Nobbs…, bueno, cualquiera con el aspecto de Nobby tenía un número infinito de motivos para no desear que lo vieran los demás. Para notarlo no había que pensar demasiado. Sólo había un motivo para no decir qué Nobby estaba cerca del reino animal, y era que el reino animal se alejaría a toda velocidad.

Y luego estaba él mismo, claro. Un flaco montón de malas costumbres marinadas en alcohol. Eso era la Guardia Nocturna. Sólo tres personas. En el pasado hubo docenas, cientos. Y ahora… sólo tres.

Vimes subió las escaleras con paso inseguro, se abrió camino hacia su despacho, se dejó caer en un sillón de cuero cuarteado cuyo relleno se salía por todas partes, rebuscó en el cajón inferior, cogió una botella, agarró el corcho con los dientes, tiró, lo escupió y bebió un largo trago. Empezaba su día.

El mundo empezó a enfocarse.

La vida es igual que la química. Una gota por aquí, una presión por allá y todo cambiaba. Engullía unos decilitros de zumos fermentados y, de repente, empezaba a vivir unas horas más.

En el pasado, en los tiempos en que aquél había sido un barrio respetable, el esperanzado propietario de una taberna en el portal contiguo pagó a un mago una considerable suma de dinero a cambio de un letrero luminoso en el que cada letra era de un color diferente. Ahora funcionaba de manera caótica, y a veces, con la humedad, se cortocircuitaba. En aquel momento la E era de un rosa enfermizo, y se encendía y se apagaba al azar.

Vimes se había acostumbrado a él. Parecía formar parte de la vida.

Contempló durante un rato el vacilante juego de luces en la fachada semiderruida. Luego, levantó un pie metido en su sandalia y dio dos fuertes patadas en los tablones que formaban el suelo.

Tras unos pocos minutos, un sonido lejano indicó que el sargento Colon subía por las escaleras.

Vimes contó en silencio. Colon siempre hacía una pausa de seis segundos al final de los peldaños para recuperar el aliento, al menos en parte.

Al séptimo segundo, la puerta se abrió. La cara del sargento apareció por la ranura como una luna llena.

Se podía describir al sargento Colon de la siguiente manera: era el tipo de hombre que, si se decidiera por la carrera militar, gravitaría automáticamente hasta el puesto de sargento. Nadie lo podía imaginar como cabo. Ni como capitán, desde luego. Fuera del ejército, parecía hecho a medida para algo como fabricante de salchichas, para cualquier cosa que requiriese un rostro sonrosado y una terrible tendencia a sudar.

Saludó y, con mucho cuidado, puso una arrugada hoja de papel sobre el escritorio de Vimes. La alisó con las manos.

—Buenas noches, capitán —dijo—. El informe de los incidentes de ayer y todo eso. Ah, se me olvidaba, debes cuatro peniques en el Club de Té.

—¿Qué es eso de un enano, sargento? —le preguntó Vimes bruscamente. Colon arqueó las cejas.

—¿Qué enano?

—El que se acaba de unir a la Guardia. Se llama…

—Vimes titubeó—. Zanahoria, o algo así.

—¿Ése? —Colon se quedó boquiabierto—. ¿Es un *enano?* ¡Ya decía yo que no te puedes fiar de esos malditos! Me engañó como a un tonto, capitán, ¡el muy canalla debió de mentir con respecto a su altura!

Colon se fijaba mucho en la altura, sobre todo en la de los que eran más bajos que él.

—¿Sabes que arrestó al presidente del Gremio de Ladrones esta mañana?

—¿Por qué?

—Al parecer, por ser presidente del Gremio de Ladrones.

El sargento lo miró, asombrado.

—¿Y dónde está el crimen?

—Creo que lo mejor será que tenga una charla con el tal Zanahoria —suspiró Vimes.

—¿No lo viste, señor? —señaló Colon—. Dijo que se había presentado ante ti.

—Yo, eh…, debía de estar muy ocupado en aquel momento. Con

muchas cosas en la cabeza.

—Claro, señor —respondió Colon con educación.

Vimes tuvo el suficiente orgullo como para apartar la vista y remover un poco los estratos de papeles que poblaban su escritorio.

—Tenemos que sacarlo de las calles lo antes posible —murmuró —. ¡Lo próximo que se le ocurrirá será detener al presidente del Gremio de Asesinos por matar a alguien! ¿Dónde está ahora?

—Lo puse de compañero con el cabo Nobbs, capitán. Dijo que le enseñaría los entresijos de la cosa, o algo por el estilo.

—¿Has enviado a un recluta con *Nobby* —casi gritó Vimes.

Colon tragó saliva.

—Bueno, señor, es un hombre con experiencia. Pensé que el cabo Nobbs podía enseñarle muchas cosas…

—Esperemos que no aprenda demasiado deprisa —dijo el capitán, al tiempo que se ponía el casco de hierro—. Vamos.

Cuando salieron de la Casa de la Guardia, había una escalera apoyada contra la pared de la taberna. Un hombre corpulento, subido a ella, maldecía entre dientes mientras trajinaba con el letrero luminoso.

—La que no funciona bien es la E —le advirtió Vimes.

—¿Qué?

—La E. Y la T chisporrotea cuando llueve. Ya era hora de que lo arreglaran.

—¿Arreglarlo? Ah. Sí. Arreglarlo. Claro. Lo estoy arreglando.

Los guardias se alejaron chapoteando en los charcos. El Hermano Vigilatorre sacudió la cabeza lentamente y volvió a concentrarse en el destornillador.

En todas las fuerzas armadas hay hombres como el cabo Nobbs. Aunque su conocimiento de las reglas suele ser enciclopédico, ponen buen cuidado en no ascender jamás más allá de cabo, por ejemplo. Nobbs hablaba por la comisura de los labios. Fumaba sin cesar, pero lo que más extrañó a Zanahoria fue que, aunque todos los cigarrillos de Nobby se convertían en colillas casi al instante, seguían *siendo* colillas indefinidamente, o hasta que se las colocaba tras la oreja, que era una especie de Cementerio de los Elefantes para la nicotina. En las raras ocasiones en que se sacaba una de la boca, la mantenía en la mano como si la protegiera.

Era un hombre menudo, de piernas torcidas, con un cierto parecido al chimpancé que no llega nunca a grabar anuncios divertidos de televisión.

Era de edad indeterminada. Pero por su cinismo y por su hastío ante el mundo en general, que son algo así como la prueba del carbono para la personalidad, debía de tener unos siete mil años.

—Esta ruta es coser y cantar —dijo mientras caminaban por una húmeda calle en el barrio de los comerciantes.

Giró la manilla de una puerta. Estaba cerrada.

—Tú sigue conmigo —añadió—, y me encargaré de que te enteres de todo. Venga, prueba las puertas de la otra acera de la calle.

—Ah. Ya entiendo, cabo Nobbs. Es para saber si alguien se ha dejado la tienda abierta —dijo Zanahoria.

—Aprendes de prisa, hijo.

—Espero que podamos apresar al criminal durante el delito, señor —añadió el chico, lleno de celo profesional.

—Eh…, claro —asintió Nobby, inseguro.

—Pero, si encontramos alguna puerta abierta, supongo que deberemos llamar al propietario —siguió Zanahoria—. Y uno de nosotros tendrá que quedarse para vigilar entretanto, ¿no?

—¿Tú crees? —se animó Nobby—. Yo me encargaré de eso, tranquilo. Tú puedes ir a buscar a la víctima. Al propietario, quiero decir.

Probó otra manilla. Ésta giró.

—En las montañas, de donde yo vengo —señaló Zanahoria—, si atrapaban a un ladrón, lo colgaban por…

Se detuvo, tanteando una manilla.

Nobby lo miró.

—¿Por dónde? —preguntó entre horrorizado y fascinado.

—Ahora no me acuerdo —respondió el chico—. De todos modos, mi madre decía que se merecían algo mucho peor. Robar está Mal.

Nobby había sobrevivido a muchas masacres gracias al hecho de no estar allí. Soltó la manilla y le dio una palmadita amistosa.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Zanahoria. Nobby se sobresaltó.

—¿El qué? —gritó.

—Ya me acuerdo de cómo los colgaban.

—Oh —susurró el cabo—. ¿Por dónde?

—Por todo el muro de la ciudad —respondió el chico—. A veces durante días enteros. No volvían a hacerlo, se lo aseguro. Se lo digo yo —añadió.

Nobby apoyó la lanza contra la pared y rebuscó una colilla diminuta tras su oreja. Decidió que había que aclarar un par de cosas.

—¿Por qué tuviste que hacerte guardia, muchacho? —le preguntó.

—Todo el mundo me pregunta lo mismo —dijo Zanahoria—. No tuve que. Quise. Así me haré un Hombre.

Nobby nunca miraba directamente a los ojos. Contempló asombrado la oreja derecha de Zanahoria.

—¿De verdad quieres decir que no estás huyendo de nada?

—¿Por qué iba a querer huir de algo? Nobby dio un par de

vueltas al asunto.

—Ah… Siempre hay algo. Quizá…, quizá se te acusó de algo que no habías hecho —sonrió—. Quizá, por ejemplo, faltaron cosas en las tiendas y te echaron la culpa injustamente. O aparecieron ciertas cosas en tu bolsa, y tú no tienes ni idea de cómo llegaron allí. Ese tipo de asuntos. Se lo puedes decir al viejo Nobby.

O quizá fue otra cosa… —Dio un codazo a Zanahoria—. Otra cosa, a lo mejor. *Cherché la femme,* ¿eh? ¿Metiste en apuros a una chica?

—Yo… —empezó Zanahoria.

Y entonces se acordó de que uno debía decir la verdad incluso a gente tan rara como Nobby, quienes no parecían saber lo que era eso. Y la verdad es que siempre estaba metiendo en apuros a Minty, aunque no sabía muy bien cómo ni por qué. Pero cada vez que se marchaba tras visitarla en la cueva de los Machacarrocas, oía los gritos de los padres de la chica. Siempre eran educados con él, pero, por algún motivo que no entendía, Minty se encontraba en apuros después de cada una de sus visitas.

—Sí —dijo al final.

—Ah. Suele suceder —asintió Nobby con gesto de entendido.

—Constantemente —añadió Zanahoria—. La verdad es que casi todas las noches.

—Vaya. —Nobby estaba impresionado. Bajó la vista hacia el Protector—. Ésa es la razón de que te hicieran ponerte eso, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no te preocupes. Todo el mundo tiene su pequeño secreto. O su gran secreto, que todo es posible. Hasta el capitán. Está con nosotros porque fue Traído a Nado por una Mujer. Eso dice el sargento. Traído a Nado.

Aquello parecía doloroso.

—Caray —se compadeció Zanahoria.

—Pero a mí me da la sensación de que es porque dice lo que piensa. Y lo dijo demasiado a menudo delante del patricio, que lo oí yo. Le dijo que los del Gremio de Ladrones no eran más que una pandilla de ladrones, o algo así. Por eso está con nosotros. La verdad, no sé. —Contempló el pavimento con mucho interés—. ¿Y dónde vives ahora, chico? —preguntó al final.

—Hay una señora, la señora Palma… —empezó Zanahoria.

Nobby se atragantó, y el humo se le fue por otro camino.

—¿En Las Sombras? —aulló—. ¿Estás viviendo en Las Sombras?

—Oh, sí.

—¿Todas las *noches*?

—Bueno, más bien todos los días, en realidad. Sí.

—¿Y has venido aquí para hacerte un hombre?

~¡Si!

—No creo que me gustara vivir en tu tierra —suspiró el cabo.

—Mire —replicó Zanahoria, que no entendía nada—, vine porque el señor Varneshi dijo que era el mejor trabajo del mundo, con eso de defender la ley y lo demás. Porque es así, ¿no?

—Bueno, eh… —vaciló Nobby—. En cuanto a eso…, lo de defender la ley, quiero decir…, o sea, antes sí, antes de que tuviéramos los Gremios y esas cosas… pero ahora, de la ley no es que quede mucho…, oh, bueno, no sé. Mira, lo que tienes que hacer es tocar la campana y agachar la cabeza por si acaso.

Nobby suspiró. Luego gruñó, se sacó el reloj de arena del cinturón y contempló los granos de arena que caían rápidamente. Lo devolvió a su sitio, quitó la funda de piel con que cubría el badajo de su campanilla y la sacudió un par de veces, no muy fuerte.

—Las doce en punto y sereno —murmuró.

—¿Y eso es todo? —preguntó Zanahoria mientras morían los ecos.

Nobby dio una rápida calada a la colilla.

—Más o menos. Más o menos.

—¿Así, sin más? ¿Nada de persecuciones por los tejados a la luz de la luna? ¿Nada de colgarnos de los candelabros del techo? ¿Nada por el estilo? —insistió el chico.

—Ni se me ocurriría —replicó Nobby con fervor—. En mi vida he hecho cosas como ésas. —Lanzó una bocanada de humo—. Correr por los tejados, vaya idea, ¡uno se puede matar haciendo esas cosas! Si no te importa, yo sigo con la campanilla, gracias.

—¿Puedo probar yo?

Nobby empezaba a sentirse desconcertado. Por eso, y sólo por eso, cometió el error de entregar la campanilla a Zanahoria sin decir palabra.

Zanahoria la examinó unos instantes. Luego, la sacudió vigorosamente por encima de su cabeza.

—*¡Las doce en punto y sereeeenoooo!* —aulló a pleno pulmón.

Los ecos resonaron en la calle, y al final los ahogó un silencio espeso, terrible. Varios perros ladraron en la noche. Un bebé empezó a llorar.

—¡Shhhh! —siseó Nobby.

—Bueno, es que todo está sereno, ¿no? —insistió Zanahoria.

—¡Pero dejará de estarlo si sigues sacudiendo así la maldita campana! ¡Dámela ahora mismo!

—¡No lo entiendo! —replicó el muchacho—. Mire, tengo este libro que me dio el señor Varneshi…

Se rebuscó los bolsillos hasta dar con Las Leyes y Ordenanzas.

Nobby echó un vistazo al volumen y se encogió de hombros.

—Ni sabía que existieran —dijo—. Ahora, sigamos con la ronda,

pero en silencio. Nada de gritar tanto, puedes llamar la atención de…, de cualquiera. Vamos, por aquí.

Agarró a Zanahoria por el brazo y lo arrastró a lo largo de la calle.

—¿De cualquiera? —protestó el chico mientras se veía empujado con decisión.

—De cualquiera con malas intenciones —susurró Nobby.

—¡Pero nosotros somos la Guardia!

—¡Exacto! ¡Por eso no queremos tener nada que ver con esa gente! ¡Recuerda lo que le sucedió a Gaskin!

—No recuerdo lo que le sucedió a Gaskin —señaló Zanahoria, asombrado—. ¿Quién es Gaskin?

—Fue antes de que llegaras tú —murmuró Nobby, algo más calmado—. Pobre tipo. Podría habernos pasado a cualquiera. —Alzó la vista para mirar al muchacho—. Ahora, haz el favor de ir calladito. Me estás poniendo los nervios de punta. ¡Persecuciones a la luz de la luna, nada menos!

Siguieron recorriendo la calle. El método normal de locomoción de Nobby consistía en una especie de mezcla entre deslizarse y esconderse, que le daba un aspecto extraño, como el de un cangrejo cojo.

—Pero…, pero… —insistió Zanahoria—. En este libro dice que…

—No quiero saber nada de ningún libro —gruñó Nobby.

Zanahoria parecía desconsolado.

—Pero es la Ley… —empezó.

Fue casi letalmente interrumpido por un hacha que salió disparada por un portal bajo junto a él, y fue a estrellarse contra la pared del otro lado. La siguieron los sonidos de la madera al quebrarse y el cristal al romperse.

—¡Eh, Nobby! —exclamó Zanahoria, apremiante—. ¡Eso es una pelea!

Nobby echó un vistazo al portal.

—Pues claro —dijo—. Es un bar de enanos. No hay cosa peor. Ni se te ocurra acercarte, chico. Esos pequeños canallas te ponen la zancadilla y luego te echan de todo encima. Tú quédate con el viejo Nobby y…

Agarró el brazo de Zanahoria, grueso como un tronco de árbol. Fue como intentar arrastrar un edificio.

El chico se había puesto pálido.

—¿Enanos *bebiendo!* ¿Y *peleando?*

—Puedes jurarlo —asintió Nobby—. Lo hacen constantemente. Y tienen un vocabulario que yo no me atrevería a usar ni con mi anciana madre. Ni se te ocurra mezclarte con ellos, son unos malditos…, *¡no entres ahí!*

Nadie sabe por qué los enanos, que en sus montañas natales llevan vidas tranquilas y ordenadas, se olvidan de todo eso en cuanto llegan a la gran ciudad. Hasta el más inocente extractor de hierro sufre una mutación que lo obliga a usar cota de mallas constantemente, llevar siempre un hacha, cambiarse el nombre por el de Agarragargantas Machacatibias o algo semejante, y beber como una esponja.

Probablemente sea porque llevan vidas tan tranquilas y ordenadas en sus montañas natales. Al fin y al cabo, con toda probabilidad, lo primero que quiere hacer un joven enano cuando llega a la gran ciudad tras setenta años de trabajar para su padre en el fondo de una mina sea echar un buen trago y luego golpear a alguien.

La pelea era una de esas encantadoras peleas de enanos, con unos cien participantes y unos ciento cincuenta bandos. Los gritos, maldiciones y el resonar de las hachas contra los cascos de hierro se mezclaban con los alaridos de un grupo de borrachos junto a la chimenea, quienes, siguiendo otra costumbre de los enanos, entonaban canciones relativas al oro.

Nobby se estrelló contra la espalda de Zanahoria, que contemplaba la escena horrorizado.

—Mira, esto es así todas las noches —dijo, apremiante—. No te metas, son órdenes del sargento. Dice que son sus costumbres folclóricas, o algo por el estilo. Y uno no tiene que entrometerse en las costumbres folclóricas de la gente.

—Pero…, pero… —tartamudeó Zanahoria—. ¡Son mi gente! Bueno, más o menos. Es una vergüenza que se comporten así. ¿Qué debe de pensar la gente?

—Pensamos que son unos pequeños salvajes intratables —le informó Nobby—. ¡Ahora, vamonos!

Pero el muchacho se había lanzado ya hacia el tumulto. Se puso las manos junto a la boca para hacer bocina, y gritó algo en un idioma que Nobby no comprendió. Casi cualquier idioma, incluido su idioma materno, habría encajado en esta descripción, pero en este caso concreto se trataba del lenguaje de los enanos.

—¡Gr'duzk! ¡Gr'duzk! ¿aaK'zt ezem bur'k tze tzim?[7] La lucha se detuvo. Un centenar de rostros barbudos alzaron la vista hacia la imponente figura de Zanahoria, con una mezcla de enfado y sorpresa.

Una desportillada jarra de cerveza rebotó contra su cota de mallas. Zanahoria se agachó y alzó en vilo, sin esfuerzo aparente, a un enano que se debatía.

—J'uk, ydtruz-t'rud-eztuza, hudr'zd dezek drez'-huk, huzukmk't b'tduz g'ke'k me'ek b'ttduz t'be'tk kce'drutk ke'bkt'd. ¿aaDb'thuk?[8]

Ningún enano había oído tantas palabras de la Antigua Lengua en

boca de alguien que midiera más de un metro veinte. Se quedaron atónitos.

Zanahoria bajó al molesto enano al suelo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Sois enanos! —dijo—. ¡Los enanos no deberían comportarse así! Miraos, ¿no os da vergüenza? Un centenar de bocas se abrieron de sorpresa.

—¡Mirad lo que estáis haciendo! —El chico sacudió la cabeza—. ¿Os imagináis lo que pensarían si os vieran vuestras ancianas madres, que ahora se estarán mesando sus barbas blancas y preguntándose qué harán sus hijos esta noche? Vuestras pobres madres, las primeras que os enseñaron a blandir un hacha…

Nobby, que se había quedado junto a la puerta paralizado por una mezcla de terror y asombro, se dio cuenta de que lo que se oía allí era un coro de sollozos ahogados y ruido de narices al sonarse. Zanahoria seguía hablando.

—… seguramente las ancianas estarán pensando, seguro que mi hijo está jugando tranquilamente al dominó, o algo por el estilo…

Un enano próximo a él, que llevaba el casco adornado con púas de quince centímetros de largo, se echó a llorar silenciosamente sobre su cerveza.

—Y apuesto a que hace mucho tiempo que no le escribís una carta, y eso que prometisteis escribirle todas las semanas sin falta…

Distraídamente, Nobby se sacó un sucio pañuelo del bolsillo y se lo tendió a un enano que se había apoyado contra la pared, estremecido por los sollozos.

—Vamos, vamos —siguió Zanahoria con voz cariñosa—. No quiero ser duro con nadie, pero a partir de ahora pasaré por aquí todas las noches, y espero encontrarme con un comportamiento propio de los enanos. Sé lo que sentís al estar tan lejos de casa, pero eso no justifica semejantes desmanes. —Se tocó el casco—. *G'hruk, t'uk*[9].

Les dirigió una sonrisa luminosa y se dobló por la cintura para volver a cruzar la puerta del bar. Cuando llegaron a la calle, Nobby lo agarró bruscamente por el brazo.

—¡No se te ocurra volver a hacerme una cosa así!

—rugió—. ¡Eres un Guardia de la Ciudad! ¡No quiero volver a oír hablar de eso de las leyes!

—¡Pero son muy importantes! —señaló Zanahoria con seriedad, siguiendo a su superior hacia una calle aún más estrecha.

—No tan importantes como seguir vivo y entero —replicó Nobby —. ¡Bares de enanos! Si tienes algo de sentido común, chico, entrarás aquí conmigo. Y en silencio.

El muchacho alzó la vista hacia el edificio al que acababan de llegar. Estaba algo alejado del lodo de la calle. Los sonidos de una

bebida seria llegaron hasta ellos. Sobre la puerta se veía un destartalado letrero con el dibujo de un tambor.

—Es una taberna, ¿no? —señaló Zanahoria, pensativo—. ¿Abierta a estas horas?

—No veo por qué no —replicó Nobby al tiempo que abría la puerta—. A mí me parece muy útil. Es el Tambor Remendado.

—¿Sirven bebidas alcohólicas? —preguntó el chico mientras buscaba por las páginas del libro.

—Espero que sí —asintió Nobby. Hizo un gesto de saludo en dirección al troll contratado en el Tambor como asesinón—.[10] Buenas noches, Detritus. Le estoy enseñando el barrio al novato.

El troll gruñó y con un brazo imposiblemente sucio les hizo un gesto para que pasaran.

El interior del Tambor Remendado era ahora legendario y había pasado a la historia como la famosa taberna de peor reputación del Mundodisco, así como punto de visita obligatorio en la ciudad. Tanto era así que el nuevo propietario, tras hacer unas remodelaciones inevitables, se había pasado días recreando la capa original de polvo, hollín y otras sustancias menos identificables en las paredes. Incluso importó una tonelada de basura semipodrida para el suelo. Los clientes eran los habituales héroes, asesinos, mercenarios, criminales y villanos, y sólo un análisis microscópico habría podido diferenciar a unos de otros. Espesas espirales de humo reptaban hacia el techo, quizá para no tocar las paredes.

La conversación murió un instante cuando entraron los dos guardias, pero luego volvió a la normalidad. Un par de bebedores saludaron a Nobby.

Éste se dio cuenta de que Zanahoria estaba muy ocupado.

—¿Qué haces? Oye, nada de hablar de madres aquí, ¿entendido? —le advirtió.

—Estoy tomando notas —respondió Zanahoria, sombrío—. Tengo una libreta.

—Así me gusta —asintió Nobby—. Ya verás cómo te encanta este lugar. Yo vengo aquí siempre a cenar.

—¿Cómo se escribe «infracción»? —preguntó el chico al tiempo que pasaba una página.

—Con un lápiz —replicó su superior, abriéndose camino a codazos. Un raro impulso generoso se adueñó de su mente—. ¿Qué quieres beber?

—No creo que sea apropiado —señaló Zanahoria—. Además, de la Bebida Nacen los Vicios.

Sintió una mirada penetrante en la nuca, y se volvió para encontrarse frente a frente con el rostro amable de un orangután.

Estaba sentado junto a la barra, con una jarra de cerveza y un

platito de cacahuetes ante él. Hizo un gesto amistoso con la jarra en dirección a Zanahoria, y luego bebió ruidosamente, al parecer por el sistema de hacer que su labio inferior formara una especie de embudo prensil. Aquello sonaba como una bañera al vaciarse.

Zanahoria dio un codazo a Nobby.

—Hay un mon… —empezó.

—¡No lo digas! —se apresuró a interrumpirlo su superior—. ¡No digas esa palabra! Es el bibliotecario. Trabaja en la Universidad. Siempre pasa por aquí para tomarse una copa antes de acostarse.

—¿Y a la gente no le importa?

—¿Por qué iba a importarles? Cuando le toca el turno, cede el taburete, como todo el mundo.

Zanahoria se volvió y miró al simio. Se le ocurrían un montón de preguntas a la vez, por ejemplo: ¿Dónde guarda el dinero? El bibliotecario captó su mirada, la malinterpretó y empujó el platito de cacahuetes hacia él.

Zanahoria se irguió en toda su impresionante estatura y consultó su libreta de notas. La tarde que había pasado leyendo Las Leyes y Ordenanzas había cundido mucho.

—¿Quién es el propietario, arrendatario o…, a ver…, o encargado de estas instalaciones? —preguntó a Nobby.

—¿El qué? —se sorprendió el menudo guardia—. ¿El encargado? Pues supongo que quien está al cargo esta noche es Charley. ¿Por qué? —preguntó al tiempo que señalaba a un hombretón corpulento, cuyo rostro era una telaraña de cicatrices.

Este se detuvo en su tarea de extender la suciedad uniformemente por los vasos mediante el sistema de frotarlos con un paño húmedo, y dirigió a Zanahoria un guiño de complicidad.

—Charley, te presento a Zanahoria —dijo Nobby—. Está durmiendo en casa de Rosie Palma.

—¿Cómo, todas las noches? —se asombró Charley. Zanahoria se aclaró la garganta.

—Si usted es el encargado de este local —declamó—, es mi deber informarle de que está arrestado.

—¿Restado de qué, hijo? —preguntó Charley, todavía limpiando los vasos.

—*Arrestado* —siguió el muchacho—, a la espera de presentación de cargos por los siguientes hechos, 1) (i) el 18 de grunio, en un local conocido como el Tambor Remendado, en la Calle Filigrana, usted a) sirvió o b) permitió que se sirvieran bebidas alcohólicas después de las 12 (doce) de la noche, contraviniendo las ordenanzas que legislan los locales públicos según el Acta de 1678, y 1) (ii) el 18 de grunio, en un local conocido como el Tambor Remendado, en la Calle Filigrana, usted sirvió o permitió que se sirvieran bebidas alcohólicas en

recipientes que no cumplen las normas de tamaño y capacidad previstas en la citada Acta, y 2 (i) que el 18 de grunio, en un local conocido como el Tambor Remendado, en la Calle Filigrana, permitió que los clientes llevaran sin fundas armas de filo cuya medida excedía los 18 (dieciocho) centímetros, contraviniendo la Sección Tres de la citada Acta y 2) (ii) el 18 de grunio, en un local conocido como el Tambor Remendado, en la Calle Filigrana, usted sirvió o permitió que se sirvieran bebidas alcohólicas en un local que carece de la correspondiente licencia para la venta o consumición de dichas bebidas, contraviniendo la Sección Tres de dicha Acta.

Se hizo un silencio de muerte mientras Zanahoria pasaba una página más y continuaba:

—También es mi deber informarle de que tengo intención de presentar pruebas ante la justicia para que se utilicen en el juicio por otros delitos contra el Acta de Juego Público, 1567, el Acta de Higiene en Locales Públicos, 1433, 1456, 1463, 1465, eh…, y de la 1470 a la 1690, además de… —Miró de soslayo en dirección al bibliotecario, que sabía que se avecinaban problemas y se estaba acabando su cerveza apresuradamente—. Contravenciones del Acta sobre Animales Domésticos y de Granja (Cuidado y Protección), 1673.

El silencio que siguió a sus palabras tenía una rara cualidad de expectación, de respiración contenida, mientras los clientes de la taberna esperaban a ver qué sucedía a continuación.

Charley dejó cuidadosamente el vaso, cuyas manchas brillaban ahora, y bajó la vista hacia Nobby.

Nobby trataba de fingir que estaba completamente solo y que jamás en su vida había tenido relación alguna con quienquiera que fuese el que estaba a su lado y por casualidad llevaba un uniforme idéntico.

—¿Qué dice éste de la justicia? Aquí no tenemos de eso.

El guardia, aterrorizado, se encogió de hombros.

—Es nuevo, ¿verdad? —insistió Charley.

—Tiene derecho a permanecer en silencio —siguió Zanahoria.

—No es nada personal, espero que lo comprendas —dijo el encargado de la taberna a Nobby—. Es una comosellame. El otro día pasó por aquí un mago que hablaba de eso. Una cosa torcida de la educación, ¿sabes lo que quiero decir? —Pareció meditar un instante —. Una curva de aprendizaje. Eso era. Es una curva de aprendizaje. Detritus, mueve ese trasero de piedra, ven aquí un momento.

En instantes como éste, algún cliente del Tambor Remendado deja caer siempre un vaso. Eso mismo fue lo que sucedió.

El capitán Vimes corrió por la Calle Corta (la más larga de la ciudad, una prueba del sentido del humor morporkiano, famoso por su sutileza) mientras el sargento Colon trataba de seguir su ritmo sin

dejar de protestar. Nobby estaba junto a la puerta del Tambor, dando saltitos. En momentos de peligro, tenía una manera de trasladarse de un lugar a otro sin al parecer moverse por el espacio intermedio, cosa que hubiera sido la envidia de cualquier medio de transporte de materia.

—¡Está peleando ahí dentro! —tartamudeó, agarrando al capitán por un brazo.

—¿Él solo? —se sorprendió Vimes.

—¡No, con todo el mundo! —gritó Nobby sin dejar de dar saltitos.

—Oh.

La conciencia le decía: Somos tres. Él lleva el mismo uniforme. Es uno de tus *hombres*. Acuérdate del pobre Gaskin.

Otra parte de su cerebro, la parte odiosa y despreciable que le había permitido sobrevivir en la Guardia durante los diez últimos años, dijo: Es de mala educación interrumpir a la gente. Esperaremos hasta que acabe, y luego le preguntaremos si quiere ayuda. Además, la Guardia no debe intervenir en las peleas. Es mucho más sencillo entrar cuando han acabado y detener a los que queden en pie.

Se oyó un estrépito cuando una ventana cercana se rompió desde el interior y lanzó a uno de los camorristas hacia la acera contraria.

—Creo —dijo el capitán con cautela— que debemos hacer algo rápidamente.

—Es cierto —asintió el sargento Colon—. Si seguimos aquí, podrían hacernos daño.

Se deslizaron sigilosamente calle abajo, hasta llegar a un punto donde no se oía tanto el crujido de la madera al romperse y el chasquido del cristal al quebrarse, y tuvieron buen cuidado de no mirarse entre ellos. En la taberna se oía algún que otro grito, y también, a intervalos frecuentes, un misterioso sonido, como si alguien estuviera golpeando un gong con la rodilla.

Se quedaron allí de pie, envueltos en un silencio avergonzado.

—¿Has tenido ya vacaciones este año, sargento?

—Sí, señor. Envié a mi esposa a Quirm el mes pasado, a ver a su tía.

—Me han dicho que Quirm es muy bonito en esta época del año.

—Sí, señor.

—Que hay muchos geranios y todo eso. Una figura salió despedida por una de las ventanas superiores y se estrelló contra el suelo.

—Allí es donde tienen un reloj de flores, ¿no? —insistió el capitán a la desesperada.

—Sí, señor. Es muy bonito, señor. Todo hecho de flores, señor.

Se oyó un ruido que recordaba mucho al que hace algo al golpear algo repetidamente con algo de madera y muy pesado. Vimes cerró los

ojos.

—No creo que el pobre hubiera sido *feliz* en la Guardia, señor —lo consoló el sargento.

La puerta del Tambor Remendado se había roto tan a menudo durante las peleas que hacía poco habían instalado unas bisagras especialmente resistentes, y el hecho de que el siguiente golpe terrible arrancara de la pared toda la puerta junto con el marco decía mucho en favor de su calidad. En el centro del caos, una figura trató de incorporarse sobre los codos, dejó escapar un gemido y se derrumbó de nuevo.

—Bueno, parece que eso es todo… —empezó a decir el capitán.

Nobby lo interrumpió bruscamente.

—¡Es ese maldito troll!

—¿Qué? —se sorprendió Vimes.

—¡Es el troll! ¡El que tienen en la puerta!

Se acercaron con toda cautela.

Desde luego, era Detritus, el asesinón.

Es muy difícil hacer daño a una criatura que, la mires por donde la mires, está hecha de piedra. Pero, al parecer, alguien lo había logrado. La figura caída gemía como si fuera un par de ladrillos entrechocando.

—Esto sí que es una novedad —dijo el sargento vagamente.

Los tres se dieron la vuelta y contemplaron el rectángulo de luz brillante que ocupaba el lugar donde había estado la puerta. Desde luego, las cosas parecían haberse calmado mucho en el interior.

—No pensaréis que va *ganando,* ¿verdad? —preguntó el sargento.

El capitán tensó la mandíbula.

—Lo averiguaremos —dijo—. Se lo debemos a nuestro camarada guardia.

Tras ellos, se escuchó un gemido. Se volvieron y vieron a Nobby, saltando a la pata coja y sujetándose el otro pie con ambas manos. • —¿Qué te pasa?

A modo de respuesta, Nobby siguió gimoteando.

El sargento Colon lo comprendió enseguida. Aunque el comportamiento de la Guardia se podía definir generalmente como una mezcla entre obsequioso y cauteloso, no había ni uno solo de ellos que no hubiera catado en un momento u otro los puños de Detritus. Nobby se había limitado a intentar resarcirse, siguiendo la tradición de los policías de cualquier lugar.

—Le ha dado una patada en las rocas, señor —explicó Colon.

—Qué vergüenza —replicó vagamente el capitán. Titubeó un instante—. No sabía que los trolls *tuvieran* rocas… en ese sentido —señaló.

—Puedes estar seguro, señor.

—Qué cosas. La naturaleza tiene caprichos extraños —asintió Vimes.

—Es verdad, señor —respondió el sargento, obediente.

—Y ahora, ¡adelante! —los animó el capitán al tiempo que desenvainaba su espada.

—¡Sí, señor!

—Tú también, sargento.

—Sí, señor.

Era posiblemente el avance más discreto en la historia de las maniobras militares, al final de la escala en la que el primer puesto era para cosas del estilo de la Carga de la Brigada Ligera.

Echaron un cauteloso vistazo al otro lado de la puerta destrozada.

Había muchos hombres tendidos sobre las mesas, o sobre lo que quedaba de las mesas. Los que aún seguían conscientes parecían lamentarse de ello.

Zanahoria estaba de pie en el centro del local. Su oxidada cota de mallas estaba desgarrada, había perdido el casco, las piernas no le sostenían demasiado bien, y un ojo se le estaba poniendo morado, pero reconoció al capitán, soltó al cliente de la taberna, que protestaba débilmente bajo su brazo, y ensayó un saludo.

—Quisiera informar de treinta y un Escándalos Públicos, señor, y de cincuenta y seis casos de Comportamiento Incívico, cuarenta y un delitos de Obstrucción a un Agente de la Ley en Cumplimiento del Deber, trece cargos de Agresión con Arma Homicida, seis delitos de Ataque Criminal y…, y…, el cabo Nobby ni siquiera ha empezado a enseñarme…

Se derrumbó de espaldas, destrozando una mesa.

El capitán Vimes carraspeó. No estaba muy seguro de lo que debía hacer ahora. Que él supiera, la Guardia nunca se había visto en semejante situación.

—Creo que deberíamos darle algo de beber, sargento —señaló.

—Sí, señor.

—Y tráeme una copa a mí también.

—Sí, señor.

—Ya que estás en ello, ponte otra para ti.

—Y tú, cabo, ¿te importa…, *qué* estás haciendo?

—Registrandoloscuerposeñor —respondió Nobby rápidamente, al tiempo que se incorporaba—. En busca de pruebas incriminadoras y esas cosas.

—¿En las bolsas de monedas?

Nobby se escondió las manos tras la espalda.

—Nunca se sabe, señor.

El sargento había localizado una botella de licor milagrosamente

entera entre el caos, y obligó a Zanahoria a ingerir parte de su contenido.

—¿Qué hacemos con toda esta gentuza, capitán? —preguntó por encima del hombro.

—No tengo ni la menor idea —replicó Vimes al tiempo que se sentaba.

La cárcel de la Guardia era tan pequeña que sólo cabían seis personas bajitas, las únicas a las que solían detener. Y allí había…

Miró a su alrededor, desesperado. Allí estaba Nork el Empalador, tendido bajo una mesa y emitiendo sonidos balbuceantes. También vio a Henri el Gordo. En el local se encontraba también Simmons el Matón, uno de los camorristas taberneros más temidos de la ciudad. Era, en resumen, un montón de gente cerca de la cual no le gustaría estar cuando se despertaran.

—Podríamos cortarles las gargantas, señor —sugirió Nobby, veterano de cien campos de posbatalla.

Había encontrado a un tipo inconsciente que parecía de la talla adecuada, y le estaba quitando las botas, bastante nuevas y de su número.

—Eso no estaría bien —replicó Vimes. Además, no sabía cortar gargantas. Era la primera vez que se daban las circunstancias.

—No —siguió—. Creo que lo mejor será que los dejemos marchar con una amonestación. Bajo uno de los bancos se oyó un gemido.

—Además —añadió apresuradamente—, deberíamos poner a salvo a nuestro camarada caído. Lo antes posible.

—Bien pensado —asintió el sargento.

Echó un trago de licor para calmarse los nervios.

Entre los dos, consiguieron cargar con Zanahoria y arrastrar su cuerpo inerte escaleras arriba. Luego, Vimes se derrumbó por el esfuerzo, y miró a su alrededor en busca de Nobby.

—Cabo Nobbs —jadeó—, ¿por qué sigues dando patadas a la gente cuando están inconscientes?

—Porque así es más seguro, señor —respondió Nobby.

Al cabo le habían hablado hacía tiempo sobre las peleas limpias, y lo poco ético que es golpear a un enemigo caído, y luego él interpretó esas normas y pensó en cómo aplicarlas a alguien que mide un metro veinte y tiene el tono muscular de una banda elástica.

—Bueno, pues ya basta. Quiero que amoneste a estos infractores.

—¿Cómo, señor?

—Bueno, pues…

El capitán Vimes se detuvo. No tenía la menor idea. Nunca lo había hecho.

—Limítate a hacerlo —bufó—. No querrás que te lo explique todo, ¿verdad?

Nobby se quedó solo en la cima de las escaleras. Los murmullos y gemidos se oían cada vez más, señal inequívoca de que los combatientes empezaban a despertar. El cabo pensó a toda velocidad. Sacudió un dedo sin dirigirse a ninguno en concreto.

—Que os sirva de lección —dijo—. *No volváis a hacerlo.*

Y echó a correr como si le fuera la vida en ello.

Arriba, entre las vigas, el bibliotecario se rascaba la cabeza con gesto reflexivo. Desde luego, la vida estaba llena de sorpresas. Seguiría los futuros acontecimientos con mucho interés. Peló un cacahuete con los dedos del pie y se alejó, meciéndose en la oscuridad.

El Gran Maestro Supremo alzó las manos.

—¿Han sido debidamente lustrados los Turíbulos del Destino, de manera que los Pensamientos Malvados e Impíos queden fuera del Círculo Santificado?

—Y tanto.

El Gran Maestro Supremo bajó las manos.

—¿Y tanto? —repitió.

—Y tanto —asintió el Hermano Yonidea con gesto alegre—. Yo mismo lo he hecho.

—Se supone que debes responder, «Sí, Oh Supremo» —rugió el Gran Maestro—. Te lo he dicho un millón de veces, si no entras en el espíritu…

—Eso, escucha lo que te dice el Gran Maestro Supremo —lo secundó el Hermano Vigilatorre, clavando la vista en el infractor.

—Me pasé horas enteras lustrando los Turíbulos —murmuró el Hermano Yonidea.

—Continúa, Oh Gran Maestro Supremo —dijo el Hermano Vigilatorre.

—Bien, prosigamos —suspiró el aludido—. Esta noche vamos a probar otra invocación experimental. Confío en que hayáis conseguido un material digno, Hermanos.

—… *venga a frotar, venga a frotar, ¿y te dan las gracias? Noooo…*

—Todo está aquí, Gran Maestro Supremo —señaló el Hermano Vigilatorre.

El Gran Maestro hubo de reconocer que se trataba de una colección un poquito mejor. Obviamente, los Hermanos habían estado muy ocupados. El lugar de honor lo ocupaba un letrero luminoso de taberna, por cuya eliminación, según opinión del Gran Maestro, deberían conceder alguna recompensa cívica. En aquel momento, la E era de color rosa, y se encendía y se apagaba sin cesar.

—Lo he traído yo —dijo el Hermano Vigilatorre con orgullo—. Pensaron que lo estaba arreglando o algo así, pero cogí el destornillador y…

—Sí, sí, bien hecho —asintió el Gran Maestro—. Demuestra que tienes iniciativa.

—*… hasta me be despellejado los nudillos, tengo los dedos rojos y agrietados. Y encima no he recuperado los tres dólares, y nadie dice nada…*

—Y ahora —dijo el Gran Maestro Supremo, tomando el libro—, empezaremos a comenzar. Cállate, Hermano Yonidea.

Todas las ciudades del multiverso tienen una zona que se parece a las Sombras de Ankh-Morpork. Suele ser la parte más antigua, cuyas callejuelas siguen fielmente el rumbo que marcaron las pezuñas de las vacas medievales al bajar al río, y tienen nombres como Calle Degolladero, Camino de las Rocas, Callejón de las Gallinas…

La verdad es que la mayor parte de Ankh-Morpork encaja en esta descripción. Pero Las Sombras, más todavía, es como un agujero negro de criminalidad dentro del mundo del crimen. Digámoslo claramente, hasta a los criminales les da miedo caminar por sus calles. La Guardia no se arrimaba allí ni en sueños.

Pero ahora se estaban arrimando, por casualidad. Eso sí, se arrimaban sin mucha seguridad. La noche había sido dura, y se habían estado calmando los nervios. Se los habían calmado tanto que, ahora, los cuatro tenían que confiar en los otros tres para caminar sin hacer eses.

El capitán Vimes volvió a pasarle la botella al sargento.

«Quevergüennnsa —pensó nebulosamente—. Esh-toy borrasho delante de mish hombresh.»

El sargento intentó decir algo, pero sólo le salieron una serie de eses.

—Ponte al manddo —indicó el capitán Vimes, tropezando contra un muro. Fijó los ojos turbios en los ladrillos—. ¡Esta paaared me ha atacado! —declaró—. ¡Ja! Te creesh que eresh dura, ¿eh? Puesh yo soy un ofi-sial de la…, de la…, de la Ley, avershitenterash, y a no-sotrosh nadie nos…, nadie nos…, nos…

Parpadeó lentamente un par de veces.

—¿Qué esh lo que a nosotros nadie nosh, sargento? —preguntó.

—¿Respeta? —sugirió Colon.

—No, no, no. Otra cosa. No importa. El casho esh que a nosotrosh nadie nos eso.

Por su mente circulaban vagas visiones, una habitación llena de criminales, gente que se había burlado de él, gente cuya sola existencia le había ofendido durante años…, todos tirados por el suelo, gimiendo. No tenía muy claro cómo había sucedido, pero una parte casi olvidada de él mismo, un Vimes mucho más joven con una cota de mallas reluciente y lleno de grandes esperanzas, un Vimes al

que creía ahogado en alcohol desde hacía mucho tiempo, estaba inquieto de repente.

—¿Te…, te…, te digo una cosa, shargento? —empezó.

—¿Señor?

Los cuatro tropezaron suavemente contra otro muro, y comenzaron otro lento baile de cangrejo por el callejón.

—Eshta ciudad. Eshta ciudad. Eshta ciudad, shargento. Esta ciudad es una, es una, es una Mujer, shargento. Eso. Una Mujer. Una vieja presiosidad, shargento. Peroshitenamorasdella, te…, te…, te pega una patada en losh dientesh…

—¿Una mujer? —se sorprendió el sargento Colon. El esfuerzo de pensar hizo que la frente se le llenara de sudor—. Mide doce kilómetros de ancho, señor. Y hay un río. Y montones de casas, montones de casas y cosas, señor —razonó.

—Ah. Ah. Ah. —Vimes lo señaló con un dedo inseguro—. Yo no he disho que fuera una mujer pequeña. ¿Eh? ¿Lo he disho?

Blandió la botella. Otra ráfaga de pensamientos aleatorios zumbó por su mente.

—Lesh dimosh una buena lección, ¿eh? —añadió emocionado, mientras los cuatro emprendían un viaje indirecto hacia el muro de la otra acera—. Lesh dimosh una buena lección. Ashí aprenderán.

—Claro —asintió el sargento, pero sin demasiado entusiasmo.

Aún seguía meditando sobre la vida sexual que llevaba su superior. Pero el estado de ánimo de Vimes no era de esos que necesitan que los alienten.

—¡Ja! —gritó a los oscuros callejones—. ¿A que no osh gushtó, eh? ¡Ahora conocéish el sabor de vueshtra propia eso, vueshtra propia medicina! —Lanzó al aire la botella vacía—. ¡Las dos en punto y shereeeenoooo! —aulló.

Eso sí que era una noticia sorprendente para las figuras oscuras que los habían seguido durante los últimos minutos. Sólo el asombro en su estado más puro había impedido que los hicieran partícipes de su interés. Estos tipos son guardias, obviamente, estaban pensando: llevan los cascos de guardias, y el uniforme de guardias, y aun así están en Las Sombras. Así que los observaban con la misma fascinación con que una manada de lobos se concentraría en un rebaño de ovejas que no sólo hubieran entrado en el claro, sino que estuvieran jugando, saltando y balando alegremente. El resultado, por supuesto, sería el mismo al final, pero entretanto la curiosidad demoraba el desenlace. Zanahoria alzó la cabeza, aturdido.

—¿Dónde estamos? —gimió.

—De camino a casa —respondió el sargento. Alzó la vista hacia el cartel de la calle, comido por la carcoma y acribillado a puñaladas—. Estamos…, estamos…, estamos… —Entrecerró los ojos—. En la calle

Corazón.

—La calle Corazón no está de camino a casa —tartamudeó Nobby —. No queremos ir por la calle Corazón, está en Las Sombras. Por nada del mundo iría por la calle Corazón…

Se pararon de golpe. En un momento, la visión de la realidad cumplió la misma función que una noche entera de sueño y varias tazas de café cargado. Los tres se arremolinaron en torno a Zanahoria sin haberse puesto de acuerdo.

—¿Qué hacemos, capitán? —preguntó Colon.

—Eh…, podemos pedir ayuda —respondió Vimes, con tono inseguro.

—*¿Aquí?*

—Es cierto, es cierto.

—Debimos torcer a la izquierda en la calle Plata, en vez de a la derecha —gimoteó Nobby.

—Bueno, no volveremos a cometer el mismo error —replicó el capitán.

Al momento deseó haber elegido mejor las palabras.

Escucharon unas pisadas. A su izquierda, alguien se movía sigilosamente.

—Deberíamos formar un frente —señaló el capitán. Todos intentaron formar un punto.

—¡Eh! ¿Qué ha sido eso? —preguntó el sargento Colon.

—¿El qué?

—Ahora se ha oído otra vez. Un sonido como de cuero arrastrado por el suelo.

El capitán Vimes trató de no pensar en capuchas y puñales.

Sabía que había muchos dioses. Un dios para cada profesión. Existía el dios de los mendigos, el dios de las prostitutas, el dios de los ladrones…, probablemente, incluso el dios de los asesinos.

Se preguntó si, en algún rincón de tan vasto panteón, habría algún dios dedicado a proteger a los agentes de la ley en apuros y a punto de morir.

Seguramente no, pensó con amargura. Eso no es suficientemente *sofisticado* para un dios. ¿Acaso alguno se preocupaba por los pobres tipos que trabajaban duro para ganarse cuatro chavos al mes? Naaa, ni uno. En cambio, todos los dioses protegían a los bastardos listillos para los que el trabajo era robar el Ojo de Rubí del Rey Pelucón de su mismísima órbita. Nunca a los desdichados sin imaginación que se dedicaban a recorrer las calles, noche tras noche…

—Más bien como de escamas resbaladizas —se corrigió el sargento, a quien le gustaban este tipo de puntualizaciones intrascendentes.

Y entonces, oyeron otro ruido…

… quizá un ruido volcánico, o el de un geiser hirviente, pero en cualquier caso era un sonido largo, seco, semejante a un rugido, como el crepitar de las llamas en las forjas de los Titanes…

… pero no fue tan malo como la luz, de un color azul blanquecino, una *de* esas luces que te tatúan los vasos sanguíneos de los ojos en el fondo del cráneo.

Tanto el sonido como la luz duraron unos cuantos siglos, y luego, de golpe, cesaron.

El oscuro momento que siguió estuvo lleno de imágenes purpúreas y, una vez recuperaron el oído, de un tenue cliqueteo.

Los guardias se quedaron perfectamente inmóviles durante algún tiempo.

—Vaya, vaya —dijo al final el capitán, con voz débil. Tras una pausa, añadió con voz muy clara, cada consonante encajando perfectamente en su lugar—: Sargento, coge algunos hombres y ve a investigar.

—¿Investigar qué, señor? —preguntó Colon.

Pero el capitán ya se había dado cuenta de que, si el sargento cogía a unos cuantos hombres, él, Vimes, se quedaría solo.

—No, tengo una idea mejor. Iremos todos —dijo con firmeza.

Fueron todos.

Ahora que sus ojos se habían vuelto a acostumbrar a la oscuridad, pudieron ver un resplandor rojizo allá a lo lejos.

Resultó que era una pared enfriándose rápidamente. Los trocitos de ladrillo calcinado se iban desmoronando a medida que se contraían, eran los que producían el cliqueteo contra el pavimento.

Pero eso no era lo peor. Lo peor era lo que había en la pared.

Lo contemplaron.

Lo contemplaron largo rato.

Aún faltaba una hora o dos hasta el amanecer, pero ninguno sugirió que trataran de buscar el camino de vuelta en la oscuridad. Aguardaron junto a la pared. Al menos, estaba calientita.

Trataron de no mirarla.

Al final, Colon se removió intranquilo.

—Anímate, capitán —dijo—. Podría haber sido peor.

Vimes apuró el contenido de la botella. No surtió el menor efecto. Hay ciertos tipos de sobriedad de los que no se puede escapar.

—Sí —asintió—. Podría habernos pasado a nosotros.

El Gran Maestro Supremo abrió los ojos.

—Una vez más —dijo— hemos alcanzado un gran éxito.

Los Hermanos saltaron de alegría. Vigilatorre y Dedos se cogieron del brazo y empezaron a bailar entusiasmados en el círculo mágico.

El Gran Maestro Supremo respiró hondo.

Primero la zanahoria, pensó, y ahora el palo. Le encantaba el palo.

—¡Silencio! —rugió—:. ¡Hermano Dedos, Hermano Vigilatorre, que cese al momento ese comportamiento vergonzante! ¡Y los demás, callaos!

Todos guardaron silencio, como niños revoltosos cuyo profesor acabara de entrar en el aula. Luego guardaron aún más silencio, como niños revoltosos que se dieran cuenta de la *expresión* del profesor.

El Gran Maestro Supremo dejó que terminaran de hundirse, y luego caminó entre los humillados Hermanos.

—Supongo —empezó a decir, vocalizando con claridad— que creemos que hemos hecho magia, ¿eh? ¿Hermano Vigilatorre? ¿Mmm?

El Hermano Vigilatorre tragó saliva.

—Bueno, eh…, tú dijiste qué sí, eh…, o sea…

—*¡Aún no habéis hecho nada!*

—Bueno, eh…, no, eh… —tartamudeó el Hermano Vigilatorre.

—¿ Crees que los magos de verdad, después de cada hechizo sin importancia, empiezan a saltar por ahí y a cantar «qué buenos somos, qué buenos somos, qué buenos somos», Hermano Vigilatorre? ¿Mmm?

—Bueno, nosotros, más o menos…

El Gran Maestro Supremo giró sobre sí mismo.

—¿Y crees que se quedan mirando las vigas con gesto de preocupación, Hermano Revocador?

El Hermano Revocador sacudió la cabeza. Pensaba que nadie se había dado cuenta.

Cuando la tensión fue exagerada y, por tanto, satisfactoria, el Gran Maestro Supremo volvió a su lugar.

—No sé para qué me molesto —dijo con un suspiro de cocodrilo —. Podría haber elegido a cualquiera. Podría haber elegido a los mejores. Pero lo único que tengo aquí es un montón de *crios.*

—Bueno, eh… —lo interrumpió el Hermano Vigilatorre—, hemos hecho un auténtico esfuerzo, o sea, nos hemos concentrado de verdad. ¿A que sí, muchachos?

—Sí —respondieron a coro.

El Gran Maestro Supremo los miró fijamente.

—En esta Hermandad no hay lugar para Hermanos que no nos apoyen al máximo —advirtió.

Con un alivio casi visible, los Hermanos, como corderillos aterrados que se ha abierto una puerta de salida en el matadero, galoparon hacia ella.

—¡La palabra clave es compromiso! —exclamó el Gran Maestro.

—La palabra clave. Eso —asintió el Hermano Vigilatorre.

Dio un codazo al Hermano Revocador, cuyos ojos se habían

desviado de nuevo hacia la carpintería.

—¿Qué? Oh. Sí, claro. La palabra clave. Por supuesto —se apresuró a declarar éste.

—Y fe, y fraternidad —añadió el Gran Maestro Supremo.

—Eso también, eso también —dijo el Hermano Dedos.

—De manera que, si alguno de los presentes no desea, mejor dicho, no *ansia* seguir adelante, que dé un paso al frente ahora mismo.

Nadie se movió.

Los tengo atrapados, pensó el Gran Maestro Supremo. Dioses, qué bien se me da esto. Puedo tocar sus sucios cerebros como si fueran un xilófono. El poder de lo vulgar es increíble. ¿ Quién habría pensado que la debilidad sería una energía mucho más poderosa que la fuerza? Pero hay que saber canalizarla. Y yo sé.

—Bien, muy bien —dijo en voz alta—. Ahora, repetiremos el juramento.

Guió sus voces tartamudeantes, aterradas, a lo largo de la retahila, y advirtió con aprobación la voz estrangulada con que decían «lipasa». Además, no perdió de vista al Hermano Dedos.

Es un poco más inteligente que los demás, pensó. Quizá un poco menos manejable. Tendré que tener buen cuidado de ser siempre el último en salir. No quiero que a nadie se le ocurra seguirme hasta mi casa.

Hace falta una mentalidad muy especial para gobernar una ciudad como Ankh-Morpork, y lord Vetinari la tenía. Pero claro, es que era una persona muy especial.

Desconcertaba y enfurecía a los príncipes menores, dedicados al comercio, hasta tal punto que hacía mucho que habían cesado sus intentos de asesinarlo, y ahora se limitaban a buscarse una buena posición entre ellos. Además, un asesino encargado de matar al patricio tendría problemas para encontrar suficiente carne en la que hincar la daga.

Mientras otros gobernantes comían alondras rellenas con lenguas de pavo real, lord Vetinari consideraba que un vaso de agua hervida y media rodaja de pan seco era sobrio, elegante y suficiente.

Era desesperante. Al parecer, no tenía ningún vicio que se le pudiera descubrir. Cualquiera habría pensado que, con aquel rostro pálido y equino, se sentiría atraído por diversiones consistentes en jovencitas, mazmorras y látigos. A los demás principales de Ankh-Morpork no les hubiera importado. Las agujas y las fustas no tienen nada de malo, si se usan con moderación. Pero el patricio, al parecer, se pasaba las veladas estudiando informes o, en ocasiones especiales, si se sentía capaz de soportar la excitación, jugando al ajedrez.

Vestía siempre de negro. No era un negro particularmente

impresionante, como el de los mejores asesinos, sino el negro sobrio, algo ajado, de un hombre que no pierde tiempo por las mañanas decidiendo qué ponerse. Y había que levantarse muy temprano por la mañana para adelantarse al patricio. De hecho, era mejor no acostarse.

Pero era popular, en cierto modo. Bajo su gobierno, por primera vez en mil años, Ankh-Morpork *funcionaba.* Quizá no fuera una ciudad justa, ni moral, ni particularmente democrática, pero funcionaba. Cuidaba de la ciudad como si se tratara de un arbusto ornamental, potenciando el crecimiento por aquí, podando alguna que otra ramita errante por allá… Se decía que toleraba absolutamente cualquier cosa que no amenazara a la ciudad,[11] y aquí tenía un claro ejemplo.

Contempló el muro dañado durante largo rato, mientras la lluvia le resbalaba por la barbilla y le empapaba la ropa. Tras él, Wonse se removía, nervioso.

Luego, una mano larga, delgada, surcada de venas azules, siguió el perfil de las sombras en el muro.

Bueno, no eran exactamente sombras, sino más bien una serie de siluetas. Los perfiles eran clarísimos. Dentro de ellas, se veía el dibujo familiar de los ladrillos. Pero, fuera, algo había fundido el muro hasta convertirlo en una especie de cerámica, bastante bonita, que daba a la pared la textura de un espejo.

Las formas que se perfilaban sobre los ladrillos mostraban a seis hombres detenidos en actitud de sorpresa. Varias manos alzadas, obviamente, habían estado sosteniendo cuchillos y navajas.

El patricio contempló en silencio el montón de cenizas que tenía a los pies. Unas hebras de metal deforme por la fusión eran, quizá, las armas tan eficazmente dibujadas en la pared.

—Mmm —dijo.

Con todo respeto, el capitán Vimes lo guió hasta el callejón de la Suerte Veloz, donde le mostró la Prueba A.

—Huellas —dijo—. Si es que se puede llamar huella a algo producido por una zarpa.

El patricio contempló las impresiones en el barro. Su rostro no revelaba nada.

—Ya veo —dijo al final—. ¿Tienes por casualidad alguna opinión sobre esto, capitán?

El capitán la tenía. En las horas transcurridas hasta el amanecer, se había planteado toda clase de opiniones, empezando por la de que había cometido un terrible error al nacer.

Al final, la luz grisácea se filtró por el barrio de Las Sombras y él seguía vivo y crudo. Miró a su alrededor con una estúpida expresión de alivio, y vio, a menos de un metro de distancia, aquellas huellas. No había sido un buen momento para estar sobrio.

—Bueno, señor —empezó, dubitativo—, sé que los dragones se extinguieron hace miles de años… El patricio entrecerró los ojos.

—Prosigue.

Vimes se lanzó al vacío.

—… pero quizá ellos no lo sepan, señor. El sargento Colon dice que oyó un sonido como de cuero o escamas justo antes de…, justo antes de…, del delito.

—De manera que piensas que un dragón extinguido, y con toda probabilidad mítico, voló hasta esta ciudad, aterrizó en un callejón estrecho, incineró a un grupo de criminales y volvió a marcharse —dijo el patricio—. Una criatura muy cívica, desde luego.

—Bueno, puesto así…

—Si mal no recuerdo, los dragones de las leyendas eran animales rurales y solitarios, que rehuían a la gente y habitaban en lugares a los que nadie iba nunca —señaló el patricio—. No eran lo que se dice criaturas urbanas.

—No, señor —respondió el capitán, conteniéndose para no señalarle que Las Sombras encajaba perfectamente en aquella descripción.

—Además —siguió lord Vetinari—, lo más probable es que alguien se hubiera dado cuenta, ¿no crees?

El capitán hizo una señal en dirección a la pared y a su horrible dibujo.

—¿Quieres decir aparte de ellos, señor?

—En mi opinión —dijo el patricio—, ha sido alguna pelea. Probablemente alguna banda rival ha contratado a un mago. Una pequeña refriega local.

—Puede que esté relacionada con los extraños robos que ha habido últimamente, señor —aportó Wonse.

—Pero también está el asunto de las huellas —insistió Vimes.

—Estamos cerca del río —replicó lord Vetinari—. Lo más probable es que fuera un ave zancuda de algún tipo. Simple coincidencia. Pero yo, en tu lugar, borraría las marcas —añadió—. No sería bueno que la gente fuera por ahí imaginando cosas extrañas y sacando conclusiones tontas, ¿verdad?

Vimes se rindió.

—Como desees, señor —dijo con la vista fija en sus propias sandalias.

El patricio le dio una palmadita en el hombro.

—No importa —dijo—. Sigue así. Me gustan los hombres con iniciativa. Patrullando en Las Sombras, nada menos… Bien hecho.

Se dio media vuelta, y casi chocó contra el muro de cota de mallas que era Zanahoria.

Espantado, el capitán Vimes vio cómo su más reciente recluta

señalaba educadamente el carruaje del patricio. Alrededor del vehículo había seis Guardias de Palacio armados hasta los dientes. Vimes los detestaba a muerte. Llevaban plumas en el casco. Detestaba a todo guardia con plumas en el casco.

—Disculpa, señor, ¿es ése tu carruaje, señor? —oyó decir a Zanahoria.

El patricio lo miró de arriba abajo sin comprender.

—Sí, lo es. ¿Quién eres tú, joven? Zanahoria saludó oficialmente.

—El guardia interino Zanahoria, señor.

—Zanahoria, Zanahoria…, ese nombre me suena de algo.

Lupine Wonse, que no se apartaba de su espalda, susurró algo al oído del patricio. El rostro de éste se iluminó.

—Ah, el joven que detiene a los ladrones. Creo que fue un pequeño error, pero muy elogiable. Nadie está por encima de la ley, ¿verdad?

—No, señor —asintió Zanahoria.

—Elogiable, elogiable —repitió el patricio—. Y ahora, caballeros…

—En cuanto a su carruaje, señor —insistió Zanahoria—, he advertido que la rueda delantera derecha, contra lo que indican las normas de…

Va a arrestar al patricio, se dijo Vimes. La idea le perforó la mente como un clavo de hielo. Va a arrestar al patricio. Al gobernante supremo. Va a arrestarlo. Lo va a hacer de verdad. Este chico no conoce la palabra «miedo». De hecho, ojalá conociera la palabra «supervivencia».

Y no consigo mover los músculos *de* la mandíbula.

Estamos todos muertos. O peor, estamos todos detenidos hasta que el patricio se dé por satisfecho. Y no es hombre que se dé por satisfecho fácilmente.

En aquel preciso momento, el sargento Colon se ganó una medalla metafórica.

—¡Guardia interino Zanahoria! —rugió—. ¡Fiiiirmes! ¡Guardia interino Zanahoria, media vuelta a la derecha! ¡Guardia interino Zanahoria, paso ligero!

Zanahoria se puso firme como un granero alzado a fuerza de poleas y miró al frente con feroz expresión de obediencia.

—Buena idea, buena idea —asintió el patricio pensativo, mientras Zanahoria se alejaba—. Seguid así, capitán. Y corta de raíz cualquier rumor estúpido sobre dragones, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —respondió el capitán Vimes.

—Muy bien.

El carruaje se alejó traqueteando, seguido por los Guardias de Palacio.

Tras ellos, el capitán Vimes fue vagamente consciente de que el sargento gritaba a Zanahoria que se detuviera.

Estaba pensando.

Contempló las huellas en el barro. Usó su lanza reglamentaria, cuya medida sabía que era de dos metros diez, para medir su tamaño y la distancia que las separaba. Silbó entre dientes. Después, con toda la cautela del mundo, caminó por el callejón hasta llegar a una esquina. Daba a una puerta pequeña, sucia, destartalada, perteneciente a un almacén de maderas.

Aquí hay algo que va muy mal, pensó.

Las huellas salen del callejón, pero no entran. Y no se ven muchas aves zancudas en el Ankh, más que nada porque la contaminación del río les corroería las patas, y además les resultaría más fácil caminar por la superficie.

Alzó la vista. Una miríada de tendederos cruzaban el rectangulito de cielo con la eficacia de una red.

Así que, pensó, algo grande y fiero salió de este callejón, pero no entró.

Y el patricio estaba muy preocupado al respecto.

Le había ordenado que se olvidara del tema.

Vio algo al otro lado del callejón. Se inclinó y recogió una cáscara de cacahuete, muy reciente.

Jugó con ella pasándosela de mano en mano, con la vista fija en la nada.

En aquel momento, necesitaba una copa. Pero tendría que esperar.

El bibliotecario caminó arrastrando los nudillos por los oscuros pasillos entre las estanterías abarrotadas.

Los tejados de la ciudad eran suyos. Oh, los asesinos y los ladrones los usaban, pero él había descubierto hacía mucho que el bosque de chimeneas, gárgolas, cañerías y alares era un sustituto muy satisfactorio de las calles.

Al menos, hasta ahora.

Le había parecido muy divertido e instructivo seguir a la Guardia hasta Las Sombras, una selva urbana en la que no había nada que pudiera atemorizar a un simio de ciento cincuenta kilos. Pero la pesadilla que había presenciado mientras atajaba por un callejón oscuro habría hecho que dudara de sus propios ojos, si hubiera sido humano.

Como simio, no albergaba la menor duda sobre sus ojos, y confiaba plenamente en ellos.

En aquel momento, quería concentrarlos lo antes posible en un libro que quizá le proporcionara algún indicio. Se encontraba en una

sección que nadie visitaba mucho últimamente: la de los libros que no eran mágicos en sí. El polvo se extendía en una capa acusadora por el suelo.

Polvo con huellas de pisadas.

—¿Oook? —se sorprendió el bibliotecario en la cálida penumbra.

Siguió adelante, ahora con más cautela al darse cuenta con fatalismo de que las huellas llevaban su misma dirección.

Dobló una esquina, y allí estaba.

La sección.

La estantería.

El estante.

El hueco.

Hay muchas visiones espantosas en el multiverso. Pero, para un alma sintonizada con los sutiles ritmos vitales de una biblioteca, pocas de ellas son peores que un hueco allí donde debería haber un volumen.

Alguien había robado un libro.

En la intimidad del Despacho Oblongo, su refugio personal, el patricio paseaba de un lado a otro. Estaba dictando una serie de instrucciones.

—Y envía a unos cuantos hombres para que pinten esa pared —concluyó.

Lupine Wonse arqueó una ceja.

—¿Crees que es buena idea, señor? —preguntó.

—¿No te parece que un grabado de sombras fantasmales provocará comentarios y especulaciones? —señaló el patricio secamente.

—No tantos como una pared recién pintada en Las Sombras —respondió Wonse con tranquilidad. El patricio titubeó un instante.

—Bien pensado —asintió—. Envía a unos cuantos hombres para que la derriben.

Llegó al final de la habitación, giró sobre sus talones y la recorrió de nuevo. ¡Dragones! ¡Como si no tuviera bastantes cosas *reales* de las que ocuparse!

—¿Crees en los dragones? —preguntó. Wonse sacudió la cabeza.

—Son algo imposible, señor.

—Eso tengo entendido —asintió lord Vetinari. Llegó a la pared de enfrente y dio media vuelta.

—¿Quieres que investigue más? —sugirió Wonse.

—Sí. Sí, investiga.

—Me aseguraré también de que la Guardia tenga los ojos bien abiertos.

El patricio se detuvo.

—¿La Guardia? ¿La Guardia? Mi querido muchacho, la Guardia no es más que un puñado de incompetentes dirigidos por un borracho. He tardado años en conseguir que fuera así. La Guardia es la menor de nuestras preocupaciones. —Meditó un instante—. ¿Has visto alguna vez un dragón, Wonse? Uno de los grandes, quiero decir. Ah, ya me has dicho que son algo imposible.

—Son animales de leyenda. Simples supersticiones —le dijo.

—Mmm —asintió el patricio—. Y ya se sabe que las leyendas son legendarias, claro.

—Exacto, señor.

—Aun así… —El patricio se detuvo y miró a su secretario durante largos instantes—. Oh, bueno —suspiró al final—. Ya me entiendes. No quiero ni oír hablar de dragones. Es el tipo de rumor que pone nerviosa a la gente. Quiero que lo atajes de raíz.

Cuando estuvo solo, se levantó y contempló con gesto sombrío las ciudades gemelas que se divisaban desde la ventana. Volvía a lloviznar.

¡Ankh-Morpork! ¡La ciudad donde vivían cien mil almas! Repartidas entre un millón de personas, pensó el patricio para sus adentros. La lluvia fresca arrancaba destellos de las torres y tejados, inconsciente de lo sucio del mundo sobre el que se precipitaba. Había lluvia afortunada, que caía sobre ovejas en los prados, o que se derramaba sobre los bosques, o se dirigía incestuosa hacia el mar. En cambio, la lluvia que caía en Ankh-Morpork era lluvia en apuros. En las ciudades gemelas hacían cosas terribles con el agua. Y bebería era lo de menos.

Al patricio le gustaba sentir que estaba viendo una ciudad que funcionaba. No una ciudad bonita, ni una ciudad famosa, ni una ciudad con un buen alcantarillado, ni mucho menos una ciudad con un buen diseño arquitectónico. Hasta sus ciudadanos más entusiastas estarían de acuerdo en que, desde un oteadero elevado, Ankh-Morpork parecía como si alguien hubiera intentado construir con piedra y madera un gigantesco huevo frito.

Pero funcionaba. Sus engranajes giraban suavemente, como un giroscopio en perfecto equilibrio. Y esto, en opinión del patricio, era porque nunca había ningún grupo tan poderoso como para imponerse a los demás. Mercaderes, ladrones, asesinos, magos…, todos competían con fervor en la carrera, sin darse cuenta de que, en realidad, aquello no tenía por qué ser una carrera, y desde luego sin confiar unos en otros el tiempo suficiente como para pararse a preguntarse quién marcaba el recorrido, quién daba la señal de salida.

Al patricio no le gustaba la palabra «dictador». Le parecía insultante. El nunca le decía a nadie lo que tenía que hacer. No era necesario, ahí estaba lo bueno. Una gran parte de su vida consistía en

asegurarse de que las cosas siguieran así.

Por supuesto, muchos grupos querían derrocarlo, y aquello estaba muy bien, denotaba una sociedad saludable y vigorosa. En ese aspecto, nadie podía calificar al patricio de poco razonable. ¿Acaso no había creado él mismo la mayoría de esos grupos? Y lo perfecto del asunto era que se pasaban casi todo su tiempo enfrentándose unos a otros.

Como siempre decía el gobernante de Ankh-Morpork, la naturaleza humana era algo maravilloso. Una vez sabías bien dónde estaban los interruptores y palancas.

Tenía una desagradable premonición acerca de aquel asunto del dragón. Si existían criaturas sin interruptores y palancas evidentes, eran los dragones. Había que arreglar aquello como fuera.

El patricio no creía en la crueldad innecesaria[12]. No creía en la venganza inútil. En cambio, creía fervorosamente en arreglar las cosas. Como fuera.

Por extraño que parezca, el capitán Vimes estaba pensando en lo mismo. Se había dado cuenta de que no le gustaba la idea de que los ciudadanos, ni siquiera los ciudadanos de Las Sombras, se convirtieran en pintura especial para cerámica.

Y había sucedido ante las narices de la Guardia, más o menos. Como si la Guardia no importara, como si la Guardia no fuera más que un detalle irrelevante. Eso era lo que peor le sentaba.

Aunque claro, era verdad. Y eso no hacía más que empeorar las cosas.

Lo que le estaba poniendo más nervioso todavía era el hecho de haber desobedecido órdenes. Había borrado las huellas, sí. Pero en el último cajón de su viejo escritorio, oculta bajo un montón de botellas vacías, había una copia en escayola. Sentía que le estaba mirando a través de tres capas de madera.

No tenía la menor idea de qué se había apoderado de él y le había obligado a hacerlo. Ahora, encima, iba a desobedecer todavía más.

Pasó revista a sus hombres, a falta de una palabra mejor para denominarlos. Había pedido a los dos más antiguos que se presentaran en ropa de calle. Eso significaba que el sargento Colon, que había ido de uniforme toda su vida, parecía congestionado e incómodo con el traje que llevaba para los funerales. Mientras que Nobby…

—No sé si me expliqué bien, dije «ropa de calle»

—suspiró el capitán Vimes.

—Es lo que llevo cuando no estoy trabajando, tío —replicó Nobby con tono de reproche.

—Señor —le corrigió el sargento Colon.

—Mi voz también lleva ropa de calle. Eso se llama «iniciativa».

Vimes rodeó al cabo, caminando con lentitud.

—¿Y tu ropa de calle no hace que se desmayen las ancianas, o que los niños te tiren piedras al pasar?

—preguntó.

Nobby se removió, inquieto. La ironía no era lo suyo.

—No, señor, tío —dijo—. Es lo que se lleva, la última moda.

Aquello tenía parte de verdad. En Ankh-Morpork, lo último eran los sombreros con plumas, las gorgueras, los jubones ajustados con ribetes dorados, los pantalones amplios y las botas altas con punteras retorcidas. El problema, en opinión de Vimes, era que los seguidores de esa moda solían tener un cuerpo que meter dentro de las prendas, mientras que con el cabo Nobbs lo único que se podía decir era que estaba allí dentro, en alguna parte.

Quizá fuera una ventaja, al fin y al cabo. Cuando lo vieran por la calle, nadie pensaría que era un miembro de la Guardia tratando de pasar desapercibido.

Vimes pensó que no sabía absolutamente nada sobre Nobbs, fuera de las horas de trabajo. Ni siquiera recordaba dónde vivía. Conocía a aquel hombre desde hacía años y años, y nunca se había dado cuenta de que, en su vida privada, secreta, el cabo Nobbs tenía un punto de pavo real. Un pavo real muy bajito, cierto, un pavo real al que probablemente habían golpeado muchas veces con algo pesado, pero pavo real al fin y al cabo. La gente depara estas sorpresas.

Volvió a concentrarse en el asunto que le preocupaba.

—Quiero que los dos —dijo dirigiéndose a Nobbs y a Colon— os mezcléis discretamente con la gente, o indiscretamente en tu caso, cabo Nobbs. Esta noche, tratad de detectar cualquier cosa desacostumbrada.

—¿Desacostumbrada? ¿Por ejemplo?

Vimes titubeó. El tampoco estaba muy seguro.

—Cualquier cosa pertinente —dijo al final.

—Ah. —El sargento asintió con gesto de entendido—. Pertinente. Claro.

Hubo un silencio embarazoso.

—Quizá la gente haya estado viendo cosas raras —insistió el capitán Vimes—. O puede que haya habido incendios inexplicables. O huellas. Ya sabéis —terminó a la desesperada—, rastros de dragones.

— ¿Por ejemplo, los montones de oro sobre los que duermen? — sugirió el sargento.

— Y vírgenes encadenadas a rocas — asintió Nobby, el experto.

— Ya veo que conocéis el tema — suspiró Vimes —. Bueno, haced lo que podáis.

— Esto de mezclarse con la gente — dijo el sargento Colon —, ¿implica ir a las tabernas, beber y cosas de ésas?

— Hasta cierto punto — asintió el capitán.

— Ah — se alegró el sargento.

— Con moderación.

— Por supuesto, señor.

— Y pagando de vuestro propio bolsillo.

—Oh.

— Pero, antes de marcharos, ¿conocéis a alguien que sepa de dragones? — preguntó Vimes —. Que sepa algo más que eso de que duermen sobre oro y lo de las jovencitas, claro.

— Los magos, seguro — sugirió Nobby.

— Aparte de los magos — replicó el capitán con firmeza.

No se podía confiar en los magos. Todo guardia sabía que no se podía confiar en los magos. Eran todavía peores que los civiles.

Colon meditó un instante.

— Siempre queda lady Ramkin — dijo —. Vive en la avenida Pastelito. Es criadora de dragones de pantano. Ya sabe, esos bichejos que la gente bien tiene como mascotas.

— Ah, ésa — asintió Vimes, sombrío —. Creo que la he visto por ahí. ¿La que lleva la pegatina de «Relincha si amas a los dragones» en la parte trasera del carruaje?

— Ésa misma — respondió el sargento Colon.

— ¿Qué hago yo, capitán? — preguntó Zanahoria.

— Eh…, a ti te toca la labor más importante contestó Vimes apresuradamente—. Quiero que te quedes aquí y vigiles el despacho.

El rostro de Zanahoria se iluminó con una amplia sonrisa de incredulidad.

—¿Quiere decir que me quedo al mando, señor?

—En cierto modo, en cierto modo —asintió el capitán—. Pero no se te permite arrestar a nadie, ¿entendido? —añadió rápidamente.

—¿Aunque estén quebrantando la ley, señor?

—Ni siquiera en ese caso. Limítate a tomar nota.

—En ese caso, me dedicaré a leer el libro —le aseguró Zanahoria —. Y a sacarle brillo al casco.

—Buen muchacho —dijo Vimes.

Así no pasará nada, pensó. Aquí no viene nadie, ni siquiera a denunciar el extravío de un perro. Nadie piensa nunca en la Guardia. Hay que estar muy loco para pedir ayuda a la Guardia, pensó con amargura.

La avenida Pastelito era una calle ancha, bordeada de árboles, en una zona increíblemente selecta de Ankh, lo suficientemente elevada y lejos del río como para escapar de su penetrante olor. La gente de la avenida Pastelito tenía dinero de generaciones, que, según se dice, es mucho mejor que el dinero nuevecito, aunque el capitán Vimes nunca había tenido suficiente de ninguno de ellos como para analizar la

diferencia. La gente de la avenida Pastelito tenía guardaespaldas privados. La gente de la avenida Pastelito era tan orgullosa que, según se decía, no hablaba ni con los dioses. Esto no era del todo cierto. Estarían dispuestos a hablar con los dioses, siempre y cuando fueran dioses de alta posición y buena familia.

La casa de lady Ramkin no era difícil de encontrar. Ocupaba un promontorio desde donde se divisaba una magnífica panorámica de la ciudad, si es que a alguien le podía interesar eso. En la verja de la entrada había dragoncitos de piedra, y los jardines tenían un aspecto descuidado, con hierbajos crecidos por todas partes. Aquí y allá se elevaban las estatuas de los Ramkin del pasado. La mayor parte de ellos esgrimían espadas y estaban cubiertos de hiedra hasta el cuello.

Vimes tuvo la sensación de que no era porque el propietario del jardín fuera demasiado pobre como para arreglarlo, sino más bien porque el propietario del jardín pensaba que había cosas mucho más importantes que los antepasados, cosa que no dejaba de ser extraña en un aristócrata.

Probablemente también pensaba que había cosas mucho más importantes que las reparaciones domésticas. Cuando hizo sonar la campanilla de una puerta, bastante agradable por cierto, rodeada por un bosque de rododendros, le cayeron encima varios trocitos de la escayola de la fachada.

Eso pareció ser lo único que consiguió, aparte de que, al otro extremo de la casa, algo empezó a aullar. Muchos algos.

Empezaba a llover otra vez. Tras un rato, Vimes reunió toda la dignidad de su cargo y dio la vuelta al edificio con cautela, teniendo mucho cuidado de no provocar más derrumbamientos.

Llegó hasta una pesada puerta de madera, en una pared también de madera. En contraste con el descuido generalizado del edificio y los jardines, aquello parecía relativamente nuevo y sólido.

Llamó a la puerta. Esto provocó otra andanada de extraños sonidos sibilantes.

La puerta se abrió. Algo terrible se irguió ante él.

—Ah, buen hombre —rugió—. ¿Sabe usted algo sobre apareamiento?

La Casa de la Guardia estaba tranquila y cálida. Zanahoria escuchó el siseo de la arena en el reloj, y echó aliento sobre la armadura pectoral. Siglos de barnices habían cedido ante su alegre ataque. Ahora, resplandecía.

Con una armadura brillante, uno sabía a qué atenerse. Aquella ciudad tan extraña, donde tenían tantas leyes y se dedicaban con entusiasmo a quebrantarlas, era demasiado para él. Pero una armadura bien abrillantada era siempre una armadura bien

abrillantada.

La puerta se abrió. Echó un vistazo por encima del viejo escritorio. Allí no había nadie.

Siguió frotando industriosamente.

Oyó un vago sonido, como si alguien se estuviera hartando de esperar. Dos manos con uñas purpúreas se aferraron al borde del escritorio, y la cara del bibliotecario apareció como un coco.

—Oook —dijo.

Zanahoria lo miró. Le habían explicado detenidamente que, contrariamente a las apariencias, las leyes que gobernaban el reino animal no se aplicaban al bibliotecario. Por otra parte, el bibliotecario tampoco parecía muy interesado en que se le aplicaran las leyes que gobernaban el reino humano. El simio era una de esas anomalías que no se pueden eliminar, hay que construir alrededor.

—Hola —dijo Zanahoria, inseguro. («No le llames "chico", ni le des palmaditas en la cabeza, le sienta fatal.»)

—Oook.

El bibliotecario tamborileó sobre el escritorio con un largo dedo, de múltiples articulaciones.

—¿Qué?

—*Oook.*

—¿Perdona?

El bibliotecario puso los ojos en blanco. Tenía la sensación de que era muy extraño que los perros, caballos o delfines denominados inteligentes nunca tuvieran problemas para comunicar a los humanos noticias vitales, por ejemplo, que había tres niños perdidos en una cueva, o que el tren estaba a punto de desviarse por una vía hacia un puente derrumbado, o cosas semejantes, mientras que a él, a tan sólo unos cromosomas de vestir chaleco, le parecía dificilísimo convencer a un humano para que entrara de la calle si estaba lloviendo. Con algunas personas no se podía hablar.

—*¡Oook!*—insistió, haciéndole gestos.

—No puedo marcharme de este despacho —le dijo Zanahoria—. Son Órdenes.

El labio superior del bibliotecario se deslizó hacia arriba como una persiana.

—¿Eso es una sonrisa? —preguntó el chico. El bibliotecario sacudió la cabeza.

—No se habrá cometido un crimen, ¿verdad?

—Oook.

—¿Un crimen muy grave?

—¡Oook!

—¿Como un asesinato?

—Eeek.

—¿Peor que un asesinato?

—*¡Eeek!*

El bibliotecario se dirigió hacia la puerta y empezó a dar saltitos apremiantes.

Zanahoria tragó saliva. Órdenes eran órdenes, claro, pero aquello era otra cosa. En semejante ciudad, la gente era capaz de todo.

Se puso la placa pectoral, se atornilló el resplandeciente casco a la cabeza y se dirigió a zancadas hacia la puerta.

Entonces, recordó sus responsabilidades. Volvió al escritorio, buscó un trozo de papel y escribió con dificultades: *He salido a combatir el crimen. Por favor, vuelva más tarde. Gracias.*

Y así, se lanzó a las calles, sin el menor asomo de miedo.

El Gran Maestro Supremo alzó los brazos.

—Hermanos —dijo—, comencemos…

Fue sencillo. Todo lo que había que hacer era canalizar la inmensa reserva séptica de celos y resentimientos que albergaban los Hermanos, controlar su maldad cotidiana, que a su modo era aún más poderoso que el mal en estado puro, y luego abrir tu propia mente…

… hacia el lugar adonde se habían ido los dragones.

Vimes se vio agarrado por un brazo y arrastrado hacia el interior del cobertizo. La pesada puerta se cerró tras él con un sonido intimidante.

—Se trata de lord Montealegre Escamagarra ígneo III de Ankh —dijo la aparición, que vestía una armadura protectora de aspecto terrible—. La verdad, no creo que el pobre pueda levantarse.

—¿No podrá? —dijo Vimes débilmente.

—Se necesitan dos personas.

—Claro, claro —susurró el capitán, cuyos omoplatos intentaban abrirse camino a través de la verja.

—¿Puede ayudarme? —retumbó la voz de la cosa.

—¿Qué?

—Vamos, hombre, no sea cobardica. Sólo tiene que levantarlo. Yo haré el trabajo difícil. Sé que parece una crueldad, pero si no lo hace esta noche, morirá. La supervivencia de los más aptos y todo eso, ya sabe.

El capitán Vimes consiguió controlar sus nervios. Evidentemente, estaba en presencia de una ninfómana, hasta donde se podía intuir su género con tan extraño atuendo, que planeaba un asesinato. Si no era una hembra, lo de «yo haré el trabajo difícil» sugería imágenes que le costaría mucho olvidar. Sabía que los ricos hacían las cosas de manera diferente, pero aquello era ir demasiado lejos.

—Señora —dijo fríamente—, soy un oficial de la Guardia, y debo advertirle de que las acciones que está sugiriendo contravienen las

leyes de la ciudad. —Y las de muchos de los dioses más escrupulosos, añadió para sus adentros—. Por tanto, le ordeno que libere inmediatamente a su señoría, sin causarle daño alguno…

La figura lo miró con asombro.

—¿Por qué? —preguntó—. Estamos hablando de mi dragón.

—¿Quieres tomarte otra copa, no-cabo Nobby? —sugirió el sargento Colon con voz insegura.

—Pues no me importaría en absoluto, no-sargento Colon —asintió Nobby.

Se estaban tomando su trabajo muy en serio, sobre todo lo de pasar desapercibidos. Eso implicaba no pasar por la mayor parte de las tabernas en la orilla Morpork del río, donde eran bien conocidos. Ahora se encontraban en un local bastante elegante, en el centro de Ankh, donde estaban siendo todo lo discretos que podían y sabían. Los otros clientes pensaban que eran de algún grupo teatral.

—Estaba pensando —dijo el sargento Colon.

—¿En qué?

—Si compramos una botella o dos, y nos las llevamos a casa, seguro que no llamamos la atención. Nobby meditó un instante.

—Pero el capitán dijo que prestáramos atención a todo —dijo—. Tenemos que detectar, o algo así.

—Eso también lo podemos hacer en mi casa —insistió el sargento Colon—. Prestaríamos atención toda la noche. Mucha atención.

—No es mala idea.

De hecho, cuantas más vueltas le daba, mejor idea le parecía.

—Pero antes —anunció— tengo que ir a hacer una visita urgente.

—Yo también —asintió el sargento—. Esto de detectar se hace pesado, ¿verdad?

Se tambalearon hacia el patio trasero de la taberna. Había luna llena, pero unos cuantos jirones de nubes la ocultaban casi por completo. En la oscuridad, tropezaron el uno contra el otro.

—¿Eres tú, sargento detector Colon? —preguntó Nobby.

—¡Claro! ¿Puedes detectar la puerta del retrete, detector cabo Nobbs? Según la descripción, es una puerta pequeña, oscura y destartalada, ja ja ja.

Se oyeron un par de golpes y una maldición entrecortada cuando Nobby tropezó en el patio, seguidos por un aullido cuando un miembro de la enorme población felina de Ankh-Morpork huyó entre sus piernas.

—Me pareció ver un lindo gatito… —masculló Nobby entre dientes.

—Bueno, la necesidad obliga —dijo el sargento Colon, poniéndose de cara a una pared.

Sus murmullos se vieron interrumpidos por un gruñido procedente del cabo.

—¿Estás ahí, sargento?

—Sargento *detector* Nobby —señaló Colon. El tono del cabo era apremiante y, de pronto, de lo más sobrio.

—No fastidies, sargento. ¡Acabo de ver un dragón volador!

—He oído hablar de peces voladores —replicó el sargento Colon con un suave hipido—. Incluso vi una vez una ardilla voladora. ¡Pero nunca he visto a un dragón volar!

—Claro que sí, borrico —insistió Nobby—. ¡Que va en serio! Tenía alas, te lo juro, parecían…, parecían…, ¡bueno, parecían alas grandes!

El sargento Colon se volvió con gesto majestuoso. El rostro del cabo se había puesto tan blanco que se veía en la oscuridad.

—¡De verdad, sargento!

Colon miró hacia el cielo nuboso, en dirección a la luna.

—A ver, ¿por dónde dices que estaba? Se oyó un sonido resbaladizo tras él, y un par de tejas se estrellaron contra los adoquines de la calle.

Se dio la vuelta. Allí, en el tejado, estaba el dragón.

—¡Hay un dragón en el tejado! —se atragantó—. ¡Nobby, hay un dragón en el tejado! ¿Qué hago, Nobby? ¡Hay un dragón en el tejado! ¡Me está mirando, Nobby!

—Para empezar, podrías subirte los pantalones —sugirió el cabo desde detrás del muro más cercano.

Incluso despojada de las capas y capas de ropa protectora, lady Sybil Ramkin era impresionantemente corpulenta. Vimes sabía que los pueblos bárbaros ejeños tenían leyendas sobre doncellas gigantescas, vestidas con cotas de mallas, luciendo sujetadores blindados y montadas en carros, que descendían sobre los campos de batalla y se llevaban a los guerreros muertos a otra vida de juergas gloriosas, mientras cantaban con agradables voces de mezzosoprano. Lady Ramkin podría haber sido una de ellas. Podría haber sido su jefa. Podría haber cargado sobre sus hombros a un batallón de guerreros muertos. Cuando hablaba, cada una de sus palabras era como una palmada en la espalda, y tenía la resonancia y la seguridad aristocrática de los que han sido de buena familia toda su vida.

Solamente los sonidos de las vocales hubieran cortado la madera.

Los plebeyos antepasados de Vimes estaban acostumbrados a voces como aquéllas, que solían proceder de hombres bien armados (no como ellos), a lomos de corceles de guerra, que les explicaban por qué sería una idea estupenda atacar al enemigo y masacrarlo. Sus piernas sintieron la tentación de ponerse firmes.

Los pueblos prehistóricos la habrían adorado, y de hecho, por sorprendente que parezca, habían tallado estatuas suyas hacía miles de años. Tenía una increíble cascada de pelo castaño. Una peluca, según descubrió Vimes más adelante. Nadie que se relacionara con dragones conservaba su propio pelo durante mucho tiempo.

Además, llevaba un dragoncito en el hombro. Le fue presentado como Escamagarra Vincent Maravilla de Quirm, Vinny para los amigos, y parecía estar contribuyendo al inusual olor químico que invadía la casa. El olor lo impregnaba todo, incluso la generosa porción de pastel que lady Ramkin le ofreció tenía el mismo sabor.

—Eh…, el…, el hombro… es… muy bonito —dijo Vimes, en un desesperado intento de animar la conversación.

—Tonterías —bufó la dama—. Lo estoy entrenando sólo porque los que se sientan en el hombro se cotizan al doble de precio.

El capitán murmuró que a veces había visto a damas de la alta sociedad con pequeños dragoncitos de vivos colores sobre el hombro, y siempre le habían parecido…, eh…, muy bonitos.

—La idea les parece bonita —replicó ella—. Desde luego. Pero al final se dan cuenta de que les clavan las garras en el traje, les chamuscan el pelo y les llenan el cuello de cenizas. Y lo de las garras puede hacer mucho daño. Luego se dan cuenta de que el bicho se está haciendo demasiado grande, de que huele raro, y lo siguiente que sabes es que el pobre animal está en el Refugio Morpork para Dragones Perdidos, o en el río con una piedra al cuello, mis chiquitines. —Se acomodó en el asiento y se alisó una falda con la que se hubieran podido hacer velas para una pequeña flota—. Me ha dicho que era el capitán Vimes, ¿no?

Vimes estaba desconcertado. Los Ramkin difuntos lo contemplaban desde sus ornamentados marcos, muy altos en las paredes sombrías. Entre los retratos, alrededor y debajo de ellos, estaban las armas que seguramente habían utilizado. Las armaduras ocupaban todos los rincones. No pudo dejar de darse cuenta de que muchas de ellas lucían enormes agujeros. El techo era un caos de banderas y pendones descoloridos y comidos por las polillas. No hacía falta un examen forense para darse cuenta de que los antepasados de lady Ramkin nunca habían rehuido una buena pelea.

Era sorprendente que la mujer fuera capaz de hacer algo tan pacífico como tomarse una taza de té.

—Mis antepasados —dijo, siguiendo la mirada hipnotizada del capitán—. ¿Sabe? Ni un solo Ramkin en los mil últimos años ha muerto en su cama.

—Sí, señora.

—Es un orgullo para la familia.

—Sí, señora.

—Aunque muchos han muerto en otras camas, claro. La taza del capitán Vimes tembló en el platito.

—Sí, señora —suspiró.

—Capitán… es un título muy atractivo, siempre me lo ha parecido. —Le dedicó una brillante sonrisa—. Quiero decir, los coroneles y esa gente son muy estirados, los mayores son pomposos, pero una tiene la sensación de que los capitanes son deliciosamente *peligrosos.* ¿Qué ha dicho que quería enseñarme?

Vimes se aferró al envoltorio como si fuera un cinturón de castidad.

—Quería saber… —tartamudeó—, qué tamaño pueden alcanzar los dragones de pantano…, eh…

Se detuvo. En las zonas inferiores de su cuerpo estaba sucediendo algo horrible.

Lady Ramkin siguió la dirección de su mirada.

—Oh, no le haga caso —dijo alegremente—. Si le molesta, déle un golpecito con el cojín.

Un pequeño dragón viejo había salido de debajo de la silla y apoyaba el morro en el regazo de Vimes. Alzó hacia él unos expresivos ojos castaños, y le babeó por las rodillas algo que, por lo que sintió, era bastante corrosivo, además de apestar como una probeta de ácido.

—Le presento a Gotoso Mabelline Escamagarra I —dijo la dama —. Campeón y padre de campeones. Ya no le queda fuego, pobrecito mío. Le gusta que le rasquen la barriga.

Vimes ensayó unos cuantos movimientos bruscos para sacudirse al viejo dragón. El animal parpadeó y lo miró con dolidos ojitos reumáticos, entreabrió la boca y dejó al descubierto unos colmillos ennegrecidos por el hollín.

—Si le molesta, quíteselo de encima —insistió alegremente lady Ramkin—. Dígame qué quería saber.

—Le preguntaba qué tamaño pueden alcanzar los dragones de pantano —dijo Vimes, cambiando de postura.

Se oyó un suave gruñido.

—¿Y ha venido hasta aquí para preguntar eso? A ver…, creo recordar que Corazonalegre Escamagarra de Ankh llegó a medir tres pies y seis pulgadas de alto, de la cresta a las patas —le aseguró lady Ramkin.

—Eh…

—Aproximadamente, un metro con cinco —añadió amablemente.

—¿Nada más? —preguntó Vimes, esperanzado. En su regazo, el viejo dragón empezó a roncar con suavidad.

—Cielos, no. En realidad, fue una monstruosidad. La mayoría de los dragones de pantano no llegan a medir más allá de dos pies.

El capitán Vimes movió los labios haciendo un cálculo rápido.

—¿Sesenta centímetros? —aventuró.

—Bien hecho. Eso los compos, claro. Las compás suelen ser un poco más pequeñas.

Vimes no tenía intención de rendirse.

—¿Un compo es un dragón macho?

—Sólo a partir de los dos años —replicó lady Ramkin, triunfal—. Hasta los ocho meses, reciben el nombre de cerillas, luego son gallos hasta los catorce meses, y después ígneos hasta…

El capitán Vimes escuchaba como en trance, comiendo el horrible pastel, mientras la oleada de información lo dominaba. Se enteró de que los machos luchaban con llamaradas, pero que en la temporada de apareamiento sólo las compás[13] respiraban fuego, por la combustión de complejos gases intestinales, para incubar los huevos, que necesitaban una temperatura increíble. En esta época, los machos se dedicaban a recolectar leña. Un grupo de dragones de pantano recibía el nombre de *bandada o canallada;* una hembra era capaz de poner hasta tres nidadas de cuatro huevos todos los años, muchos de los cuales se desperdiciaban cuando algún macho despistado los pisaba; supo también que los dragones de ambos sexos apenas se interesaban unos por otros (en realidad no les interesaba nada más que la leña para quemarla), excepto en una ocasión más o menos cada dos meses, cuando se volvían tan obsesivos como inspectores de hacienda.

No pudo hacer nada para impedir que lo llevara de nuevo a las instalaciones de la parte trasera, que lo vistiera de los pies a la cabeza con una armadura de cuero y planchas de acero, y que lo guiara hasta el lugar de donde habían salido los silbidos.

La temperatura era terrible, pero no tanto como el cóctel de olores. Caminó inseguro entre las hileras de monstruitos en forma de pera y ojos relampagueantes, que le fueron presentados como «Lunallena Duquesa Mazapán, que está en celo en este momento», y «Lunaniebla Escamagarra II, que ganó el Primer Premio de Pseudópolis el año pasado». Llamitas de color verde claro chisporroteaban demasiado cerca de sus rodillas.

Muchos de los compartimientos lucían lazos y certificados.

—Y éste me temo que es Buenmuchacho Hatajo Plumapiedra de Quirm —dijo lady Ramkin, incansable.

Vimes, mareado ante tanto dato, contempló por encima de la chamuscada madera la pequeña criatura acurrucada en el suelo. Se parecía al resto de los dragones tanto como Nobby a los seres humanos en general. Alguno de sus antepasados le había legado unas cejas casi tan grandes como sus alas atrofiadas, que no podrían sostenerlo en el aire. Tenía una cabeza deforme, como la de un oso hormiguero. Sus fosas nasales parecían pozos sin fondo. Si alguna vez conseguía alzar el vuelo, le servirían como paracaídas.

Además, estaba dirigiendo al capitán Vimes la mirada más silenciosamente inteligente que el guardia había visto en ningún animal, incluido el cabo Nobbs.

—Sucede a veces —suspiró lady Ramkin con tristeza—. Son cosas de los genes, ya sabe.

— ¿Si?

Sin saber cómo ni por qué, la criatura parecía estar concentrando toda la energía que sus hermanos desperdiciaban en llamaradas y ruido, en una mirada que era como una lanza térmica. Vimes no pudo evitar recordar cuánto había deseado tener un perrito cuando era niño. Se morían de hambre, y cualquier cosa con carne les habría servido.

—Intento conseguir una buena calidad de llama, dibujo de la escama, colores correctos y todo eso —estaba diciendo la dama de los dragones—. De vez en cuando hay una anomalía, como éste.

El dragoncito clavó en Vimes una mirada que le hubiera servido para ganar el Premio del Jurado al Más Probable Para Llevarse a Casa y Que Sirviera de Mechero Portátil.

Una anomalía, pensó Vimes. No sabía muy bien qué significaba exactamente la palabra, pero se le ocurrían varias posibilidades desagradables. Parecía referirse a lo que queda de ti cuando te han quitado todo lo que tienes de valor. Como la Guardia, pensó. Todos eran anomalías, del primero al último. Igual que él. Era la historia de su vida.

—Así es la naturaleza —suspiró la dama—. Por supuesto, ni se me ocurriría emparejarlo. Además, le resultaría completamente imposible.

—¿Por qué? —se interesó Vimes.

—Porque los dragones tienen que copular en el aire, y éste jamás podría volar con esas alas. Lamentaré mucho perder la estirpe, claro. Su madre fue Brenda Rodley Mordiscoalarbol Escamabrillante. ¿Conoció a Brenda?

—Eh…, no —negó el capitán.

Lady Ramkin era una de esas personas que dan por supuesto que todo el mundo sabe lo que uno sabe.

—Una dragoncita preciosa. En fin, los hermanos y hermanas de éste están muy bien.

Pobre tipejo, pensó Vimes. Así es la naturaleza. Siempre trata a patadas al último de la carnada.

No me extraña que la llamen *madre*…

—Decía usted que quería enseñarme algo —dijo lady Ramkin, interrumpiendo sus meditaciones.

Sin decir palabra, Vimes le tendió el paquete. Ella se quitó los gruesos guantes y lo desenvolvió.

—Una réplica en yeso de una huella —dijo—. ¿Y?

—¿Le recuerda a algo?

—Podría ser un ave zancuda.

—Oh.

Vimes se quedó cabizbajo.

—O un dragón muy grande. La ha sacado de algún museo, ¿verdad?

—No. La hice en una calle esta mañana.

—¿Eh? Alguien le ha gastado una broma pesada, amigo mío.

—No… es una…, eh…, una prueba circunstancial. Se lo explicó. Ella le miró.

—*Draco nobilis* —dijo con voz ronca.

—¿Cómo?

—*Draco nobilis.* Dragón noble. Para diferenciarlos de estos pequeñajos. —Hizo un gesto señalando las hileras de lagartos silbantes —. Son *Draco vulgaris,* del primero al último. Pero los grandes han desaparecido, no sé si lo sabe. Esto es una tontería. No cabe la menor duda, desaparecieron todos. Y eran seres hermosísimos. Pesaban toneladas. Eran lo más grande que ha surcado el cielo. Nadie sabe cómo lo hacían.

Entonces, se dieron cuenta.

De repente, todo estaba en silencio.

Los dragoncitos estaban callados, con los brillantes ojos fijos en el tejado.

Zanahoria miró a su alrededor. Las estanterías se extendían en todas las direcciones. En los estantes había libros. Aventuró una suposición.

—Esto es la biblioteca, ¿no?

El bibliotecario, que lo llevaba cogido por la mano, suave pero firmemente, lo guió por el laberinto de pasillos.

—¿Hay un cadáver? —se interesó Zanahoria.

Seguro que sí. ¡Algo peor que un asesinato! Un cadáver en la biblioteca. Eso podía significar cualquier cosa.

Al final, el simio se detuvo ante una estantería que no parecía diferenciarse en nada de los otros cientos de estanterías. Algunos de los libros estaban encadenados. Había un hueco. El bibliotecario se lo señaló.

—Oook.

—Bueno, ¿y qué pasa? Hay un hueco donde debería haber un libro.

—Oook.

—Se han llevado un libro. ¿Se han llevado un libro? —Zanahoria se irguió con orgullo—. ¿Has llamado a la guardia porque alguien se ha llevado un *libro* ¿Y eso te parece peor que un asesinato?

El bibliotecario le dirigió el tipo de mirada que otras personas reservan para quien dice cosas como «Pues no sé qué tiene de malo el genocidio».

—Hacer perder el tiempo a la Guardia es prácticamente un delito —siguió Zanahoria—. ¿Por qué no se lo has dicho al jefe de los magos, o a quien mande por aquí?

—Oook.

El bibliotecario indicó, con una sorprendente economía de gestos, que la mayoría de los magos no se encontrarían ni sus propios traseros, y eso usando las dos manos.

—Pues la verdad, no sé qué podemos hacer nosotros —suspiró Zanahoria—. ¿Cómo se titulaba el libro?

El bibliotecario se rascó la cabeza. Aquello iba a ser difícil. Miró al muchacho, puso las manos juntas y luego las abrió.

—Ya sé qué es un libro. ¿Cómo se titula? El bibliotecario se preparó mentalmente y alzó una mano.

—¿Cuatro palabras? —dijo Zanahoria—. Primera palabra.

El bibliotecario juntó el índice y el pulgar por las yemas.

—Una palabra cortita. Un. Una. El. La. Lo…

—¡Oook!

—¿La? La. Segunda palabra…, ¿tercera palabra? Otra palabra corta. Al. Por. Sin. De. Tr… ¿De? La algo De algo. Segunda palabra. ¿Qué? Oh. Primera sílaba. Tu estómago. Mi estómago. La botella. Ah, dentro de algo. Dentro. Entre. Inte… ¿In? ¡In! Segunda sílaba. A ver…

El orangután gruñó y se tiró de una oreja peluda.

—Ah, que la segunda sílaba *suena* como algo. Dientes. Morro. Labios. ¿Boca? ¡Boca! La Inboca… ¿Invocar? ¿Invocante? ¿Invocación? ¡Invocación! ¡La Invocación de Algo! Qué divertido es esto, ¿verdad? Cuarta palabra. La palabra completa…

Observó con atención mientras el bibliotecario realizaba gestos misteriosos.

—Algo grande. Algo muy grande. Sacude los brazos. Algo muy grande que sacude los brazos. Dientes. Sopla. Tiene mal aliento. Algo muy grande que sacude los brazos y sopla mal aliento. —El sudor corría por la frente de Zanahoria mientras intentaba obedientemente comprender—. Te chupas los dedos. Una cosa que se chupa los dedos. Quemado. Caliente. Una cosa grande que sacude los brazos y se chupa los dedos quemados…

El bibliotecario puso los ojos en blanco. ¿Homo Sapiens? Para quien lo quisiera.

El gran dragón maniobraba, giraba y surcaba el aire sobre la ciudad. Tenía el color de la luz de la luna reflejado en sus escamas. A veces podía virar y planear con engañosa velocidad sobre los tejados,

por el puro placer de hacerlo, de existir.

Y aquello no podía ser, pensó Vimes. Parte de él se maravillaba ante la belleza del espectáculo, pero un grupo de células cerebrales, insistentes y cobardicas, se empeñaban en llenarle las sinapsis de datos y recuerdos.

Es un lagarto grande, le gritaban. Debe de pesar toneladas. No hay nada tan grande que pueda volar, ni aunque tenga las alas tan bonitas. ¿Y qué hace un lagarto tan grande, volando y con triangulitos en el lomo?

A ciento cincuenta metros por encima de él, una llamarada azul y blanca surcó el cielo.

¡No puede hacer *eso!* ¡Se achicharraría los labios!

junto a él, lady Ramkin miraba con la boca abierta. Tras la dama, los dragoncitos enjaulados gimoteaban y se removían.

La gran bestia giró en el aire y descendió en picado sobre los tejados. Las llamas brotaron de nuevo. Aparecieron llamaradas amarillas. Todo se hizo con tanto silencio, con tanta clase, que Vimes tardó varios segundos en darse cuenta de que había prendido fuego a unos cuantos edificios.

—¡Cielos! —exclamó lady Ramkin—. ¡Mire! ¡Está liberando energía térmica! Por eso lanza fuego. —Se volvió hacia Vimes, con los ojos brillantes—. ¿Se da cuenta de que estamos presenciando un espectáculo que nadie ha visto desde hace siglos?

—¡Sí, un jodido lagarto volador está incendiando mi ciudad! —gritó el capitán.

Pero ella no le escuchaba.

—Debe de haber una colonia no muy lejos —dijo—. ¡Después de tanto tiempo! ¿Dónde cree que vive?

Vimes no lo sabía. Pero se prometió a sí mismo que lo averiguaría, y que le haría unas cuantas preguntas muy en serio.

—Un huevo —suspiró la criadora—. Ojalá pudiera tener un solo huevo…

El capitán la miró, sinceramente asombrado. Comprendió que era un hombre incapaz de apreciar determinado tipo de cosas.

Abajo, otro edificio empezó a arder.

—¿Qué distancia exactamente pueden recorrer estas criaturas volando? —preguntó, cuidando de vocalizar bien, como si hablara con un niño.

—Son animales muy territoriales —respondió la dama—. Según las leyendas…

Vimes comprendió que estaba a punto de recibir otra lección sobre la ciencia draconiana.

—Una respuesta concreta, señora, por favor —se impacientó.

—La verdad, no mucho —repuso ella, algo decepcionada.

—Gracias por todo, ha sido de una gran ayuda.

Se alejó a toda velocidad.

En algún lugar de la ciudad. No había nada fuera de ella, sólo kilómetros de campos descubiertos y pantanos. El dragón vivía en algún lugar de la ciudad.

Sus sandalias volaron sobre los adoquines, calle abajo. ¡En algún lugar de la ciudad! Cosa que era completamente imposible, claro. Imposible y ridícula.

Vimes pensó que no se merecía aquello. De todas las ciudades del mundo a las que podía volar el dragón, había elegido la suya…

Para cuando llegó al río, el dragón había desaparecido. Pero una columna de humo se elevaba sobre las calles, y se habían formado varias cadenas humanas para pasar cubos con trozos del río hasta los edificios afectados.[14] El trabajo se veía considerablemente dificultado por la riada de gentes que invadía las calles, transportando sus posesiones. La mayor parte de la ciudad era de madera y paja, y nadie quería correr riesgos.

De hecho, apenas había habido daños. Sí, apenas. Cosa extraña, si uno pensaba en ello.

En los últimos días, casi a hurtadillas, Vimes había empezado a llevar una libreta de notas, y apuntó los daños, como si escribiéndolo todo pudiera comprender el caos en que se había convertido el mundo.

A saber: un cobertizo para carruajes (perteneciente a un inofensivo hombre de negocios, que ha visto arder su carro nuevo).

A saber: una pequeña verdulería (incinerada con envidiable puntería).

Vimes estaba desconcertado. Había comprado allí manzanas en un par de ocasiones, y nunca había visto nada que pudiera ofender a un dragón.

Aun así, la bestia había sido muy considerada, pensó mientras caminaba hacia la Casa de la Guardia. Cuando uno imagina la cantidad de henares, patios de madererías, cobertizos, techos de paja y tiendas de aceite, es asombroso que se las haya arreglado para aterrorizar a todo el mundo sin causar apenas daños a la ciudad.

Los rayos de sol matutino taladraban ya los jirones de humo cuando abrió la puerta. Aquello era su hogar. No la pequeña habitación sin apenas muebles encima de la cerería, en el callejón Wixon, donde dormía, sino esta antipática habitación oscura que olía a chimeneas atascadas, a la pipa del sargento Colon, al misterioso problema personal de Nobby y, últimamente, al abrillantador para armaduras de Zanahoria. Sí, era casi como un hogar.

No había nadie más en aquel momento. No se sorprendió. Subió a su despacho y se recostó en la silla, cuyo cojín habría asqueado a un perro con incontinencia, se echó el casco sobre los ojos y trató de

pensar.

Por el momento, no había prisa. El dragón había desaparecido entre el humo y la confusión, tan repentinamente como había llegado. Ya llegaría, y pronto, la hora de correr. Lo importante ahora era averiguar hacia dónde correr.

Había estado en lo cierto. ¡Un ave palmípeda! Pero ¿por dónde se empieza a buscar un maldito dragón en una ciudad con un millón de habitantes ?

Se dio cuenta de que su mano derecha, con voluntad propia, había abierto el último cajón, y tres de sus dedos, actuando bajo órdenes personales de su inconsciente, estaban sacando una botella. Era una de esas botellas que se vacían solas. La razón le decía que a veces era obligatorio empezar alguna, romper el sello, ver el líquido ambarino hasta el cuello… Sencillamente, no podía recordar la sensación. Era como si las botellas le llegaran siempre con un tercio de su contenido.

Miró la etiqueta. Al parecer, se trataba del Whiskey Selecto Sangre de Dragón, de la casa Jimkin Abrazodeoso. Barato y potente, con él se podían encender hogüeras y limpiar cucharas. No había que beber mucho para emborracharse, justo lo que necesitaba.

Fue Nobby quien lo despertó con las noticias de que había un dragón en la ciudad, y que el sargento Colon estaba bastante afectado. Vimes se incorporó y trató de aclararse la vista mientras iba entendiendo las palabras una a una. Al parecer, el hecho de tener un lagarto que respira fuego a pocos metros de la zona posterior puede hacer que se tambalee hasta la más robusta de las constituciones. Una experiencia así puede dejar marcada a una persona para siempre.

Vimes todavía estaba digiriendo los datos cuando llegó Zanahoria, con el bibliotecario balanceándose a su lado.

—¿Lo han visto? ¿Lo han visto? —preguntó.

—Todos lo hemos visto —asintió el capitán.

—¡Pues yo lo sé todo! —anunció Zanahoria con gesto triunfal—. Alguien lo ha traído aquí por medios mágicos. Alguien ha robado un libro de la Biblioteca, ¿ya que no adivinan cómo se titula?

—Me rindo —replicó Vimes débilmente.

—¡Se titula *La invocación de dragones!*

—Oook —confirmó el bibliotecario.

—Ah, ¿sí? ¿Y de qué va? —preguntó el capitán. El bibliotecario puso los ojos en blanco.

—Es sobre cómo invocar dragones. ¡Usando la magia!

—Oook.

—¡Y eso es ilegal! —terminó Zanahoria alegremente—. Llevar sueltas por la calle a fieras peligrosas, en contra de la Legislación sobre Animales Salvajes (según las leyes número…

Vimes gimió. Eso significaba que había magos de por medio. Cuando hay magos de por medio, los problemas llueven al momento.

—Supongo —suspiró—, que no habrá otro ejemplar del libro en la biblioteca, ¿verdad?

El bibliotecario sacudió la cabeza.

—Oook.

—Y no sabrás qué ponía en el libro, claro. —Vimes suspiró de nuevo—. ¿Cómo? Oh. Cuatro palabras. —Asintió, cansado—. Primera palabra. Chupar algo. No, comer. Tú comes. Ah, yo como. Cómo. Tercera palabra. Sacudes los brazos…, no, no, ya te entiendo. Me refiero a detalles un poco más concretos. ¿No sabes nada? Ya, claro. Lo imaginaba.

—¿Qué vamos a hacer ahora, señor? —preguntó Zanahoria, ansioso.

—Está ahí fuera —aseguró Nobby—. Parece que, durante las horas del día, no vuela. Debe de estar en su madriguera secreta, sobre un montón de oro, soñando con cosas de antes del amanecer de los tiempos, aguardando a que caiga el velo de la noche y una vez más pueda remontarse… —Titubeó un instante—, ¿Por qué me miráis todos de esa manera? —preguntó.

—Eso que dices es muy poético —le aseguró Zanahoria.

—Bueno, todo el mundo sabe que los dragones de antes solían dormir sobre un lecho de oro —aseguró Nobby—. Es un mito popular muy conocido.

Vimes meditó sobre el futuro inmediato.

Por canalla que pareciera la actitud de Nobby, sin duda era un buen baremo de lo que estaba pasando por la cabeza del ciudadano medio. El cabo Nobbs podía ser una especie de rata de laboratorio para predecir lo que sucedería en los días siguientes.

—Supongo que tendrás un gran interés en averiguar dónde está ese oro sobre el que duerme el dragón, claro —dijo, a modo de experimento.

Nobby parecía aún más inquieto que de costumbre.

—Bueno, capitán, la verdad es que había pensado echar un vistazo por ahí. Ya sabe. Fuera de horas de servicio —añadió con tono virtuoso.

—Oh, cielos —gimió el capitán Vimes. Cogió la botella vacía y, con mucho cuidado, volvió a guardarla en el cajón.

Los Hermanos Esclarecidos estaban nerviosos. Se habían contagiado el miedo unos a otros. Era el miedo de quien, después de haber cargado la pólvora alegremente, después de meter la bala en la recámara, había descubierto que el hecho de apretar el gatillo causaba un ruido de mil diablos, y sin duda pronto aparecería alguien

dispuesto a averiguar qué era todo ese jaleo.

Pero el Gran Maestro Supremo sabía que los tenía atrapados. Ovejas y corderos, ovejas y corderos. Como no podían hacer nada mucho peor de lo que ya habían hecho, tanto les daba seguir adelante y fingir que aquello era lo que habían buscado desde el principio. Era una sensación tan, tan agradable…

Sólo el Hermano Revocador parecía satisfecho de verdad.

—Que esto sirva de lección para todas las verduleras opresoras —decía una y otra vez.

—Sí, claro… —dudó el Hermano Portero—. Pero…, bueno, supongo que no hay ninguna posibilidad de que invoquemos *aquí* al dragón por accidente.

—Lo tengo…, quiero decir, lo tenemos perfectamente controlado —lo tranquilizó el Gran Maestro Supremo—. El poder está en nuestras manos, os lo aseguro.

Los Hermanos se animaron un poco.

—Y ahora —siguió el Gran Maestro—, queda el pequeño asunto del rey.

Todos adoptaron una expresión solemne, excepto el Hermano Revocador.

—¿Lo hemos encontrado ya? —preguntó—. Vaya golpe de suerte.

—¿Es que nunca prestas atención, o qué? —le espetó el Hermano Vigilatorre—. Ya se explicó eso la semana pasada, no tenemos que ir a buscar a nadie. Tenemos que *fabricar* un rey.

—Yo creí que aparecería por su cuenta. Por eso del destino.

El Hermano Vigilatorre chasqueó la lengua, en tono burlón.

—Bueno, vamos a echarle una manita al destino.

El Gran Maestro Supremo sonrió para los adentros de su capucha. Este asunto místico era una maravilla. Les cuentas una mentira, y cuando ya no la necesitas más les cuentas otra, y les dices que están progresando en el camino de la sabiduría. Entonces, en vez de reírse, te siguen todavía más, con la esperanza de encontrar la verdad al final de todas las mentiras. Y así, poco a poco, aceptan lo inaceptable. Sorprendente.

—Vaya, qué buena idea —asintió el Hermano Portero—. ¿Y cómo se hace eso?

—Oye, el Gran Maestro Supremo ya lo explicó. Dijo que había que dar con un chaval guapo, dócil, que aceptara órdenes, y que él mataría al dragón. Así de fácil. Es mucho más sensato que esperar a que aparezca un supuesto rey.

—Pero… —El Hermano Revocador parecía preso en los tentáculos del pensamiento—. Si controlamos al dragón… porque controlamos al dragón, ¿verdad? Entonces, no hace falta que nadie lo mate, lo único que tenemos que hacer es dejar de invocarlo, y todo el mundo

satisfecho, ¿verdad?

—Ah, estupendo —gruñó el Hermano Vigilatorre—. Me lo imagino perfectamente. Simplemente, salimos a la calle y decimos a la gente, «Hola, nosotros no volveremos a prender fuego a vuestras casas, qué amables somos, ¿eh?». Aquí lo único que importa es el rey, que será una especie de…, una especie de…

—Innegable símbolo romántico de autoridad absoluta —colaboró el Gran Maestro Supremo.

—Eso es —asintió el Hermano Vigilatorre—. Una autoridad absoluta.

—Ah, ya entiendo —dijo el Hermano Revocador—. Bueno, claro. Eso. Un rey.

—Exacto —asintió el Hermano Vigilatorre.

—Nadie discutirá nada a una autoridad absoluta.

—Muy cierto.

—Pues ha sido toda una suerte dar con el rey legítimo justo ahora —dijo el Hermano Revocador—. Una posibilidad entre un millón.

—No hemos dado con el rey legítimo. ¡No necesitamos para nada al rey legítimo! —insistió el Gran Maestro Supremo con tono de cansancio—. ¡Lo digo por última vez! He encontrado a un chaval que tiene buena pinta con la corona puesta, acepta órdenes y sabe blandir la espada. Ahora, si no os importa, escuchad…

Lo de blandir la espada era importante, claro. No tenía nada que ver con el hecho de saber usarla. En opinión del Gran Maestro Supremo, usar la espada no era más que el sucio asunto de la cirugía dinástica. No se trataba más que de acuchillar y cortar. En cambio, un rey tenía que *blandiría.* Tenía que conseguir que la luz se reflejara en el ángulo adecuado, para que a los espectadores no les cupiera la menor duda de que se trataba del Elegido del Destino. Le había costado mucho preparar la espada y el escudo. Le habían salido bastante caros. El escudo brillaba como un espejo, pero la espada…, la espada era sencillamente magnífica.

Era larga y deslumbrante. Parecía obra de uno de esos genios de la forja que sólo trabajan a la luz del amanecer y son capaces de convertir los candelabros de la abuela en algo con el filo de un bisturí. El herrero que la hubiera fabricado, sin duda se habría retirado lloroso acto seguido, seguro de que jamás en su vida volvería a conseguir semejante obra de arte. En la empuñadura había tantas piedras preciosas que la funda tenía que ser de terciopelo, y había que mirarla con gafas de sol. Sólo con el hecho de tener aquella espada en la mano, uno ya parecía un rey.

En cuanto al muchacho… era un primo lejano, altanero y vanidoso, y estúpido en un estilo aceptablemente aristocrático. En aquellos momentos lo tenía a buen recaudo y vigilado en una granja

lejana, con un buen suministro de bebida y jovencitas guapas, aunque al chico parecían interesarle mucho más los espejos.

—Supongo —aventuró el Hermano Vigilatorre— que no será el auténtico heredero del trono, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?—inquirió el Gran Maestro Supremo.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas. El Destino puede hacer de las suyas. Ja, ja. Sería de risa, ¿no? Si ese chico resultara ser el verdadero rey, con todo lo que nos ha costado…

—*¡Ya no hay un verdadero rey!* —estalló el Gran Maestro—. ¿Qué te imaginas, que hay gente que va por ahí vagando por los bosques durante cientos de años, transmitiéndose de generación en generación una espada y una marca de nacimiento? ¿Una especie de magia?

—Casi escupió la palabra. Había hecho uso de la magia para sus propios fines, que seguramente justificaban los medios, pero de ahí a creer en ella, a creer que tenía una especie de fuerza moral, como la lógica, iba un abismo—. ¡Vamos, hombre, piensa por un momento! Incluso aunque quedara vivo algún miembro de la familia real, la sangre de la estirpe estaría tan diluida que miles de personas podrían aspirar al trono. Hasta…

—Intentó pensar en alguien absolutamente improbable—. Hasta el Hermano Yonidea. —Miró a los Hermanos congregados—. Por cierto, no lo veo aquí esta noche.

—Sí, ha sido muy extraño —asintió el Hermano Vigilatorre, pensativo—. ¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Cuando volvía a casa anoche, lo mordió un cocodrilo. Pobre tipejo.

—*¿Qué?*

—Una posibilidad entre un millón. Se había escapado de un zoológico, o algo por el estilo, y estaba en el patio trasero de su casa. —El Hermano Vigilatorre rebuscó entre los pliegues de su túnica y sacó un arrugado sobre marrón—. Estamos haciendo una colecta para comprarle unas flores, no sé si querrás…, eh…

—Pondré tres dólares, apúntamelos a cuenta —asintió el Gran Maestro Supremo. El Hermano Vigilatorre asintió.

—Mira qué cosas, ya lo había hecho.

Unas cuantas noches más, pensó el Gran Maestro Supremo. Mañana, el pueblo estará tan desesperado que coronaría a un troll cojo con tal de que los librara del dragón. Así que tendremos un rey, y el rey tendrá un consejero, un hombre de confianza, por supuesto, y estos imbéciles podrán irse a hacer gárgaras. Se acabaron los disfraces, se acabaron los rituales.

Se acabó invocar al dragón.

Puedo dejarlo, pensó. Puedo dejarlo cuando quiera.

Alrededor del palacio del patricio, las calles estaban abarrotadas. Había un enloquecido ambiente de carnaval. Vimes recorrió con ojos de experto la multitud que se extendía ante él. Era la habitual turba de Ankh-Morpork en tiempos de crisis: la mitad de la gente estaba allí para quejarse, la cuarta parte para vigilar a esa mitad, y el resto para atracar, molestar o vender perritos calientes a los demás. Aunque también había un buen número de caras nuevas. Eran hombres sombríos, con grandes espadas y látigos colgados de los cinturones, que paseaban a zancadas entre la gente.

—Las noticias corren deprisa, ¿verdad? —señaló una voz familiar junto a su oído—. Buenos días, capitán.

Vimes contempló el sonriente rostro cadavérico de Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo.

—Buenos días, Ruina —asintió Vimes, ausente—. ¿Qué vendes hoy?

—Algo imprescindible, capitán.

Ruina se inclinó hacia adelante. Era el tipo de persona que podía hacer que un «buenos días» sonara como una oferta irrepetible, única en la vida. Sus ojos se movían en las órbitas, como dos roedores tratando de buscar una ruta de huida.

—Lo necesitará —siseó—. Crema antidragones. Con mi garantía personal: si resulta incinerado, le devuelvo su dinero, sin hacer preguntas.

—Si lo he comprendido bien —dijo Vimes lentamente—, lo que estás diciendo es que, si el dragón me achicharra vivo, me devuelves el dinero, ¿no?

—Sin hacer preguntas —le aseguró Y-Voy-A-La-Ruina. Destapó un frasco de llamativo ungüento verde, y lo puso bajo la nariz de Vimes —. Fabricado con más de cincuenta especias y hierbas, según una receta que sólo conocen los ancianos monjes que viven en no sé qué montaña aislada. A un dólar el frasco, y voy a la ruina. Es un servicio público —añadió generosamente.

—Hay que ver qué monjes tan eficaces, qué deprisa la han fabricado —señaló el capitán.

—Unos tipos muy listos —asintió Y-Voy-A-La-Ruina—. Debe de ser por tanta meditación y tanto yogur de yak.

—Bueno, ¿y qué está pasando aquí, Ruina? ¿Quiénes son todos esos tipos con las espadas?

—Cazadores de dragones, capitán. El patricio ha ofrecido una recompensa de cincuenta mil dólares al que le lleve la cabeza del dragón. Pero no el resto del dragón. Ese hombre no es ningún tonto.

—¿Qué?

—Como lo oye. Lo dice en los carteles que hay por todas partes.

—¡Cincuenta mil dólares!

—No es moco de pavo, ¿eh?

—Más bien moco de dragón —suspiró Vimes. Aquello traería problemas, estaba seguro—. Me sorprende que no vayas tú también a cazarlo.

—Yo estoy más bien en el sector de los servicios, capitán.

Ruina miró a ambos lados con gesto de conspiración, y luego pasó a Vimes un trozo de pergamino.

Decía así:

Escudos antidragón a 500 $
Detectores portátiles de madrigueras a 250 $
Flechas antidragón a 100 $ la unidad
Picos a 5 $ Palas a 5 $ y Sacos a 1 $

Vimes se lo devolvió.

—¿Para qué son los sacos? —quiso saber.

—Para llevar el oro.

—Ah, claro —asintió el capitán, sombrío—. Cómo no se me habrá ocurrido.

—Le diré una cosa —insistió Ruina—, le diré una cosa. Para nuestros muchachos de marrón, un diez por ciento de descuento.

—¿Y vas a la ruina, Ruina?

—¡Quince por ciento para los oficiales! —lo apremió el vendedor, mientras Vimes se alejaba.

El motivo del deje de pánico que había en su voz fue pronto evidente: tenía mucha competencia.

Los habitantes de Ankh-Morpork no eran héroes por naturaleza, pero sí vendedores por naturaleza. En el espacio de pocos metros, Vimes podría haber comprado un buen número de armas mágicas con sus correspondientes certificados de autenticidad, una capa de invisibilidad (buena idea, pensó, y le impresionó de verdad la manera en que el vendedor usaba un espejo sin cristal) y, por supuesto, galletitas en forma de dragón, globos y molinillos. Los brazaletes de cobre que espantaban a los dragones también eran un buen golpe.

Parecía haber tantos sacos y palas como espadas.

Oro. Lo importante era el oro.

¡Cincuenta mil dólares! Un oficial de la Guardia cobraba treinta dólares al mes, y de ahí tenía que pagar sus armas si se le mellaban.

Qué no podría hacer él con cincuenta mil dólares…

Vimes meditó sobre eso un momento, y luego pensó en lo que *sí* podría hacer con cincuenta mil dólares. Para empezar, eran muchas

más cosas.

Casi tropezó con un grupo de hombres que se arremolinaban en torno a un cartel clavado a la pared. En él, ciertamente, se decía que la cabeza del dragón que había aterrorizado a la ciudad valdría cincuenta mil dólares para el valiente que la llevara al palacio.

Uno de los hombres que formaban un grupo, quien a juzgar por su corpulencia, armas y manera de seguir lentamente las letras con el dedo, era un héroe importante, estaba leyendo en voz alta para los demás.

—… al pa… la… ci… o —concluyó.

—Cincuenta mil —reflexionó otro, frotándose la barbilla.

—No es mucho —replicó el intelectual—. Por debajo de los precios de mercado. Debería ser la mitad del reino y la mano de su hija en matrimonio.

—Sí, pero es que no es un rey. Es un patricio.

—Bueno, pues la mitad de su patrimonio, o lo que sea. ¿Cómo es su hija?

Los cazarrecompensas reunidos no lo sabían.

—No está casado —los informó Vimes—. Y no tiene hijas.

Se volvieron y lo miraron de arriba abajo. El capitán leyó el desdén en sus ojos. Probablemente mataban a docenas como él todos los días.

—¿Ni una hija? —bufó uno—. ¿Quiere que la gente vaya por ahí matando dragones, y no tiene ni una hija?

Vimes se sintió obligado a apoyar al gobernante de la ciudad.

—Pero tiene un perrito, lo quiere mucho —sugirió.

—Vaya asco, ni una hija. ¿Y qué se puede hacer con cincuenta mil dólares hoy en día? Es lo que me gasto yo en redes.

—Y tanto —asintió otro—. La gente cree que es una fortuna, pero no se dan cuenta de que no tenemos pensión, de que corremos con todos los gastos médicos, de que necesitamos comprar y reparar el equipo…

—… ropa para las vírgenes que nos encontramos por ahí, que siempre están desnudas… —asintió otro cazador, éste gordito.

—Eso, y también…, ¿cómo has dicho?

—Es que mi especialidad son los unicornios —le explicó con una sonrisita avergonzada.

—Ah, claro. —El que había hablado en primer lugar parecía morirse por preguntar algo—. Creí que ya no quedaban.

—Casi han desaparecido, sí. Y tampoco se ven muchos unicornios.

Vimes tuvo la sensación de que era el único chiste que el hombre sabía hacer, y que lo repetía hasta la saciedad.

—Sí, claro —asintió el primero—. Son malos tiempos.

—Y los monstruos son cada vez más descarados —intervino otro.

—Las hembras son las peores —asintió uno—. Conocí a una gorgona bizca, era un espanto. La pobre lo pasaba fatal, siempre tenía la nariz convertida en piedra.

—Y siempre nos estamos jugando el pellejo —dijo el intelectual, tratando de volver a las raíces de la conversación—. Ojalá tuviera un dólar por cada caballo que me han devorado de debajo de las piernas.

—Y tanto. ¿Cincuenta mil dólares? Que se los guarde.

—Eso.

—Tacaño, el tío.

—Vamos a beber algo.

—Bien pensado.

Todos asintieron muy dignamente, y se alejaron en dirección al Tambor Remendado. Todos excepto el intelectual, que miró a Vimes.

—¿Qué clase de perro? —preguntó.

—¿Cómo?

—Que qué clase de perro.

—Un terrier pequeñito, creo —respondió Vimes. El cazador meditó un momento.

—Naaa —dijo al final.

Se encaminó también hacia la taberna.

—¡Creo recordar que tiene una tía en Pseudópolis!

—le gritó Vimes.

No obtuvo respuesta. El capitán de la Guardia se encogió de hombros y echó a andar hacia el palacio del patricio…

… donde el patricio estaba teniendo un almuerzo muy difícil.

—¡Caballeros! —exclamó—. Sinceramente, no sé qué más se puede hacer.

Los líderes civiles allí reunidos murmuraron entre ellos.

—En momentos como éste, lo tradicional es que aparezca un héroe —dijo el presidente del Gremio de Asesinos—. Un matador de dragones. ¿Y dónde está, quisiera yo saber? ¿Por qué de nuestras academias no salen jóvenes con el tipo de instrucción que requiere la sociedad?

—Cincuenta mil dólares no parece mucho —señaló el portavoz del Gremio de Ladrones.

ˆ-*No* te parecerá mucho a ti, amigo mío, pero la ciudad no puede permitirse el lujo de pagar más —replicó el patricio con firmeza.

—Si no se permite el lujo de pagar más, mucho me temo que no habrá ciudad —replicó el ladrón.

—¿Y qué pasa con el comercio? —intervino el representante del Gremio de Mercaderes—. No nos van a enviar barcos con manjares exóticos para que los incinere ese dragón.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! —El patricio alzó los brazos en gesto

conciliador—. Me parece —siguió, aprovechando la breve pausa— que lo que tenemos aquí es un fenómeno estrictamente mágico. Me gustaría oír la opinión de nuestro experto en la materia.

Alguien dio un codazo al archicanciller de la Universidad Invisible, que se había adormilado.

—¿Eh? ¿Qué?

—Nos preguntábamos —insistió el patricio, en voz aún más alta —, qué piensas hacer con este dragón tuyo.

El archicanciller era viejo, pero toda una vida de supervivencia en el competitivo mundo de la magia y la retorcida política en la Universidad Invisible lo habían preparado para salir con un argumento defensivo en una fracción de segundo. Si uno dejaba que ese tipo de afirmaciones ingeniosas pasaran sin respuesta, no duraba mucho tiempo como archicanciller.

—*¿Mi* dragón?

—Todo el mundo sabe que los grandes dragones se extinguieron —replicó el patricio con brusquedad—. Además, su hábitat era rural, siempre rural. Así que es obvio que éste debe de tener un origen mág…

—Con todo respeto, lord Vetinari —lo interrumpió el archicanciller—, se ha *dicho* a menudo que los dragones se extinguieron, pero las pruebas que se nos han presentado, si me permites el atrevimiento, hacen que debamos dudar de esa teoría. En cuanto a su hábitat, lo que estamos viendo es un simple cambio en las pautas de comportamiento, ocasionado por la proliferación de zonas urbanas y la progresiva degradación del campo, que ha obligado a muchas criaturas a adoptar, incluso a abrazar, una forma de vida más municipal, y a aprovechar las oportunidades que les ofrece la urbe. Sin ir más lejos, cerca del cubo de basura de mi casa siempre hay algún zorro rondando.

Sonrió ampliamente. Se las había arreglado para recitar todo el párrafo sin siquiera tener que pensar.

—¿Estás sugiriendo que esta bestia es el primer dragón *urbano?* —preguntó el asesino.

—Así funciona la evolución —asintió alegremente el mago—. Además, no le irá nada mal —añadió—. Tiene escondrijos de sobras, y un suministro de comida prácticamente inagotable.

La última afirmación fue acogida con un silencio, y fue el comerciante el que lo rompió.

—¿Qué es lo que comen, exactamente? El ladrón se encogió de hombros.

—Me parece recordar historias sobre vírgenes encadenadas a grandes rocas —sugirió.

—Pues por aquí se morirá de hambre —señaló el asesino—. No

creo que quede ninguna.

—Antes también pasaban bastante hambre —aportó el ladrón—. No sé si eso sirve de ayuda…

—En cualquier caso, parece que el problema vuelve a tus manos, señor —dijo el jefe de los comerciantes, dirigiéndose al patricio.

Cinco minutos más tarde, el patricio recorría una y otra vez el Despacho Oblongo, echando humo.

—¡Se estaban riendo de mí! —exclamó—. ¡Lo noté perfectamente!

—¿Sugeriste la creación de una comisión investigadora? —preguntó Wonse.

—¡Por supuesto! Pero esta vez no tragaron. La verdad, estoy pensando seriamente en aumentar la recompensa.

—No creo que sirviera de nada, mi señor. Cualquier matador de monstruos profesional conoce bien la tarifa que se paga por este tipo de trabajos.

—¡Ja! La mitad del reino —bufó el patricio.

—Y la mano de tu hija en matrimonio —añadió Wonse.

—Supongo que no valdrá con una tía —sugirió lord Vetinari, esperanzado.

—La tradición exige que sea una hija, mi señor. El patricio asintió, sombrío.

—Quizá podamos sobornarlo. ¿Son inteligentes los dragones?

—Creo que la palabra adecuada en este caso es «astutos», mi señor —señaló Wonse—. También tengo entendido que les gusta mucho el oro.

—¿De verdad? ¿Y en qué lo gastan?

—Duermen sobre él.

—¿Cómo, lo meten en un colchón?

—No, mi señor. Directamente sobre el oro. El patricio dio unas vueltas a la idea.

—¿No les resulta un poco duro?

—Supongo que sí, señor. Pero no creo que nadie se lo haya preguntado nunca.

—Mmm. ¿Pueden hablar?

—Al parecer, se les da muy bien.

—Ah. Muy interesante.

El patricio estaba pensando: si el dragón puede hablar, puede negociar. Si puede negociar, lo tendré atrapado por los pelos…, bueno, por las escamas.

—Y se dice que son aduladores.

—Cada vez más interesante.

Se oyeron unas voces apagadas en el pasillo, y un criado hizo pasar a Vimes.

—Ah, capitán —lo saludó el patricio—. ¿Hay algún progreso?

—¿Cómo dices, señor? —replicó Vimes, mientras la lluvia le chorreaba de la capa.

—Que si has hecho algún progreso en dirección a la captura de este dragón —insistió lord Vetinari con firmeza.

—¿El ave zancuda?

—Sabes muy bien lo que quiero decir —insistió el gobernante de Ankh-Morpork con brusquedad.

—Se están realizando investigaciones —respondió Vimes de manera automática. El patricio bufó.

—Lo único que tienes que hacer es encontrar su madriguera —dijo—. Una vez des con la madriguera, habrás dado con el dragón. Es evidente. La mitad de la ciudad la está buscando.

—Si es que hay una madriguera —replicó Vimes. Wonse lo miró con interés.

—¿Por qué dices eso?

—Estamos analizando todas las posibilidades —insistió el capitán, reservado.

—Si no tiene madriguera, ¿dónde se pasa los días? —preguntó el patricio.

—Se están realizando investigaciones.

—Pues que se realicen deprisa. Y busca esa madriguera —ordenó el patricio con brusquedad.

—Sí, señor. Permiso para retirarme, señor.

—Claro, claro. Pero espero progresos para esta misma noche, ¿entendido?

A ver, ¿por qué dudo de que tenga una madriguera?, pensó Vimes mientras salía a la luz del sol, a la plaza atestada de gente. Porque no parece real, por eso mismo. Y si no es real, no tiene por qué hacer cosas lógicas. ¿Cómo pudo salir de un callejón sin haber entrado?

Una vez eliminado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad. El problema estribaba en decidir qué era lo imposible, claro. Eso era lo difícil.

Y claro, también estaba el curioso incidente del orangután durante la noche.

Durante el día, la biblioteca era un hervidero de actividad. Vimes caminó por ella, algo inseguro. Teóricamente, podía ir a cualquier lugar de la ciudad, pero la Universidad siempre alegaba atenerse sólo a las leyes taumatúrgicas, *y* al capitán no le interesaba hacerse enemigos con los que uno tuviera suerte si acababa con la misma temperatura, por no mencionar la misma forma.

Encontró al bibliotecario subido en su escritorio. El simio le dirigió una mirada expectante.

—Lo siento, todavía no lo hemos encontrado —le dijo Vimes—. Se están realizando investigaciones. Pero hay algo en lo que puedes ayudarme.

—¿Oook?

—Bueno, esto es una biblioteca mágica, ¿no? O sea, estos libros tienen una especie de inteligencia, o algo así. Así que he estado pensado: si yo entrara aquí de noche, seguro que armarían un buen jaleo, porque no me conocen. Pero, si me conocieran, no les importaría.

O sea, que el que se llevó el libro tuvo que ser un mago, ¿no crees? O, como mínimo, alguien que trabaja en la Universidad.

El bibliotecario miró a derecha e izquierda, agarró a Vimes por la mano y lo llevó hasta el refugio formado por un par de estanterías. Sólo entonces asintió.

—¿Alguien a quien conocen?

Un encogimiento de hombros, otro asentimiento.

—Por eso nos lo contaste a nosotros, ¿verdad?

—Oook.

—En vez de informar al Consejo de la Universidad.

—Oook.

—¿Se te ocurre quién pudo ser?

El bibliotecario se encogió de hombros, un gesto de lo más expresivo en alguien cuyo cuerpo parecía un saco colgado entre dos omoplatos.

—Bueno, en fin… Infórmame si sucede alguna otra cosa extraña, ¿de acuerdo? —Vimes paseó la vista por las hileras de libros—. Más extraña de lo habitual, quiero decir.

—Oook.

—Gracias. Es un placer tratar con un ciudadano que considera su deber colaborar con la Guardia.

El bibliotecario le dio un plátano.

Vimes se sentía curiosamente satisfecho al volver a las calles abarrotadas de gente. Desde luego, estaba ejerciendo como detective.

Había montones de cositas, como si fuera un puzzle. Ninguno de los detalles tenía sentido en sí, pero todos juntos sugerían una imagen más grande. Lo único que necesitaba era encontrar una esquina, o quizá un trozo del borde…

Pese a lo que pudiera pensar el bibliotecario, él estaba convencido de que no se trataba de un mago. Al menos, no de un mago de los de siempre, un mago profesional. Aquel tipo de acciones no encajaban en su estilo.

Y luego, por supuesto, estaba el asunto de la madriguera. Lo más sensato sería esperar a ver si el dragón aparecía aquella noche, y averiguar dónde. Eso implicaba situarse en un lugar alto. ¿Había alguna manera de detectar a los dragones? Había echado un vistazo a los «detectores» de Y-Voy-A-La-Ruina Escurridizo, que consistían únicamente en un trozo de madera fijado a una barra metálica. Cuando la barra se fundía, era que habías encontrado al dragón. Al igual que la mayoría de los artilugios de Y-Voy-A-La-Ruina, era absolutamente eficaz, y al mismo tiempo completamente inútil.

Tenía que haber alguna manera de averiguarlo, alguna manera mejor que esperar hasta que se te quemaran los dedos hasta el hueso.

El sol poniente se extendió por el horizonte como un huevo ligeramente escalfado.

Los tejados de Ankh-Morpork estaban siempre llenos de gárgolas, pero ahora lucían también un buen número de caras humanas. Las caras iban pegadas a cuerpos que esgrimían terribles armas caseras, transmitidas de generación en generación durante siglos, a veces a la fuerza.

Desde su oteadero en el tejado de la Casa de la Guardia, Vimes alcanzaba a ver a los magos en los techos de la Universidad, y las bandas de oportunistas buscadores de oro aguardando en las calles, con las palas preparadas. Si era verdad que el dragón tenía un lecho en algún lugar de la ciudad, pronto le tocaría dormir en el suelo.

Desde algún lugar de la calle oyó los gritos de Y-Voy-A-La-Ruina, o alguno de sus colegas, vendiendo perritos calientes. Vimes sintió una repentina oleada de orgullo cívico. Algo de bueno debían de tener los ciudadanos cuando, en aquellos momentos en que se avecinaba la catástrofe, pensaban en vender perritos calientes a sus convecinos.

La ciudad aguardaba. Aparecieron unas cuantas estrellas.

Colon, Nobby y Zanahoria estaban también en el tejado. Colon estaba de mal humor, porque Vimes le había prohibido usar el arco y las flechas.

Eran ilegales en la ciudad, puesto que los arcos utilizados podían hacer que la flecha se clavara en un espectador inocente a cien metros de distancia, en vez de en el espectador inocente al que iba destinada.

—Es cierto —asintió Zanahoria—. Lo dice el Acta de Armas Arrojadizas, según la legislación de seguridad ciudadana, Artículo 1634.

—Deja ya de citar todas esas tonterías —bufó Colon—. ¡Ya no tenemos esas leyes! ¡Son cosas de antes! Ahora todo es mucho más como se diga. Mucho más pragmático.

—Con ley o sin ley —intervino Vimes—, he dicho que guardes ese arco.

—¡Pero, capitán, siempre se me dio muy bien manejarlo! —protestó Colon—. Además —añadió, conciliador—, hay mucha gente que los lleva.

Eso era cierto. Los tejados contiguos estaban más erizados que un puercoespín. Si el maldito dragón se presentaba, más le valía no volar bajo. Casi inspiraba compasión.

—He dicho que lo guardes —replicó Vimes—. No quiero que mis guardias vayan por ahí disparando contra los ciudadanos. Fuera ese arco.

—Es cierto —lo apoyó Zanahoria—. Estamos aquí para proteger y servir, ¿verdad, capitán? Vimes lo miró de soslayo.

—Eh… —titubeó—. Sí. Eso. Es verdad. En el tejado de su casa de la colina, lady Ramkin situó una sillita plegable un tanto inadecuada, montó el telescopio, situó la bandeja con bocadillos y el termo de café en la baranda ante ella, y se sentó a esperar. Tenía una libreta de notas sobre las rodillas.

Transcurrió media hora. Andanadas de flechas saludaron a una nube, a varios murciélagos desafortunados, y a la luna cuando salió.

—Qué asco de gentuza, qué poca profesionalidad —dijo Nobby, al final—. Lo van a espantar. El sargento Colon bajó su lanza.

—Eso parece —asintió.

—Además, empieza a hacer frío —señaló Zanahoria.

Dio un codazo educado al capitán Vimes, que estaba apoyado en la chimenea y contemplaba absorto el cielo.

—Quizá deberíamos bajar ya, señor —añadió—. La mayoría de la gente se está marchando.

—¿Mmm? —respondió Vimes, sin apartar la vista de las nubes.

—Además, parece que va a llover —insistió el muchacho.

El capitán no dijo nada. Durante algunos minutos, había estado contemplando la Torre del. Arte, que era el centro de la Universidad Invisible y, según se decía, el edificio más viejo de la ciudad. Desde luego, era el más alto. El tiempo, el clima y las reparaciones chapuceras le habían dado una apariencia desastrada, como un árbol que hubiera soportado demasiadas tormentas.

Vimes estaba tratando de recordar la forma del edificio. Como suele suceder con muchas cosas que son completamente familiares,

hacía años que no miraba de verdad la torre. Ahora intentaba convencerse a sí mismo de que el bosque de torreones y almenas que había en la cima tenía exactamente el mismo aspecto que el día anterior.

Le estaba costando trabajo.

Sin apartar los ojos, cogió al sargento Colon por el hombro y lo hizo mirar en la dirección que le interesaba.

—¿No ves nada extraño en la cima de la torre? —le preguntó.

Colon miró fijamente hacia donde le indicaba, y al final dejó escapar una risita nerviosa.

—Bueno, parece que haya un dragón sentado allí, ¿verdad?

—Sí. Es lo que pensaba.

—Pero…, sólo que… si lo miras bien, se nota que es una ilusión, por las sombras y la hiedra y todo eso. Atento, si entrecierras un ojo, parecen dos ancianas con una rueca.

Vimes lo intentó.

—No —dijo—. Me sigue pareciendo un dragón. Un dragón grande. Como acuclillado, y mirando hacia abajo. Mira, hasta se le ven las alas plegadas.

—No creo, señor. Es un efecto causado por un torreón en ruinas.

Siguieron mirando un rato.

—Dime, sargento —dijo Vimes al final—. Lo pregunto sólo por saber, ¿qué crees que causa el efecto de un par de alas enormes desplegándose?

Colon tragó saliva.

—Creo que está causado por un par de alas enormes desplegándose, señor.

—En el grano, sargento.

El dragón emprendió el vuelo. No tomó carrerilla, ni nada por el estilo. Se limitó a elevarse sobre la torre, para después bajar en un picado, mitad caída y mitad vuelo, y desaparecer tras los edificios de la Universidad.

Vimes se descubrió esperando oír el golpe.

Y entonces el dragón volvió a aparecer, se movía como una flecha, se movía como un cometa, se movía como algo que acaba de convertir una caída de diez metros por segundo en un ascenso de diez metros por segundo. Planeó sobre los tejados, un poco por encima de las cabezas de los espectadores, de una manera tanto más horrenda por lo silenciosa. Era como si estuviera hendiendo el aire con todo cuidado.

Los guardias se lanzaron de bruces al suelo. Vimes alcanzó a ver un breve atisbo de una cabeza, vagamente equina, cuando pasó sobre ellos.

—Mierda —exclamó Nobby, incrustado contra el alero.

Vimes se aferró a la chimenea aún con más fuerza, y se incorporó.

—Estás de uniforme, cabo Nobbs —dijo con una voz que apenas temblaba.

—Lo siento, capitán. Mierda, *señor*.

—¿Dónde está el sargento Colon?

—Aquí abajo, señor. Agarrado a la cañería, señor.

—Oh, por todos los dioses. Ayúdame a subirlo, Zanahoria.

—Es increíble —exclamó el muchacho—. ¡Mirad eso!

Se podía deducir la posición del dragón por las andanadas de flechas que se alzaban de la ciudad, y por los gritos de los que resultaban heridos cuando volvían a caer.

—¡Y ni siquiera ha batido las alas todavía! —gritó Zanahoria, tratando de subirse a la chimenea—. ¡Mirad cómo vuela!

No tiene derecho a ser tan grande, se dijo Vimes, contemplando la gigantesca forma que sobrevolaba el río. ¡Es tan largo como una calle!

Se vio una humareda por encima de los muelles, y por un instante la criatura voló ante la luna. Entonces, por fin, batió las alas una vez, y fue como el sonido de las pieles húmedas de una manada de búfalos extendidas sobre un acantilado.

Describió un círculo cerrado, batió las alas un par de veces para cobrar velocidad, y volvió.

Cuando pasó sobre la Casa de la Guardia, escupió una columna de fuego. Las tejas no sólo se fundieron, más bien estallaron en esquirlas al rojo vivo. La chimenea explotó, y los ladrillos llovieron por toda la calle.

Las vastas alas se sacudieron en el aire mientras la criatura trazaba círculos sobre el edificio en llamas. El incendio se extendió rápidamente. A los pocos momentos, cuando no quedó más que un charco de roca fundida con algunas venillas y burbujas interesantes, el dragón volvió a remontarse con un aleteo despectivo, y se alejó sobre la ciudad.

Lady Ramkin bajó el telescopio y sacudió la cabeza lentamente.

—No es posible —susurró—. No es posible en absoluto. No debería ser capaz de hacer *eso*.

Volvió a levantar la lente y entrecerró los ojos, tratando de distinguir el edificio incendiado. Abajo, en sus jaulas, los dragoncitos aullaban.

Por tradición, cuando uno despierta de una inconsciencia normal y corriente, pregunta: «¿Dónde estoy?». Seguramente es parte del subconsciente colectivo o algo por el estilo.

Vimes lo preguntó.

La misma tradición ofrece un buen surtido dé segundas frases

para elegir. También sugiere que el interesado compruebe que todas las partes de su cuerpo están en el mismo sitio que el día anterior.

Vimes lo comprobó.

Luego viene lo malo. Ahora que la bola de nieve de la conciencia ha empezado a rodar, se trata de averiguar si está despertando dentro de un cuerpo tirado en la calle con múltiples algo, el nombre que acompaña al adjetivo «múltiples» no importa, nunca es nada bueno, o si será un simple caso de sábanas blancas, una mano tranquilizadora y una eficaz figura de blanco que abre las cortinas. En este último caso lo peor ha pasado, lo único malo que queda por delante es té flojo, purés de verduras, breves paseos para revigorizar los músculos y posiblemente un corto romance platónico con una enfermera angelical. En el primero, quizá no haya transcurrido más que un instante, y un bastardo con un hacha se está precipitando hacia nosotros.

En este momento, viene muy bien un poco de estímulo exterior. «Todo irá bien» es una de las frases preferidas, mientras que «¿Alguien ha apuntado la matrícula?» significa que las cosas van mal. Pero cualquiera de las dos es mejor que «Vosotros dos, sujetadle las manos a la espalda».

De hecho, alguien dijo:

—Ha estado a punto de palmarla, capitán.

Las sensaciones de dolor, que habían aprovechado la inconsciencia de Vimes para salir a fumar un metafórico cigarrillo rápido, volvieron precipitadamente.

—Arrrgh —dijo Vimes.

Abrió los ojos.

Había un techo. Eso descartaba buen número de opciones desagradables, y lo tranquilizó un tanto. Su visión borrosa también había descubierto al cabo Nobbs, que no era tan tranquilizador. El cabo Nobbs no demostraba nada: uno podía estar muerto y, aun así, ver algo semejante al cabo Nobbs.

En Ankh-Morpork no había muchos hospitales. Todos los Gremios tenían sus propios sanatorios, y había unos cuantos públicos, dirigidos por extrañas organizaciones religiosas, como los Monjes Equilibradores. Pero, en términos generales, la atención médica era inexistente, y la gente se tenía que morir de una manera poco organizada, sin la ayuda de médicos. Todo el mundo daba por sentado que la existencia de medicamentos potenciaba la blandenguería, y en cualquier caso iba contra las leyes de la naturaleza.

—¿He preguntado ya que dónde estoy? —insistió Vimes débilmente.

—Sí.

—¿He recibido una respuesta?

—No sé qué lugar es éste, capitán. Pertenece a una dama de postín. Dijo que te trajéramos aquí arriba.

Aunque la mente de Vimes parecía llena de tentáculos rosados, consiguió atrapar al vuelo las dos pistas y hacerlas encajar. La combinación de «postín» y «aquí arriba» significaba algo, al igual que el extraño olor químico en la habitación, que dominaba incluso el aroma habitual y conocido de Nobby.

—No te referirás a lady Ramkin, ¿verdad? —preguntó con cautela.

—Pues puede que sí. Una tipa enorme. Anda loca por los dragones. —El rostro ratonil de Nobby se distendió en la más espantosa sonrisa que Vimes había visto—. Estás en su cama —le informó.

Vimes miró a su alrededor, sintiendo cómo le invadían las primeras oleadas de pánico. Porque, ahora que conseguía concentrarse mínimamente, captaba una cierta falta de virilidad en la habitación. Para empezar, olía ligeramente a polvos de talco.

—Espera un momento, espera un momento —dijo—. Había un dragón. Estaba sobre nosotros…

El recuerdo lo inundó y lo golpeó como un zombi con mala leche.

—¿Te encuentras bien, capitán? … las garras extendidas, tan abiertas como los brazos de un hombre; el retumbar de las alas, más sonoro que las velas de toda una flotilla; el hedor de sólo los dioses sabían qué ácidos…

Le había pasado tan cerca que casi pudo ver las pequeñas escamas de sus patas y el brillo rojo de sus ojos. No eran simples ojos de reptiles. Eran ojos en los que uno podía ahogarse.

Y el aliento, tan ardiente que ni siquiera era fuego, sino algo casi sólido, capaz no de quemar cosas, sino de hacerlas pedazos…

Por otra parte, él estaba allí, vivo y coleando. Sentía como si le hubieran golpeado el costado izquierdo con una barra de hierro, pero estaba vivo.

—¿ Qué sucedió ? —quiso saber.

—Fue el joven Zanahoria —le informó Nobby—. Os cogió al sargento y a ti, y saltó del tejado justo antes de que nos alcanzara.

—Me duele el costado. Creo que me dio de refilón —le dijo Vimes.

—No, me parece que ahí es donde te golpeaste al chocar con el techo del excusado —le corrigió Nobby—. Luego caíste rodando contra el depósito de agua.

—¿Y Colon? ¿Le pasa algo?, ¿está herido?

—Herido, lo que se dice herido, no. Aterrizó sobre algo más blando. Como pesa tanto, atravesó el techo. Se pegó un buen baño en…

—¿Y qué pasó luego?

—Bueno, pues te pusimos lo mejor que pudimos, y luego todos corrimos a buscar al sargento, llamándolo a gritos. Hasta que descubrimos dónde estaba, claro, luego sólo lo llamamos a gritos. Y luego llegó esa mujer, y empezó a chillar —terminó Nobby.

—¿Te refieres a lady Ramkin? —replicó Vimes con frialdad.

Ahora las costillas le dolían en todo su esplendor.

—Sí, una tía enorme —asintió Nobby, inmutable—.

¡Madre mía, qué manera de dar órdenes a la gente! «Oh, pobre hombre, hay que llevarlo a mi casa ahora mismo.» Así que lo hicimos. Además, es el mejor lugar. En la ciudad todo el mundo va corriendo como pollos sin cabeza.

—¿Ha causado muchos destrozos?

—Bueno, cuando te quedaste noqueado, los magos le lanzaron bolas de fuego. No le hizo gracia. El único efecto visible fue que le hicieron más fuerte y más furioso. Incendió toda un ala de la Universidad.

—¿Y luego…?

—Eso es todo. Pegó fuego a unos cuantos edificios más, y luego se largó volando entre el humo.

—¿Nadie vio adonde se fue?

—Si lo vieron, no nos lo quieren decir. —Nobby se acomodó en la silla—. Es un asco que la pobre viva en una habitación así. Tiene dinero a patadas, según dice el sargento, no tiene por qué vivir en una habitación tan vulgar. ¿De qué sirve no querer ser pobre si los ricos viven en habitaciones así? Debería haber mármol por todas partes —bufó—. Además, me dijo que la llamara en cuanto te despertaras. Está dando de comer a los dragones. Qué bichejos tan raros, ¿verdad? Me extraña que le permitan tenerlos.

—¿Qué quieres decir?

—Te puedes imaginar. Que son de la misma especie que el otro, y todo eso.

Cuando Nobby salió arrastrando los pies, Vimes echó otro vistazo por la habitación. Desde luego, carecía de los panes de oro y mármoles que, según Nobby, eran propios de la gente que ha llegado a la cúspide en la vida. Todos los muebles eran viejos, y los cuadros de las paredes, aunque indudablemente valiosos, eran del tipo de cuadros que uno cuelga en el dormitorio porque no se le ocurre otro sitio donde colgarlos. Había también unas cuantas acuarelas de aficionado sobre dragones. En resumen, era el tipo de habitación cuyo propietario no la ha compartido jamás, y la ha moldeado distraídamente a su alrededor a lo largo de muchos años.

Era, desde luego, el dormitorio de una mujer, pero de una mujer que se hubiera dedicado alegremente a vivir su propia vida, pensando

que eso de los romances era algo que les sucedía a otras personas.

La ropa de hogar que quedaba a la vista había sido elegida por sus sensatas cualidades de resistencia al uso, seguramente por alguna generación anterior, más que por su utilidad como artillería ligera en la guerra entre los sexos. Había frascos y botes en la cómoda, pero una cierta austeridad en sus formas sugería que las etiquetas dirían algo como «frotar en la espalda por las noches», en vez de «sólo una gota tras las orejas». Uno se podía imaginar que la ocupante de aquella habitación había dormido allí toda su vida, y que su padre la había llamado «mi nenita» hasta que la pobre tuvo cuarenta años.

Había un amplio y sensato camisón azul colgado tras la puerta. Sin necesidad de comprobarlo, Vimes supo que habría un conejito de peluche en el bolsillo.

Era, en resumen, la habitación de una mujer que nunca había esperado que la viera un hombre.

En la mesilla de noche había un montón de revistas y papeles. Sintiéndose culpable, pero haciéndolo de todos modos, Vimes echó un vistazo.

Todos hablaban de dragones. Había cartas del Comité de Exhibiciones del Club Caverna, y de la Liga de Amigos de los Lanzallamas. Había folletos y anuncios del Refugio para Dragones Enfermos («El fuego del pobre VINNY casi se había apagado tras cinco años de ser usado cruelmente para levantar pintura vieja, pero ahora…»). También vio peticiones de donativos, invitaciones a charlas y, en fin, cosas que delataban un corazón generoso en el que cabía todo el mundo, o al menos la parte del mundo que tenía alas, escamas y respiraba fuego.

Si uno dejaba que su mente se concentrara mucho en habitaciones como aquélla, podía acabar sintiéndose extrañamente triste, lleno de una compasión abstracta que le llevaría a pensar que lo mejor era acabar con la raza humana y empezar de cero, o como mínimo desde las amebas.

Además del montón de papeles, había un libro. Vimes extendió un brazo, no sin dolor, y leyó el título. Era *Enfermedades de los dragones,* por Sybil Deidre Olgivanna Ramkin.

Fue pasando las páginas con una mezcla de espanto y fascinación. En ellas vio otro mundo, un mundo de problemas extrañísimos. Garganta Seca. Placas en el Pulmón. Inhalación de Hollín. Tras leer unos cuantos párrafos, empezó a pensar que era sorprendente que un dragón de los pantanos viviera para contemplar un segundo amanecer. Hasta el hecho de cruzar una habitación podía considerarse un triunfo biológico.

Apartó la vista de las ilustraciones, dibujadas trabajosamente. Hay un límite para el número de entrañas que uno puede ver sin que

lo afecten.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Eh! ¿Está usted visible?

Lady Ramkin entró con una alegre sonrisa de oreja a oreja.

—Eh…

—Le he traído algo nutritivo.

Sin saber muy bien por qué, Vimes imaginó que sería sopa. Pero no, se trataba de un plato lleno hasta los topes de beicon, patatas y huevos fritos. Casi pudo oír los gritos de espanto de sus arterias al contemplarlo.

—También he preparado un budín —añadió lady Ramkin—. La verdad, no suelo cocinar tanto para mí sola. Ya sabe, una acaba comiendo cualquier cosa.

Vimes pensó en las cosas que solía comer él en su habitación. La carne siempre era gris, y tenía misteriosos tubitos.

—Eh… —repitió. No estaba acostumbrado a hablar con las mujeres desde dentro de sus camas—. El cabo Nobby me ha dicho que usted…

—¡Qué hombre tan pintoresco, ese Nobby! —asintió lady Ramkin.

Vimes no estaba muy seguro de poder soportar aquello.

—¿Pintoresco? —inquirió débilmente.

—Todo un personaje. Hemos congeniado de maravilla.

~¿Si?

—Oh, y tanto. Cuenta unas anécdotas graciosísimas.

—Sí, eso es cierto. Se sabe muchas.

A Vimes nunca dejaba de sorprenderle lo bien que se llevaba Nobby con casi todo el mundo. Supuso que tenía algo que ver con eso del común denominador. En el mundo de las matemáticas, no podía haber un denominador más común que Nobby.

—Eh… —empezó por tercera vez, sin poder abandonar tan peculiar conversación—, ¿no le parece que usa un lenguaje un poco…, eh…, fuerte?

—Popular —lo corrigió alegremente lady Ramkin—. Tendría que haber oído a mi padre cuando se enfadaba. En cualquier caso, hemos descubierto que tenemos muchas cosas en común. Es una coincidencia increíble, pero mi abuelo una vez hizo azotar a su abuelo por hurto.

Eso los convertía prácticamente en miembros de la misma familia, pensó Vimes. Otra ráfaga de dolor en el costado magullado le hizo cerrar los ojos.

—Tiene unas cuantas contusiones, y probablemente un par de costillas rotas —dijo la dama—. Si se da la vuelta, le pondré un poco más de esto.

Exhibió un tarro de ungüento amarillo. El rostro de Vimes reflejó el pánico. Instintivamente, se tapó con las sábanas hasta el cuello.

—No sea crío, capitán —bufó ella—. No voy a ver nada que no haya visto antes. Todos los traseros son iguales. Lo que pasa es que los que yo veo a menudo suelen tener colas y escamas. Venga, dése la vuelta y súbase la camisa. Era de mi abuelo, ¿sabe?

No había manera de desobedecer a aquel tono de voz. Vimes pensó exigir que entrara Nobby para hacer de carabina, pero luego decidió que eso sería aún peor.

La crema quemaba como el hielo.

—¿De qué es eso?

—De un montón de cosas. Aliviará el dolor de las contusiones y ayudará a que nazcan escamas sanas.

—¿Qué?

—Lo siento. Probablemente no sean escamas. No ponga esa cara de miedo, estoy casi segura. Bueno, ya está.

Le dio una palmadita en el trasero.

—Señora, soy el capitán de la Guardia Nocturna —dijo Vimes, aun sabiendo que era una soberana estupidez.

—Y está medio desnudo en la cama de una dama —replicó lady Ramkin, inamovible—. Ahora, siéntese y tómese el té. Tenemos que hacer que se ponga fuerte. Los ojos de Vimes se llenaron de terror.

—¿Por qué? —quiso saber.

Lady Ramkin buscó en el bolsillo de su ajada chaqueta de trabajo.

—Anoche tomé unas cuantas notas sobre el dragón —dijo.

—Ah, el dragón.

Vimes se relajó un poco. En aquel momento, el dragón le parecía una perspectiva menos mala.

—Y también investigué un poco. Le diré una cosa, es una bestia muy extraña. No debería haber podido remontar el vuelo.

—En eso tiene razón.

—Si su constitución es como la de los dragones de pantano, debía de pesar unas veinte toneladas. ¡Veinte toneladas! Es imposible. Todo se reduce a una correlación entre peso y envergadura de alas, no sé si me entiende.

—Lo vi bajar en picado desde la torre.

—Ya lo sé. Por lógica, se le deberían de haber desgarrado las alas, todo lo que teóricamente podría quedar de él es un gran agujero en él suelo —insistió lady Ramkin con firmeza—. Uno no se puede tomar a risa la aerodinámica. Una cosa grande no puede hacer lo mismo que una pequeña, y quedarse tan ancha. Es cuestión de potencia muscular y superficies de resistencia al viento.

—Ya sabía yo que algo andaba mal —se animó Vi-mes—. Y también lo de las llamas. No hay nada que pueda ir por ahí con tanto calor dentro. ¿Cómo se las arreglan los dragones de pantano?

—Ah, es una cuestión química —respondió lady Ramkin, sin darle

importancia—. De los alimentos que ingieren, destilan una sustancia inflamable, y la llama se enciende al salir por los conductos. Nunca tienen fuego *dentro,* a menos que padezcan de retroceso.

—Y si padecen de eso, ¿qué sucede?

—Que hay que limpiar trocitos de dragón de todas partes —explicó lady Ramkin, alegremente—. Me temo que los dragones no están muy bien diseñados.

Vimes escuchó.

Era imposible que hubieran sobrevivido, sólo lo lograron gracias a que sus lugares de nacimiento eran aislados y había pocos depredadores. No es que los dragones fueran muy alimenticios, claro: una vez se eliminaba la piel y los enormes músculos que usaban para volar, lo que quedaba debía de ser como morder una fábrica de productos químicos mal procesados. No era de extrañar que los dragones estuvieran siempre enfermos. la necesidad de producir combustible hacía que tuvieran problemas estomacales. Dedicaban la mayor parte del cerebro a controlar las complejidades del sistema digestivo, capaces de producir elementos inflamables a partir de los ingredientes más imposibles. Incluso podían redistribuir sus conductos internos, en el lapso de una noche, para llevar a cabo los procesos más difíciles. Vivían al borde de un abismo químico. Un hipido fuera de lugar, y eran geografía.

Y cuando se trataba de elegir lugares para la puesta de huevos, las hembras tenían tanto sentido común e instinto maternal como un ladrillo.

Vimes se preguntó por qué estaría tan preocupada la gente con los dragones en los viejos tiempos. Si por casualidad había alguno en una cueva cercana, lo único que tenías que hacer era esperar hasta que se autoincendiara, explotara o muriera de indigestión aguda.

—Los ha estudiado a fondo, ¿verdad? —señaló.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Pero ¿qué sabe de los grandes?

—Dioses, sí. Son un gran misterio, ¿sabe? —asintió la dama, repentinamente seria.

—Sí, ya lo dijo.

—Son criaturas de leyenda. Al parecer, una subespecie de dragones empezó a crecer, y a crecer, y luego… sencillamente, desaparecieron.

—¿Quiere decir que murieron?

—No. De cuando en cuando volvían a aparecer, sin que se supiera de dónde venían. llenos de vida y vigor. Pero, de pronto, dejaron de volver. —Dirigió a Vimes una mirada triunfal—. Creo que encontraron un lugar donde podían *ser* de verdad.

—¿Ser qué?

—Dragones. Donde podían cumplir todo su potencial. Otra dimensión, o algo por el estilo. Donde la gravedad no fuera tan fuerte, y esas cosas.

—Eso pensé yo cuando lo vi —asintió Vimes—. No puede haber algo que vuele y tenga escamas, y sea de ese tamaño.

Se miraron.

—Tenemos que encontrar su madriguera —dijo lady Ramkin.

—Ningún maldito bicho pegará fuego a *mi* ciudad —replicó Vimes.

—Imagine qué gran contribución al estudio de los dragones.

—Si alguien pega fuego a esta ciudad, seré yo.

—Es una oportunidad increíble. Hay tantas preguntas…

—En eso tiene razón. —Le vino a la cabeza una de las frases de Zanahoria—. Puede ayudarnos en nuestras investigaciones —sugirió.

—Pero eso será por la mañana —replicó lady Ramkin con firmeza.

La mirada decidida de Vimes se suavizó.

—Yo dormiré abajo, en la cocina —siguió la dama alegremente—. Siempre tengo allí un catre preparado en temporada de puesta. Algunas hembras pueden necesitar ayuda. No se preocupe por mí.

—Es usted muy amable —murmuró el capitán.

—He enviado a Nobby a la ciudad, para que ayude a los otros a organizar su cuartel.

Vimes se había olvidado por completo de la Casa de la Guardia.

—Debe de haber sufrido daños importantes —aventuró.

—Destruido por completo —le corrigió la dama—. No queda más que un charco de piedra fundida. Así que les voy a dejar un local en Pseudópolis Yard.

—¿Cómo dice?

—Oh, mi padre tenía inmuebles por toda la ciudad —dijo—. La verdad es que a mí no me sirven para nada, así que le dije a mi gestor que entregara al sargento Colon las llaves de la casa vieja de Pseudópolis Yard. No estará nada mal que se ventile un poco.

—Pero esa zona…, quiero decir, las calles están pavimentadas de verdad…, el alquiler… O sea, no creo que lord Vetinari quiera…

—No se preocupe por eso —replicó, dándole una palmadita amistosa—. Venga, ahora tiene que dormir un poco.

Vimes se tendió de nuevo, con el cerebro funcionando a toda velocidad. Pseudópolis Yard estaba en el lado Ankh del río, en uno de los mejores barrios de la ciudad. Allí, el espectáculo de Nobby o el sargento Colon paseando por aquellas calles a plena luz del día tendría el mismo efecto que la inauguración de un hospital para leprosos.

Se sumió en un duermevela, y soñó con gigantescos dragones que lo perseguían esgrimiendo frascos de ungüento.

Y se despertó con los gritos de una turba.

Lady Ramkin erguida en toda su estatura no era una visión que se pudiera olvidar, aunque uno querría intentarlo. Era como ver la deriva continental pero al revés, mientras varios subcontinentes e islas se reunificaban para formar una gigantesca y furiosa protomujer.

La puerta rota del cobertizo de los dragones colgaba de sus bisagras. Los inquilinos, tan tensos ya como un arpa con anfetaminas, se estaban volviendo locos. Pequeñas llamaradas se estrellaban contra las chapas metálicas, y los animalitos se revolvían en sus jaulas.

—¿Qué significa esto? —rugió la dama.

Si alguna vez los Ramkin habían sido dados a la introspección, tenía que reconocer que no era una frase muy original. Pero sí útil. Funcionaba. La razón de que las frases hechas se conviertan en frases hechas, es que son los martillos y destornilladores en la caja de herramientas de la comunicación.

La turba se arremolinó contra la puerta rota. Algunos hombres blandían instrumentos afilados, con el movimiento típico de los que no pretenden nada bueno.

—Demonios —gruñó el que los guiaba—, ahí dentro hay dragones.

Se oyó un coro de murmullos de asentimiento.

—¿Y qué? —bufó lady Ramkin.

—Demonios. Ha estado quemando la ciudad. Y no vuelan mucho. Usted tiene dragones aquí dentro. Puede que haya sido uno de ellos.

—Eso.

—Claro.

—QED.[15]

—Así que nos los vamos a cargar a todos.

—Eso.

—Claro.

—*Pro bono publico.*

El pecho de lady Ramkin subía y bajaba como un pistón. Extendió el brazo y agarró la horca de granja colgada de un gancho, en la pared.

—Os lo advierto, un paso más y lo lamentaréis —dijo.

El jefe miró a los dragones frenéticos, tras ella.

—¿Sí? —replicó, burlón—. ¿Qué piensa hacernos, eh?

La mujer abrió y cerró la boca un par de veces.

—¡Llamaré a la Guardia! —dijo al final.

La amenaza no surtió el efecto que había esperado. Lady Ramkin nunca había prestado demasiada atención a los aspectos de la ciudad que no tenían escamas.

—Vaya, qué miedo —gimoteó el jefe—. No sabe cuánto nos preocupa eso. Mire, me están temblando las rodillas. —Se sacó un

machete que llevaba colgado del cinturón—. Y ahora, señora, apártese, porque…

Una llamarada de fuego verde surgió por la parte trasera del cobertizo, pasó por encima de las cabezas de los hombres allí reunidos, y dibujó una marca chamuscada en la madera sobre la puerta.

Entonces, sonó una voz que era un puro ronroneo de amenaza de muerte.

—*Éste es lord Montealegre Colmilloveloz Inverno-cuarento IV, el dragón más fogoso de la ciudad. Os puede achicharrar las cabezas hasta el cráneo.*

El capitán Vimes salió cojeando de entre las sombras.

Llevaba firmemente sujeto bajo un brazo a un dragoncito dorado, muerto de miedo. Con la otra mano lo sujetaba por la cola.

Los hombres lo miraron, hipnotizados.

—Ya sé lo que estáis pensando —siguió Vimes con voz amable—. Os preguntaréis si, después de tantas emociones, aún le queda fuego suficiente. Pues la verdad, yo tampoco estoy muy seguro…

Se inclinó hacia adelante y los miró por entre las orejas del dragón. Su voz era como una navaja afilada.

—Lo que debéis preguntaros a vosotros mismos es: ¿Me acompaña hoy la suerte?

Todos retrocedieron ante su avance.

—¿No respondéis nada? —insistió—. ¿Os acompaña hoy la suerte?

Durante unos instantes, lo único que se oyó fue el ruido del estómago de lord Montealegre Colmilloveloz Invernocuarento IV, el ominoso ronroneo del combustible acumulándose en las recámaras ígneas.

—Oye, mira, eh… —tartamudeó el jefe, sin poder despegar la vista de la cabeza del dragón—. No hay necesidad de que nos pongamos tan…

—La verdad es que es posible que él decida lanzar llamas por su cuenta —siguió Vimes—. A veces no pueden evitarlo, sobre todo si se les acumulan dentro. Y eso sucede cuando están nerviosos. Tengo la sensación de que los habéis puesto *muy* nerviosos.

El dirigente de la turba hizo lo que esperaba fuera un gesto vagamente conciliador. Por desgracia, lo hizo con la mano con la que sostenía un cuchillo.

—Suelta eso —le advirtió Vimes—, o no lo contarás.

El cuchillo se estrelló contra las losas. Se oyeron pasos apresurados en las últimas filas, y de repente un buen número de hombres estaban metafóricamente lejos y no sabían nada de aquello.

—Pero antes de que los demás buenos ciudadanos se dispersen

tranquilamente y vuelvan a ocuparse de sus asuntos —dijo el capitán —, os sugiero que miréis bien a estos dragones. ¿Os parece que alguno de ellos mide veinte metros de largo? ¿Creéis que tienen treinta metros de envergadura de alas? ¿Qué grado de temperatura debe de alcanzar su fuego?

—No sé —respondió el jefe.

Vimes alzó ligeramente la cabeza del dragón. El jefe cerró los ojos.

—No sé, señor —se corrigió.

—¿Queréis averiguarlo?

El jefe sacudió la cabeza. Pese al miedo, encontró de nuevo la voz.

—¿Quién eres tú? —preguntó. Vimes se irguió.

—El capitán Vimes, de la Guardia de la Ciudad —dijo.

La afirmación fue acogida con un silencio casi absoluto. La única excepción fue la voz alegre, al fondo de la multitud, que dijo:

—De la Guardia Nocturna, ¿no?

Vimes miró hacia abajo, más allá de su camisa de dormir. Con las prisas por salir del lecho de enfermo, se había puesto apresuradamente un par de zapatillas de lady Ramkin. Por primera vez, se dio cuenta de que estaban adornadas con pompones rosas.

Y ése fue el momento que lord Montealegre Colmilloveloz Invernocuarento IV eligió para eructar.

No fue una llamarada rugiente. Fue, sencillamente, una bolita de fuego casi invisible que pasó entre la multitud y chamuscó unas cuantas cejas. Pero, desde luego, causó una gran impresión.

Vimes se recuperó de maravilla. Nadie se dio cuenta del breve momento de terror que acababa de vivir.

—Y eso ha sido sólo para llamaros la atención —dijo con cara de póquer—. La próxima vez, apuntaré más abajo.

—Eh… —tartamudeó el jefe—, cómo no. No hay problema. La verdad es que ya nos marchábamos. Aquí no hay dragones grandes, desde luego. Lamentamos haberos molestado.

—Ah, no, ni hablar —lo interrumpió lady Ramkin, con voz triunfal—. ¡No os vais a largar tan fácilmente!

Extendió la mano hacia un estante y sacó una caja de latón. Tenía una ranura en la tapa, y tintineaba. En uno de los lados se leía *Refugio para dragones enfermos.*

La primera ronda dio como fruto cuatro dólares y treinta y un peniques. Cuando el capitán Vimes apuntó de nuevo con el dragón, aparecieron como por arte de magia veinticinco dólares y dieciséis peniques más. Luego, la turba huyó.

—Al menos, hemos salido ganando algo —dijo el oficial, cuando volvieron a estar solos.

—¡Ha sido usted muy valiente!

—Esperemos que esto no se repita —replicó Vimes, devolviendo suavemente al agotado dragoncito a su jaula.

Se sentía curiosamente optimista.

Una vez más, fue consciente de que unos ojos lo miraban fijamente. Se dio la vuelta y vio la cabeza alargada y puntiaguda de Buenmuchacho Hatajo Plumapiedra. No hay mejor descripción para su postura que la de «último cachorrito en la tienda».

Para su asombro, se descubrió a sí mismo rascándolo entre las orejas, o al menos entre las cosas puntiagudas que tenía a los lados de la cabeza y que debían de hacer las funciones de orejas. La respuesta del animal fue un extraño ruido que parecía como si se hubiera atascado una cañería. Vimes apartó la mano apresuradamente.

—No pasa nada —dijo lady Ramkin—. Es que le está gruñendo el estómago. Eso significa que usted le gusta.

Para más asombro, Vimes se sintió encantado ante la idea. Que él recordara, ningún animal lo había considerado digno de un eructo.

—Creí entender que se iba a…, ejem…, a deshacer de él —dijo.

—Supongo que tendré que hacerlo —suspiró la dama—. Pero ya sabe, es muy difícil. Te miran con esos ojos tan grandes, tan sentidos…

Hubo un breve silencio incómodo.

—¿Sería posible que yo…?

—¿No querría usted por casualidad…? Ambos se detuvieron.

—Es lo menos que puedo hacer —dijo lady Ramkin.

—¡Pero si ya nos ha proporcionado cuarteles nuevos y todo!

—Eso era mi deber de ciudadana. Por favor, acepte a Buenmuchacho, como…, como regalo de *amiga*.

Vimes tuvo la sensación de que lo estaban haciendo caminar por un tablón al borde de un abismo.

—Ni siquiera sé qué comen —dijo.

—La verdad es que son omnívoros. Comen de todo, excepto metal y rocas ígneas. Cuando uno vive en los pantanos, no puede ser muy selectivo con lo que se lleva a la boca.

—Pero ¿no hará falta que lo saque a pasear? O a volar, como sea.

—En realidad, se pasa la mayor parte del tiempo durmiendo. —Lady Ramkin rascó la fea cabeza escamosa del bichejo—. Le garantizo que es el dragón más tranquilo que he criado.

—¿Y qué hay de…? Ya sabe…

Señaló el rastrillo para recoger excrementos.

—Bueno, es sobre todo gas. Lo único que tiene que hacer es mantenerlo en un lugar bien ventilado. No tendrá alfombras valiosas, ¿verdad? Es mejor que no permita que le dé lametones en la cara, pero puede enseñarlo a controlar la llama. Le será muy útil para

encender la chimenea.

Buenmuchacho Hatajo Plumapiedra se revolcó, en medio de un estruendo de cañerías atascadas.

Tienen ocho estómagos, recordó Vimes; los dibujos del libro habían sido muy detallados. Y ahí dentro hay montones de cosas que parecen destilerías en el laboratorio de un químico loco.

Ningún dragón de pantano podría aterrorizar un reino, excepto por accidente. Vimes se preguntó cuántos valientes héroes habrían dado muerte a los pobres animales. Era una crueldad hacer algo así a unas criaturas cuyo único crimen era explotar distraídamente, y a los dragones les gustaba menos que a nadie. Sólo con pensarlo, se ponía furioso. Los pobres dragones habían nacido para perder. Vivían deprisa, morían en mil pedazos. Omnívoros o no, tenían que pasarse la vida agitando apologéticamente las alas por un mundo que no los comprendía, temerosos siempre de su propio sistema digestivo. Seguramente, la familia aún no había acabado de superar la explosión del padre, cuando algún imbécil metido en una armadura llegaba al pantano para clavar su espada en una bolsa de entrañas que, encima, ya estaba a punto de autodestruirse sola.

Ja. Ya le habría gustado ver a los temibles matadores de dragones del pasado enfrentados al dragón grande. ¿Armaduras? Mejor no usarlas. Al fin y al cabo, el resultado iba a ser el mismo, y por lo menos tus cenizas no estarían preenvasadas en la lata.

Contempló fijamente a la deforme criatura, y la idea que se había ido forjando en su mente durante los últimos minutos consiguió entrar por fin. En Ankh-Morpork, todo el mundo quería encontrar la madriguera del dragón. Al menos, querían encontrarla sin su ocupante. El sistema del trozo de madera no funcionaría, de eso estaba seguro. Pero, como decía el refrán, para atrapar a un ladrón… [16]

—¿Puede un dragón encontrar a otro? —preguntó—. Ya sabe, seguir el olor del rastro, o algo así.

> Queridísima madre [escribió Zanahoria]: para que hablen de los cambios de la suerte. Anoche el dragón quemó nuestros cuarteles y mira por dónde ahora tenemos unos mejores, que están en un lugar que se llama Pseudópolis Yard, enfrente del Edificio de la Ópera. El sargento Colon dice que hemos Ascendido en la Vida, y también le dice a Nobby que no se le ocurra vender los muebles. Ascender en la Vida es una metáfora, que son cosas que estoy aprendiendo, como Mentir pero más decorativas. Hay alfombras adecuadas donde escupir. Hoy dos grupos han intentado buscar dragones en los sótanos, es increíble. Van

por ahí cavando en los retretes de la gente y buscando en los desvanes, es como una Fiebre. La gente ya no va ni a trabajar y el sargento Colon dice que a ver con qué cara hacemos la Ronda y gritamos Las Doce en Punto y Sereno cuando hay un dragón por ahí fundiendo la ciudad.

Me he ido de casa de la señora Palma porque aquí hay docenas de camas. Me dio mucha pena y me hicieron un pastel de despedida, pero creo que es lo mejor, aunque la señora Palma nunca me cobró el alquiler, muy amable por su parte considerando que tiene tantas hijas guapas y tiene que ahorrar para sus dotes y esas cosas.

También me he hecho amigo de ese simio que viene por aquí a menudo a ver si hemos encontrado ya su libro. Nobby dice que es un saco de pulgas pero eso es porque le ganó dieciocho dólares jugando al Seisillo, que es un juego de azar con cartas, pero yo no juego y ya he hablado a Nobby del Acta de Regulación del Juego, y él me ha dicho que me vaya a Tomar por Culo, cosa que creo que es una violación del Decreto de Comportamiento Ético en Público (1389), pero he decidido usar mi Discreción.

El capitán Vimes está enfermo y lo está cuidando una Dama. Nobby dice que es una Excéntrica pero el sargento Colon cree que es porque vive en una casa grande con muchos dragones pero que tiene una fortuna y que ya era hora de que el capitán dejara de poner los pies en la mesa. No entiendo qué tiene que ver el mobiliario con esto. Esta mañana he ido a dar un paseo con Reet y le he enseñado muchas muestras interesantes de arte en metal que se pueden encontrar en la ciudad. Ella dice que soy diferente de los demás. Tu hijo que te quiere, Zanahoria. XXX.

P.D. Si ves a Mindy salúdala de mi parte.

Dobló el papel con cuidado y lo metió dentro de un sobre.

—Se está poniendo el sol —señaló el sargento Colon.

Zanahoria alzó la vista de su sello de cera.

—Eso quiere decir que pronto será de noche —siguió Colon, con exactitud.

—Sí, sargento.

El sargento se pasó un dedo por el cuello. Tenía la piel impresionantemente rosada, resultado de haberse pasado la mañana frotándosela. Aun así, la gente se seguía manteniendo a una distancia respetable.

Algunas personas han nacido para mandar. Otras personas llegan

a mandar. Y a otras, el mando les cae encima. El sargento se encontraba ahora en esta última categoría, y no le hacía la menor gracia.

Sabía que, en cualquier momento, tendría que anunciar que ya era hora de salir de patrulla. Y él no quería salir de patrulla. Lo que quería era encontrar un bonito subsolano en cualquier parte. Pero *Nobbless Oblig*… si estaba al mando, tenía que hacerlo.

Lo que le preocupaba no era la soledad del mando. El problema era el ser-frito-vivo del mando.

Además, estaba seguro de que, a menos que descubrieran pronto algo relativo al dragón, el patricio no estaría contento. Y cuando el patricio estaba descontento, se volvía muy democrático. Buscaba maneras complicadas y dolorosas de compartir todo lo posible su descontento. En opinión del sargento, la responsabilidad era algo terrible. Y ser torturado también era algo terrible. Desde su punto de vista, ambos hechos se acercaban a un punto en común a toda velocidad.

Así que se sintió terriblemente aliviado cuando un pequeño carruaje se detuvo ante el Yard. Era muy viejo y destartalado. Había un escudo de armas casi invisible ya en la puerta. En cambio, en la parte trasera, el cartel estaba casi recién pintado: *Relincha si amas a los dragones.*

El capitán Vimes se apeó del carruaje, no sin esfuerzo. Lo siguió la mujer a la que el sargento llamaba Sybil Ramkin la Loca. Y por último, saltando obediente atado a su correa, venía un pequeño…

El sargento se puso demasiado nervioso como para caer en la cuenta de su tamaño real.

—¡Que me aspen! —exclamó—. ¡Lo ha atrapado, capitán!

Nobby alzó la vista por encima de la mesa, en el rincón donde seguía tercamente sin querer comprender que es casi imposible jugar a algo que requiera ir de farol contra un adversario que no deja de sonreír. El bibliotecario aprovechó la distracción para servirse un par de cartas de la parte de abajo del mazo.

—No seas imbécil, es un simple dragón de pantano —bufó Nobby —. Y ella es lady Sybil. Una auténtica dama.

Los otros dos guardias se volvieron para mirarlo. Sí, el que había hablado era Nobby.

—¿Queréis dejar de mirarme con esas caras?

—dijo—. ¿Es que no puedo reconocer a una dama cuando la veo? Me dio un té en una tacita más fina que el papel, y con una cucharilla de plata —siguió, como quien ha echado un vistazo al estatus de la distinción social—. ¡Y se las devolví, así que dejad de mirarme así!

—¿Qué es lo que haces exactamente en tus noches libres? —preguntó Colon.

—No es asunto tuyo.

—¿De verdad le devolviste la cucharilla? —quiso saber *Zanahoria.*

—¡Por supuesto que sí, joder! —rugió Nobby.

—Firmes, muchachos —ordenó el sargento, rebosante de alivio.

Los otros dos entraron en la habitación. Vimes dirigió a sus hombres la habitual mirada de resignación.

—Mis guardias —murmuró.

—Excelentes hombres —asintió lady Ramkin—. Nuestros mejores muchachos, ¿eh?

—Nuestros muchachos, dejémoslo ahí.

Lady Ramkin sonrió, alentadora. Esto provocó una extraña agitación entre los hombres. El sargento Colon, con un esfuerzo sobrehumano, consiguió que el pecho le sobresaliera más que el estómago. *Zanahoria.* abandonó su habitual postura encorvada. Nobby se llenó de marcialidad, con los brazos estirados a los costados, los pulgares apuntando fieramente al frente y el pecho de palomo tan hinchado que corría peligro de separarse del suelo.

—Siempre he pensado que todos podemos dormir más tranquilos sabiendo que estos hombres tan valientes velan por nosotros —dijo lady Ramkin, caminando tranquilamente entre ellos como un galeón impulsado por una suave brisa—. ¿Y quién es éste?

Es difícil que un orangután se ponga firme. Su cuerpo puede dominar la técnica, pero no así su piel. De cualquier manera, el bibliotecario hacía lo que podía: era un respetuoso montón al final de la hilera, y manteniendo uno de esos complejos saludos que sólo se puede hacer con un brazo de metro veinte.

—Va de paisano, señora —dijo Nobby rápidamente—. Servicios Autónomos Simiescos.

—Gran idea. Gran idea, desde luego —asintió lady Ramkin—. ¿Cuánto tiempo hace que es usted un simio, buen hombre?

—Oook.

—Muy bien hecho.

Se volvió hacia Vimes, que no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Sin duda es mérito suyo —dijo—. Un excelente grupo de hombres…

—Oook.

—… antropoides —se corrigió lady Ramkin, sin apenas vacilación.

Por un momento, los guardias se sintieron como si acabaran de volver de conquistar una provincia lejana ellos solos. Se sentían enormemente animados, dignos y honorables, y eran sensaciones casi desconocidas para ellos. Hasta el bibliotecario se consideró halagado, y decidió pasar por alto por una vez la expresión «buen hombre».

Un tintineo y un fuerte olor a algo químico los hizo mirar a su alrededor.

Buenmuchacho Hatajo Plumapiedra estaba *agazapado* con aire inocente junto a algo que no era tanto una mancha en la alfombra como un agujero en el suelo. De los bordes chamuscados se elevaban espirales de humo.

Lady Ramkin suspiró.

—No se preocupe, señora —sonrió Nobby—. Lo haré limpiar en un momento.

—Mucho me temo que estas cosas suceden a menudo, cuando se emocionan.

—Tiene usted un ejemplar precioso —siguió Nobby, regocijándose en la experiencia recién descubierta de la cortesía social.

—No es mío —dijo—. Ahora pertenece al capitán. O quizá a todos ustedes. Una especie de mascota, o algo así. Se llama Buenmuchacho Hatajo Plumapiedra.

Buenmuchacho Hatajo Plumapiedra soportó con estoicismo el peso de su nombre, y olisqueó una pata de la mesa.

—Pues se parece a mi hermano Errol —dijo Nobby, jugándoselo todo a la carta del amante de los animales—. Tiene la misma nariz puntiaguda.

Vimes miró a la criatura, que estaba investigando sus nuevos entornos, y supo que desde aquel momento, irrevocablemente, se llamaba Errol. El dragoncito lanzó un bocado experimental a la mesa, la masticó unos segundos, la escupió, se acurrucó y se echó a dormir.

—No irá a prender fuego a nada, ¿verdad? —preguntó el sargento con ansiedad.

—No creo. Me parece que aún no sabe muy bien para qué son los conductos ígneos —explicó lady Ramkin.

—Pero le podemos enseñar a relajarse —dijo el capitán—. En fin, mis hombres y yo…

—Oook.

—No me refería a usted, caballero. Por cierto, ¿qué hace aquí?

—Eh… —titubeó el sargento Colon—. Yo…, eh…, como tú no estabas, y andábamos algo cortos de personal… Zanahoria dijo que se podía hacer sin contravenir ninguna ley… le tomé juramento, señor. Al simio, señor.

—¿Le tomaste juramento?

—Como agente especial, señor. —Colon se puso rojo—. Ya sabe, señor…, una especie de guardia civil. Vimes se llevó las manos a la cabeza.

—¿Especial? ¡Más bien único!

El bibliotecario dirigió al capitán una amplia sonrisa.

—Sólo temporalmente, señor. Mientras dure esta situación —suplicó Colon—. Nos vendría muy bien la ayuda, señor, y…, bueno, es el único que nos aprecia…

—A mí me parece una idea sensacional —intervino lady Ramkin —. Ese simio es todo un personaje.

Vimes se encogió de hombros. El mundo ya estaba suficientemente loco, ¿qué podía empeorarlo?

—De acuerdo —dijo—, ¡de acuerdo! Me rindo. ¡Muy bien! Dadle una placa, aunque que me aspen si sé dónde se la va a poner. ¡Bien! ¡Sí! ¿Por qué no?

—¿Te encuentras bien, capitán? —se interesó Colon, preocupado.

—¡Claro! ¡Perfectamente! ¡Démosle la bienvenida a la guardia! —rugió Vimes, recorriendo la habitación a grandes zancadas—. ¡Genial! Al fin y al cabo, nos tratan como a animales, no sé por qué no vamos a tener mon…

La mano del sargento tapó respetuosamente la boca de Vimes.

—Eh…, sólo hay un problema, capitán —dijo Colon con tono apremiante a los ojos atónitos de Vimes—. No uses jamás esa palabra que empieza por «M». Se vuelve loco. No lo puede evitar, señor, pierde el control. Es como un toro cuando ve un trapo rojo. Le puedes llamar «Simio», pero no la palabra que empieza por «M». Porque, cuando se enfada, no se limita a poner mala cara e irse a un rincón, señor, no sé si me explico. Aparte de eso no da ningún problema. De verdad. Sólo hay que tener cuidado de no decir mono. *Oh mierda.*

Los Hermanos estaban nerviosos.

Los había oído hablar. Las cosas iban demasiado deprisa para ellos. Pensaba que los había guiado a la conspiración poco a poco, sin proporcionarles más verdad de la que sus diminutos cerebros podían soportar, pero era obvio que los había sobreestimado. Allí hacía falta una mano firme. Firme, pero justa.

—Hermanos —dijo el Gran Maestro Supremo—, ¿están bien enfiladas las Gargantillas de la Veracidad?

—¿Qué? —se sorprendió el Hermano Vigilatorre—. Ah. Las Gargantillas. Enfiladas. Claro.

—Y los Martílleles de Solicitación, ¿han sido adecuadamente entonados?

El Hermano Revocador se sobresaltó con gesto de culpabilidad.

—¿Yo? ¿Qué? Ah. Bien, sin problemas. Entonados a tope. Sí.

El Gran Maestro Supremo hizo una pausa.

—Hermanos —empezó, con suavidad—, estamos muy cerca. Sólo una vez más. Sólo unas pocas horas. Una vez más, y el mundo es nuestro. ¿Lo comprendéis, Hermanos?

El Hermano Revocador dio unas pataditas al suelo.

—Bueno… —dijo—. Sí, claro. Por supuesto. No te preocupes por eso. Estamos contigo al ciento diez por ciento…

Va a decir *pero,* pensó el Gran Maestro Supremo.

—… pero… *Ah.*

—… yo…, es decir, nosotros, estamos algo… extraños, de veras, te sientes muy raro después de invocar a un dragón, no sé si me entiendes, como…

—Como lavados —aportó el Hermano Revocador.

—Sí, es como si… —El Hermano Vigilatorre peleó con las complicaciones de la comunicación—. Como si nos estuviera sacando algo…

—Como si nos secara —dijo el Hermano Revocador.

—Eso, como ha dicho éste, y nosotros…, bueno, quizá sea un poco arriesgado…

—Nos sentimos como si las criaturas del más allá nos estuvieran sacando trozos del cerebro —concluyó el Hermano Revocador.

—A mí me da unas jaquecas terribles —asintió impotente el Hermano Vigilatorre—. Y nos estábamos preguntando, ya sabes, esas cosas sobre el equilibrio cósmico y todo eso, porque bueno, no sé si te acuerdas de lo que le pasó al pobre Yonidea. Quizá fue una especie de venganza. No sé.

—No fue más que un cocodrilo rabioso que se escondió en su cama —replicó el Gran Maestro Supremo—. Podría haberle pasado a cualquiera. Pero no os preocupéis, comprendo cómo os sentís.

—Ah, ¿*sí*? —se asombró el Hermano Vigilatorre.

—Sí. Es de lo más natural. Todos los grandes magos se sienten un poco inquietos después de hacer una obra tan importante como ésta.

Los Hermanos se crecieron un poco. Grandes magos. Ellos eran grandes magos. Y tanto.

—Pero en pocas horas todo habrá terminado, y estoy seguro de que el rey nos recompensará generosamente. Nos aguarda un futuro glorioso.

Aquello solía funcionar. Pero esta vez no parecía suficiente.

—Pero el dragón… —empezó el Hermano Vigilatorre.

—¡No habrá ningún dragón! ¡No lo necesitamos para nada! Mira —dijo el Gran Maestro Supremo—, todo es muy sencillo. El chico traerá una espada maravillosa. Todo el mundo sabe que los reyes tienen espadas maravillosas.

—¿Será esa espada maravillosa de la que nos has estado hablando? —lo interrumpió el Hermano Revocador.

—En cuanto toque al dragón —le aseguró el Gran Maestro Supremo—, ¡la bestia….*pumba!*

—Sí, es lo que suele pasar —asintió el Hermano Portero—. Una vez, mi tío dio una patada a un dragón de pantano. Se lo encontró

mordisqueando sus calabazas. El maldito bicho casi le voló las piernas.

El Gran Maestro Supremo suspiró. Unas cuantas horas más, sí, y se acabaría todo aquello. Lo único que no había decidido era si los dejaría por su cuenta y riesgo (al fin y al cabo, ¿quién iba a creer lo que dijeran?) o si enviaría a la Guardia a arrestarlos por ser irremediablemente imbéciles.

—No —dijo con paciencia—. Quiero decir que el dragón desaparecerá. Lo enviaremos de vuelta a su lugar. Se acabará el dragón.

—¿No sospechará nada la gente? —preguntó el Hermano Revocador—. ¿No esperarán ver trocitos de dragón por todas partes?

—No —replicó el Gran Maestro Supremo, triunfal—. ¡Porque un solo golpe de la Espada de la Verdad y la Justicia destruirá por completo al Engendro del Mal!

Los Hermanos lo miraron.

—Bueno, eso es lo que creerá la gente —añadió—. También podemos crear un poco de humo místico para ese momento.

—Claro, el humo místico está tirado —asintió el Hermano Dedos.

—Entonces, ¿no habrá trocitos? —quiso saber el Hermano Revocador, algo decepcionado. El Hermano Vigilatorre carraspeó.

—No sé si la gente se lo creerá —dijo—. Me parece demasiado limpio.

—Escuchad —rugió el Gran Maestro Supremo—, ¡aceptarán lo que sea! ¡Lo verán con sus propios ojos! La gente estará tan deseosa de que el chico venza al dragón, que ni siquiera lo pensarán dos veces! ¡Podéis estar seguros! Ahora… empecemos…

Se concentró.

Sí, era más fácil. Cada vez era más fácil. Podía sentir las escamas, la rabia del dragón cuando llegó *al lugar a donde fueron los dragones* y empezó a controlarlo.

Aquello era poder. Y le pertenecía.

—Aay —gimió el sargento Colon.

—No sea blandengue —replicó lady Ramkin alegremente, aplicando las vendas con las manos hábiles de muchas generaciones de señoras Ramkin—. Si casi no le ha tocado.

—Además, el pobre lo lamenta mucho —añadió Zanahoria—. Venga, dile al sargento cuánto lo sientes. Díselo.

—Oook —dijo el bibliotecario, contrito.

—¡No dejéis que me dé un beso! —aulló Colon.

—¿Crees que coger a alguien por los tobillos y golpearle repetidamente la cabeza contra el suelo es una violación de la regla sobre Agresiones a un Oficial Superior? —quiso saber Zanahoria.

—Yo, personalmente, no pienso presentar cargos —se apresuró a

aclarar el sargento.

—¿Podemos continuar? —preguntó Vimes, impaciente—. Queremos saber si Errol puede olfatear algún rastro y llevarnos hasta la madriguera del dragón. Lady Ramkin dice que vale la pena intentarlo.

—¿Se refiere a que, para atrapar a un ladrón, cava un agujero bien hondo y pone en el fondo estacas afiladas, minas explosivas, cuchillas giradoras propulsadas por agua, cristales rotos y escorpiones, capitán? —titubeó el sargento—. ¡Aay!

—Sí, no nos interesa que desaparezca el rastro. Deje de ser crío, sargento.

—Perdone el atrevimiento, señora, pero me gustaría felicitarla por la excelente idea de utilizar a Errol —dijo Nobby mientras el sargento se ponía colorado bajo las vendas.

Vimes no sabía cuánto tiempo podría soportar al nuevo Nobby, el arribista social.

Zanahoria no dijo nada. Poco a poco, iba aceptando la idea de que no era un enano, pero la sangre de los enanos corría por sus venas siguiendo el famoso principio de la resonancia mórfica, y sus genes prestados le estaban diciendo que las cosas no iban a ser tan sencillas. Dar con el tesoro de un dragón era muy arriesgado, incluso aunque el dragón no estuviera en casa. Además, si hubiera un tesoro cerca, él lo notaría. La presencia de grandes cantidades de oro siempre hace que le cosquilleen las palmas de las manos a un enano, y a él no le hacían cosquillas.

—Empezaremos por aquel muro en Las Sombras —dijo el capitán.

El sargento Colon miró de reojo a lady Ramkin, y le resultó imposible demostrar su cobardía ante la admiradora de la Guardia.

—¿Cree que es buena idea, capitán? —se limitó a decir.

—Claro que no. Si tuviéramos buenas ideas, no estaríamos en la Guardia.

—¡Caray, esto es de lo más emocionante! —exclamó lady Ramkin.

—Oh, la verdad es que usted no debería venir, señora…

—Sybil, por favor.

—Es un barrio de mala fama, compréndalo.

—Pero estoy segura de que, con sus hombres, estaré a salvo —replicó ella—. Seguro que los vagabundos se derriten al verlos.

Eso les pasa con los dragones, pensó Vimes. Se derriten cuando ven dragones, y no dejan más que sus sombras en la pared. Cada vez que notaba que empezaba a desinteresarse, que no prestaba toda su atención al caso, recordaba aquellas sombras, y era como tener fuego líquido en la espina dorsal. Ese tipo de cosas no deberían suceder. Y menos en mi ciudad.

De hecho, Las Sombras no eran ningún problema. La mayor parte de sus habitantes habían salido a buscar el tesoro, y los que quedaban no tenían las menores ganas de andar agazapándose por callejones oscuros. Además, los más sensatos comprendieron que lady Ramkin, en caso de que le tendieran una emboscada, les diría que se dejaran de tonterías y se subieran los calcetines, con una voz tan habituada a dar órdenes que probablemente la obedecerían.

Los hombres del patricio aún no habían derribado el muro, que todavía lucía su tétrico fresco. Errol olfateó el aire, dio un par de carreritas por el callejón, y se echó a dormir.

—No ha funcionado —señaló el sargento Colon.

—Pero era una buena idea —replicó Nobby con lealtad.

—Seguro que ha sido por la lluvia, y por toda la gente que ha pasado por aquí —dijo lady Ramkin.

Vimes recogió al dragoncito. La verdad era que tampoco había albergado demasiadas esperanzas, pero era mejor hacer algo que estarse de brazos cruzados.

—Será mejor que volvamos —dijo—. El sol se está poniendo.

Regresaron en silencio. Vimes se dio cuenta de que la existencia del dragón había atemorizado a la gente incluso en Las Sombras. Era el dueño de la ciudad, incluso cuando no estaba presente. En cualquier momento, la gente empezaría a encadenar vírgenes a las rocas.

Un dragón era toda una metáfora de la existencia humana. Y por si fuera poco, también era una cosa enorme que volaba y escupía fuego.

Sacó la llave de los nuevos cuarteles. Mientras hurgaba en la cerradura, Errol se despertó y empezó a gruñir.

—Ahora no —gimió Vimes.

Le dolía el costado. La noche no había hecho más que empezar, y ya estaba agotado.

Una teja cayó de las alturas y se hizo añicos contra el suelo, junto a él.

—Capitán —siseó el sargento Colon.

—¿Qué?

—Está en el tejado, capitán.

Vimes se percató de que había algo extraño en la voz del sargento. No estaba asustado. Era simplemente una voz átona, cargada de terror.

Alzó la vista. Errol empezó a sacudirse bajo su brazo.

El dragón *(el* dragón) los miraba interesado desde el alero. Sólo su cabeza ya era más alta que un hombre. Sus ojos eran del tamaño de ojos enormes, con un color rojo fuego, llenos de una inteligencia que no tenía nada que ver con los seres humanos. Para empezar, era mucho más antigua. Era una inteligencia que ya llevaba mucho

tiempo sazonada de crueldad y marinada en astucia para cuando un grupo de seres semejantes a monos se empezaban a preguntar si caminar sobre dos patas sería en realidad un progreso. No era una inteligencia que comprendiera el arte de la diplomacia. No era una inteligencia que tuviera el menor interés por comprenderlo.

No jugaría contigo, ni te plantearía adivinanzas. Pero lo sabía todo sobre la arrogancia, el poder y la crueldad. Si podía, te achicharraría la cabeza. Porque le daba la gana.

En aquel momento, estaba aún más furioso que de costumbre. Sentía que había algo tras sus ojos. Una inteligencia pequeña, débil, pero *ajena,* embotada por el orgullo. Era muy molesta, como un picor en una zona que no te puedes rascar. Le estaba obligando a hacer cosas que no quería hacer… y le impedía hacer cosas que deseaba con todas sus fuerzas hacer.

Por el momento, aquellos ojos estaban centrados en Errol, que se había puesto frenético. Vimes comprendió que, en aquel momento, lo único que se interponía entre él y una temperatura de un millón de grados era el vago interés del dragón en saber por qué Vimes llevaba otro dragón más pequeño debajo del brazo.

—No hagan movimientos repentinos —dijo la voz de lady Ramkin tras él—. Y no demuestren miedo. Los dragones se dan cuenta de cuándo uno les tiene miedo.

—¿Nos puede dar algún otro consejo para este momento? —preguntó Vimes en voz baja, intentando hablar sin mover los labios.

—Bueno, les gusta que los rasquen detrás de las orejas.

—Oh —asintió Vimes débilmente.

—Y si hacen algo más, se les grita «¡no!», y les apartas el plato de la comida.

—Ah.

—En casos *extremos,* yo les doy un golpecito en la nariz con un periódico enrollado.

En el desesperado mundo a cámara lenta en el que vivía Vimes en aquel momento, que parecía girar en torno a las fosas nasales que tenía a pocos metros, se oyó un suave sonido siseante.

El dragón estaba tomando aliento.

La inhalación cesó. Vimes miró hacia la oscuridad de los conductos de fuego, y se preguntó si vería algo, si habría algún chispazo blanco o algo por el estilo, antes de que el fuego lo consumiera.

En aquel momento, sonó un cuerno.

El dragón alzó la cabeza, desconcertado, y emitió un sonido que parecía vagamente interrogativo, aunque sin ser una palabra en modo alguno.

El cuerno sonó de nuevo. Era un sonido compuesto de ecos con

vida propia. Era un desafío. Y si no lo era, quienquiera que lo estuviera emitiendo estaría en apuros pronto, porque el dragón dirigió a Vimes una mirada humeante, desplegó sus enormes alas, saltó pesadamente al aire y, contra todas las reglas de la aeronáutica, se alejó volando lentamente en dirección al sonido.

Ningún ser del mundo debería ser capaz de volar así. Las alas subían y bajaban con un retumbar atronador, pero el movimiento del dragón era suave, parecía deslizarse perezosamente por el aire. Era un movimiento que sugería que, si cesaran los aleteos, la bestia simplemente planearía hasta detenerse. Más que volar, flotaba. Y eso, en un bicho del tamaño de un granero y con una piel más dura que el hierro, era un buen truco.

Pasó sobre sus cabezas como un barco, dirigiéndose hacia la Plaza de las Lunas Rotas.

—¡Sigámoslo! —gritó lady Ramkin.

—No es normal, no puede volar así. Estoy seguro de que uno de los Decretos sobre Hechicería lo prohibe —dijo Zanahoria, sacando su libreta de notas—. Y ha causado daños en el tejado. Está cometiendo un delito tras otro.

—¿Te encuentras bien, capitán? —se interesó el sargento Colon.

—Le vi la nariz desde aquí —dijo el capitán Vimes, embobado. Consiguió enfocar la vista y mirar el rostro preocupado del sargento—. ¿Adonde ha ido? —quiso saber.

Colon señaló hacia el otro lado de la calle.

Vimes contempló la forma que se alejaba sobre los tejados.

—¡Sigámoslo! —ordenó.

El cuerno sonó de nuevo.

Había más gente que corría hacia la plaza. El dragón los precedía como un tiburón hacia su presa, moviendo la gigantesca cola de un lado a otro de la calle.

—¡Un chalado va a luchar contra el dragón! —exclamó Nobby.

—Ya sabía yo que alguien lo intentaría tarde o temprano —suspiró Colon—. Pobre tipejo, lo va a asar dentro de su propia armadura.

La mayor parte de la multitud que bordeaba la plaza parecía compartir esta opinión. Los habitantes de Ankh-Morpork tenían un excelente olfato para la diversión, y no se andaban con rodeos: aunque deseaban ver morir al dragón, también se conformarían con ver a alguien cocido vivo en su propia armadura. No todos los días se puede ver a alguien cocido vivo en su propia armadura. Sería algo para contar a los nietos.

Vimes recibió los empujones de la multitud cuando más gente empezó a llegar a la plaza tras ellos.

El cuerno lanzó su tercer desafío.

—Es un cuerno de metal —explicó Colon con voz de entendido—. Como uno de rebato, pero el sonido es más profundo.

—¿Seguro? —dudó Nobby.

—Sí.

—¿Y qué bicho tiene cuernos de metal?

—¡Cacahuetes! ¡Higos! ¡Salchichas calientes! —aulló una voz tras ellos—. Hola, muchachos. ¡Hola, capitán Vimes! A ver el espectáculo, ¿eh? Tome una salchicha. Invita la casa.

—¿Qué está pasando, Ruina? —dijo Vimes, apretándose contra la bandeja del vendedor cuando recibió todavía más empujones.

—Ha llegado un chico a caballo, y dice que va a matar al dragón —explicó Y-Voy-A-La-Ruina—. También dice que tiene una espada mágica.

—¿Tiene una piel mágica?

—Qué poco romántico, capitán —replicó Ruina.

Sacó un tenedor extremadamente caliente de la sartén que llevaba en la bandeja, y lo aplicó al trasero de una mujer muy corpulenta que tenía delante.

—Apártese, señora, el comercio es la vida de la ciudad. Gracias, muchas gracias. Por supuesto —continuó—, para hacer las cosas como es debido, debería haber una doncella encadenada a una roca. Pero la tía se negó. Eso es lo malo de algunas personas, no respetan las tradiciones. Además, ese chico dice que es el legítimo aireadero del trono.

Vimes sacudió la cabeza. Desde luego, el mundo se estaba volviendo loco a su alrededor.

—Ahí me he perdido —dijo.

—Aireadero —repitió Ruina con paciencia—. Ya sabes, el aireadero del trono.

—¿Qué trono?

—El trono de Ankh.

—*¿ Qué trono de Ankh?*

—Ya sabes, los reyes y todo eso. —Ruina parecía preocupado—. Me gustaría saber cómo demonios se llama —dijo—. He hecho un pedido de jarras de coronación a ígneo, el troll, y va a ser muy molesto tener que pintarles a todas el nombre al final. ¿ Le reservo un par de ellas, capitán? Por ser usted, a noventa peniques, y voy a la ruina.

Vimes se dio por vencido, y retrocedió entre la multitud utilizando a Zanahoria como faro para orientarse. El muchacho sobresalía entre la multitud, y el resto del grupo se había aferrado a él.

—Todo el mundo se ha vuelto loco —gritó—. ¿ Qué está pasando,

Zanahoria?

—Hay un chico a caballo en el centro de la plaza —respondió éste —. Tiene una espada muy brillante. Pero, por ahora, no hace gran cosa.

Vimes se acercó a lady Ramkin.

—Reyes —jadeó—. Reyes de Ankh. Y tronos. ¿Hay de eso?

—¿Qué? Ah, sí. Bueno, los hubo —respondió la dama—. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Ese chico dice que es el heredero del trono!

—Es cierto —asintió Ruina, que había seguido a Vimes con la esperanza de venderle algo—. Ha hecho un discurso diciendo que iba a matar al dragón, expulsar a los usurpadores y desfacer todos los entuertos. Todo el mundo le aplaudió. Salchichas calientes, dos por un dólar, de puerco auténtico. ¿Por qué no invitan a la señora?

—¿No querrá decir «cerdo», amigo? —preguntó Zanahoria, examinando los brillantes cilindros.

—Es una manera de hablar, es una manera de hablar —replicó Ruina rápidamente—. Digamos que son derivados. Pero auténticos derivados.

—En esta ciudad todo el mundo aplaude a cualquiera que haga un discurso —gruñó Vimes—. ¡Eso no quiere decir absolutamente nada!

—¡Compren salchichas, cinco por dos dólares!

—exclamó Ruina, que nunca permitía que una conversación se interpusiera en el camino de los negocios—. Puede que eso de la monarquía sea bueno para las ventas. ¡Salchichas de puerco! ¡Salchichas de puerco! ¡En panecillo! Y lo de desfacer los entuertos también parece buena idea. ¡Con cebollas!

—¿Puedo ofrecerle una salchicha caliente, señora?

—preguntó Nobby.

Lady Ramkin miró la bandeja que Ruina llevaba colgada del cuello. Miles de años de buena educación acudieron en su ayuda, y sólo había un atisbo de espanto en su voz cuando respondió.

—Vaya, tienen buena pinta. Qué excelentes… alimentos.

—¿Las hacen los monjes de alguna montaña mística? —quiso saber Zanahoria.

Ruina le dirigió una mirada extrañada.

—No —replicó con paciencia—. Las hacen puercos.

—¿Qué entuertos? —lo apremió Vimes—. Venga, explícate. ¿Qué entuertos va a desfacer?

—Bueeeno… —titubeó Ruina—. Yo creo que, por ejemplo, los impuestos. Eso está mal, para empezar.

Tuvo la honradez de enrojecer un poco. En el mundo de Ruina, los impuestos eran algo que les sucedía a otras personas.

—Es verdad —intervino una mujer que estaba cerca—. Y el tejado de mi casa está lleno de goteras, y el casero se niega a arreglarlo. Eso es un entuerto.

—Y la calvicie prematura —aportó el hombre que estaba ante ella —. Eso también es un entuerto. Vimes se quedó boquiabierto.

—Ah. Los reyes pueden curar eso, ya sabéis —dijo otro experto protomonárquico.

—Pues ya que hablamos de eso —dijo Ruina mientras rebuscaba entre sus paquetes—, me queda un frasco de este asombroso ungüento, hecho… —Miró a Zanahoria—. Hecho por los monjes de una montaña mística…

—Y no pueden responder, ¿sabes? —siguió el monárquico—. En eso se les nota que son regios. Incapaces, como lo oís. Tiene que ver con la regiedad.

—Qué cosas —dijo la mujer de las goteras.

—Y está lo del dinero. —El monárquico disfrutaba con tanta atención—. Nunca llevan dinero. Por eso se sabe que son reyes.

—¿Por qué? No pesa tanto —dijo el hombre cuyos restos de cabello se extendían sobre la cúpula de su cabeza como los últimos soldados de un ejército vencido—. Yo no puedo llevar encima cien dólares sin problema.

—Debe de ser que a los reyes se les ponen débiles los brazos — intervino la mujer, sensata—. De tanto saludar, digo yo.

—Siempre he pensado —siguió el monárquico, que había sacado una pipa y la estaba llenando con el aire serio de quien se dispone a dar una conferencia—, que uno de los peores problemas de ser rey es tener una hija que se pinche.

Hubo una pausa.

—Y se quede dormida cien años —añadió, impasible.

—Ah —suspiraron los demás, aliviados.

—Y también está lo de dormirse encima de guisantes.

—Debe de ser muy molesto —dijo la mujer, insegura.

—Claro, y es que siempre tienen que poner guisantes en la cama.

—Debajo de cien colchones, que es lo peor.

—Seguro.

—¿De verdad? Yo se los podría vender a precio de fábrica —se interesó Ruina. Se volvió hacia Vimes, que lo había estado escuchando todo con creciente depresión—. ¿Ve, capitán? Y usted pasará a formar parte de la Guardia Real. Me juego lo que sea a que le pondrán plumas en el casco y todo.

—Y la magnificencia —dijo el monárquico, blandiendo la pipa—. Es importantísimo. Espectáculos a todas horas. Con montones de boatos.

—¿Cómo? ¿Gratis? —preguntó Ruina.

—Los espectáculos, creo que sí, pero las boas se cobrarán, digo yo. No hay tantas.

—¿Es que os habéis vuelto locos todos? —gritó Vimes—. ¡No sabéis nada de él, ni siquiera ha matado al dragón todavía!

—Es un mero formalismo —replicó la mujer.

—¡Ese dragón respira fuego! —insistió el capitán, recordando las fosas nasales—. ¡Y él no es más que un chaval a caballo, por todos los diablos!

Ruina le dio un golpecito en el pecho.

—No tiene alma, capitán —dijo—. Cuando un forastero llega a una ciudad aterrorizada por un dragón, y lo desafía con una espada deslumbrante… bueno, sólo puede suceder una cosa, ¿no? Seguro que es cosa del destino.

—¿Aterrorizada? —gritó Vimes—. *¿Aterrorizada?* ¡Maldito ladrón, si ayer estabas vendiendo dragoncitos de peluche!

—Eso eran negocios, capitán. No hace falta que se ponga así —replicó Ruina con voz amable.

Vimes volvió con sus hombres, rabioso. De la gente de Ankh-Morpork se podían decir muchas cosas, pero siempre habían sido independientes hasta la médula, no delegaban en nadie su derecho a robar, chantajear, hurtar y asesinar en igualdad de condiciones. A Vimes esto le parecía perfecto. No había ninguna diferencia entre el hombre más rico y el mendigo más pobre, excepto por el hecho de que el primero tenía mucho dinero, comida, poder, buenas ropas y buena salud. Pero al menos no era *mejor*. Sólo más rico, más gordo, más poderoso, más sano y mejor vestido. Las cosas habían sido así desde hacía siglos.

—Y ahora, ven una capa con ribetes de armiño y se vuelven locos —murmuró.

El dragón estaba trazando lentos círculos sobre la plaza. Vimes se puso de puntillas y estiró el cuello para ver por encima de la gente.

De la misma manera que algunos depredadores tienen la silueta de su presa casi programada en los genes, posiblemente la forma de alguien a caballo y blandiendo una espada despertara algunos recuerdos en la mente del dragón. Demostraba un vago interés.

Entre la multitud, Vimes se encogió de hombros.

—Ni siquiera sabía que esto hubiera sido un reino.

—Es que hace siglos que no lo es —explicó lady Ramkin—. Echamos a los reyes, y desde luego fue para bien. Eran una gentuza.

—Pero usted es de alta… de buena familia —respondió—. Imaginé que le gustaría la idea de tener un rey.

—La verdad es que muchos de ellos fueron unos bestias —replicó la dama—. Tenían esposas por todas partes, iban por ahí cortándole la cabeza a la gente, declarando guerras sin sentido, comiendo con los

dedos y tirando por encima del hombro los muslos de pollo a medio morder. No eran nuestro tipo de gente.

La plaza quedó en silencio. El dragón había volado lentamente hasta el otro extremo, y estaba casi detenido en el aire, sin apenas batir las alas.

Vimes sintió que algo se le aferraba suavemente a la espalda. Errol se había posado sobre su hombro y se agarraba con las zarpas traseras. Sus alas atrofiadas se movían al mismo ritmo que las del espécimen más grande. Estaba siseando. Sus ojitos estaban clavados en la bestia voladora.

El caballo del muchacho relinchó nervioso sobre las losas de la plaza cuando éste desmontó, alzó la espada y se volvió hacia el enemigo distante.

Desde luego, parece confiado, se dijo Vimes. Pero, dados los tiempos que corren, ¿ el hecho de matar dragones te capacita para ser rey?

Desde luego, era una espada muy brillante. Eso había que reconocerlo.

Y ahora eran las dos de la madrugada siguiente. Todo sereno excepto el clima, llovía otra vez.

Hay varias ciudades del multiverso que creen dominar la técnica de pasarlo bien. Lugares como Nueva Orleáns o Río, no sólo tienen marcha, también pueden ir en automático o poner la directa. Pero, comparadas con Ankh-Morpork cuando se desmelena, son como pueblos de Gales a las dos del mediodía en un domingo lluvioso. Los fuegos artificiales chisporroteaban en el aire húmedo, sobre el turbio lodo que era el río Ankh. Por las calles, la gente asaba varios animales domésticos. Los bailarines de conga entraban y salían de las casas, muchas veces llevándose como recuerdo cualquier adorno que no estuviera pegado con cemento. Y había ruido, mucho ruido. Gente que normalmente jamás lo haría, gritaba «¡hurra!» a pleno pulmón.

Vimes paseaba sombrío por las animadas calles, sintiéndose la única cebolla en vinagreta de toda la macedonia de frutas. Había dado la noche libre a sus hombres.

No se sentía nada monárquico. No es que tuviera nada en contra de los reyes como tales, pero el hecho de que los ankhmorporkianos estuvieran sacudiendo banderitas lo ponía extrañamente nervioso. Eso era algo que sólo hacían algunos estúpidos, algunos *subditos,* en otros países. Además, con sólo pensar en que se tendría que poner plumas en el casco se le revolvía el estómago. Siempre había detestado las plumas. Las plumas eran como si te compraran, como si te dijeran que no eras tu dueño y señor. Además, se sentiría como un pájaro. Eso era la última gota.

Sus pasos errantes lo llevaron hasta el Yard. Al fin y al cabo, ¿a qué otro sitio podía ir? Sus habitaciones eran deprimentes, y la casera se había quejado de los agujeros que Errol, pese a todos los gritos, seguía haciendo en la alfombra. Y del olor del dragón. Además, Vimes no podía ir a la taberna a beber aquella noche, porque vería cosas que lo molestarían mucho más que las cosas que solía ver cuando se emborrachaba.

El edificio estaba agradablemente tranquilo, pese a que de vez en cuando le llegaban por la ventana los sonidos distantes de las juergas.

Errol se bajó de su hombro y empezó a comerse el carbón de la chimenea.

Vimes se sentó y puso los pies en la mesa.

¡Vaya día! ¡Vaya pelea! Los empujones, los pisotones, los gritos de la multitud, el chico que parecía tan débil y desprotegido, el dragón tomando aliento de una manera que ahora Vimes conocía muy bien…

Y no hubo llamaradas. Eso le sorprendió. Eso sorprendió a la multitud. Eso sorprendió, desde luego, al dragón, que había intentado bizquear para mirarse la nariz, y se sacudió unos zarpazos desesperados a los conductos de fuego para desatascarlos. Siguió sorprendido hasta el momento en que el muchacho se le acercó y le lanzó una estocada.

Y el sonido atronador.

Uno habría imaginado que quedarían trocitos de dragón, desde luego.

Vimes cogió una hoja de papel. Examinó las notas que había tomado el día anterior.

ítem: Dragón pesado, pero vuela sin ningún problema.

ítem: Es el fuego más caliente que haya lanzado cualquier ser vivo.

ítem: Los dragones de pantano son pobres bichos, esto es un monstruo.

ítem: Nadie sabe de dónde viene, ni adonde va, ni dónde está en el intervalo.

ítem: ¿Por qué quema cosas con tanta precisión?

Se acercó la pluma y el tintero y, con caligrafía redonda, lenta, añadió:

ítem: ¿Se puede destruir un dragón sin que quede absolutamente ningún rastro?

Meditó unos momentos y continuó:

ítem: ¿Por qué explotó de manera que nadie vio nada, por mucho que buscamos?

Era todo un enigma. Lady Ramkin había dicho que, cuando un dragón de pantano explotaba, quedaban restos de dragón por todas partes. Y aquél era un dragón condenadamente grande. Sin duda sus entrañas eran una pesadilla alquímica, pero aun así los ciudadanos de Ankh-Morpork deberían haber tenido que pasarse la noche sacando paladas de dragón de las calles. En cambio, a nadie parecía preocuparle el tema. Quizá porque el humo purpúreo había resultado impresionante.

Errol terminó de comerse el carbón y la emprendió con los atizadores. Aquella noche se había comido ya tres baldosas, un picaporte, algo inidentificable que había encontrado en la calle y, para asombro de todos, tres de las salchichas de Y-Voy-A-La-Ruina, hechas con genuinos órganos de cerdo. Los crujidos del atizador cuando lo engulló se mezclaron con el repiqueteo de la lluvia contra las ventanas.

Vimes volvió a mirar el papel y escribió:

ítem: ¿ Cómo pueden surgir reyes de la nada?

Ni siquiera había visto al chico de cerca. Parecía suficientemente atractivo, no un intelectual, desde luego, pero tenía el tipo de perfil que a uno no le importaría ver en las monedas. La verdad es que, después de matar al dragón, tanto habría dado que fuera un duende bizco. La multitud lo había llevado por los aires hasta el palacio del patricio.

Lord Vetinari fue encerrado en sus propias mazmorras. Al parecer, no opuso mucha resistencia. Se limitó a sonreír a todo el mundo con tranquilidad.

Qué maravillosa casualidad: justo cuando la ciudad necesitaba un campeón que matara al dragón, aparecía un rey.

Vimes le dio unas cuantas vueltas a la idea. Luego la volvió a poner del derecho. Humedeció de nuevo la plumilla y añadió:

ítem: Qué excelente casualidad para un chico que va a ser

rey que se presente un dragón para demostrar más allá de toda duda su legitimidad.

Aquello era mucho mejor que las marcas de nacimiento y las espadas, eso seguro.

Mordisqueó la plumilla antes de seguir escribiendo:

ítem: El dragón no era un objeto mecánico, pero ningún mago tiene poder suficiente como para crear una bestia de tal magg… magne… magna… tamaño.

ítem: ¿Por qué no pudo lanzar llamas en el momento oportuno?

ítem: ¿De dónde vino?

ítem: ¿Adonde fue?

La lluvia tamborileaba con más fuerza contra los cristales de la ventana. Los sonidos de las celebraciones le llegaban filtrados por la humedad, hasta que por fin se extinguieron. Se oyó el retumbar de un trueno.

Vimes subrayó varías veces el «fue». Tras meditar unos instantes, añadió unos cuantos signos de interrogación más.

Contempló el efecto general durante un rato, y luego estrujó el papel para formar una bola y la lanzó a la chimenea. Errol se apoderó de ella y la devoró.

Allí se había cometido un delito. Unos sentidos que Vimes no sabía ni que tenía, antiguos sentidos detectivescos, hacían que se le erizara el vello del cuello y le gritaban que se había cometido un delito. Era un delito tan extraño que seguramente ni siquiera figuraba en el libro de Zanahoria, pero se había cometido, desde luego. Los asesinatos a temperatura extrema eran sólo el principio. Lo descubriría, y le daría nombre.

Se levantó, descolgó la capa de su gancho tras la puerta y salió a la ciudad desierta.

Aquí es donde fueron a parar los dragones.

Aquí yacen…

No están muertos, no están dormidos. No aguardan, porque el hecho de aguardar implica una cierta expectación. Posiblemente la palabra más adecuada aquí sea…

… furiosos.

El dragón recordaba la sensación del aire verdadero bajo sus alas, y el intenso placer de las llamas. Había habido cielos limpios sobre él,

y un mundo interesante abajo, lleno de extrañas criaturas que corrían. La existencia había tenido una textura diferente. Una textura mejor.

Y, justo cuando estaba empezando a disfrutarla, lo habían dominado, le habían impedido *lanzar* llamas y le habían dado un cachete, como a algún mamífero canino cubierto de pelo.

Le habían quitado el mundo.

En las sinapsis reptilianas de la mente del dragón latía la idea de que, quizá, podía recuperar aquel mundo. Lo habían invocado, y luego lo habían expulsado con desdén. Pero quizá quedara un rastro, un olor, un sendero para volver a aquellos cielos.

Quizá hubiera un camino de pensamiento…

Recordó que había una mente. Una voz patéticamente dominante, convencida de su insignificante importancia, una mente muy semejante a la del dragón, sólo que a una escala muy pequeña.

Aja. Así. Extendió las alas.

Lady Ramkin se preparó una taza de chocolate y escuchó el sonido de la lluvia al correr por las canaletas del exterior.

Se quitó los odiosos zapatos de bailar, que hasta ella reconocía que eran como un par de canoas color rosa. Pero *nobbless oblig,* como decía aquel sargento pequeñito tan simpático, y, como última representante de una de las familias más antiguas de Ankh-Morpork, tuvo que acudir al baile de la victoria para demostrar su buena voluntad.

Lord Vetinari rara vez organizaba bailes. De hecho, la gente hacía comentarios sobre las muchas cosas que lord Vetinari no solía hacer. Pero ahora habría bailes constantemente.

Lady Ramkin no soportaba los bailes. No se divertía ni la centésima parte que con sus dragones. Con los dragones una sabía a qué atenerse, y no estaba obligada a maquillarse, ni a comer estupideces pinchadas en palillos, ni a ponerse un vestido que le daba aspecto de globo relleno de querubines. A los dragoncitos les importaba un rábano qué aspecto tuvieras, siempre y cuando llevaras el cuenco de la comida entre las manos.

La verdad, era muy raro. Siempre había pensado que se debía de tardar semanas, meses. Invitaciones, decoración, salchichas en palillos, cremas raras que meter dentro del hojaldre… Pero aquello había estado montado en cuestión de horas, como si alguien lo hubiera tenido todo preparado. Obviamente, uno de los milagros de las empresas de cátering. Incluso había bailado con el nuevo rey, a falta de una expresión mejor para describirlo. El chico le había dicho unas cuantas frases educadas, aunque parecía un poco aturdido.

Y al día siguiente sería la coronación. Lady Ramkin habría pensado que se tardaba meses en preparar una cosa así.

Aún estaba meditando sobre eso cuando se puso a preparar la cena de los dragones, una mezcla de rocas oleaginosas y turba, todo sazonado con azufre. No se molestó en quitarse el traje de fiesta, sino que se limitó a ponerse encima el grueso delantal, se colocó los guantes y el casco, se cubrió los ojos con el visor, agarró los cubos con el alimento y salió a la lluvia, en dirección al cobertizo.

Lo supo en el momento en que abrió la puerta. Por lo general, la llegada de la comida se celebraba con silbidos y alegres llamaradas.

Era algo aterrador. Dejó los cubos en el suelo.

—Ya no tenéis por qué tener miedo, el dragón malo se ha ido —dijo alegremente—. ¡Venga, muchachos, a por la cena!

Uno o dos dragoncitos le dirigieron una breve mirada, y luego volvieron a su…

¿A su qué? No parecían estar asustados. Sólo muy, muy atentos. Era como una vigilia. Esperaban a que sucediera algo.

El trueno retumbó de nuevo.

Un par de minutos más tarde, lady Ramkin partió con rumbo a la ciudad.

Hay canciones que nunca se cantan estando sobrio. «Sal al balcón» es una de ellas, al igual que todas las que empiecen diciendo «Iba yo paseando…». En Ankh-Morpork, una de las favoritas era «El cayado de un mago tiene un nudo en la punta».

Los guardias estaban borrachos. Al menos, dos de los tres guardias estaban borrachos. Habían convencido a Zanahoria para que probara una cerveza con jengibre, y no le había gustado mucho. Además, no se sabía las canciones, y los trozos que llegaba a aprender no los entendía.

—Ah, ya entiendo —decía de cuando en cuando—. Es un juego de palabras, ¿no?

—¿Sabes? —empezó Colon, contemplando las nieblas espesas que casi cubrían el Ankh—. En momentos como éste es cuando me gustaría que el pobre…

—No lo digas —le advirtió Nobby, con la lengua algo empastada —. Tú estuviste de acuerdo en que no hablaríamos de eso, no sirve de nada.

—Esta era su canción favorita —suspiró Colon con tristeza—. Era un buen tenor.

—Vamos, sargento…

—Buen tipo, el pobre Gaskin.

—No pudimos evitarlo —dijo Nobby, ceñudo.

—Sí que pudimos —replicó Colon—. Deberíamos haber corrido más.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Zanahoria.

—Murió en el cumplimiento de su deber —le explicó Nobby.

—Se lo dije —insistió Colon, echando un trago de la botella que llevaban para que les hiciera compañía—. Se lo dije. Ve más despacio, le dije. Te va a pasar algo, le dije. No sé qué le dio para echar a correr de esa manera.

—Para mí, la culpa la tuvo el Gremio de Ladrones —dijo Nobby —. No se puede permitir que esa gente vaya por las calles…

—Fue ese tipo que vimos robando una noche —siguió Colon con tristeza—. ¡Y ante nuestras propias narices! Y el capitán Vimes dijo, Vamos, y echamos a correr, pero lo importante es no correr demasiado, claro. Si no, puedes alcanzar a la gente. Eso causa un montón de problemas.

—No les gusta —asintió Nobby.

Se oyó un trueno. La lluvia seguía cayendo.

—No les gusta —asintió Colon—. Pero a Gaskin se le olvidó, echó a correr, dobló la esquina… y aquel tipo no estaba solo, iba con un par de amigos…

—Fue el corazón —suspiró Nobby.

—Bueno. Pues eso —dijo Colon—. El capitán Vi-mes se quedó hecho polvo. En la Guardia no debes correr demasiado, chico — añadió dirigiéndose a Zanahoria—. Se puede ser un guardia rápido o un guardia viejo, pero no las dos cosas. Pobre Gaskin, pobre.

—Las cosas no deberían ser así —señaló el muchacho. Colon bebió otro trago de la botella.

—Pues son así —dijo.

La lluvia le tamborileaba sobre el casco y le corría por el rostro.

—Pero no deberían serlo.

—Pero lo son.

Había otras mentes inquietas en la ciudad. Una de ellas pertenecía al bibliotecario.

El sargento Colon le había dado una placa. El bibliotecario se dedicó a darle vueltas y más vueltas entre sus manos grandes, gentiles.

No le molestaba que la ciudad tuviera un rey de repente. Los orangutanes son tradicionalistas por naturaleza, y no se puede tener nada más tradicional que un rey. Pero también les gustan las cosas claras y limpias, y aquello no era limpio. O quizá era demasiado limpio. La verdad y la realidad nunca eran tan limpias. Los herederos del trono no crecen de los árboles, y él lo sabía mejor que nadie.

Además, nadie se dedicaba a buscar su libro. Así eran las prioridades humanas.

El libro era la clave de todo. De eso estaba seguro. Bueno, había una manera de averiguar qué ponía en aquel libro. Era una manera peligrosa, pero el bibliotecario vivía siempre al borde del peligro.

En el silencio de la biblioteca dormida, abrió su escritorio y sacó de uno de los rincones más remotos una pequeña lámpara, cuidadosamente diseñada para evitar que la llama quedara en ningún momento al descubierto. Cuando hay tanto papel alrededor, todas las precauciones son pocas.

Cogió también una bolsa de cacahuetes y, después de pensarlo un momento, un gran rollo de cordel. Cortó un trozo de cordel y lo usó para colgarse la placa del cuello, a modo de talismán. Luego, ató un extremo del ovillo a la pata del escritorio y, tras concentrarse un instante, echó a andar entre las estanterías, mientras el cordel se desenroscaba tras él.

El conocimiento equivale al poder…

El cordel era muy importante. Tras un rato, el bibliotecario se detuvo. Concentró todos los poderes de su profesión.

El poder equivale a energía…

A veces, la gente era idiota. Pensaban que la biblioteca era un lugar peligroso por culpa de los libros mágicos, cosa que era cierta. Pero lo que la convertía de verdad en uno de los lugares más peligrosos del mundo era el hecho de ser una biblioteca.

La energía equivale a materia…

Se metió por el pasillo formado por dos estanterías, que aparentemente no medía más allá de un par de metros, y caminó por él a buen paso durante media hora.

La materia equivale a masa.

Y la masa distorsiona el espacio. Lo distorsiona en un Espacio-B polifractal.

Así que, aunque el sistema Dewey tiene sus puntos elogiables, cuando buscas algo entre los pliegues multidimensionales del Espacio-B lo que de verdad necesitas es una bobina de cordel.

Ahora la lluvia se estaba empleando a fondo. Rebotaba contra las losas de la Plaza de las Lunas Rotas, se acumulaba aquí y allá, corría arrastrando banderines y botellas rotas, así como alguna que otra cena regurgitada. Seguían sonando los truenos, y el aire olía a fresco, a verde. Unos cuantos jirones de niebla del Ankh rondaban por las calles. Pronto amanecería.

Las pisadas de Vimes resonaban húmedas contra los edificios circundantes cuando cruzó la plaza. El chico se había bajado del caballo en aquel punto exacto.

Escudriñó los edificios entre la niebla para situarse mejor. Así que el dragón había planeado sobre este…, dio unos pasos… sobre este punto exacto.

—Y aquí —murmuró Vimes—, es donde lo mató.

Rebuscó algo en sus bolsillos. Llevaba todo tipo de cosas: llaves,

trocitos de cuerda, corchos… Por fin, encontró una tiza.

Se arrodilló. Errol se bajó de su hombro y empezó a inspeccionar los restos de la celebración. Vimes había advertido que siempre lo olfateaba todo antes de comérselo. Era extraño, porque al final se lo comía, fuera lo que fuera.

La cabeza de la bestia había estado, a ver, *aquí.*

Caminó hacia atrás, dibujando con tiza sobre las losas, moviéndose lentamente por la plaza desierta como si avanzara por un laberinto. Aquí un ala, curvándose hacia atrás en dirección a una cola que llegaba hasta *aquí,* ahora el otro lado, el otro costado…

Cuando terminó, se situó en el centro del dibujo y pasó las manos sobre las piedras. Se dio cuenta de que casi había esperado notarlas calientes.

Debería haber quedado algo. No sabía muy bien qué, oh, quizá algo de grasa, o por ejemplo unos trocitos de pulmones fritos de dragón.

—¿Sabes lo que creo? —le dijo Vimes—. Creo que se fue a alguna parte.

El trueno retumbó de nuevo.

—Vale, vale —murmuró—. No era más que una idea, nada tan teatral.

Errol se detuvo a medio mordisco.

Muy despacio, como si funcionara gracias a un engranaje perfectamente engrasado, el dragoncito giró la cabeza hacia arriba.

Lo que contemplaba con tanta atención era una zona de cielo desierto. No se podía decir mucho más.

Vimes se estremeció bajo su capa. Aquello era una tontería.

—Oye, no pongas esa cara —dijo—. Ahí arriba no hay nada.

Errol empezó a temblar.

—No es más que la lluvia —insistió Vimes—. Venga, termínate la botella. Mmm, qué botella tan rica, vamos, come.

El dragoncito emitió un tenue sonido de preocupación.

—Te lo demostraré —suspiró Vimes.

Echó un vistazo a su alrededor y vio una de las salchichas de Ruina, rechazada por un comprador hambriento quien de repente se había dado cuenta de que nunca iba a estar *tan* hambriento como para comerse aquello. La recogió.

—Mira —dijo, lanzándola hacia arriba.

Observando la trayectoria, Vimes estaba bastante seguro de que la salchicha debería haber caído de nuevo al suelo. No debería haber desaparecido, como si hubiera entrado en un túnel invisible. Y, sobre todo, el túnel no debería haber estado mirándolo.

Un rayo de un brillante color púrpura rasgó el cielo desierto y se estrelló contra una de las casas cercanas a la plaza, atravesando las

paredes antes de desaparecer repentinamente, como si hubiera recordado que quería pasar desapercibido.

Luego volvió a brotar, esta vez volando la pared eje de la casa. La luz se extendió como una telaraña de tentáculos por las piedras.

El tercer intento optó por dirigirse hacia arriba, y formó una columna actínica que alcanzó una altura de quince o veinte metros, pareció estabilizarse y, por último, empezó a girar lentamente.

Vimes tuvo la sensación de que aquello requería algún comentario.

—Arrrgh —dijo.

Al girar, la luz proyectaba relámpagos zigzagueantes, que recorrían los tejados adyacentes. Como si *buscaran* algo.

Errol corrió hacia la espalda de Vimes y se le aferró al hombro, todo garras. El agudo dolor recordó a Vimes que debería estar haciendo algo al respecto. ¿Sería el momento de gritar de nuevo? Probó con otro «Arrrgh». No, probablemente no.

El aire empezaba a oler a latón quemado.

El carruaje de lady Ramkin entró traqueteando en la plaza, con un ruido semejante al de una ruleta, y se dirigió directamente hacia Vimes. Frenó tan bruscamente que derrapó, obligando a los caballos a elegir entre quedarse mirándose el uno al otro o descoyuntarse las patas. Un airada visión envuelta en un delantal de cuero, guantes, tiara y treinta metros de tul rosa se inclinó hacia Vimes.

—¡Haga el favor de subir de una vez, maldito idiota! —le gritó.

Un guante lo agarró por debajo del brazo y lo izó en volandas hasta el vehículo.

—¡Y deje de gritar! —ordenó el fantasma, concentrando generaciones de autoridad natural en tan sólo seis sílabas.

Una orden más, y los caballos empezaron a galopar.

El carruaje volaba sobre las losas. Un tentáculo de luz exploradora acarició las riendas por un momento, pero luego perdió el interés.

—Supongo que no sabrá qué está sucediendo, ¿verdad? —gritó Vimes, tratando de hacerse oír por encima del crepitar del fuego.

—¡Ni la menor idea!

Los relámpagos reptantes se extendieron por toda la ciudad como una red, haciéndose más tenues a medida que se alejaban. Vimes los imaginó colándose por las ventanas, entrando por debajo de las puertas.

—¡Parece como si estuviera buscando algo! —gritó.

—En ese caso, sería una excelente idea que nos marcháramos antes de que lo encuentre, ¿no le parece?

Una lengua de fuego chocó contra la Torre del Arte, se deslizó ciegamente por sus costados cubiertos de hiedra, y desapareció bajo la

cúpula de la biblioteca de la Universidad Invisible.

Las otras líneas se extinguieron.

Lady Ramkin detuvo el coche de caballos al otro lado de la plaza.

—¿Para qué querrá entrar en la biblioteca? —se preguntó, frunciendo el ceño.

—Quizá esté investigando algo.

—No diga tonterías —replicó la dama—. Ahí no hay más que un montón de libros. ¿Qué puede querer leer un rayo de luz?

—¿Algo muy breve?

—La verdad, podría tratar usted de ser un poco más serio.

La línea de luz explotó formando un arco entre la cúpula de la biblioteca y el centro de la plaza. El arco se quedó suspendido en el aire, era una banda luminosa de un metro de ancho.

Luego, con un repentino siseo, se convirtió en una esfera de fuego que creció rápidamente hasta ocupar casi toda la plaza. Luego, desapareció y dejó la noche llena de sombras violáceas. Y la plaza llena de dragón.

¿Quién lo habría imaginado? Tanto poder, y tan al alcance de la mano. El dragón sentía cómo la magia fluía hacia él, lo renovaba por momentos, desafiando todas las leyes físicas. Aquello no era el escaso sustento que le habían proporcionado hasta entonces. Aquello era comida de verdad. Con un poder semejante, no había límite para lo que podía hacer.

Pero, para empezar, tenía que presentar sus respetos a ciertas personas…

Olfateó el aire del amanecer. Estaba buscando el hedor de unas mentes.

Los dragones nobles no tienen amigos. Lo más parecido es un enemigo que todavía sigue vivo.

El aire se quedó muy quieto, tan quieto que casi se podía oír el ruido del polvo al posarse. El bibliotecario arrastró los nudillos por entre las interminables estanterías. Aún seguía teniendo la cúpula de la biblioteca sobre su cabeza, pero claro, la verdad era que siempre estaba allí.

Al bibliotecario le parecía evidente que, puesto que había pasillos en los que las estanterías estaban en la parte exterior, tenía que haber otros pasillos entre los libros, creados a partir de ondulaciones cuánticas por el peso de las palabras. Desde luego, desde el otro lado de algunos estantes le llegaban ruidos rarísimos, y el bibliotecario sabía que, si sacaba discretamente un libro o dos, se encontraría mirando hacia diferentes bibliotecas, bajo diferentes cielos.

Los libros distorsionan el espacio y el tiempo. Uno de los motivos de que los propietarios de esas tiendecitas de segunda mano que mencionamos antes parezcan un poco de otro mundo, es que muchos de ellos lo son: llegaron a éste tras perderse en sus librerías, en mundos donde lo más normal es llevar zapatillas de felpa y abrir la tienda sólo cuando te da la gana. Quien se aventura en el Espacio-B, sabe que corre peligro.

Pero los bibliotecarios más curtidos, una vez han demostrado ser dignos al llevar a cabo alguna valiente hazaña de bibliotecariedad, son aceptados en una orden secreta que les enseña las artes de la supervivencia más allá de las Estanterías Conocidas. El bibliotecario dominaba todas estas artes, pero lo que intentaba ahora no sólo haría que lo expulsaran de la Orden, sino, probablemente, también de la Vida.

Todas las bibliotecas que existen están conectadas en el Espacio-B. Y el bibliotecario, guiándose por los signos tallados en los libros por exploradores del pasado, guiándose por el olfato, guiándose incluso por los susurros de sirena de la nostalgia, se dirigía a una muy concreta.

Le quedaba un consuelo. Si cometía un error, nunca lo sabría.

Por algún motivo, el dragón era todavía peor en el suelo. En el aire era un ser elemental, armonioso incluso cuando trataba de quemarte hasta las botas. En el suelo no era más que un animal condenadamente grande.

La gigantesca cabeza giró lentamente bajo la luz del amanecer.

Lady Ramkin y Vimes aventuraron un vistazo cauteloso desde detrás de un depósito de agua. Vimes tenía una mano sobre el hocico de Errol. El dragoncito gimoteaba como un cachorro apaleado, y trataba de escaparse.

—Es una bestia magnífica —dijo lady Ramkin, en lo que ella debía de considerar un susurro.

—Me gustaría que no volviera a decir eso —suspiró Vimes.

Se oyó un ruido chirriante cuando el dragón se incorporó sobre sus zarpas.

—Sabía que no lo había matado —gruñó el capitán—. No había restos por ninguna parte. Fue demasiado limpio. Lo enviaron a alguna parte, con magia o algo así. Mírelo. ¡Es imposible! ¡Necesita magia para seguir con vida!

—¿Qué quiere decir? —preguntó lady Ramkin, sin apartar la vista de las escamas blindadas.

¿Qué quería decir? ¿Qué quería decir? Pensó a toda velocidad.

—Quiero decir que no es posible, físicamente posible —explicó—. Un ser tan pesado no debería poder volar, ni respirar fuego de esa manera. Ya se lo dije.

—Pero parece muy real. O sea, uno imagina que las criaturas mágicas son más…, no sé, más nebulosas.

—Oh, es real. Y tan real —suspiró Vimes con amargura—. Pero, suponiendo que necesite la magia como nosotros necesitamos la luz… o la comida…

—¿Quiere decir que es taumívoro?

—Lo que opino es que come magia, nada más —replicó el capitán, que no había recibido una educación clásica—. Es decir, imagine que todos esos pequeños dragones de pantano, siempre al borde de la extinción, descubrieron en algún momento de la prehistoria a utilizar la magia.

—Antes había mucha magia natural —asintió lady Ramkin, pensativa.

—Pues ahí lo tiene. Al fin y al cabo, otras criaturas utilizan el aire, o el mar. Es decir, si existe una reserva natural de algo, tarde o temprano se utiliza, ¿no? Así, las malas digestiones, el peso y el tamaño de las alas dejarían de ser un problema, porque la magia se encargaría de todo. ¡Increíble!

Pero hacía falta mucha magia, añadió para sus adentros. No sabía muy bien cuánta se necesitaba para cambiar el mundo lo suficiente como para permitir que toneladas de carne, dentro de una carcasa blindada, despegaran el vuelo, pero estaba seguro de que era mucha.

Y aquellos robos…, alguien había estado alimentando al dragón.

Miró en dirección a la biblioteca de la Universidad Invisible, llena de libros mágicos. Era la mayor acumulación de poder mágico de todo el Mundodisco.

Y ahora el dragón había aprendido a comer solo.

Horrorizado, se dio cuenta de que lady Ramkin ya no estaba a su lado: avanzaba a zancadas hacia el dragón, con la mandíbula más tensa que un yunque.

—¿Qué demonios hace? —susurró a gritos.

—Si es un descendiente de los dragones de pantano, seguramente podré controlarlo —replicó—. Hay que mirarlos a los ojos y usar un tono de voz firme. No pueden soportar la severidad de la voz humana. No tienen suficiente fuerza de voluntad. Son unos blandengues.

Para su vergüenza, Vimes se dio cuenta de que sus piernas no pensaban cooperar en una loca carrera para arrastrarla de nuevo hacia el refugio. A su orgullo no le gustó, pero su cuerpo señaló que no era el orgullo el que corría el riesgo de quedar convertido en una fina lámina contra el edificio más cercano. A través de unas orejas rojas por la vergüenza, la oyó gritar: «¡Chico malo!»

Los ecos de tan severa amonestación recorrieron la plaza.

Oh, dioses, pensó Vimes, ¿así es como se entrena a un dragón? ¿Le señalas la zona fundida del suelo y le amenazas con frotarle el

morro contra ella?

Se arriesgó a echar un vistazo por encima del depósito de agua.

La cabeza del dragón estaba girando lentamente, como la barquilla de una grúa. Le costó algo de trabajo localizar a lady Ramkin, justo bajo él. Vimes pudo ver cómo los grandes ojos rojos se entrecerraban mientras la criatura trataba de mirar por encima de su propia nariz. Parecía asombrada. No le sorprendió.

—¡Siéntate! —ordenó lady Ramkin, en un tono tan firme que Vimes sintió que las piernas se le doblaban involuntariamente—. Buen muchacho. Creo que debo de llevar algún trocito de carbón…

Rebuscó en sus bolsillos.

Contacto visual. Eso era lo importante. Vimes pensó que la mujer no debería haber apartado la vista ni por un momento.

El dragón alzó una zarpa y la derribó, sujetándola contra el suelo.

Vimes se medio incorporó, horrorizado. En aquel momento, Errol se le escapó y saltó a la plaza. Rebotó sobre las losas en una serie de arcos torpes que no se podían llamar revoloteos, con la boca abierta, emitiendo eructos siseantes, tratando de lanzar llamas.

La respuesta que recibió fue una lengua de fuego blanco azulado que creó una hilera de piedra fundida de varios metros de largo, aunque no *alcanzó* al desafiante. Era difícil acertarle en el aire, porque, evidentemente, ni el propio Errol sabía dónde iba a estar al momento siguiente, ni adonde iría cuando llegara. En aquel momento, su única esperanza era moverse, y rebotaba y giraba entre llamaradas cada vez más furiosas como una asustada pero decidida partícula al azar.

El gran dragón se incorporó, con un ruido como si arrojaran una docena de cadenas de ancla a un rincón, y trató de derribar a su agresor a zarpazos.

En aquel momento, las piernas de Vimes se rindieron y decidieron que podían permitirse el lujo de ser piernas heroicas durante un rato. Recorrió a toda velocidad el espacio que lo separaba de lady Ramkin, espada en ristre por simple rutina, la agarró por un brazo y por un puñado de tul arrugado, y se la cargó al hombro.

Recorrió varios metros antes de darse cuenta de que había cometido un error.

—Ungh.

Sus vértebras y rodillas trataban de fundirse en un solo bloque compacto. Ante sus ojos desfilaban puntitos color púrpura. Y, por encima de todo, algo que no podía identificar pero que parecía hecho de ballenas se le estaba clavando en la nuca.

El impulso que llevaba le permitió dar unos pasos más, sabiendo que si se detenía resultaría aplastado. Los genes de los Ramkin no apostaban por la belleza, apostaban por la solidez y los huesos

grandes, y a lo largo de los siglos se habían vuelto expertos en la materia.

Una ráfaga de fuego blanco chisporroteó contra las losas, a pocos metros.

Más adelante, se preguntó si sólo habría imaginado que saltaba a una altura de medio metro y recorría la distancia que le separaba del depósito de agua a toda velocidad. Quizá, en casos extremos, todo el mundo aprende la técnica del movimiento instantáneo que era una segunda naturaleza para Nobby. En cualquier caso, el depósito de agua quedaba tras él, y lady Ramkin estaba entre sus brazos, o más bien aplastándole los brazos contra el suelo. Consiguió liberarlos y trató de masajeárselos para devolverles un poco de vida. ¿ Qué debía hacer a continuación? La mujer no *parecía,* herida. Recordó algo sobre que había que aflojarle la ropa a la gente desmayada, pero en el caso de lady Ramkin sería peligroso si no se contaba con instrumental especializado.

Ella resolvió el problema más inmediato incorporándose, despierta.

—¡Muy bien! —dijo—. Pues vas a probar la zapatilla…

Sus ojos se enfocaron en Vimes por primera vez.

—¿Qué demonios está…? —empezó de nuevo. Entonces, vio la escena que se desarrollaba tras ellos—. Oh, mierda —exclamó—. Perdone mi klatchiano.

Errol se estaba quedando sin fuerzas. Las alas hipertrofiadas no eran capaces de volar, y el dragoncito permanecía en el aire gracias a que no dejaba de aletear locamente, como un pollo. Las grandes zarpas hendían el aire. Una de ellas tropezó con la fuente de la plaza y la demolió.

La otra acertó a Errol.

Lo envió volando por encima de la cabeza del capitán, en una línea ascendente. Chocó contra un tejado tras ellos, y se deslizó hacia abajo.

—¡Tiene que cogerlo! —gritó lady Ramkin—. ¡Deprisa! ¡Es vital!

Vimes se la quedó mirando un instante, y luego se lanzó para atrapar el cuerpecito de Errol cuando se le acabó la pista del tejado y cayó. Era sorprendentemente pesado.

—Menos mal —suspiró lady Ramkin, tratando de ponerse en pie —. Explotan con tanta facilidad… Podría haber sido muy peligroso.

Recordaron al otro dragón. No era de los que explotaban. Era de los que mataban gente. Se dieron la vuelta muy despacio.

La criatura los miró desde arriba, olisqueó el aire y luego, como si no tuvieran la menor importancia, se dio la vuelta. Saltó al aire y, con un solo movimiento de las alas, se remontó y abandonó la plaza para adentrarse en la niebla que cubría la ciudad.

En aquel momento, a Vimes le preocupaba mucho más el pequeño dragón que tenía entre las manos. El estómago le rugía de una manera alarmante. Deseó haber prestado más atención al libro sobre dragones. Aquellos sonidos, ¿querían decir que estaba a punto de explotar, o el peligro empezaría cuando cesaran?

—¡Tenemos que seguirlo! —gritó lady Ramkin—. ¿Dónde está mi carruaje?

Vimes hizo un vago gesto en la dirección en la que, que él supiera, se habían alejado los caballos desbocados por el pánico.

Errol resopló una nube de gas cálido que olía peor que algo emparedado en los muros de un sótano, dio unos débiles zarpazos al aire, lamió el rostro de Vimes con una lengua que hubiera servido para gratinar, saltó de entre sus brazos y se alejó trotando.

—¿Adonde va? —quiso saber lady Ramkin, que en aquel momento volvía de las nieblas arrastrando tras ella a los dos caballos.

Los animales no parecían querer volver, sus cascos arrancaban chispas de las losas, pero luchaban en una batalla perdida.

—¡Todavía intenta desafiar al dragón! —exclamó Vimes—. Cualquiera habría dicho que se rendiría, ¿no?

—Pelean como demonios —replicó la dama al tiempo que se subía al pescante—. Es cuestión de hacer que el adversario explote.

—Pensé que, en la naturaleza, el animal derrotado se limita a tumbarse de espaldas en gesto de sumisión, y que ahí acababa todo —dijo Vimes cuando el coche se puso en marcha tras los dragones.

—Con los dragones no funcionaría el sistema —señaló lady Ramkin—. Si alguna estúpida bestia se tumba de espaldas, le abres la barriga. Es lo que suelen hacer. Casi parecen humanos.

Las nubes encapotaban el cielo sobre Ankh-Morpork. Sobre ellas, empezaba a extenderse la luz dorada del sol del Mundodisco.

El dragón brillaba al amanecer, mientras surcaba el aire haciendo giros y maniobras por el puro placer de hacerlas. Luego, recordó que le esperaba un día muy ajetreado.

Habían tenido la desfachatez de invocarlo…

Bajo él, la Guardia recorría la Calle de los Dioses Menores. Pese a la niebla, había mucha gente.

—¿Cómo se llaman esos trastos con peldaños? —preguntó el sargento Colon.

—Escaleras —respondió Zanahoria.

—Pues hay a montones por aquí —dijo Nobby. Se acercó a la más próxima y le dio una patada.

—¡Aaay!

Una figura cayó al suelo, medio enterrada en una ristra de banderas.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Nobby.

El portador de las banderas lo miró de arriba abajo.

—¿Y a ti qué te importa?

—Disculpe, nos importa mucho —dijo Zanahoria, surgiendo de entre la niebla como un iceberg. El hombre sonrió, aterrado.

—Bueno, es la coronación, claro —dijo—. Tengo que preparar las calles para la coronación. Hay que colgar las banderas nuevas. Y hay que quitar las viejas.

Nobby examinó las telas húmedas.

—Pues a mí no me parecen tan viejas, todavía se podrían aprovechar —señaló—. ¿Qué son esas cosas gordas del escudo?

—Son los hipopótamos reales de Ankh —respondió el hombre con orgullo—. Recordatorios de nuestra noble herencia.

—¿Desde cuándo tenemos nosotros una noble herencia? —se sorprendió Nobby.

—Desde ayer, claro.

—No se puede tener una herencia en un día —protestó Zanahoria —. Eso lleva tiempo.

—Si no la tenemos, me parece que pronto la habremos tenido —replicó el sargento Colon—. Mi esposa me dejó una nota ayer hablando de eso. Después de tantos años, va y resulta que es una monárquica.

—Pegó una patada al suelo—. ¡Bah! —exclamó—. Yo me mato durante treinta años para llevar algo de comida a casa, y ahora no sabe más que hablar de un chaval que llega a rey por trabajar cinco minutos. ¿Sabéis lo que me dejó de cena anoche? ¡Un bocadillo de carne en salsa!

Aquello no recibió la respuesta que esperaba de los dos solteros.

—¡Vaya! —exclamó Nobby.

—¿Carne de verdad? —preguntó Zanahoria—. ¿Carne asada, hecha ese mismo día, con grasita jugosa?

—Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que vi un trozo de carne en salsa como debe ser —murmuró Nobby, en un mundo de ensoñaciones gastronómicas—. Con una puntita de sal y pimienta, es una comida digna de un r…

—No lo digas —le advirtió Colon.

—Pero lo mejor es cuando metes el cuchillo y cortas la grasa, y luego untas la carne en la salsita —asintió Zanahoria, soñador—. Un momento así es un placer de r…

—¡Callaos de una vez! —gritó Colon—. No sois más que un par de… *¿ Qué demonios es eso?*

Los tres sintieron la repentina corriente de aire, vieron cómo la niebla sobre ellos se enroscaba y giraba. Una ráfaga de viento frío recorrió la calle por un instante.

—Fue como si algo pasara volando por ahí arriba —dijo el

sargento. Se calló de golpe—. No pensaréis que…

—Vimos cómo moría, ¿no? —lo interrumpió Nobby, nervioso.

—Vimos cómo desaparecía —lo corrigió Zanahoria.

Se miraron unos a otros, solos y empapados en la calle envuelta en niebla. Allí arriba podía haber cualquier cosa. Su imaginación pobló el aire húmedo de apariciones terribles. Y lo peor era el convencimiento de que la naturaleza podía tener mucha más imaginación.

—Naaa —dijo Colon—. Seguramente no fue más que… alguna ave zancuda muy grande. O algo así.

—¿No deberíamos hacer algo? —preguntó Zanahoria.

—Sí —asintió Nobby—. Deberíamos marcharnos muy deprisa. Acordaos de Gaskin.

—Quizá se trate de otro dragón —insistió el muchacho—. Será mejor que avisemos a la gente y…

—¡No! —replicó el sargento Colon con vehemencia—. Porque, a, nadie nos creería, y be, ahora tenemos un rey. Los dragones son cosa suya.

—Es verdad —asintió Nobby—. Seguro que se enfadaría un montón. Seguro que los dragones son animales de reyes, no sé, como los ciervos. Cuando hay rey, apuesto a que te sacan los triduos[17] sólo por pensar en matar a un dragón.

—Casi te hace alegrarte de ser un súbito —asintió Colon.

—Un subdito —le corrigió Nobby.

—No me parece una actitud muy cívica… —empezó Zanahoria.

No tuvieron que interrumpirlo. Lo hizo Errol. El pequeño dragón llegó trotando por el centro de la calle, con la deforme cola alta y los ojos clavados en las nubes. Pasó junto a los guardias sin prestarles la menor atención.

—¿Qué le pasará? —se preguntó Nobby.

Un traqueteo precedió al carruaje de lady Ramkin.

—¿Mis hombres? —preguntó Vimes titubeante, tratando de ver entre la niebla.

—Sin duda —replicó el sargento Colon.

—¿Habéis visto pasar a un dragón? Aparte de Errol, claro.

—Bueno… —empezó el sargento, mirando a los otros dos—. Más o menos, señor. Es posible. Probablemente.

—¡Pues no se queden ahí quietos como tontos! —exclamó lady Ramkin—. ¡Suban! ¡Hay mucho sitio dentro!

Lo había. Cuando lo construyeron, el carruaje debió de ser una auténtica maravilla, todo sedas, dorados y agarraderos repujados. El tiempo, el uso descuidado y las desgarraduras en los asientos producidas de tanto transportar dragones, se habían cobrado su precio, pero aún olía a clase alta, a privilegios y, por supuesto, a

dragones.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Colon mientras recorrían las calles bajo la niebla.

—Saludar —respondió Nobby, haciendo elegantes gestos a la gente de la calle.

—Repugnante, esto es repugnante —bufó el sargento Colon—. Que la gente vaya en carruajes como éste, cuando hay quien ni siquiera tiene un techo bajo el que refugiarse…

—Es de lady Ramkin —replicó Nobby—. Es buena persona.

—Bueno, sí, pero… qué hay de sus antepasados, ¿eh? Uno no consigue casas grandes y carruajes sin explotar un poco a los pobres.

—Lo que te pasa es que estás enfadado porque tu señora se ha estado bordando coronas en la ropa interior.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Colon, indignado—. Siempre he sido un firme defensor de los derechos del hombre.

—Y del enano —añadió Zanahoria.

—Sí, claro —asintió el sargento, no del todo seguro—. Pero todo este asunto de los reyes y los nobles… va contra la dignidad humana. Todos nacemos iguales. Me pone enfermo.

—Nunca te había oído hablar así, Frederick —dijo Nobby.

—*Sargento* Colon para ti, Nobby.

—Lo siento, sargento.

La niebla llevaba camino de ser una auténtica pasta de guisantes[18] otoñal morporkiana. Vimes entrecerró los ojos. Las gotas condensadas lo estaban calando hasta los huesos.

—Lo veo, con dificultades, pero lo veo —dijo—. Gire aquí a la izquierda.

—¿Tiene idea de dónde estamos? —preguntó lady Ramkin.

—En el Barrio de los Negocios, pero no sé dónde exactamente.

Errol iba cada vez más despacio. No dejaba de mirar hacia arriba y de gimotear.

—No se ve nada, maldita sea —dijo Vimes—. Me pregunto si…

Como si lo hubiera oído, la niebla se despejó un poco. Floreció ante ellos como un crisantemo, emitiendo un sonido semejante a un «Uuuumpfff».

—Oh, no —gimió Vimes—. ¡Otra vez, no!

—¿Han sido infundidas debidamente las Copas de la Integridad? —entonó el Hermano Vigilatorre.

—Sí, están infundidas hasta los topes.

—¿Y las Aguas del Mundo, están abjuradas?

—Abjuradas del todo.

—¿Han sido los Demonios del Infinito encadenados con múltiples cadenas?

—Maldita sea —se quejó el Hermano Revocador—. Siempre se olvida algo.

El Hermano Vigilatorre suspiró.

—Sólo por una vez, sería estupendo que pudiéramos llevar a cabo correctamente los antiguos rituales sacros, ¿no? Venga, hazlo de una vez.

—¿Y no crees que sería más rápido, Hermano Vigilatorre, si la próxima vez lo hago dos veces? —sugirió el Hermano Revocador.

El Hermano Vigilatorre meditó sobre la idea. Parecía razonable.

—De acuerdo —asintió—. Bueno, baja ahí con los demás. Y me tenéis que llamar Gran Maestro Supremo en Funciones, ¿entendido?

Aquello no fue acogido con el debido entusiasmo que esperaba de los Hermanos.

—Aquí nadie ha dicho que fueras el Gran Maestro Supremo en Funciones —refunfuñó el Hermano Portero.

—Pues más os vale haceros a la idea, porque lo soy. El Gran Maestro Supremo me dijo que abriera la Sesión, porque él tenía mucho trabajo con todo eso de la coronación, y llegaría un poco tarde —replicó el Hermano Vigilatorre—. Y eso me convierte en Gran Maestro Supremo en Funciones, porque lo digo yo, a ver quién es el guapo que protesta.

—Pues no entiendo por qué —gruñó el Hermano Portero—. No tienes por qué ponerte un título tan rimbombante. Podrías ser simplemente algo como…, no sé, Monitor de Rituales, o una cosa así.

—Eso —lo secundó el Hermano Revocador—. No entiendo por qué vas a ir dándote aires. Ni siquiera has aprendido los antiguos misterios místicos a los pies de unos monjes, ni nada de eso.

—Hemos dedicado muchas horas a este asunto —intervino el Hermano Portero—. No está bien, ya va siendo hora de que veamos alguna compensación…

El Hermano Vigilatorre se dio cuenta de que estaba perdiendo el control de la situación. Probó con la diplomacia dilatoria.

—Estoy seguro de que el Gran Maestro Supremo llegará enseguida —los tranquilizó—. No estropeemos ahora las cosas, ¿eh, muchachos? Hicimos un buen trabajo arreglando la pelea con el dragón, y todo eso. Hemos hecho muchas cosas. Vale la pena esperar un poco más, ¿no?

El círculo de figuras encapuchadas asintió al unísono entre murmullos.

—Vale.

—Bien pensado.

—Sí.

DESDE LUEGO.

—De acuerdo.

—Como te parezca.

El Hermano Vigilatorre empezó a tener la sensación de que algo no andaba bien, pero no conseguía concretar qué era.

—Eh… —titubeó—. ¿Hermanos?

Todos parecían intranquilos. Había algo en la habitación que los ponía nerviosos. Se palpaba en el ambiente.

—Hermanos —repitió el Hermano Vigilatorre, tratando de tranquilizarse—, estamos *todos,* ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Por qué lo dices?

—Sí.

SI.

—Sí.

Ahí estaba otra vez, una sutil divergencia de la normalidad, algo a lo que no se le conseguía echar el ojo, quizá porque el ojo estaba demasiado asustado. Pero los atormentados pensamientos del Hermano Vigilatorre se vieron interrumpidos por un ruido en el tejado. Unos cuantos trozos de yeso cayeron dentro del círculo.

—¿Hermanos? —repitió el Hermano Vigilatorre, nervioso.

Se oyó ahora uno de esos silencios sonoros, un silencio largo y siseante de concentración absoluta y, posiblemente, de inhalación de aire en unos pulmones grandes como cabañas. Las últimas ratas de la confianza del Hermano Vigilatorre abandonaron el barco naufragado de su valor.

—Hermano Portero, ten la amabilidad de quitar los cerrojos de la Puerta del Temor… —tartamudeó.

Y hubo una luz.

Lo que no hubo fue dolor. No dio tiempo.

La Muerte arrebata muchas cosas, sobre todo cuando llega en forma de una temperatura lo suficientemente elevada como para vaporizar el hierro, y una de ellas son las ilusiones. Los restos inmortales del Hermano Vigilatorre vieron cómo el dragón se alejaba volando en la niebla, y luego miraron hacia abajo, hacia el charco de piedra, metal y extrañas mezcolanzas que era todo lo que quedaba de su cuartel secreto. Y de sus ocupantes, según comprendió con la falta de pasión que te da el estar muerto. Te pasas la vida trabajando y al final no eres más que una mancha semejante a la leche en el café. Jugaran a lo que jugaran los dioses, las reglas eran de lo más extraño.

Miró a la figura encapuchada que aguardaba junto a él.

—No era esto lo que pretendíamos —dijo débilmente—. De verdad. No queríamos hacer daño a nadie. Sólo queríamos obtener lo que merecíamos.

Una mano esquelética le dio una palmadita no exenta de amabilidad en el hombro.

Y la Muerte dijo, FELICIDADES.

Aparte del Gran Maestro Supremo, el único Hermano Esclarecido que no se encontraba en el cuartel cuando llegó el dragón era el Hermano Dedos. Lo habían enviado a buscar unas pizzas. El Hermano Dedos era siempre el encargado de ir a buscar la comida precocinada, porque así les salía más barata. Nunca había dominado el arte de pagar por lo que se llevaba.

Cuando los guardias llegaron, siguiendo a Errol, el Hermano Dedos estaba de pie con un montón de cajas de cartón entre las manos y la boca abierta.

En el lugar donde había estado el Portal del Temor, sólo quedaba un charco de sustancias fundidas.

—Oh, dioses —dijo lady Ramkin. Vimes se bajó del carruaje y dio unos golpecitos en el hombro al Hermano Dedos.

—Disculpa, amigo —dijo—. ¿Has visto por casualidad que…?

Cuando el Hermano Dedos se volvió hacia él, su rostro era el de un hombre que acaba de pasar planeando ante las puertas del Infierno. Abría y cerraba la boca, pero sin emitir palabra alguna.

Vimes lo intentó de nuevo. El terror puro de la expresión del Hermano Dedos empezaba a contagiársele.

—Ten la amabilidad de acompañarme al Yard —insistió—. Tengo motivos para creer que tú…

Se detuvo. No sabía muy bien qué podía creer con los motivos que tenía. Pero aquel hombre era culpable, evidentemente. Se veía a la legua con sólo mirarlo. Quizá no fuera culpable de nada concreto. Simplemente culpable, en términos generales.

—Mmmmmmaaaa —dijo el Hermano Dedos. El sargento Colon levantó discretamente la tapa de una de las cajas.

—¿Qué te parece, sargento? —preguntó Vimes.

—Eh…, creo que pimientos klatchianos y anchoas, señor —replicó el aludido con tono de experto.

—Me refiero a este hombre —suspiró el capitán.

—Nnnnn —dijo el Hermano Dedos. Colon echó un vistazo bajo la capucha.

—Oh, lo conozco bien, señor —dijo—. Es Bengy «Piesligeros» Boggis. Un ladronzuelo de segunda, pertenece al Gremio. Lo conozco desde hace mucho. Esta sabandija trabajaba en la Universidad.

—¿Qué? ¿Como mago? —se asombró Vimes.

—Naa, haciendo de todo un poco. Jardinero, carpintero, esas cosas.

—Ah, ¿sí?

—¿No podemos hacer algo por el pobre hombre? —intervino lady Ramkin.

Nobby intentó complacerla.

—Si quiere, le daré una patada en las esferas de su parte, señora.

—Drrrrr —dijo el Hermano Dedos, que empezaba a temblar incontrolablemente mientras lady Ramkin sonreía con el gesto tenso de una dama de la alta sociedad decidida a no demostrar que ha entendido lo que le acaban de decir.

—Vosotros dos, metedlo en el carruaje —ordenó Vimes—. Si no le importa, lady Ramkin…

—Sybil —le corrigió la dama. Vimes se puso colorado.

—Si no le importa —siguió—, sería buena idea detenerlo. Acusado del robo de un libro, titulado *La invocación de dragones.*

—Bien pensado, señor —asintió el sargento Colon—. Además, las pizzas se están quedando frías. Y ya se sabe, el queso se pone asqueroso cuando se enfría.

—Y nada de darle patadas —les advirtió Vimes—. Ni siquiera en lugares que no se ven. Tú ven conmigo, Zanahoria.

—Ddddrrraaa —aportó el Hermano Dedos.

—Tráete a Errol —añadió Vimes—. Aquí se está poniendo como loco. El pequeño diablo ha seguido bien la pista, desde luego.

—Si uno lo piensa bien, es maravilloso —asintió Colon.

Errol daba carreritas ante el edificio destruido, sin dejar de gimotear.

—Miradlo —señaló Vimes—. Se muere por volver a perseguirlo.

Su mirada se alzó hacia las nubes de niebla, como si se la levantaran con cables.

Está ahí arriba, en alguna parte, pensó.

—¿Qué vamos a hacer ahora, señor? —preguntó Zanahoria mientras el carruaje se alejaba traqueteando.

—No estarás nervioso, ¿verdad?

—No, señor.

Su manera de decirlo espoleó un recuerdo en la mente del capitán.

—No —asintió—. No estás nervioso. Supongo que es porque te criaron los enanos. No tienes imaginación.

—Le aseguro que hago lo posible, señor —replicó Zanahoria con firmeza.

—¿Aún le envías toda la paga a tu madre a casa?

—Sí, señor.

—Eres un buen muchacho.

—Sí, señor. ¿Qué vamos a hacer ahora, capitán Vimes? —repitió el chico.

Vimes miró a su alrededor. Dio unos cuantos pasos, sin rumbo fijo. Extendió los brazos, y luego los dejó caer a sus costados.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —suspiró—. Avisar a la gente,

supongo. Será mejor que vayamos al palacio del patricio. Y luego…

Se oyeron unas pisadas en la niebla. Vimes se tensó, se llevó un dedo a los labios y empujó a Zanahoria hacia el refugio que ofrecía un portal.

Una figura apareció desde la oscuridad.

Es otro de ellos, pensó Vimes. Bueno, no hay ninguna ley que prohiba llevar túnicas negras y capuchas sobre la cara. Debe de haber docenas de motivos completamente inocentes por los que esta persona lleva una túnica negra, una capucha que le tapa la cara, y está de pie de madrugada ante un edificio fundido.

Quizá debería pedirle que me diera una, sólo una.

—Disculpa, amigo… —empezó. La capucha se giró hacia él. Se oyó un grito ahogado de sorpresa.

—Si no te importa, me gustaría saber… *¡a por él, Zanahoria!*

La figura les llevaba una buena ventaja. Dobló la esquina antes de que Vimes recorriera media calle. Llegó al final justo a tiempo de ver cómo la capa desaparecía por otro callejón.

Vimes se dio cuenta de que iba corriendo solo. Se detuvo jadeante y volvió la vista atrás. Zanahoria doblaba en aquel momento la esquina, con un trotecillo suave.

—¿Qué pasa? —jadeó.

—El sargento Colon me dijo que no debía correr —explicó el muchacho.

Vimes lo miró sin comprender. Poco a poco, se fue haciendo la luz.

—Ah —asintió—. Ya…, ya veo. No creo que sea una instrucción aplicable a todas las circunstancias, muchacho. —Miró hacia la niebla —. De todos modos, tampoco teníamos muchas posibilidades de atraparlo.

—Quizá fuera un espectador inocente, señor —sugirió Zanahoria.

—¿Cómo, en Ankh-Morpork?

—Sí, señor.

—En ese caso, deberíamos haberlo atrapado por su valor como espécimen irrepetible. —Dio una palmadita en el hombro al muchacho —. Venga, vamos al palacio del patricio.

—Al palacio del rey —lo corrigió Zanahoria.

—¿Qué? —dijo Vimes, cuyo hilo de pensamientos se había enredado temporalmente.

—Ahora es el palacio del rey. El capitán lo miró de soslayo. Dejó escapar una risita amarga.

—Sí, claro —asintió—. Nuestro rey matadragones. Nada menos. —Suspiró—. Esto no les va a hacer ninguna gracia.

No les hizo gracia. Ninguna gracia.

El primer problema lo planteó la guardia de palacio.

A Vimes nunca le habían gustado. Y él no les gustaba a ellos. De acuerdo, quizá la guardia nocturna estuviera a un paso de ser el hazmerreír de la ciudad, pero, según la opinión profesional de Vimes, la guardia de palacio estaba a un paso de ser la peor basura criminal que había salido de la ciudad. A un paso por *encima.* Tendrían que reformarse un poco antes de que los considerasen dignos de entrar en la Lista de los Diez Más Odiados.

Eran rudos. Eran duros. No eran la basura de la ciudad, eran los restos que se quedan pegados al cubo una vez se ha tirado la basura. El patricio les había pagado extremadamente bien, y era de suponer que ahora alguien les pagaba extremadamente bien, porque cuando Vimes se acercó a las puertas una pareja de ellos dejaron de estar apoyados contra la pared y se irguieron, aunque mantuvieron la cantidad justa de relajación psicológica para causar la máxima ofensa posible.

—Capitán Vimes —dijo Vimes, mirando directamente al frente—. A ver al rey. De la mayor importancia.

—¿Sí? Más vale que lo sea —replicó un guardia—. El capitán Vinos, ¿no?

—Vimes —respondió el capitán con voz controlada—. Acabado en mes.

Uno de los guardias hizo un gesto a su compañero.

—Vimes —dijo—. Acabado en mes.

—Bonito nombre —añadió el otro.

—Es de la máxima urgencia —dijo Vimes, tratando de mantener una expresión pétrea.

Intentó dar un paso hacia adelante. El primer guardia le bloqueó el camino limpiamente y le dio un empujón en el pecho.

—Nadie va a ninguna parte —replicó—. Órdenes del rey, ¿sabes? Así que vuelve a tu agujero, capitán Vimes acabado en mes.

No fueron las palabras lo que hizo que Vimes tomara una decisión. Fue la risita burlona del otro guardia.

—Apártate —ordenó.

El guardia se inclinó hacia él.

—¿Quién me va a obligar, poli? —replicó, dándole un golpecito en el casco.

Hay ocasiones en las que es un verdadero placer soltar la bomba.

—Agente Zanahoria, quiero que ataques a estos hombres —dijo Vimes. Zanahoria se puso firme.

—Muy bien, señor —dijo.

Y echó a correr en dirección contraria, por la calle por donde habían venido.

—¡Eh! —gritó Vimes cuando el chico desapareció tras una

esquina.

—Eso es lo que me gusta —le aseguró el primer guardia, apoyándose en la lanza—. Un joven con iniciativa, sí señor. Un muchacho listo. No quiere quedarse aquí para que le arranquen las orejas. Ese joven llegará muy lejos, tiene lo que se dice sentido común.

—Es sensato, sí —asintió el otro guardia. Apoyó la lanza contra la pared.

—Vosotros, los de la Guardia Nocturna, me dais ganas de vomitar —dijo con tono amable—. Siempre de aquí para allá, sin dar ni golpe, dándoos aires como si tuvierais alguna importancia. Así que Clarence y yo te vamos a demostrar lo que hacen los guardias de verdad, ¿te parece bien?

Puedo encargarme de uno, pensó Vimes mientras daba unos pasos hacia atrás. Al menos, si se pone de espaldas.

Clarence dejó la lanza contra la puerta y se escupió en las manos.

Se oyó un aullido largo, aterrador. Vimes se sorprendió al descubrir que no lo estaba lanzando él.

Zanahoria apareció doblando la esquina, corriendo a toda velocidad. Llevaba un hacha arrojadiza en cada mano.

Sus grandes sandalias de cuero volaban sobre las losas, acelerando a medida que se acercaba. Y sin dejar de lanzar aquel grito, *matarmatarmatarmatarmatarmatar,* como si se hubiera quedado atrapado en un eco interminable.

Los dos guardias de palacio se quedaron rígidos de asombro.

—Yo en vuestro lugar me agacharía —les advirtió Vimes, casi desde el nivel del suelo.

Las dos hachas abandonaron las manos de Zanahoria y silbaron como látigos por el aire. Una de ellas se estrelló contra la puerta del palacio y se clavó casi hasta el mango. La otra golpeó el mango de la primera y lo partió en dos. Luego, llegó Zanahoria.

Vimes se sentó un rato en un banco cercano, y se puso a liarse un cigarrillo.

—Creo que ya es suficiente, agente —dijo al final—. Ahora nos acompañarán sin problemas.

—Sí, señor. ¿De qué están acusados, señor? —preguntó Zanahoria, sosteniendo en cada mano un cuerpo inerte.

—De atacar a un oficial de la Guardia durante el cumplimiento de su deber y de…, ah, sí, y de resistencia al arresto.

—¿Según la Sección (vii) del Acta de Orden Público de 1457?

—Sí —asintió Vimes con solemnidad—. Sí. Supongo que sí.

—Pero no se resistieron demasiado, señor —señaló Zanahoria.

—Bueno, pero intentaron resistirse al arresto. Yo los dejaría ahí apoyados contra la pared hasta que volvamos. Supongo que no querrán ir a ninguna parte.

—Tiene razón, señor.

—Pero no les hagas daño. No se debe hacer daño a los prisioneros.

—Es verdad, señor —asintió Zanahoria con seriedad—. Los prisioneros, una vez acusados, tienen Derechos, señor. Lo dice el Acta sobre la Dignidad del Hombre (Derechos Civiles) de 1341. Siempre se lo recuerdo al cabo Nobbs. Tienen Derechos, le digo. Eso significa que no hay que Pegarles Patadas.

—Haces muy bien en decírselo. Zanahoria bajó la vista.

—Tienen derecho a permanecer en silencio —recitó—. Tienen derecho a no producirse heridas al caer por las escaleras cuando los lleven a las celdas. Tienen derecho a no saltar por la ventana desde un piso alto. No están obligados a decir nada, claro, pero si dicen algo pues lo siento, tendré que apuntarlo y podrá ser utilizado como prueba.

Sacó su libreta de notas y lamió la punta del lápiz. Se inclinó aún más.

—¿Perdón? —dijo. Miró a Vimes—. ¿Cómo se escribe «Aaaay», señor?

—Con hache, creo.

—Gracias, señor.

—Esto…, ¿agente?

—¿Sí, señor?

—¿Para qué quenas las hachas?

—Ellos estaban armados, señor. Las cogí de la herrería de la Calle del Mercado, señor. Dije al dueño que usted las pagaría luego.

—¿Y el aullido? —preguntó Vimes débilmente.

—El grito de guerra de los enanos, señor —replicó Zanahoria con orgullo.

—Es un grito muy bueno —dijo Vimes, eligiendo cuidadosamente las palabras—, pero te agradecería que, la próxima vez, me avisaras antes, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señor.

—Mejor por escrito.

El bibliotecario siguió avanzando. Lo hacía lentamente, porque había cosas con las que no quería tropezarse. Algunas criaturas evolucionaban hasta llenar todos los huecos, y muchas de las que se encontraban en la polvorienta inmensidad del Espacio-B eran poco recomendables. Eran mucho más inusuales que las criaturas inusuales habituales.

Por lo general, podía adelantarse a los acontecimientos sólo con vigilar a las inofensivas arañas que se arrastraban por el polvo. Cuando huían espantadas, era un buen momento para esconderse. En varias ocasiones tuvo que aplastarse contra los estantes como un diccionario gigantesco. Aguardaba con paciencia hasta que la manada de Criaturas pasaba de largo, devorando el contenido de libros selectos y dejando tras ellas montoncitos de delgados volúmenes de crítica literaria. Y había otras cosas, cosas que esquivaba a toda velocidad y trataba de no mirar…

Por encima de todo, debía esquivar los tópicos.

Se terminó de comer los cacahuetes subido en una escalerilla de mano, que paseaba sin rumbo fijo por los estantes más elevados.

Aquel territorio le resultaba familiar, o al menos tenía la sensación de que tarde o temprano le resultaría familiar. El tiempo no se mide de la misma manera en el Espacio-B.

Había estanterías cuyo perfil le parecía reconocer. Los títulos de los libros, aunque seguían siendo ilegibles, tenían un tentador atisbo de legibilidad. Hasta le parecía reconocer el olor del aire polvoriento.

Se metió rápidamente por un pasillo lateral, dobló la esquina y, sin apenas desorientarse, entró en el juego de dimensiones que la gente que no conoce otra cosa considera «normal».

Notaba un terrible calor, y tenía el espeso vello de punta mientras la energía temporal se descargaba gradualmente.

Estaba en la oscuridad.

Extendió una mano y exploró los lomos de los libros que tenía al lado. Áh. Ahora sabía dónde estaba.

Estaba en casa.

Estaba en casa una semana antes.

Era esencial que no dejara huellas. Pero eso no era problema. Se subió al estante más cercano y, bajo la luz que entraba por la cúpula, empezó a trepar.

Lupine Wonse alzó los ojos enrojecidos del montón de papeleo que se acumulaba sobre su escritorio. En la ciudad nadie sabía nada sobre coronaciones. Había tenido que inventarlo todo sobre la marcha. Al menos, sabía que había que agitar montones de cosas.

—¿Sí? —dijo bruscamente.

—Eh…, un tal capitán Vimes quiere ser recibido —dijo el criado.

—¿Vimes, de la Guardia?

—Sí, señor. Dice que es de la mayor importancia.

Wonse bajó la vista hacia la lista de otras cosas que también eran de la mayor importancia. Coronar al rey, por ejemplo. Los Sacerdotes Supremos de cincuenta y tres religiones reclamaban el honor. Iba a ser un caos. Y luego estaban las joyas de la corona.

Mejor dicho, *no* estaban las joyas de la corona. En algún momento de las generaciones anteriores, las joyas de la corona habían desaparecido. En aquellos instantes, un joyero de la calle de los Artesanos Hábiles hacía lo que podía en tan poco tiempo con cristalitos y brillantina.

Vimes podía esperar.

—Dile que vuelva otro día —replicó Wonse.

—Eres muy amable al recibirnos —dijo Vimes, apareciendo en la puerta. Wonse lo miró.

—Ya que estás aquí… —suspiró.

El capitán dejó caer su casco sobre el escritorio de Wonse, con un gesto que el secretario consideró de lo más ofensivo, y se sentó.

—Siéntate —sugirió Wonse.

—¿Has desayunado ya? —preguntó Vimes.

—Aún no…

—No te preocupes —lo interrumpió el otro alegremente—. El agente Zanahoria irá a ver qué tenéis por la cocina. Este muchacho le mostrará el camino.

Cuando hubieron salido, Wonse se inclinó sobre la marea de papeles.

—Más vale que haya un buen motivo para…

—El dragón ha vuelto —dijo Vimes. Wonse lo miró. Vimes le devolvió la mirada.

Los sentidos de Wonse volvieron del remoto rincón donde se habían refugiado.

—Has estado bebiendo, ¿verdad?

—No. El dragón ha vuelto.

—Oye, mira…

—Yo lo he visto —señaló Vimes con certidumbre.

—¿Has visto un dragón? ¿Estás seguro? Vimes se inclinó sobre el escritorio.

—¡No! ¡Puede que me haya equivocado como un imbécil! —gritó—. ¡Puede que haya visto alguna otra cosa gigantesca con zarpas enormes, alas cubiertas de escamas y aliento de fuego! ¡Debe de haber millones de bichos que respondan a esa descripción!

—¡Pero si vimos cómo lo mataba! —exclamó Wonse.

—No sé qué vimos —replicó Vimes—. Pero sé muy bien lo que vi yo.

Se echó hacia atrás, temblando. De repente, se sentía muy, muy cansado.

—De cualquier manera —siguió, tratando de controlar su tono de voz—, hay una casa quemada en la calle Casilimpia. Igual que las otras.

—¿Ha sobrevivido alguno?

Vimes apoyó la cabeza entre las manos. Se preguntó cuánto tiempo hacía que no dormía, que no dormía bien, con sábanas. O cuánto hacía que no comía bien. ¿Había sido la noche anterior, o hacía ya dos noches? Ahora que lo pensaba, ¿había dormido bien alguna vez en toda su vida? Tenía la sensación de que no. Morfeo se había arremangado y le estaba estrujando el cerebro. Pero algunas células grises se rebelaban ¿Que si había sobrevivido…?

—¿Alguno? —preguntó.

—Alguno de los habitantes que hubiera en la casa, por supuesto —dijo Wonse—. Es de suponer que habría gente dentro. Como es de noche…

—¿Eh? Ah. Sí. No era una casa normal. Creo que se trataba de una sociedad secreta, o algo por el estilo —consiguió responder Vimes.

Algo le estaba cosquilleando al fondo de la mente, pero estaba demasiado cansado como para prestarle atención.

—¿Magia, quieres decir?

—No sé. Es posible. Unos tipos vestidos con túnicas. Me va a decir que he estado trabajando demasiado, pensó. Y encima tendrá *razón*.

—Mira —dijo Wonse con amabilidad—, la gente que se dedica a trastear con la magia y no sabe controlarla…, bueno, puede volar por los aires y…

—¿Volar por los aires?

—Y tú llevas unos días muy ajetreados —siguió Wonse, tranquilizador. Si a mí me hubiera derribado un dragón, y hubiera estado a punto de achicharrarme, yo también los vería por todas partes.

Vimes lo miró con la boca abierta. No se le ocurría nada que

decir. La banda elástica que lo había mantenido en pie durante los últimos días se había roto ya.

—¿No te parece que has estado trabajando demasiado ? —preguntó Wonse.

Ah, pensó Vimes. Menos mal. Y se derrumbó hacia adelante.

El bibliotecario se inclinó cautelosamente para mirar los libros, y extendió un brazo en la oscuridad.

Allí estaba.

Sus gruesas uñas rascaron el lomo del libro. Lo sacó cuidadosamente del estante y lo levantó. Alzó la lámpara para verlo.

No había duda. *La invocación de dragones.* Ejemplar único, primera edición, ligeramente maltratado por el tiempo y muy maltratado por los dragones.

Puso la lámpara a un lado y empezó a leer por la primera página.

—¿Mmm? —masculló Vimes al despertarse.

—Te he traído una buena taza de té, capitán —dijo el sargento Colon—. Y un trozo de bizcocho. Vimes lo miró sin comprender.

—Has estado durmiendo —le explicó el sargento Colon—. Cuando Zanahoria te trajo, no había manera de despertarte.

Vimes miró a su alrededor, observando el entorno ya familiar del Yard.

—Oh —dijo.

—Nobby y yo hemos estado detectando —siguió Colon—. ¿Te acuerdas de esa casa que se fundió? Bueno, pues allí no vive nadie. Sólo son habitaciones que se alquilan, así que fuimos a buscar al dueño. Hay un encargado que va todas las noches a guardar las sillas y a echar la llave. No le hizo la menor gracia que se quemara. Ya sabes cómo es esa gente.

Se irguió, aguardando el aplauso.

—Bien hecho —lo complació Vimes al tiempo que mojaba el bizcocho en el té.

—Hay tres sociedades que usan el local —siguió Colon. Sacó la libreta de notas—. Son…, a ver…, La Sociedad Ankh-Morpork de Amantes del Buen Arte, ejem, ejem, el Club de Canciones y Bailes Populares de Morpork, y los Hermanos Esclarecidos de la Noche Ébano.

—¿Por qué ejem ejem? —se interesó Vimes.

—Bueno, ya sabes…, eso del «arte». No son más que tipos que pintan cuadros de jovencitas al natural —explicó Colon, el entendido —. Me lo dijo el encargado. Algunos de ellos ni siquiera llegan a mojar los pinceles, es una auténtica vergüenza.

En esta ciudad debe de haber un millón de historias, pensó Vimes.

Entonces, ¿por qué siempre me toca escuchar las de este tipo?

—¿Cuándo se reúnen? —preguntó.

—Los lunes a las siete y media, la entrada cuesta diez peniques —le informó Colon rápidamente—. En cuanto a los de los bailes populares…, bueno, eso no es problema. ¿Nunca te has preguntado qué hacía el cabo Nobbs en sus noches libres?

El rostro de Colon se abrió en una sonrisa como una raja de sandía.

—¡No! —exclamó Vimes, incrédulo—. ¿Nobby? ¡Imposible!

—¡Pues sí! —replicó el sargento, encantado ante el resultado de la información.

—¿Y va por ahí agitando panderetas con cascabeles y dando saltitos?

—Dice que es muy importante preservar las viejas tradiciones —explicó Colon.

—¿Nobby? ¿El señor Patadas-a-la-entrepierna, Sólo-estaba-probando-el-picaporte-y-se-abrió?

—¡El mismo! Qué mundo este, ¿eh? Le dio vergüenza que me enterara.

—Dioses —suspiró Vimes.

—Eso viene a demostrar que las apariencias engañan —siguió Colon—. En fin, sigamos con el tema. El encargado dijo que los Hermanos Esclarecidos siempre dejan el local hecho un asco. Marcas de tiza pisoteadas en el suelo, y todo eso. Y que nunca ordenan las sillas, ni lavan la urna del té. Últimamente se han estado reuniendo a menudo, según él. Los pintores de chicas desnudas tuvieron que buscarse otro local la semana pasada.

—¿Qué habéis hecho con nuestro sospechoso? —preguntó Vimes.

—¿Ése? Oh…, se nos escapó, capitán —respondió el sargento, avergonzado.

—¿Por qué? No parecía en condiciones de ir muy lejos.

—Bueno, cuando llegamos aquí, lo sentamos junto a la chimenea y le echamos una manta por encima, porque no paraba de tiritar —explicó Colon mientras Vimes se ponía la cota de mallas.

—Espero que no os comierais sus pizzas.

—Se las comió Errol. Es por lo del queso, se pone todo…

—Sigue.

—Pues eso —continuó Colon, titubeante—, no dejaba de temblar, de tintar, de gimotear cosas sobre dragones y todo eso. La verdad es que nos dio pena. Y entonces, pegó un salto y salió huyendo, sin ningún motivo.

Vimes clavó una mirada en el rostro abierto y deshonesto del sargento.

—¿Sin ningún motivo?

—Bueeeno…, decidimos comer algo, así que le dije a Nobby que fuera a la panadería, ¿sabes?, y pensamos que al prisionero igual le apetecía comer algo…

—¿Sí? —lo alentó Vimes.

—Pues el caso es que Nobby le preguntó que si quería algo asado, y entonces el tipo ese pegó un grito y salió corriendo.

—¿Nada más? —se extrañó Vimes—. ¿No le amenazasteis con nada?

—Eso fue todo, capitán. A mí también me parece un misterio. No dejaba de hablar sobre alguien llamado Gran Maestro Supremo.

—Mmm. —Vimes miró por la ventana. Una penumbra gris envolvía el mundo—. ¿Qué hora es?

—preguntó.

—Las cinco, señor.

—Perfecto. Bueno, antes de que oscurezca… Colon carraspeó.

—De la mañana, señor. Ya es mañana.

—¿Me habéis dejado dormir todo el día?

—No tuvimos valor para despertarte. El dragón no ha dado señales de vida, si es eso lo que te preocupa. La verdad es que no ha pasado nada.

Vimes se lo quedó mirando. Luego, abrió la ventana de par en par.

La niebla entró como una catarata de bordes amarillentos.

—Suponemos que se habrá marchado —dijo Colon, detrás de él.

El capitán alzó la vista hacia las espesas nubes.

—Espero que se despejen antes de la coronación —siguió Colon con voz preocupada—. ¿Estás bien, capitán?

No se ha marchado, pensó Vimes. ¿Por qué iba a marcharse? No podemos hacerle daño, y aquí tiene todo lo que puede querer. Está ahí arriba, en alguna parte.

—¿Estás bien, capitán? —repitió Colon.

Tiene que estar ahí arriba, en alguna parte, entre la niebla. Hay montones de torres tras las que ocultarse.

—¿A qué hora es la coronación, sargento?

—Al mediodía, señor. Y el señor Wonse envió un mensaje, dice que tienes que estar con tu mejor armadura entre los ciudadanos destacados.

—Ah, ¿sí?

—Y el sargento Hummock dice que la guardia de día formará a lo largo de la ruta.

—¿Cómo? —replicó Vimes vagamente, mirando el cielo.

—Pues poniéndose firmes, supongo…

El capitán asomó la cabeza para ver mejor el tejado.

—¿Mmm?

—He dicho que poniéndose firmes, señor —repitió el sargento Colon.

—Está ahí arriba, sargento —dijo Vimes—. Prácticamente puedo olerlo.

—Sí, señor —asintió Colon, obediente.

—Está decidiendo lo que va a hacer.

—¿Sí, señor?

—Tienen inteligencia, ¿sabes? Lo que pasa es que no piensan como nosotros.

—Sí, señor.

—Así que al cuerno con lo de formar a lo largo de la ruta. Quiero que vosotros tres estéis en los tejados, ¿comprendido?

—Sí, se… ¿qué?

—En los tejados. En los más altos. Cuando aparezca, quiero que seamos los primeros en saberlo.

Colon trató de indicar con la expresión de su rostro que él *no*.

—¿Crees que es buena idea, capitán? —aventuró. Vimes lo miró.

—Sí, sargento, lo creo. Es una idea mía —dijo fríamente—. Ahora, ve a encargarte de todo.

Cuando se quedó solo, Vimes se lavó y se afeitó con agua fría, y luego buscó en su baúl de campaña hasta desenterrar la armadura ceremonial y la capa roja. Bueno, la capa había sido roja en el pasado, y aún lo era, en ciertos puntos, aunque la mayor parte de ella parecía una red diseñada para atrapar polillas que cumpliera perfectamente con su cometido. También había un casco, desafiante sin plumas, del que hacía tiempo que había desaparecido el chapado de oro del espesor de una molécula.

Recordaba haber empezado a ahorrar para una capa nueva. ¿Qué había pasado con el dinero?

En la sala de la guardia no quedaba nadie. Errol descansaba entre los restos del cuarto cajón de fruta que Nobby había rescatado de un basurero para él. Lo que faltaba se lo había comido, o lo había disuelto.

En el cálido silencio, los sempiternos rugidos de su estómago sonaban aún más fuertes. De cuando en cuando, gimoteaba.

Vimes le rascó tras las orejas distraídamente.

—¿Qué te pasa, muchacho? —preguntó.

La puerta se abrió con un crujido. Zanahoria entró, vio a Vimes acuclillado ante los restos de la caja, y saludó.

—Estamos un poco preocupados por él, capitán —le informó—. No se ha comido el carbón. Se limita a estar ahí tumbado, temblando y lloriqueando todo el rato. ¿Cree que le sucede algo raro?

—Es posible —asintió Vimes—. Pero es normal que a los dragones les sucedan cosas raras. Al final se les pasa, de una manera u otra.

Errol le dirigió una mirada triste, y volvió a cerrar los ojos. Vimes le echó la zarrapastrosa manta por encima.

Se oyó un pitido. Buscó tras el cuerpecito tembloroso del dragón, y sacó un pequeño hipopótamo de goma. Lo miró, sorprendido, y le dio un par de apretones experimentales.

—Pensé que a Errol le gustaría jugar con algo, capitán —explicó Zanahoria, algo avergonzado.

—¿Le has comprado un juguete?

—Sí, señor.

—Qué amable por tu parte.

Vimes esperaba que Zanahoria no hubiera visto la pelotita de goma escondida tras la caja. Le había costado bastante cara.

Los dejó a los dos en la habitación y salió al mundo exterior.

Había aún más gente que de costumbre. Los ciudadanos empezaban a arremolinarse en las aceras de las calles principales, aunque aún tendrían que esperar varias horas. Aquello era deprimente.

Sintió apetito, y por una vez supo que para satisfacerlo le haría falta algo más que un par de copas. Fue a desayunar a la Casa de la Carne Harga, adonde iba desde hacía años, y se llevó otra sorpresa desagradable. Por lo general, allí la única decoración aparecía en el chaleco de Sham Harga, y la comida era buena y sólida para una mañana fría, todo calorías, grasas, proteínas y quizá alguna vitamina lloriqueando porque estaba muy sola. Ahora la sala estaba llena de cadenetas de papel trabajosamente confeccionadas, y tuvo que enfrentarse a un menú en el que las palabras «Coronación» y «Real» aparecían en cada línea errática.

Vimes señaló débilmente la primera parte.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

Harga miró la pizarra. Estaban solos en la taberna.

—Dice «Por designio del rey», capitán —respondió, orgulloso.

—¿Qué quiere decir?

Harga se rascó la cabeza con un tenedor.

—Quiere decir que, si el rey entra aquí, le gustará —explicó.

—¿Hay algo que no sea demasiado aristocrático para que me lo coma yo? —preguntó Vimes con amargura.

Se decidió por una rebanada de plebeyo pan y un proletario filete tan poco hecho que aún se oían sus mugidos. Comió en la barra.

Un vago sonido de arañazos interrumpió su hilo de pensamientos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó. Harga alzó la vista de su trabajo tras la barra, con gesto culpable.

—Nada, capitán —respondió.

Intentó ocultar las pruebas tras él cuando Vimes se inclinó para ver por encima de la rayada barra de madera.

—Vamos, Sham. Me lo puedes enseñar.

—Sólo estaba rascando la grasa de la sartén —murmuró el otro.

—Ya. Oye, Sham, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos? —preguntó Vimes con terrible amabilidad.

—Años, capitán —respondió Harga—. Vienes aquí cada día, sin falta. Eres uno de mis mejores clientes.

Vimes se inclinó sobre la barra hasta que su nariz quedó a la altura del bulto aplastado en medio del rostro del tabernero.

—Y en todo ese tiempo, ¿has cambiado alguna vez la grasa de la sartén? —exigió saber. Harga trató de retroceder.

—Bueno…

—Esa grasa ha sido como una amiga para mí —dijo Vimes—. Tiene trocitos negros que he llegado a conocer y a amar. Es un alimento por mérito propio. Y también has limpiado la jarra de café, ¿verdad? Lo sé. Esto es un café novato, sin experiencia. El otro café tenía personalidad.

—La verdad, pensé que ya era hora…

—¿Por qué?

Harga dejó que la sartén resbalara de entre sus dedos regordetes.

—Bueno, pensé que si el rey entraba por casualidad…

—¡Os habéis vuelto locos todos!

—Pero, capitán…

El dedo acusador de Vimes se enterró en la segunda costura del amplio chaleco de Harga.

—¡Ni siquiera sabéis cómo se llama ese tipejo! —gritó.

Harga aprovechó la oportunidad.

—Yo sí que lo sé, capitán —tartamudeó—. Claro que lo sé. Lo he visto en los carteles y todo eso. Se llama Rex Vivat.

Poco a poco, sacudiendo la cabeza con desesperación, llorando para sus adentros por lo servil de la humanidad, Vimes soltó al tabernero.

En otro tiempo, en otro lugar, el bibliotecario terminó de leer. Había llegado al final del texto. No era el final del libro…, aún quedaba mucho. Pero estaba chamuscado hasta resultar ilegible.

No era que las últimas páginas sin quemar le hubieran resultado fáciles de leer. Al autor le había temblado mucho la mano, había escrito deprisa, y se le había escapado más de un borrón. Pero el bibliotecario estaba acostumbrado a luchar con textos aterradores en algunos de los peores libros jamás encuadernados, con palabras que intentaban leerte al tiempo que tú las leías a ellas, palabras que se retorcían en las páginas. Al menos, las de este libro no eran así. Eran, sencillamente, las palabras de un hombre muerto de miedo. De un hombre escribiendo una advertencia terrible.

Una de las páginas, cuando faltaba poco para llegar a las

quemadas, había llamado especialmente la atención al bibliotecario. Se la quedó leyendo y releyendo largo rato.

Luego, contempló la oscuridad.

Aquélla era su oscuridad. Estaba dormido allí, en algún lugar. Un ladrón se dirigía hacia aquella estantería, para robar aquel libro en concreto. Y luego alguien leería el libro, leería aquellas palabras, y haría lo que ya había hecho.

Le escocían las manos.

Lo único que tenía que hacer era esconder el libro. O dejarse caer sobre la cabeza del ladrón y desenroscársela por las orejas.

Contempló de nuevo la oscuridad…

Pero eso sería interferir en el rumbo de la historia. Podían pasar cosas horribles. El bibliotecario lo sabía todo sobre esos asuntos, era parte de lo que te enseñan antes de permitirte entrar en el Espacio-B. Había visto dibujos en libros antiguos. El tiempo podía bifurcarse, como unos pantalones. Podías acabar en la pernera equivocada, viviendo una vida que en realidad estaba sucediendo en la otra pernera, hablando con gente que no estaba en tu pernera, tropezando con paredes que ya no existían. La vida podía ser horrible en el pantalón equivocado del Tiempo.

Además, iba contra las normas de la biblioteca.[19] El Consejo de Bibliotecarios del Espaciotiempo se pondría más que serio si empezaba a trastear con la causalidad.

Cerró el libro con cuidado y volvió a colocarlo en el estante. Luego, fue saltando de estantería en estantería hasta llegar a la puerta. Por un momento, se detuvo y contempló su propio cuerpo durmiente. Quizá se preguntó un instante si no debería despertarse, tener una pequeña charla, decirle que tenía amigos y no debía preocuparse. Si se lo preguntó, decidió no hacerlo. Ese tipo de cosas no podían traer más que complicaciones.

En vez de eso, salió por la puerta y, cobijado por las sombras, siguió al ladrón cuando salió con el libro. Esperó bajo la lluvia junto al portal hasta que acabó la reunión de los Hermanos Esclarecidos y, cuando salió el último de ellos, lo siguió hasta su casa. Murmuró para sus adentros una antropoide exclamación de sorpresa.

Corrió de vuelta a su biblioteca, y a los traicioneros caminos del Espacio-B.

A media mañana, las calles ya estaban atestadas, Vimes había multado a Nobby con medio día de sueldo por agitar una banderita, y un ambiente ominoso se había adueñado del Yard, como si fuera una gran nube negra surcada por algún que otro relámpago.

—«Subid a algún lugar alto» —refunfuñó Nobby—. Se dice fácil.

—A mí me habría gustado formar a lo largo de la ruta —dijo

Colon—. Lo veríamos mejor que nadie.

—Anoche defendías los privilegios y derechos del hombre —señaló Nobby, acusador.

—Sí, bueno, es que uno de los derechos y privilegios del hombre es ver las cosas mejor que nadie —replicó el sargento—. Es lo único que digo.

—Nunca había visto al capitán de tan mal humor —suspiró el cabo—. Me gustaba más cuando estaba borracho. La verdad es que se ha puesto…

—Creo que Errol está muy enfermo —dijo Zanahoria.

Todos se volvieron hacia la caja de fruta.

—Está muy caliente. Y le brilla mucho la piel.

—¿Cuál es la temperatura normal para un dragón?

—quiso saber Colon.

—Eso, ¿cómo se le toma la temperatura? —asintió Nobby.

—Quizá deberíamos pedir a lady Ramkin que le echara un vistazo —dijo el muchacho—. Ella entiende de estas cosas.

—No, seguro que estará preparándose para la coronación. No podemos ir a molestarla —replicó Colon. Extendió una mano hacia el costado tembloroso de Errol—. Yo tenía un perro que… ¡Arrrgh! ¡No está caliente, está hirviendo!

—Le he ofrecido agua montones de veces, y no quiere ni probarla. ¿Qué hace con esa tetera, Nobby? Nobby le miró con cara de inocencia.

—Bueno, he pensado que podríamos prepararnos una taza de té antes de salir. Es una pena desperdiciar…

—¡Apártela de él!

Llegó el mediodía. La niebla no se disipó, se limitó a aclararse un poco para permitir que se viera un tenue brillo amarillento allí donde debería haber estado el sol.

Aunque el paso de los años había convertido el título de Capitán de la Guardia en algo bastante poco respetado, aún significaba que Vimes tenía derecho a un asiento en los acontecimientos oficiales. Eso sí, los años sí habían afectado a la ubicación del asiento, y estaba sentado en la fila más baja de la grada, entre el presidente de la Hermandad de Mendigos y el director del Gremio de Profesores. Eso no le importaba. Cualquier cosa era mejor que la fila más alta, entre los Asesinos, los Ladrones, los Comerciantes y todos los otros tipejos que habían logrado convertirse en la crema de la sociedad. Nunca sabía de qué hablar. Además, el profesor era una compañía poco agobiante, ya que no hacía más que estrujarse las manos y sollozar.

—¿Te pasa algo en el cuello, capitán? —le preguntó educadamente el mendigo, mientras aguardaban la llegada de los

carruajes.

—¿Qué? —respondió Vimes, distraído.

—No haces más que mirar hacia arriba.

—¿Eh? Oh. No. No pasa nada —dijo.

El mendigo se arrebujó en la capa de terciopelo.

—¿No podrías darme por casualidad… —Hizo una pausa para calcular una suma acorde a su estatus—… unos trescientos dólares para un banquete con un menú de doce platos?

—No.

—Claro. Claro —asintió el jefe de los mendigos.

Suspiró. Ser mendigo en jefe era un trabajo poco agradecido. Para eso sirve el estatus. Los mendigos de baja categoría podían ganarse la vida razonablemente bien a base de calderilla, pero la gente tiene tendencia a mirar para otro lado cuando les pides para alquilar una mansión de dieciséis habitaciones para pasar la noche.

Vimes reanudó su estudio del cielo.

En el estado donde se celebraría la ceremonia se encontraba ya el Sumo Sacerdote de lo el Ciego, quien la noche anterior, gracias a su convincente argumentación ecuménica y a un palo con clavos en la punta, se había ganado el derecho a coronar al rey. En aquel momento estaba ocupadísimo con los preparativos. Junto al pequeño altar portátil para sacrificios, una cabra masticaba tranquilamente el bolo alimenticio, y probablemente pensaba en idioma cabra: qué cabra tan afortunada soy, qué bien lo voy a ver todo desde aquí. Esto será algo digno de contar a los nietos.

Vimes volvió a examinar los difusos perfiles de los edificios más cercanos.

Unas aclamaciones lejanas le informaron de que la comitiva ceremonial ya estaba en camino.

La actividad se redobló en el estrado cuando Lupine Wonse ordenó a unos cuantos criados que desenrollaran una alfombra púrpura para cubrir las escaleras.

Al otro lado de la plaza, entre los miembros de la diluida aristocracia de Ankh-Morpork, lady Ramkin también miraba hacia el cielo.

Un buen número de sacerdotes menores, algunos de ellos con heridas en la cabeza, se situaron rápidamente junto al trono, fabricado a toda velocidad con madera y panes de oro.

Vimes se removió en su asiento, consciente de los latidos de su propio corazón, y contempló la neblina que cubría el río…

… y vio las alas.

Queridos padres [escribió Zanahoria, mientras cumplía

con su deber de vigilar la niebla]: la ciudad está haciendo la coronación, que es más complicado que como lo hacemos nosotros, y yo estoy de servicio. Es una pena, porque iba a ir a la coronación con Reet, pero no sirve de nada quejarse. Ahora tengo que dejaros porque estamos esperando que aparezca un dragón de un momento a otro aunque la verdad es que no existe. Vuestro hijo que os quiere, Zanahoria.

P.D.: ¿Habéis visto a Minty últimamente?

—¡Imbécil!

—Lo siento —dijo Vimes—. Lo siento.

La gente volvía a subir a sus asientos, y muchos le lanzaban miradas airadas. Wonse estaba lívido de furia.

—¿Cómo has podido ser tan idiota? —aulló. Vimes se miró fijamente las uñas.

—Me pareció ver… —empezó.

—¡Era un cuervo! ¿Sabes cómo son los cuervos? ¡Porque en esta ciudad los hay a cientos!

—Ha sido por la niebla, oye, no era tan fácil ver el tamaño… —murmuró Vimes.

—¡Y el pobre Maestro Saludo, tendrías que haber sabido cómo le afectan los ruidos!

Al jefe del Gremio de Profesores se lo habían tenido que llevar unos amables espectadores.

—¡Mira que gritar así…! —siguió Wonse.

—¡Oye, ya he dicho que lo siento! ¡Fue un error!

—¡Hasta he tenido que detener la comitiva! Vimes no dijo nada. Notaba perfectamente los cientos de miradas divertidas y nada compasivas.

—Bueno —murmuró—, será mejor que vuelva al Yard…

Wonse entrecerró los ojos.

—¡No! —rugió—. Pero puedes marcharte a casa, si quieres. O a donde te dé la gana. ¡Dame tu placa!

—¿Eh?

Wonse extendió la mano.

—Tu placa —repitió.

—¿Mi placa?

—Eso es lo que he dicho. No quiero que te vuelvas a meter en apuros.

Vimes lo miró atónito.

—¡Pero si es *mi* placa!

—Y me la vas a dar —replicó Wonse con gesto torvo—. Por orden del rey.

Vimes oyó cómo su propia voz se convertía en un gemido.

—¿Cómo que por orden del rey? ¡Si ni siquiera lo sabe!

—Pero lo sabrá —bufó Wonse, burlón—. Y supongo que ni siquiera se molestará en nombrar a un sucesor.

Lentamente, Vimes se quitó el disco de cobre verde grisáceo, lo sopesó en la mano y se lo tendió a Wonse sin decir palabra.

Por un momento, pensó en suplicar, pero algo dentro de él se rebeló. Dio media vuelta y echó a andar, alejándose de la multitud.

Así que eso era todo.

Tan sencillo. Después de media vida de servicio. Se acabó la Guardia de la Ciudad. Ja. Vimes dio una patada a una piedra. Seguro que ahora habría una Guardia Real, o algo por el estilo.

Con plumas en los malditos cascos.

Bien, pues él ya estaba harto. Al fin y al cabo, trabajar en la Guardia…, eso no era vida. No conocías a la gente en su mejor momento. Debía de haber cientos de otras cosas que podía hacer, y si meditaba el tiempo suficiente, seguro que se le ocurriría alguna de ellas.

Pseudópolis Yard no entraba en la ruta de la comitiva y, cuando entró tambaleante en la Casa de la Guardia, alcanzó a oír las aclamaciones lejanas, más allá de los tejados. Por toda la ciudad resonaban los gongs de los templos.

Ahora hacen sonar los gongs, pensó Vimes, pero pronto…, pronto…, pronto no harán sonar los gongs. No era lo que se dice un gran aforismo, pero podía mejorarlo. Ahora tenía tiempo de sobras.

Vimes se fijó en el caos.

Errol había vuelto a comer. Se había comido la mayor parte de la mesa, la rejilla de la chimenea, el cubo del carbón, varias lámparas y el hipopótamo de goma. Ahora volvía a estar tumbado en su caja, temblando y gimoteando en sueños.

—Menuda la has armado —dijo Vimes, enigmáticamente.

Al menos, él no tendría que limpiarlo.

Abrió el cajón de su escritorio.

Alguien se había comido también eso. Todo lo que quedaba era un puñado de cristales rotos.

El sargento Colon saltó la baranda que rodeaba el tejado del Templo de los Dioses Menores. Era demasiado viejo para aquel tipo de cosas. Se había apuntado en la Guardia para tocar la campana, no para sentarse en los tejados esperando a que lo encontrara un dragón. Recuperó el aliento, y escudriñó entre la niebla.

—¿Hay alguien humano todavía aquí arriba? —susurró.

La voz de Zanahoria resonó átona e irreconocible en el aire

espeso.

—Estoy aquí, sargento —dijo.

—Sólo quería comprobar si estabais todavía aquí —respondió Colon.

—Estoy todavía aquí, sargento —repitió Zanahoria, obediente.

Colon se reunió con él.

—Sólo quería comprobar que no te había devorado —insistió, tratando de sonreír.

—No me ha devorado —le aseguró Zanahoria.

—Oh —dijo Colon—. Muy bien. Tamborileó los dedos sobre la piedra húmeda e intentó dejar bien claras sus intenciones.

—Asegurarme, nada más —repitió—. Es parte de mi deber. Ir por ahí y asegurarme de las cosas. No es que me dé miedo estar en los tejados solo, ya me entiendes. Oye, qué niebla hay aquí arriba, ¿verdad?

—Sí, sargento.

—¿Va todo bien?

La voz amortiguada de Nobby se coló a través de la niebla, seguida rápidamente por su propietario.

—Sí, cabo —asintió Zanahoria.

—¿Qué haces tú aquí arriba? —preguntó Colon.

—Sólo quería asegurarme de que el agente Zanahoria se encontraba bien —replicó Nobby con inocencia—. ¿Y qué haces tú, sargento?

—Todos estamos perfectamente —sonrió Zanahoria—. Qué bien, ¿no?

Los dos guardias se removieron incómodos, y evitaron mirarse el uno al otro. Había un largo trayecto de vuelta hasta sus puestos, por tejados húmedos, cubiertos de niebla y, sobre todo, *expuestos.* Colon tomó una decisión ejecutiva.

—A la mierda —dijo.

Se sentó sobre una estatua gigantesca. Nobby se sacó una húmeda colilla del cenicero indescriptible que era la parte trasera de su oreja.

—He oído pasar a la comitiva —señaló. Colon cargó la pipa y encendió una cerilla contra la piedra sobre la que se sentaba.

—Si ese dragón está vivo —dijo, contribuyendo a enturbiar el ambiente con el humo—, habrá puesto pies en polvorosa, os lo digo yo. Una ciudad no es lugar para un dragón —añadió como a quien le cuesta lo suyo convencerse de lo que está diciendo—. Se habrá largado a algún sitio donde haya lugares elevados y comida en abundancia, seguro.

—¿Algo así como esta ciudad? —preguntó Zanahoria.

—¡Cállate! —le ordenaron los dos al unísono.

—Pásame las cerillas, sargento —pidió Nobby.

Colon le lanzó la cajetilla por encima de las tejas. Nobby la atrapó y encendió una, que se apagó al instante. La niebla lo rodeaba.

—Cada vez hay más viento —observó.

—Estupendo. Ya no soporto esta niebla —replicó el sargento—. ¿Qué iba diciendo?

—Ibas diciendo que el dragón estará ya a muchos kilómetros —le recordó Nobby.

—Ah. Claro. A mí me parece lógico, ¿no? O sea, si yo pudiera volar, no me quedaría aquí ni un minuto. Si pudiera volar, no estaría sentado en un tejado, sobre una estúpida estatua. Si pudiera volar…

—¿Qué estatua? —preguntó Nobby, con el cigarrillo a medio camino de la boca.

—Esta —dijo Colon, dando unas palmaditas a la piedra—. Y no intentes meterme miedo, Nobby. Sabes de sobra que hay cientos de estatuas viejas en el tejado de los Dioses Menores.

—Pues no —replicó el cabo—. Lo que sé de sobra es que las derribaron todas el mes pasado, cuando pusieron las tejas nuevas. Ahora sólo queda el tejado y la cúpula, nada más. Hay que fijarse en este tipo de cosas cuando uno va por ahí detectando —añadió.

En el húmedo silencio que siguió, el sargento Colon bajó la vista hacia la piedra sobre la que estaba sentado. Tenía forma afilada, un relieve de escamas y una indefinible sensación de *cola*. La siguió en toda su extensión, que se perdía entre la niebla cada vez más escasa.

Sobre la cúpula de los Dioses Menores, el dragón alzó la cabeza, bostezó y desplegó las alas.

El despliegue no era una operación sencilla. Pareció durar algún tiempo, mientras la compleja maquinaria biológica de costillas y membranas se extendía. Luego, con las alas ya abiertas, el dragón bostezó de nuevo, dio unos cuantos pasos hasta el borde del tejado y saltó al aire.

Tras unos momentos, una mano apareció por el borde de la baranda. Se agitó con desesperación hasta encontrar un asidero aceptable.

Se oyó un gruñido. Zanahoria consiguió volver a subir al tejado, tirando de los otros dos. Todos se quedaron tendidos sobre las tejas, jadeando. El muchacho se fijó en que las zarpas del dragón habían perforado profundos surcos en el metal del borde. Era de ese tipo de cosas en las que uno no puede dejar de fijarse.

—¿No será…, no será mejor que avisemos a la gente? —jadeó.

Colon se incorporó lo justo como para divisar la ciudad en toda su extensión.

—No creo que haga falta —dijo—. Me parece que pronto se darán cuenta.

El Sumo Sacerdote de lo el Ciego recitaba las frases titubeante. Nunca había habido una ceremonia de coronación oficial en Ankh-Morpork, que él supiera. Los reyes de la antigüedad se las habían arreglado de sobra con frases como «Nos tenemos la corona, y mataremos a cualquiera que intente quitárnosla, por mil diablos». Aparte de todo lo demás, era bastante breve. Se había pasado mucho tiempo buscando algo más largo, más adecuado al espíritu de los tiempos, y ahora le costaba trabajo recordarlo.

Además, le ponía nervioso la cabra, que no dejaba de mirarlo con leal interés.

—¡Sigue de una vez! —siseó Wonse desde su lugar tras el trono.

—Todo a su debido tiempo —replicó el sumo sacerdote, también en un susurro—. Esto es una coronación, por si no te has dado cuenta. A ver si mostramos un poco más de respeto.

—¡Ya estoy mostrando respeto! Ahora, sigue con… Se oyó un grito a su derecha. Wonse miró hacia la multitud.

—Es esa tal Ramkin —dijo—. ¿Qué pretende?

La gente que rodeaba a la dama estaba gritando. Todos los dedos señalaban en la misma dirección, como un pequeño bosque. Se oyeron uno o dos alaridos, y luego la multitud se movió como una marea.

Wonse miró hacia el otro lado de la ancha calle de los Dioses Menores.

Allí no había un cuervo. Esta vez no.

El dragón voló lentamente, a tan sólo unos metros por encima del suelo, con las amplias alas extendidas.

Las cadenetas de banderines que cruzaban la calle estaban en su camino. Las arrancó al pasar, y adornaron su lomo y su cola durante el vuelo.

Volaba con la cabeza y el cuello completamente extendidos, como si una barcaza tirase del enorme cuerpo. La gente de la calle gritaba y se empujaba, peleando por el refugio que ofrecían los portales. El dragón no les prestó atención.

Debería haber llegado rugiendo, pero los únicos sonidos que emitía eran el batir de sus alas y el siseo de los banderines.

Debería haber llegado rugiendo. No así, no de una manera tan lenta y deliberada, midiendo el tiempo para que el terror madurase. Debería haber llegado amenazando. No prometiendo.

Debería haber llegado rugiendo, no volando con gracilidad, con una ristra de banderitas en la cola.

Vimes abrió el otro cajón de su escritorio, y miró todo el papeleo acumulado en su interior. Allí no había gran cosa que pudiera considerar realmente suya. Un sobrecito de azúcar a medias le recordó

que ahora debía seis peniques por diferentes tés.

Qué extraño. Aún no estaba furioso. Más tarde lo estaría, por supuesto. Antes de que anocheciera, estaría enfadado. Borracho y enfadado. Pero todavía no. Todavía no. Todavía no lo había asimilado, y sabía que estaba haciendo todo aquello sólo para evitar pensar.

Errol se desperezó en su cajón, alzó la cabeza y gimoteó.

—¿Qué te pasa, muchacho? —preguntó Vimes, acuclillándose junto a él—. ¿Tienes el estómago revuelto?

La piel del dragoncito se movía como si dentro de él hubiera una fábrica de maquinaria pesada. En *Enfermedades del dragón* no se hablaba de nada semejante a aquello. Del estómago del animal surgían ruidos como los de una complicada guerra en una zona de terremotos.

Sin duda, aquello no estaba bien. Sybil Ramkin decía que había que prestar atención a la dieta de los dragones, ya que cualquier molestia estomacal podía decorar las paredes y el techo con patéticos trocitos de piel escamosa. Pero, en los últimos días…, bueno, Errol había engullido pizzas frías, y la ceniza de las espantosas colillas de Nobby, y, en términos generales, lo que le había apetecido. Todo le apetecía, a juzgar por el aspecto de la habitación. Por no mencionar el contenido del último cajón.

—La verdad es que no te hemos cuidado muy bien, ¿eh? —suspiró Vimes—. Te hemos tratado como a un perro.

Se preguntó qué efectos tendrían sobre la digestión de los dragones los hipopótamos de goma.

Poco a poco, Vimes se dio cuenta de que las aclamaciones y aplausos que se oían a lo lejos se habían transformado en gritos.

Miró a Errol. Luego, esbozó una sonrisa increíblemente malévola, y se levantó.

Se oían sonidos de pánico, y de gente huyendo a toda velocidad.

Se puso el abollado casco en la cabeza, y le dio un golpecito travieso. Después, silbando una melodía enloquecida, salió del edificio.

Errol se quedó quieto un buen rato. Al final, con muchas dificultades, salió de su caja, mitad arrastrándose mitad rodando. Le llegaban extraños mensajes de la enorme parte de su cerebro que controlaba el aparato digestivo. Le exigía ciertas cosas de las que no sabía ni el nombre. Por suerte, las podía describir con todo lujo de detalles a los complejos receptores de sus fosas nasales. Sometió el aire de la habitación a un examen minucioso. Giró la cabeza en un movimiento de triangulación.

Se arrastró por el suelo y, con una expresión de disfrute absoluto, empezó a devorar la lata de abrillantador para armaduras de Zanahoria.

La gente pasó corriendo junto a Vimes cuando éste recorrió la calle de los Dioses Menores. En la plaza de Lunas Rotas, el humo se elevaba hacia el cielo.

El dragón estaba posado en el estrado de la coronación, o lo que quedaba de él. Tenía una expresión de satisfacción absoluta.

No había rastro del trono, ni de su ocupante, aunque quizá un complicado examen forense del montón de cenizas que había sobre la madera humeante pudiera aportar alguna pista definitiva.

Vimes se agarró a una fuente ornamental para que la multitud no lo arrastrara en su estampida. Todas las calles que salían de la plaza estaban abarrotadas de gente que huía. Pero sin hacer demasiado ruido, según advirtió Vimes. Nadie quería volver a desperdiciar el aliento chillando. Era, sencillamente, una sólida determinación de encontrarse en cualquier otra parte.

El dragón extendió las alas y las sacudió sin prisas. Los ciudadanos que se encontraban más rezagados en la huida tomaron esto como una indicación para subirse a las espaldas de los que tenían delante, y escapar saltando de cabeza en cabeza.

A los pocos segundos, en la plaza no quedaba más que algún que otro imbécil y los que padecían un caso terminal de sorpresa aguda. Incluso los que habían resultado semiaplastados por la multitud se arrastraban valientemente hacia la salida más cercana.

Vimes miró a su alrededor. Parecía haber montones de banderas caídas, y una cabra vieja se dedicaba a devorar algunas sin dar crédito a su suerte. A lo lejos pudo ver a Y-Voy-A-La-Ruina, a cuatro patas, tratando de recoger el contenido de su bandeja.

Al lado de Vimes, un niño pequeño agitaba una banderita titubeante y gritaba «Hurra».

Luego, todo quedó en silencio.

Vimes se inclinó hacia el crío.

—Me parece que será mejor que te vayas a tu casa —dijo.

El niño lo miró.

—¿Eres un guardia?

—No. Y sí.

—¿Qué le ha pasado al rey, guardia?

—Eh…, creo que se ha ido a descansar.

—Mi tía me ha dicho que no hable con los guardias —siguió el mocoso.

—Entonces, lo mejor es que te vayas corriendo a tu casa a contarle lo obediente que has sido —replicó Vimes.

—Mi tía me dice que, si soy malo, me pondrá en el tejado y llamará al dragón —dijo el niño sin darle gran importancia—. Mi tía dice que te come empezando por las piernas, para que veas lo que te está pasando.

—¿Por qué no te vas a casa y le dices a tu tía que es un gran ejemplo de la tradición educadora de Ankh-Morpork? ¡Venga, vete de una vez!

—Te machaca los huesos —añadió el niño alegremente—. Y cuando llega a la cabeza, te…

—¡Mira, está ahí arriba! —gritó Vimes—. ¡Es el dragón malo que te va a comer! ¡Vete a casa, corre!

El niño alzó la vista hacia la bestia que descansaba sobre los restos del estrado.

—Aún no lo he visto comerse a nadie —se quejó.

—Lárgate de una vez o te vas a enterar de lo que es una buena azotaina —dijo Vimes al final.

Aquello parecía más adecuado. El niño comprendió y asintió.

—Vale. ¿Puedo gritar hurra otra vez?

—Si quieres…

—Hurra.

Bravo por la relación entre policía-ciudadanos, pensó Vimes. Aventuró otra mirada desde detrás de la fuente.

—Diga lo que quiera —retumbó una voz justo por encima de él—, yo sigo pensando que es un espécimen magnífico.

Vimes miró hacia arriba, hacia el cuenco que formaba la cúspide de la fuente.

—¿Se ha dado cuenta de que, cada vez que nos vemos, aparece un dragón? —dijo Sybil Ramkin, bajándose de la fuente y dejándose caer ante él con una sonrisa de oreja a oreja—. Es casi como tener nuestra propia canción, o algo por el estilo.

—Está ahí, sentado, no hace más que mirar a su alrededor. Como si esperase a que sucediera algo.

El dragón parpadeó con paciencia jurásica.

Las calles que salían de la plaza estaban abarrotadas de gente. Ése era el instinto de Ankh-Morpork, pensó Vimes. Huye, y luego te paras a ver si le está sucediendo algo interesante a otras personas.

Algo se movió entre los restos del estrado, cerca de la zarpa derecha del dragón, y el Sumo Sacerdote de lo el Ciego se puso trabajosamente en pie. De su túnica cayó una cascada de polvo y astillas. Aún tenía el sucedáneo de corona en una mano.

Vimes vio cómo el anciano alzaba la vista hacia un par de ojos rojos brillantes como brasas, a varios metros por encima de él.

—¿Los dragones pueden leer la mente? —susurró a lady Ramkin.

—Yo estoy segura de que los míos entienden cada palabra que les digo —siseó ella—. ¡Oh, no! ¡Ese viejo imbécil le está dando la corona!

—¿No le parece buena idea? A los dragones les gusta el oro. Es como tirarle un hueso a un perro, ¿no?

—Oh, dioses —suspiró Sybil Ramkin—. Puede que no. Los dragones tienen un paladar muy sensible.

El gran dragón parpadeó observando el pequeño aro de oro. Luego, con toda delicadeza, extendió una uña de un metro de largo y enganchó la cosa para cogerla de entre los dedos temblorosos del sacerdote.

—¿Qué quiere decir con eso de sensible? —dijo Vi-mes, observando cómo la uña viajaba lentamente hacia la cabeza alargada, equina.

—Que tienen el sentido del gusto muy desarrollado. Probablemente sea una aptitud genética.

—¿Quiere decir que puede saborear el oro? —susurró Vimes cuando la corona recibió un lametón.

—Sin duda alguna. Y olerlo.

Vimes se preguntó qué posibilidades habría de que la corona fuera de oro. Decidió que pocas. Pan de oro sobre cobre, con suerte. Lo suficiente como para engañar a los seres humanos. Y luego se preguntó cómo reaccionaría alguien si le ofrecieran azúcar y, una vez hubiera puesto tres cucharadas en el café, resultara que era sal.

El dragón se quitó la zarpa de la boca y, con un movimiento grácil, atrapó al sumo sacerdote, que trataba de escapar a hurtadillas, y lo lanzó por los aires. Cuando el hombre estuvo en la cúspide del arco, gritando, la gran boca de la bestia se abrió y…

—¡Dioses! —exclamó lady Ramkin. Los espectadores dejaron escapar un gemido colectivo.

—¡Qué temperatura! —exclamó Vimes—. No ha quedado nada, ¡sólo un jirón de humo!

Hubo otro movimiento entre los restos del estrado. Se levantó una figura más.

Era Lupine Wonse, cubierto por una capa de cenizas.

Vimes lo vio alzar la mirada hacia un par de fosas nasales del tamaño de un paraguas.

Wonse echó a correr. Vimes se preguntó cómo se sentiría uno al huir de algo como aquello, esperando que en cualquier momento tu columna vertebral alcanzara durante unos instantes una temperatura próxima a la del punto de vaporización del hierro. Se lo imaginaba muy bien.

Wonse consiguió recorrer media plaza antes de que el dragón saltara con una agilidad sorprendente para un ser de su tamaño, y lo atrapara. La zarpa que levantó a la figura que se debatía se detuvo a pocos metros de los ojos del dragón.

Pareció examinar al hombre durante un rato, dándole vueltas para verlo mejor. Después, moviéndose con las tres patas libres y batiendo las alas de cuando en cuando para mantener el equilibrio,

salió de la plaza y se alejó en dirección a…, a lo que en el pasado había sido el palacio del patricio. Y el palacio del rey, también en el pasado.

Hizo caso omiso de los espectadores que se apretaban contra las paredes. Derribó el arco de entrada con los hombros, con una deprimente facilidad. Las puertas en sí, grandes, sólidas, chapadas en hierro, aguantaron unos sorprendentes diez segundos antes de derrumbarse convertidas en un montoncito de cenizas brillantes.

El dragón entró.

Lady Ramkin se dio la vuelta, atónita. Vimes se había echado a reír.

Era una risa enloquecida, le lloraban los ojos, pero era una risa, sin lugar a dudas. Rió y rió, dejándose resbalar por el costado de la fuente hasta quedar sentado junto a ella.

—¡Hurra, hurra, hurra! —reía, casi atragantándose.

—¿Qué demonios quiere decir? —inquirió lady Ramkin.

—¡Que pongan más banderas! ¡Que suenen los cimbales, que golpeen los gongs! ¡Lo hemos coronado! ¡Al fin tenemos un rey! ¡Viva!

—¿Ha estado bebiendo? —rugió la mujer.

—¡Todavía no! —se atragantó Vimes—. ¡Todavía no! ¡Pero lo haré!

Siguió riendo. Sabía que, cuando se detuviera, una negra depresión lo iba a aplastar como a un soufflé. Pero, cuando se imaginaba el futuro que aguardaba a la ciudad…

… al fin y al cabo, era *noble*. Y no llevaba dinero, y no tenía que responder ante nadie. Seguro que podía hacer algo por los barrios pobres. Como achicharrarlos hasta los cimientos, por ejemplo.

Y lo haremos, pensó. Ese es el estilo de Ankh-Morpork. Si no puedes derrotarlo o corromperlo, haz como si hubiera sido idea tuya desde el principio.

Vivat Draco.

Se dio cuenta de que el niño había vuelto a la plaza. Sacudía la banderita suavemente.

—¿Puedo gritar hurra otra vez? —preguntó.

—¿Por qué no? —rió Vimes—. Tarde o temprano, todo el mundo lo hará.

Desde el palacio le llegaron los sonidos de una complicada destrucción…

Errol empujó una escoba por el suelo con la boca y, gimiendo por el esfuerzo, la puso de pie. Tras muchos más gemidos y varios intentos fallidos, consiguió poner una punta entre la pared y el gran frasco de aceite para lámparas.

Hizo una pausa, respirando como un fuelle, y luego empujó.

El frasco resistió un momento, se movió un poco, y luego cayó y se hizo añicos contra el suelo. El aceite mal refinado se extendió en un charco negro.

Las grandes fosas nasales de Errol vibraron. En algún lugar de las sinapsis más desconocidas de su cerebro se estaba transmitiendo un telegrama urgente. La información inexplicable se arremolinó en torno a sus fosas nasales, con datos sobre enlaces triples, elementos químicos e isomería geométrica. Pero la mayor parte de ellos no pasaron por la pequeña parte del cerebro de Errol que se usaba para ser Errol.

Lo único que sabía era que, de repente, tenía mucha, mucha sed.

Algo importante estaba sucediendo en el palacio. De cuando en cuando, caía una pared o un suelo.

En su mazmorra llena de ratas, con más cerrojos que una ferretería, el patricio de Ankh-Morpork se tumbó en su catre y sonrió en la oscuridad.

En el exterior, las hogueras brillaban en el anochecer.

Ankh-Morpork estaba de fiesta. Nadie sabía muy bien qué se celebraba, pero la gente se había preparado para tener una fiesta aquella noche, habían abierto barriles, habían ensartado animales para asarlos, cada niño tenía un gorrito de papel y una jarra conmemorativa, y parecía una pena desperdiciar tantos esfuerzos. Además, había sido un día muy interesante, y los ciudadanos de Ankh-Morpork eran aficionados a la diversión.

—Tal como yo lo veo —dijo uno de los festejantes por encima de un grasiento pedazo de carne a medio asar—, tener a un dragón como rey no es tan mala idea. Si lo piensas bien, quiero decir.

—Desde luego, parecía muy regio —asintió una mujer a su derecha, como si saborease la idea—. Como muy…, como muy esbelto. Y nada chabacano, muy digno, orgulloso de sí mismo, sí señor. —Miró a algunos jóvenes, al otro extremo de la mesa—. Lo malo de la gente de hoy en día es que no tiene dignidad —añadió.

—Y también está el asunto de la política exterior, hay que pensar en eso —aportó un tercero, al tiempo que cogía una costilla.

—¿A qué te refieres?

—A la diplomacia —señaló el comedor de costillas.

Meditaron sobre la idea. La analizaron de arriba abajo, y luego de abajo arriba, en un educado esfuerzo por sacar algo en limpio.

—No sé —dijo el experto monárquico con voz pausada—. Es que el dragón, lo que se dice el dragón en sí, tiene dos maneras de negociar, ¿no? O sea, o te achicharra o no te achicharra. Corregidme si me equivoco —añadió.

—A eso me refiero. O sea, pongamos que viene el embajador de

Klatch, que ya sabéis lo arrogantes que son, y pongamos que dice: queremos esto, queremos aquello y queremos lo otro. Bueno —terminó con una sonrisa—, ahora nosotros vamos y le respondemos, o te callas o te devolvemos a tu casa en un frasquito.

Analizaron la idea un rato más. Desde luego, parecía atractiva.

—Esos tipos de Klatch tienen una flota muy grande —señaló el monárquico, inseguro—. Pero podría ser arriesgado freír vivo a un diplomático. A la gente le envías a su embajador convertido en un montoncito de cenizas, y se lo toma muy mal.

—¿Y a nosotros qué? O se callan, o les echamos al dragón para que se enteren.

—¿Y de verdad podríamos hacerlo?

—¿Por qué no? Además, que nos envíen tributos, que ya va siendo hora.

—Nunca me han gustado los klatchianos —dijo la mujer con firmeza—. ¡Esas porquerías que comen…! Es un asco. Además, hablan un idioma incomprensible.

Entre las sombras, se encendió una cerilla.

Vimes protegió la llama con las manos, dio una calada al cigarrillo, tiró la cerilla a un charco y se alejó por el callejón.

Si había algo que le deprimía más que su propio cinismo, era que a menudo no era ni la mitad de cínico que la vida real.

Siempre hemos llegado a un acuerdo con otros pueblos, desde hace siglos, pensó. Llegar a un acuerdo ha sido la base de nuestra política exterior. Ahora creo que acabo de oír que vamos a declarar la guerra a una antigua civilización con la que siempre habíamos llegado a acuerdos, aunque hablaran idiomas tan raros. Después de eso, el mundo. Y lo peor es que, seguramente, ganaremos.

Aproximadamente las mismas ideas, pero vistas con una perspectiva diferente, cruzaban por las mentes de los líderes civiles de Ankh-Morpork cuando, a la mañana siguiente, cada uno de ellos recibió una nota invitándolos al palacio para un almuerzo de negocios. Por orden.

No decía por orden de quién. Ni para quién era el almuerzo, según advirtieron.

Ahora estaban todos reunidos en la antecámara.

Allí había habido cambios. El edificio nunca fue lo que se dice un palacio muy selecto. El patricio siempre había sido de la opinión de que, si la gente se encontraba cómoda allí, querría quedarse. El mobiliario consistía en unas cuantas sillas viejas y, en las paredes, retratos de antiguos gobernantes de la ciudad, con pergaminos y otras cosas en las manos.

Las sillas seguían allí. Los retratos, no. Mejor dicho, los lienzos

agrietados y sucios estaban amontonados en un rincón, pero los marcos dorados habían desaparecido.

Los convocados trataron de no mirarse unos a otros, y se sentaron, tamborileando los dedos sobre las rodillas.

Por último, un par de criados con aspecto de preocupación abrieron las puertas que daban a la sala principal. Lupine Wonse salió a recibirlos.

La mayor parte de ellos se habían pasado la noche en vela, tratando de imaginar cuáles serían las ideas políticas de un dragón, pero Wonse tenía aspecto de no haber dormido en años. Tenía la cara del color de una bayeta fermentada. Nunca había tenido una constitución muy aparente, pero ahora parecía que acabara de salir de una pirámide hecha a medida.

—Ah —dijo—. Bien. ¿Estáis todos? Entonces, pasad ya, por favor…

—Eh… —titubeó el ladrón jefe—, la nota mencionaba un almuerzo.

—¿Sí? —lo animó Wonse.

—¿Con un dragón?

—Dioses, no pensaríais que os iba a devorar, ¿verdad? —exclamó Wonse—. ¡Vaya idea!

—Ni siquiera se me había pasado por la cabeza —replicó el ladrón jefe, mientras el alivio le salía por las orejas como vapor a presión—. ¡Qué idea! Ja ja.

—Ja ja —asintió el mercader jefe.

—Jo jo —asintió el presidente de los asesinos—. ¡Qué idea!

—No, creo que estáis todos demasiado correosos —añadió Wonse —. Ja ja.

—Ja ja.

—Ja ja.

—Jo jo.

La temperatura descendió varios grados.

—Así que, si tenéis la bondad de venir por aquí…

La gran sala había cambiado. Para empezar, era mucho más grande. Se habían derribado las paredes de las habitaciones adyacentes y los suelos de las de encima. | El suelo estaba lleno de cascotes, excepto el centro, donde había un montón de oro…

Bueno, de algo dorado. Parecía como si alguien hubiera registrado todo el palacio en busca de cualquier cosa que brillara. Allí estaban los marcos de los cuadros, y el hilo de oro de los tapices, la cubertería de plata y alguna que otra piedra preciosa. También se veían soperas de la cocina, candelabros, calientacamas, trozos de espejo…, todo cosas brillantes.

Pero los invitados no estaban en condiciones de prestar mucha

atención a esto, por culpa de lo que colgaba sobre sus cabezas.

Parecía el cigarro mal liado más grande del universo, siempre y cuando el cigarro mal liado más grande del universo tuviera la costumbre de colgarse cabeza abajo. Se divisaban dos garras aferradas a las oscuras vigas.

A medio camino entre el brillante montón y la puerta habían puesto una pequeña mesa. Los invitados no se sorprendieron demasiado al ver que faltaba el servicio de plata habitual que habían llegado a conocer. Había platos de cerámica, y parecía que un carpintero hubiera tallado apresuradamente los cubiertos en madera. Wonse tomó asiento a la cabeza de la mesa, e hizo una señal a los criados.

—Por favor, amigos, sentaos —dijo—. Siento que las cosas sean un poco… diferentes, pero el rey espera que lo toleréis hasta que todo se pueda organizar de una manera más adecuada.

—El…, eh… —dijo el mercader jefe.

—El rey —repitió Wonse.

Su voz parecía a un milímetro de la locura.

—Ah. El rey. Claro —asintió el mercader.

Desde donde estaba sentado se veía perfectamente la cosa que colgaba del techo. Le pareció advertir algún movimiento, un temblor en los grandes pliegues que la envolvían.

—Larga vida al rey —añadió rápidamente.

El primer plato era sopa con tropezones. Wonse no la probó. Los demás comieron en un silencio aterrorizado, quebrado sólo por el sordo ruido de la madera contra la cerámica.

—Hay ciertos decretos para los que el rey querría vuestra aprobación —dijo Wonse al final—. Son simples formalismos, por supuesto, y lamento tener que molestaros por esos detalles sin importancia.

El gran fardo pareció mecerse a la brisa.

—No es ninguna molestia —gimió el ladrón jefe.

—El rey desea que se sepa —siguió Wonse—, que le complacería en grado sumo recibir regalos por la coronación del pueblo en general. Nada complicado, por supuesto. Sencillamente, todos los metales preciosos o gemas que tengan y de las que puedan prescindir. Me gustaría indicar que, por supuesto, esto no es en modo alguno obligatorio. La generosidad que espera es un acto completamente voluntario.

El presidente de los asesinos miró con tristeza los anillos que llevaba en los dedos, y suspiró. El mercader jefe ya se estaba quitando con resignación la cadena dorada que llevaba al cuello, símbolo de su cargo.

—¡Amigos, amigos! —dijo—. ¡Esto es de lo más inesperado!

—Ehhh… —empezó el archicanciller de la Universidad Invisible —. Supongo que estarás al corriente…, es decir, supongo que el rey sabrá que la Universidad está exenta de todos los impuestos de la ciudad…

Trató de disimular un bostezo. Los magos se habían pasado la noche dirigiendo sus mejores hechizos contra el dragón. Era como pegar puñetazos a la niebla.

—Mi querido amigo, esto no es ningún impuesto —protestó Wonse—. Espero no haber dicho nada que os haya hecho pensar semejante cosa. ¡Oh, no, en absoluto! Los tributos que se le hagan deben ser, como he dicho, completamente voluntarios. Espero que haya que-. dado claro.

—Como el agua —asintió el presidente de los asesinos, mirando al viejo mago—. Y estos tributos completamente voluntarios irán a parar a…

—Al montón —señaló Wonse.

—Ah.

—Aunque estoy completamente seguro de que los ciudadanos serán muy generosos en cuanto comprendan la situación —intervino el mercader jefe—, estoy seguro de que el rey es consciente de que hay muy poco oro en Ankh-Morpork.

—Me alegra que lo menciones —asintió Wonse—. El rey piensa que nuestros legítimos intereses en Quirm, Sto Lat, Pseudópolis y Camis-Et han sido gravemente comprometidos durante los últimos siglos. Quiere solucionar esto lo antes posible, amigos, y os aseguro que los tesoros llegarán a la ciudad, enviados por todos aquellos deseosos de disfrutar de la protección del rey.

El presidente de los asesinos contempló el montón. Tenía una idea bastante concreta de adonde irían a parar todos esos tesoros. Era admirable el talento de los dragones para salirse con la suya. Casi parecían humanos.

—Oh —dijo.

—Por supuesto, también se nos hará donación de Otras cosas en forma de tierras, por ejemplo, y el rey desea comunicar que sus Consejeros Privados serán debidamente recompensados.

—Y…, eh… —dijo el presidente de los asesinos, que empezaba a sentir que entendía perfectamente los procesos mentales del rey—. No hay duda de que estos…, eh…

—Consejeros Privados —le recordó Wonse.

—No hay duda de que le responderán con más generosidad todavía. En forma de tesoros, por ejemplo.

—Estoy seguro de que tales consideraciones no han pasado por la mente del rey —le aseguró Wonse—. Pero tomo nota de tu sugerencia.

—Eso me parecía a mí.

El segundo plato consistía en carne de cerdo, alubias y patatas. Todo, como no pudieron dejar de advertir, comida que engordaba.

Lo único que tomó Wonse fue un vaso de agua.

—Lo que nos lleva a otro asunto bastante delicado, que estoy seguro de que unos caballeros de mente abierta y amplia cultura como vosotros podréis aceptar sin dificultad —dijo.

La mano con la que sostenía el vaso empezaba a temblar.

—Espero que también lo comprenda la población en general, sobre todo dado que el rey podrá contribuir en gran medida al bienestar y protección de la ciudad. Por ejemplo, estoy seguro de que la gente descansará más tranquila por las noches sabiendo que el dr…, que el rey los protege incansablemente de todo mal. Pero puede que haya algunos… prejuicios ridículos y anticuados… que sólo se podrán erradicar gracias al trabajo esforzado… por parte de todos los ciudadanos de buena voluntad.

Hizo una pausa y los miró. El presidente de los asesinos diría más tarde que había visto los ojos de muchos hombres que, obviamente, estaban llamando a las puertas de la muerte, pero que nunca había visto unos ojos que le estuvieran mirando ya desde el otro lado.

Deseaba no tener que volver a ver algo como aquello nunca, nunca más.

—Me refiero —siguió Wonse, con cada palabra aflorando como burbujas en unas arenas movedizas—, al asunto… de la…, de la dieta del rey.

Se hizo un silencio espantoso. Oyeron el tenue crujido de las alas sobre ellos, y las sombras en los rincones de la sala se hicieron más oscuras, parecieron acercarse más.

—La dieta —dijo el jefe de los ladrones con voz átona.

—Sí —asintió Wonse.

Su voz era casi un gemido. El sudor le resbalaba por el rostro. El presidente de los asesinos había oído una vez la palabra «rictus», preguntándose cuándo se podría utilizar correctamente para describir la expresión de una persona. Ahora lo sabía. En eso se había convertido la cara de Wonse: era el rictus aterrado de alguien que intenta no oír lo que está diciendo su boca.

—Nosotros…, eh…, pensábamos —empezó el presidente de los asesinos, eligiendo las palabras con toda cautela—, pensábamos que el dr…, que el rey…, bueno, ya se las había estado arreglando estas semanas…

—Ah, pero de mala manera. De mala manera. Animales perdidos y todo eso —replicó Wonse, con la vista clavada en la mesa—. Obviamente, como rey, esa situación se ha vuelto inaceptable.

El silencio creció hasta adquirir una textura. Los consejeros pensaron con todas sus fuerzas, sobre todo acerca de lo que acababan

de comer. La llegada de un gran budín con montones de nata no hizo más que ayudarlos a concentrarse.

—Eh… —dijo al final el mercader jefe—, ¿cada cuánto tiempo tiene hambre el rey?

—Constantemente —respondió Wonse—. Pero sólo come una vez al mes. En realidad, es una ocasión ceremonial.

—Por supuesto, por supuesto —asintió el mercader.

—Y… esto… —intervino el asesino jefe—, ¿cuándo…, cuándo comió el rey por última vez?

—Lamento decir que no ha comido apropiadamente desde que llegó —dijo Wonse.

—Oh.

—Debéis comprenderlo —siguió Wonse, jugueteando a la desesperada con los cubiertos de madera—. Ir por ahí matando a la gente como un vulgar asesino…

—¡Por favor! —protestó el asesino jefe.

—Como un vulgar criminal, quiero decir… No es… satisfactorio. La esencia misma de la alimentación del rey es que debe ser un…, bueno, un acto de unión entre el rey y sus súbditos. Es…, es una alegoría viva. Refuerza los estrechos lazos que unen a la corona con la comunidad —añadió.

—La naturaleza exacta de la comida… —empezó el ladrón jefe, casi atragantándose con las palabras—. ¿Estamos hablando de jóvenes doncellas?

—Prejuicios, simples prejuicios —replicó Wonse—. La edad carece de importancia. Pero claro, el estado civil sí es vital. Y la clase social. Creo que tiene algo que ver con el sabor.

Se inclinó hacia adelante. Ahora su voz estaba llena de dolor, era apremiante. Todos pensaron que, por primera vez, era la suya propia.

—¡Por favor, pensadlo bien! —siseó—. ¡Al fin y al cabo, sólo será una al mes! ¡A cambio de tanto…! Las familias de las personas cercanas al rey, como los Consejeros Privados como vosotros, no entrarán en este tema, por supuesto. E imaginad las alternativas.

No imaginaron todas las alternativas. Les bastaba y les sobraba con imaginar una sola.

Guardaron silencio mientras Wonse hablaba. Trataron de no mirarse unos a otros, por miedo a ver un reflejo de sus propios rostros. Cada uno pensaba: alguno de los otros dirá algo pronto, protestará, y entonces yo murmuraré un asentimiento, sin *decir* nada, claro, que no estoy loco, pero murmuraré con toda firmeza, para que a los demás no les quede duda de que estoy en contra, porque en momentos como éste todos los hombres decentes tienen que casi levantarse y casi hacerse oír…

Pero nadie dijo nada. Qué cobardes, pensaron todos.

Y nadie tocó el budín, ni las chocolatinas grandes como ladrillos que les sirvieron después. Se limitaron a escuchar la voz átona de Wonse sin decir palabra, y luego trataron de marcharse lo más separados posible para no tener que hablar unos con otros.

Excepto el mercader jefe, por cierto. Salió del palacio con el presidente de los asesinos. Caminaron juntos un buen tramo, tratando de pensar a toda velocidad. El mercader jefe intentaba mirar el asunto por el lado bueno; era una de esas personas que siempre salen ganando incluso en la peor de las situaciones.

—Vaya, vaya —dijo—. Así que ahora somos consejeros privados. Qué honor.

—Mmm —replicó el asesino.

—¿Cuál será la diferencia entre ser consejeros normales como antes y ser consejeros privados? —se preguntó el otro en voz alta.

El asesino le lanzó una mirada despectiva.

—Creo —dijo— que ahora esperan que comamos mierda.

Volvió a concentrar la vista en sus pies. No podía dejar de pensar en la última palabra de Wonse, mientras estrechaba la mano casi inerte del secretario. Se preguntó si alguien más la habría oído. No era probable…, había sido más una forma que un sonido. Wonse se había limitado a formularla con los labios mientras miraba fijamente el rostro bronceado por la luna del asesino.

Ayúdame.

El asesino se estremeció. ¿Por qué él? Que él supiera, sólo estaba cualificado para proporcionar un tipo de ayuda, y eran muy pocas las personas que la solicitaban para ellas mismas. De hecho, solían pagar grandes cantidades para que les fuera obsequiada como regalo sorpresa a ciertos conocidos suyos. Se preguntó qué le estaría pasando a Wonse para hacer que cualquier alternativa le pareciera mejor…

Wonse se sentó a solas en el oscuro salón semiderruido. Esperando.

Podía intentar huir. Pero lo encontraría de nuevo. Siempre había sido capaz de encontrarle. Podía seguir el olor de su mente.

O lo achicharraría. Eso era peor. Igual que a los Hermanos. *Quizá* fue una muerte instantánea, *parecía* una muerte instantánea, pero Wonse se quedaba despierto por las noches preguntándose si esos últimos microsegundos se extendían hasta convertirse en una eternidad subjetiva al rojo blanco, mientras cada parte de tu cuerpo se convertía en una simple mancha de plasma, y tú seguías vivo en el centro de todo…

A ti no. A ti no te quemaré.

No era telepatía. Por lo que Wonse sabía, la telepatía era como oír una voz dentro de la cabeza.

Aquello era como oír una voz dentro del cuerpo. Todo su sistema nervioso vibraba ante su sonido, como la cuerda de un arco.

Levántate.

Wonse se puso en pie como pudo, volcando la silla y golpeándose las rodillas contra la mesa. Cuando aquella voz le hablaba, él tenía tanto control sobre su cuerpo como el agua sobre la gravedad.

Ven.

Wonse se tambaleó en la dirección indicada.

Las alas se desplegaron lentamente, con algún que otro crujido, hasta que llenaron la sala de un extremo al otro. La punta de una de ellas destrozó una ventana y salió al aire del atardecer.

Lenta, sensualmente, el dragón estiró el cuello y bostezó. Cuando terminó, adelantó la cabeza hasta quedar a meros centímetros del rostro de Wonse.

¿Qué significa «voluntario»?

—Eh…, quiere decir algo que haces por tu propia voluntad —explicó Wonse.

¿Pero ellos no tienen voluntad propia! ¡Contribuirán con su oro, o los quemaré vivos!

Wonse tragó saliva.

—Sí —reconoció—, pero no debes… El silencioso rugido de furia lo envolvió. *¡No hay nada que yo no «deba»!*

—¡No, no, no! —gimió Wonse, apretándose las sienes—. ¡No quería decir eso! ¡Créeme! ¡Pero así es mejor, de verdad! ¡Es mejor, más seguro!

¡Nada puede hacerme daño!

—Desde luego, desde luego… *¡Nada puede controlarme!*

Wonse alzó las manos extendidas, en un gesto vagamente conciliador.

—Por supuesto —dijo—. Pero hay sistemas y sistemas, ya me entiendes. Sistemas y sistemas. Todo eso de los rugidos y las llamaradas… no lo necesitas, de verdad.

¡Simio ignorante! ¿ Cómo si no puedo conseguir que hagan mi voluntad?

Wonse se puso las manos a la espalda.

—Lo harán por su propia voluntad —dijo—. Y, con el tiempo, llegarán a pensar que a ellos fue a quienes se les ocurrió la idea. Será una tradición. Te lo digo yo. Los humanos somos criaturas muy adaptables. El dragón le dirigió una larga mirada.

—De hecho —siguió Wonse, tratando de que no le temblara la voz—, antes de que pase mucho tiempo, si viene alguien y les dice que tener un rey dragón no es buena idea, lo matarán ellos mismos.

El dragón parpadeó.

Que Wonse supiera, era la primera vez que parecía inseguro.

—Conozco a la gente —añadió.

El dragón siguió taladrándolo con su mirada.

Si estás mintiendo…, pensó al final.

—Sabes que a ti no te puedo mentir. *¿Y de verdad se comportan así?*

—Oh, sí. Constantemente. Es una característica típica de los humanos.

Wonse sabía que el dragón podía leer su mente, al menos los niveles superiores. Estaban en una horrible armonía. Él también podía ver los poderosos pensamientos tras los ojos que tenía ante los suyos.

El dragón estaba espantado.

—Lo siento —dijo el secretario débilmente—. Así es como somos. Creo que es una simple cuestión de supervivencia.

¿Nadie enviará a poderosos guerreros para matarme?, pensó, casi quejumbroso.

—No, creo que no. *¿Ni a héroes?*

—Ya no. Salen muy caros.

¡Pero voy a comer gente!

A Wonse se le escapó un gemido.

Tenía la sensación de que el dragón rebuscaba por su mente, tratando de dar con algo que le permitiera comprender. Notaba, más bien intuía el paso de las imágenes al azar, de dragones, de la era mítica de los reptiles y (aquí sintió el genuino asombro del dragón) de los aspectos menos halagadores de la historia del hombre, que era de los que se componía casi en su totalidad. Después del asombro, llegó la ira. No había nada que el dragón pudiera hacer a los hombres que no hubieran probado ya unos con otros, tarde o temprano, y a menudo con entusiasmo.

¿Cómo tenéis la desfachatez de criticar lo que hago?, le pensó. *Se supone que nosotros somos crueles, astutos, desalmados, terribles. Pero te diré una cosa, simio…* La gran cabeza se acercó aún más, de manera que Wonse se encontró mirando las profundidades insondables de sus ojos. *Nunca quemamos, torturamos o matamos a uno de los nuestros, y luego lo llamamos moralidad.*

El dragón estiró las alas de nuevo, una o dos veces, y luego se dejó caer pesadamente sobre el variado surtido de cosas semivaliosas. Sus zarpas removieron el montón. Bufó, despectivo.

Ni un lagarto de tres patas se tumbaría en esta basura, pensó.

—Habrá cosas mejores —susurró Wonse, temporalmente aliviado por el cambio de dirección.

Más vale.

—¿Puedo…, puedo hacerte una pregunta? —tartamudeó Wonse.

Hazla.

—Estoy seguro de que no *necesitas* comer gente. Porque, desde el

punto de vista de los ciudadanos, va a ser el único problema —dijo a toda velocidad, antes de que le abandonara el valor—. El tesoro y lo demás será sencillo, pero si se trata de un asunto de…, bueno, de proteínas, entonces sin duda a un cerebro privilegiado como el tuyo se le puede ocurrir alguna alternativa menos controvertida, como una vaca, o quizá…

El dragón expelió una llamarada horizontal que calcinó la pared que tenía enfrente.

¿Necesitar? ¿Necesitar?, rugió cuando el sonido se hubo apagado. *¿A mí me hablas de necesidades* ¿No dice la tradición que las mujeres más bellas sean entregadas al dragón para asegurar la paz y la prosperidad?*

—Pero es que… siempre hemos tenido una cierta paz, y una razonable prosperidad…

¿deseas que las cosas sigan así?

La fuerza del pensamiento hizo caer de rodillas a Wonse.

—Por supuesto —consiguió decir.

El dragón estiró las zarpas como si se desperezara.

En ese caso, no soy yo quien necesita nada, sois vosotros, pensó. *Ahora, fuera de mi vista.*

Wonse se tambaleó cuando el dragón abandonó su mente.

El dragón se levantó sobre el montón de baratijas, saltó al alféizar de una de las grandes ventanas de la sala, y destrozó el vidrio multicolor con la cabeza. La imagen de un padre de la ciudad fue a reunirse en añicos con los otros restos que poblaban el suelo.

El largo cuello se extendió en el fresco aire del anochecer, y giró como la aguja de un compás. Las luces brillaban por toda la ciudad. El sonido de las vidas de un millón de personas era como un sordo palpitar.

El dragón tomó aliento, regocijado. Luego destrozó el resto del ventanal con los hombros, y saltó al cielo.

—¿Qué es eso? —preguntó Nobby.

Tenía una forma vagamente redonda, textura como de madera, y cuando lo golpeaban emitía un ruido como el de un ladrillo al caer desde una mesa.

El sargento Colon lo tocó de nuevo.

—Me rindo —dijo.

Zanahoria lo alzó con orgullo sobre los restos del paquete.

—Es un bizcocho —dijo, alzando la cosa con ambas manos para soportar el enorme peso—. Me lo envía mi madre.

Consiguió depositarlo de nuevo sobre la mesa sin pillarse los dedos.

—¿Y puedes comértelo? —preguntó Nobby—. Ha tardado meses

en llegar aquí. Seguro que se ha puesto rancio.

—Oh, es una receta especial de los enanos —replicó Zanahoria—. Los bizcochos de los enanos nunca se ponen rancios.

El sargento Colon le dio otro golpecito seco.

—No, supongo que no —concedió.

—Es increíblemente nutritivo —siguió el muchacho—. Tiene ingredientes mágicos. El secreto se ha ido transmitiendo de generación en generación de enanos durante siglos. Con sólo comer un trocito de esto, no necesitarás nada más en todo el día.

—Comida para llevar —dijo Colon.

—Un enano puede caminar cientos de kilómetros con un bizcocho como éste en la mochila —añadió Zanahoria.

—Estoy seguro —asintió Colon—. Y me apuesto lo que sea a que a cada paso estará pensando, «Demonios, más vale que encuentre pronto cualquier cosa para comer, si no seguiré con la dieta de bizcocho».

Zanahoria, que no había oído en su vida la palabra «ironía», cogió el hacha y, tras un par de golpes impresionantes que rebotaron, consiguió cortar el bizcocho en aproximadamente cuatro partes.

—Ya está —dijo alegremente—. Un trozo para cada uno de nosotros, y otro para el capitán. —Entonces, se dio cuenta de lo que había dicho—. Oh. Lo siento.

—Sí —replicó Colon con voz átona. Se quedaron en silencio un momento.

—Me caía bien —suspiró Zanahoria—. Siento que se haya marchado.

Hubo otro silencio, muy similar al anterior, pero aún más profundo, y teñido de depresión.

—Supongo que ahora tú serás capitán —dijo Zanahoria.

Colon se sobresaltó.

—¿Yo? ¡Yo no quiero ser capitán! No sé cómo piensa un capitán. Además, no creo que valga la pena, sólo por nueve dólares más al mes.

Tamborileó los dedos sobre la mesa.

—¿Sólo cobraba eso? —se asombró Nobby—. Yo pensé que los oficiales se forraban.

—Nueve dólares más al mes —repitió Colon—. Una vez vi las tarifas de salarios. Nueve dólares al mes, y dos dólares extra para plumas. Sólo que nunca quiso cobrar esos dos dólares. Qué cosa más rara, ¿no?

—No le iban las plumas —suspiró Nobby.

—Es verdad —asintió Colon—. Lo que le pasa al capitán es que…, bueno, una vez leí un libro, ¿sabéis que todos tenemos alcohol en el cuerpo, una especie de alcohol natural? Aunque no hayas bebido ni

una gota en toda tu vida, el cuerpo lo produce. Pero el capitán Vimes, no sé, debe de ser una de esas personas cuyo cuerpo no lo produce de manera natural. Es como si hubiera nacido con dos copas de menos.

—Caray —se sorprendió Zanahoria.

—Sí…, así que, cuando está sobrio, está *demasiado* sobrio. Es una resaca permanente. ¿Te acuerdas de cómo te sentías cuando te despertaste el otro día después de beber tanto, Nobby? Bueno, pues el capitán se encuentra así constantemente.

—Pobre hombre —asintió el cabo—. Nunca me di cuenta. No me extraña que estuviera siempre tan sombrío.

—Así que siempre está intentando recuperar el nivel de alcohol. Lo que pasa es que nunca da con la dosis exacta. Y claro… —Colon miró a Zanahoria—. También fue traído a nado por una mujer. Creo que eso lo remató.

—Bueno, sargento, ¿y qué hacemos ahora? —quiso saber Nobby.

—¿Crees que le importará si nos comemos su parte del bizcocho? —preguntó Zanahoria, pensativo—. Sería una lástima que se pusiera rancio.

Colon se encogió de hombros.

Los guardias mayores se sentaron, en un deprimido silencio, mientras Zanahoria trituraba el bizcocho con dientes como apisonadoras. Aunque se hubiera tratado del más ligero de los soufflés, ellos no habrían tenido apetito.

Estaban imaginando cómo sería la vida sin el capitán. Deplorable, incluso aunque no hubiera dragones. La verdad es que habían apreciado al capitán Vimes, era un hombre con clase. Una clase cínica, agria, pero clase al fin y al cabo, algo de lo que ellos carecían. Sabía leer palabras largas y sumar. Hasta se emborrachaba con clase.

Habían intentado alargar los minutos, hacer que el tiempo se prolongara. Pero la noche había llegado.

No les quedaba la menor esperanza.

Tenían que salir a las calles.

Eran las seis en punto. Y nada sereno.

—También echo de menos a Errol —suspiró Zanahoria.

—En realidad, era del capitán —dijo Nobby—. Además, lady Ramkin sabrá cuidarlo.

—Y no podíamos dejar nada a su alcance —intentó consolarse Colon—. Ni siquiera el aceite de las lámparas. Se bebía hasta el aceite de las lámparas.

—Y las bolas antipolillas —asintió Nobby—. Una bolsa entera. ¿Cómo podía querer comerse una porquería semejante? Y la tetera. Y el azúcar. El azúcar lo volvía loco.

—Pero era encantador —dijo Zanahoria—. Y nos quería.

—Eso es cierto, eso es cierto —asintió Colon—. Aunque no me

parece muy bien tener una mascota que te obliga a subirte a la mesa cada vez que tiene hipo.

—Echaré de menos su carita —suspiró el muchacho.

Nobby se sonó la nariz.

El sonido tuvo como eco unos golpes en la puerta. Colon se incorporó de un salto. Zanahoria se levantó y fue a abrir.

Un par de miembros de la Guardia de Palacio esperaban con arrogante impaciencia. Retrocedieron un paso al ver a Zanahoria, que había tenido que agacharse para ver por debajo del dintel. Las malas noticias como Zanahoria viajaban muy deprisa.

—Os hemos traído un edicto —dijo uno de ellos—. Tenéis que…

—¿Qué es esa pintura fresca que llevas en la armadura? —preguntó Zanahoria con educación.

Nobby y el sargento aventuraron una mirada desde detrás de él.

—Es un dragón —respondió el más joven de los guardias.

—*El* dragón —le corrigió su superior.

—Oye, yo te conozco —intervino Nobby—. Eres Cráneo Maltoon. Antes vivías en la calle Picadillo. Tu madre preparaba caramelos para la tos, ¿verdad?, pero se cayó en el puchero y murió. Yo nunca probé los caramelos, pero me acuerdo de tu madre.

—Hola, Nobby —saludó el guardia sin entusiasmo.

—Apuesto a que tu madre se sentiría orgullosa de verte con un dragón en el pecho —añadió el cabo con voz alegre.

El guardia le dirigió una mirada de odio y vergüenza.

—Y además, plumas nuevas en el casco —añadió Nobby con dulzura.

—*Se os ha ordenado que leáis este edicto por las calles* —dijo el guardia en voz demasiado alta—. Y que lo peguéis en las esquinas de las calles. Por orden.

—¿De quién? —quiso saber el cabo. El sargento Colon agarró el pergamino con el puño apretado.

—Por orden —leyó lentamente, siguiendo cada letra con un dedo titubeante—, por orden del De-Erre-A-Ge… del dragón, Erre-E… rey de reyes y Ge-O-Be-E-Erre… y gobernante A-Be-Ese-O-Ele… gobernante absoluto, eso es, de…

Se detuvo en el atormentado silencio de la ignorancia, con el dedo temblando sobre el pergamino.

—No —dijo al final—. Esto no puede ser, ¿verdad? No se va a comer a nadie.

—Consumir —le corrigió el guardia mayor.

—Es parte del…, del contrato social —asintió su ayudante con voz tensa—. Seguro que estaréis de acuerdo en que es un pequeño precio a cambio de la segundad y protección que recibirá la ciudad.

—¿Protección? ¿De qué? —preguntó Nobby—. Nunca hemos

tenido un enemigo al que no pudiéramos sobornar o corromper.

—Hasta ahora —señaló el sargento Colon.

—Lo habéis entendido muy bien —replicó el guardia—. Así que leedlo por las calles.

Zanahoria miró por encima del hombro de Colon.

—¿Qué es una virgen? —quiso saber.

—Una chica que no está casada —explicó Colon rápidamente.

—¿Qué? ¿Como mi amiga Reet? —preguntó Zanahoria, horrorizado.

—Bueno, no exactamente.

—Pues no está casada. Ninguna de las chicas de la señora Palma está casada.

—Más o menos —dijo Colon.

—Ni hablar —replicó Zanahoria con aire de decisión—. No vamos a tolerar ese tipo de cosas, ¿verdad?

—La gente se rebelará —asintió Colon—. Os lo digo yo.

Los guardias retrocedieron un paso para alejarse de la creciente ira de Zanahoria.

—Que hagan lo que quieran —dijo el mayor de los guardias—. Pero, si no leéis el edicto, tendréis que dar explicaciones a Su Majestad.

Se alejaron a toda velocidad.

Nobby salió a la calle, agitando un puño en alto.

—¡Un dragón en tu armadura! —gritó—. ¡Si tu anciana madre lo viera, se volvería a caer en el puchero! ¡Mira que llevar un dragón en la armadura…!

Colon volvió hacia la mesa con paso inseguro, y extendió el pergamino.

—Mal asunto —murmuró.

—Ya ha matado a mucha gente —dijo Zanahoria—. Ha violado dieciséis leyes de la ciudad.

—Bueno, sí. Pero eso era… en el calor de la situación, no sé si me explico —dijo Colon—. No es que no estuviera mal, ya me entiendes, pero eso de que la gente participe, que le entreguen a una pobre chica y luego digan que es lo legal…, eso es mucho peor.

—Supongo que todo depende del punto de vista —dijo Nobby, pensativo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, desde el punto de vista de alguien achicharrado vivo, supongo que no tiene demasiada importancia —señaló el cabo, filosóficamente.

—La gente no lo tolerará, os lo digo yo —replicó Colon, haciendo caso omiso de la afirmación de Nobby—. Ya veréis. Se manifestarán ante el palacio, y a ver qué hace entonces el dragón.

—Quemarlos vivos —respondió Nobby. Colon lo miró, asombrado.

—No hará semejante cosa, ¿verdad? —dijo.

—No sé quién se lo va a impedir —replicó Nobby. Miró hacia el exterior—. No era mal muchacho. Le hacía recados a mi abuelo. ¿Quién habría imaginado que algún día iría por ahí con un dragón en el pecho?

—¿Qué vamos a hacer nosotros, sargento? —quiso saber Zanahoria.

—Yo no quiero que me quemen vivo —replicó Colon—. Menuda se pondría mi esposa. Así que tendremos que leer este comosellame, este edicto. Pero no te preocupes, muchacho —dijo dando unas palmaditas en el musculoso brazo de Zanahoria, y repitiendo lo que había dicho antes, como si no se lo hubiera acabado de creer la primera vez—. No llegaremos a ese punto. La gente no lo consentirá.

Lady Ramkin pasó las manos por el cuerpecito de Errol.

—No tengo ni la menor idea de lo que está pasando aquí dentro —dijo. El dragoncito trató de darle un lametón en la cara—. ¿Qué ha comido últimamente?

—Lo último, que yo sepa, una tetera.

—¿Una tetera de qué?

—No. Una tetera. Un cacharro negro con un asa y un pitorro. La olfateó durante un buen rato, y luego se la comió.

Errol le dirigió una débil mirada cariñosa, y luego eructó. Ambos se tiraron de bruces al suelo.

—Ah, y también nos lo encontramos una vez comiéndose la carbonilla de la chimenea —siguió Vimes mientras volvían a incorporarse.

Se inclinaron sobre el bunker blindado donde lady Ramkin cobijaba a los dragoncitos enfermos. El blindaje era imprescindible. Por lo general, una de las primeras cosas que perdían las pobres bestias al enfermar era el control sobre su proceso digestivo.

—La verdad es que no parece enfermo —dijo la dama—. Sólo gordo.

—Se pasa el día gimiendo. Y se ve como si se le movieran cosas bajo la piel. ¿Sabe lo que pienso? ¿Recuerda que me dijo que pueden redistribuir su aparato digestivo?

—Ah, sí. Son capaces de distribuir sus estómagos y páncreas de diferentes maneras. Para aprovechar…

—Todo lo que encuentren y puedan utilizar como combustible —asintió Vimes—. Sí, creo que se está preparando para lanzar una llama muy caliente. Quiere desafiar al dragón grande. Cada vez que pasa volando, se pone a gimotear como un desesperado.

—¿Y no explota?

—Que yo sepa, no. Es decir, estoy seguro de que nos habríamos dado cuenta.

—¿Simplemente, come de manera indiscriminada?

—Es difícil saberlo con seguridad. Lo olfatea todo y se come la mayor parte de las cosas. Dos litros de aceite para lámparas, por ejemplo. De cualquier manera, no puedo dejarlo allí. No podríamos cuidarlo bien. Además, ya no nos hace falta para saber dónde está el dragón grande —añadió con amargura.

—Creo que se está comportando usted como un niño —replicó la dama, acompañándolo de vuelta a la casa.

—¿Como un niño? ¡Me despidieron delante de un montón de gente!

—Sí, pero estoy segura de que no fue más que un malentendido.

—¡Yo lo entendí perfectamente!

—La verdad, creo que está enfadado porque es usted impotente.

A Vimes se le saltaron los ojos de las órbitas.

—¿Queeeeé?

—Contra el dragón —siguió lady Ramkin, sin preocuparse lo más mínimo—. No puede hacer nada.

—Empiezo a pensar que esta maldita ciudad y el dragón se merecen mutuamente.

—La gente tiene miedo. No puede esperar gran cosa de unas personas tan asustadas.

Lo cogió amablemente por el *brazo*. Era como ver un robot industrial manipulado expertamente para coger un huevo con suavidad.

—No todo el mundo es tan valiente como usted —añadió con timidez.

—¿Como yo?

—La semana pasada. Cuando les impidió que mataran a mis dragones.

—Oh, aquello. Aquello no fue valentía. Además, no eran más que personas. Las personas son más fáciles. Le voy a decir la verdad, no pienso volver a acercarme a ese dragón ni de lejos. A veces tengo pesadillas pensando en aquello.

—Oh. —La dama pareció decepcionada—. Bueno, si está seguro… Tengo muchos amigos, ¿sabe? Si necesita cualquier tipo de ayuda, sólo tiene que decirlo. Sé que el duque de Sto Helit busca a un capitán para su guardia. Le escribiré una carta. Son una pareja joven muy amable, le caerán muy bien, estoy segura.

—Aún no sé muy bien qué voy a hacer —replicó Vimes, con más brusquedad de la que pretendía—. Estoy considerando un par de ofertas.

—Claro, claro. Usted sabrá lo que es mejor.

Vimes asintió.

Lady Ramkin se dedicó a retorcer su pañuelito entre las manos.

—Bueno —dijo.

—Bueno —dijo Vimes.

—Eh…, entonces, supongo que querrá marcharse.

—Sí, supongo que debo marcharme.

Hubo una pausa. Luego, los dos hablaron a la vez.

—Ha sido muy…

—Me gustaría decirle que…

—Lo siento.

—Lo siento.

—No, usted estaba hablando.

—No, lo siento, ¿qué iba a decirme?

—Oh —titubeó Vimes—. Bien, me voy.

—Ah. Sí. —Lady Ramkin le dedicó una sonrisa desganada—. No puede dejar esperando a todas esas ofertas, ¿verdad? —añadió.

Le tendió una mano. Vimes la estrechó con cautela.

—Bien, en ese caso, me voy —dijo.

—Venga a verme alguna vez —replicó lady Ramkin, con voz más fría—. Si pasa por aquí. Estoy segura de que a Errol le gustará verle.

—Sí. Bien. Bueno, adiós.

—Adiós, capitán Vimes.

Salió por la puerta, y caminó apresuradamente por el oscuro sendero, cubierto de hierbajos descuidados. Podía sentir la mirada de la mujer en la nuca, o al menos le parecía poder sentirla. Seguro que estaba de pie ante la puerta, bloqueando casi toda la luz. Mirándome. Pero no voy a mirar hacia atrás, pensó. Eso sería una auténtica tontería. Es una persona encantadora, tiene sentido común a montones y una gran personalidad, pero la verdad…

No voy a mirar hacia atrás, aunque se quede ahí hasta que yo llegue a la calle. A veces, para hacer lo mejor por alguien, hay que ser cruel.

Así que, cuando oyó cerrarse la puerta cuando sólo estaba a medio camino hasta la calle, se sintió de repente muy, muy furioso, como si le acabaran de robar algo.

Se quedó quieto, abriendo y cerrando los puños en la oscuridad. Ya no era el capitán Vimes, era el ciudadano Vimes, lo que significaba que podía hacer cosas con las que jamás había soñado. Quizá romper a pedradas unas cuantas ventanas, por ejemplo.

No, eso no le serviría de nada. Quería algo más. Quería librarse del maldito dragón, recuperar su empleo, echarle las manos al cuello al causante de todo el caos, olvidarse de todas las ordenanzas por una vez y golpear a alguien hasta cansarse…

Miró hacia la nada. Allí abajo, la ciudad era una masa de humo y vapor. Pero tampoco estaba pensando en eso.

Estaba pensando en la manera de correr de un hombre. Y, entre las neblinas de los recuerdos, extrajo la imagen de un muchacho que corría para no quedarse atrás.

—¿Ha sobrevivido alguno? —murmuró entre dientes.

El sargento Colon terminó de leer la proclama y miró a la multitud hostil que lo rodeaba.

—A mí no me echéis la culpa —advirtió—. Yo me limito a leer las cosas, no las escribo.

—Eso son sacrificios humanos —replicó alguien.

—Eh, que los sacrificios humanos no tienen nada de malo —le advirtió un sacerdote.

—Ah, *persé* —se apresuró a añadir el primero—. Por razones religiosas, claro. Y con criminales conde nados a muerte.[20] Pero eso es diferente, aquí se habla de echarle a alguien al dragón cada vez que tenga hambre.

—¡Muy bien dicho! —exclamó el sargento Colon.

—Los impuestos son una cosa, pero comerse a la gente es otra muy diferente.

—¡Así se habla!

—Si todos nos unimos y nos negamos, ¿qué puede hacer el dragón?

Nobby abrió la boca. Colon se la tapó con una mano y alzó un puño en gesto triunfal.

—¡Es lo que digo yo! —exclamó—. ¡El pueblo unido jamás será consumido! Le aplaudieron.

—Espera un momento —dijo un hombrecillo lentamente—. Que sepamos, el dragón sólo hace una cosa: volar por toda la ciudad incinerando a la gente. Nada indica que lo que se está sugiriendo aquí vaya a impedírselo.

—Sí, pero si todos protestamos… —insistió el primero, con la voz moderada por la inseguridad.

—No puede achicharrar a todo el mundo —dijo Colon. Decidió jugarse de nuevo el as que acababa de descubrir—. ¡El pueblo unido jamás será consumido! —añadió con orgullo.

Esta vez no fue tan coreado. La gente reservaba la energía para preocuparse.

—No estoy seguro de comprender por qué no. ¿Por qué no puede quemarnos a todos y marcharse a otra ciudad?

—Porque…

—El tesoro —dijo Colon—. Necesita gente que le dé tesoros.

—Sí.

—Bueno, es posible, pero… ¿cuánta, exactamente?

— -¿Qué?

—¿Cuánta gente necesita? De la ciudad. Quizá no quiera quemarla toda, sólo algunas zonas. ¿Sabemos nosotros qué zonas?

—Esto es una tontería —dijo el primero que había hablado—. Si vamos por ahí poniendo pegas todo el rato, no haremos nada práctico.

—Pues a mí me parece que lo mejor es pensar bien las cosas antes de actuar, es lo único que digo. Por ejemplo, ¿qué pasaría si por casualidad derrotáramos al dragón?

—¡Venga ya! —exclamó el sargento Colon.

—No, en serio. ¿Cuál es la alternativa?

—¡Un ser humano, para empezar!

—Como quieras —replicó el hombrecillo—. Pero la verdad es que una persona al mes no está nada mal Comparado con lo que hacían otros gobernantes que hemos tenido. ¿Alguien se acuerda de Nersh el Lunático? ¿O de lord Picadillo y su Mazmorra-de-un-Minuto?

Se oyeron unos cuantos murmullos del tipo «Tiene parte de razón».

—¡Pero fueron derrocados! —casi gritó Colon.

—No. Fueron asesinados.

—Tanto da. El caso es que nadie va a asesinar al dragón —señaló Colon—. Hace falta algo más que una noche oscura y un cuchillo afilado, os lo digo yo.

Ahora entiendo lo que quería decir el capitán, pensó. No me extraña que siempre se emborrachara antes de empezar a pensar sobre las cosas. Siempre nos derrotamos A nosotros mismos antes de empezar. Si le das un palo a un ciudadano de Ankh-Morpork, se matará a golpes.

—Oye, tú, sapo inmundo —dijo el primer hombre, cogiendo al segundo por el cuello con una mano y formando un puño con la otra —. Da la casualidad de que yo tengo tres hijas, y no tengo ningunas ganas de que se coma a ninguna de ellas, muchas gracias.

—Sí, y el pueblo unido… jamás… será…

Colon se quedó sin voz. Se acababa de dar cuenta de que el resto de los congregados estaban mirando hacia arriba.

El muy canalla, pensó mientras su racionalidad empezaba a hacer aguas. Ha debido de estar escuchando a hurtadillas.

El dragón se movió para cambiar de posición sobre el alero de la casa más cercana. Batió las alas un par de veces, bostezó y extendió el cuello para mirar hacia la calle.

El hombre que había sido bendecido con tres hijas se irguió con el puño alzado en el centro de un círculo de guijarros cada vez más amplio. El otro consiguió recuperar el uso de las piernas y se perdió rápidamente entre las sombras de la noche.

De repente, pareció que no había en todo el mundo un hombre más solo y falto de amigos.

—Ya veo —dijo con tranquilidad.

Miró al inquisitivo reptil. La verdad era que no parecía demasiado beligerante. Lo miraba con algo muy semejante al interés.

—¡No me importa! —gritó. Su voz resonó en el silencio, los ecos fueron su única respuesta—. ¡Te desafiamos! ¡Si me matas, tendrás que matarnos a todos!

Hubo algunos movimientos amortiguados entre los sectores de la multitud que no pensaban que aquello fuera absolutamente axiomático.

—¡Podemos presentar resistencia! —rugió el hombre—. ¿Verdad que sí, amigos? ¿Cómo era eso del pueblo unido, sargento?

—Eh… —titubeó Colon, con la columna vertebral convertida en hielo.

—Te lo advierto, dragón, el espíritu humano es…

Nunca llegaron a saber qué era el espíritu humano, o al menos qué pensaba que era, aunque probablemente, en las largas horas de las noches de insomnio, algunos recordarían los acontecimientos siguientes y se formarían una opinión bien poco halagüeña. Porque una de las cosas que se suelen olvidar del espíritu humano es que, aunque en las mejores condiciones puede ser noble, valiente y maravilloso, también es, cuando se examina a fondo el asunto, humano.

La llamarada del dragón le acertó de pleno en el pecho. Por un momento, el hombre resultó visible en forma de una silueta al rojo blanco, antes de que sus cenizas negras se depositaran sobre los guijarros fundidos de la calle.

La llama se desvaneció.

Los espectadores se quedaron quietos como estatuas, sin saber qué llamaría más la atención, si seguir allí o huir a toda velocidad.

El dragón los observó con curiosidad, queriendo saber qué harían a continuación.

Colon pensó que, como único oficial de la ley allí presente, le tocaba a él dominar la situación. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Muy bien —dijo, tratando de que su voz no se convirtiera en un gemido—. Despejen la zona, señoras y señores. Aquí no hay nada que ver.

Movió los brazos en un vago gesto de autoridad, mientras todo el mundo se removía, nervioso. Por el rabillo del ojo vio las llamas rojas que brillaban por encima de los tejados, las chispas que subían en espiral y destacaban contra la negrura del cielo.

—¿Es que no tienen casa, o qué? —gimió.

El bibliotecario arrastró los nudillos por la biblioteca del aquí y el ahora. Cada pelo de su cuerpo estaba erizado de rabia.

Abrió de golpe la puerta y salió a la ciudad asolada.

Alguien iba a descubrir que su peor pesadilla era un bibliotecario furioso.

Con una placa.

El dragón planeó perezosamente sobre la ciudad nocturna, sin apenas aletear. No le hacía falta. La energía térmica le proporcionaba todo el impulso que necesitaba.

Había incendios por todo Ankh-Morpork. Se habían formado tantas cadenas de cubos entre el río y los diferentes edificios en llamas, que más de un cubo cambiaba de dirección por el camino. Aunque en realidad, no hacía falta un cubo para sacar las turbias aguas del río Ankh, con una red habría bastado.

Corriente abajo, las hileras de gente manchada de humo trabajaban febrilmente para cerrar las enormes esclusas oxidadas bajo el Puente de Latón. Eran la última defensa de Ankh-Morpork contra el fuego, ya que el Ankh se desbordaría y la inundaría hasta los muros. Bajo sus aguas uno no podía ahogarse, sólo asfixiarse.

Los trabajadores del puente eran aquellos que no podían o no querían huir. Muchos otros escapaban por las puertas de la ciudad, dirigiéndose hacia las gélidas llanuras amortajadas por la niebla.

Pero no por mucho tiempo. El dragón, sobrevolando grácilmente la devastación, planeó por encima de la muralla. Unos segundos más tarde, los guardias vieron cómo la llamarada blancoazulada perforaba las nieblas. La marea de humanidad fluyó de vuelta a la ciudad, con el dragón vigilándolos como un perro pastor. Los edificios incendiados de la ciudad hacían que la parte baja de sus alas brillara con los rojos reflejos.

—¿Alguna sugerencia sobre lo que debemos hacer ahora, sargento? —preguntó Nobby.

Colon no respondió. Ojalá estuviera aquí el capi-, tan Vimes, pensó. Él tampoco habría sabido qué hacer, pero tiene mucho más vocabulario para expresar su desconcierto.

Algunos de los incendios se apagaron cuando las aguas crecientes y las confusas cadenas de cubos empezaron a resultar eficaces. El dragón no parecía tener intención de ir a provocar ninguno más. Ya había dejado bien claro cuáles eran sus intenciones.

—¿Quién creéis que será? —preguntó Nobby.

—¿Quién qué? —preguntó Zanahoria.

—La elegida para el sacrificio.

—El sargento dijo que la gente no lo toleraría —replicó Zanahoria, estoico.

—Sí, bueno. Pero míralo de esta manera: si le dices a la gente que qué prefiere, que te quemen la casa o que le coman a una chica a la que seguramente ni conoces, bueno, pues se lo piensan. Es la naturaleza humana, ya sabes.

—Seguro que aparecerá algún héroe —dijo Zanahoria—. Con un arma nueva o algo por el estilo. Y le sacudirá en su punto volublerable.

Se hizo el silencio que suele hacerse cuando alguien escucha con atención.

—¿Qué es eso? —preguntó Nobby.

—Un punto. Donde es volublerable. Mi abuelo me contaba historias. Si le aciertas a un dragón en los volublerables, lo matas.

—¿Es como pegarle una patada justo ahí? —preguntó Nobby, interesado.

—No sé. Supongo que sí. Aunque ya te lo he dicho, Nobby, va contra la ley…

—Oye, ¿y dónde está ese punto?

—Oh, supongo que en un lugar diferente en cada dragón. Esperas hasta que pase volando por encima de ti y dices, ahí está el punto volublerable, y lo matas —explicó Zanahoria—. Así de fácil.

El sargento Colon miró al espacio con gesto inexpresivo.

—Mmm —murmuró Nobby.

Observaron el panorama de pánico durante un rato.

—¿Estás seguro de eso del punto volublerable?

—preguntó al final el sargento Colon.

—Sí, y tanto.

—Ojalá no lo estuvieras, hijo.

Volvieron a contemplar la ciudad aterrorizada.

—¿Sabes? —empezó Nobby—. Me acuerdo de que siempre dices que ganabas premios de tiro con arco cuando estabas en la academia, sargento. Me contaste que tenías una flecha de la suerte, y que la llevabas siempre…

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Pero no es lo mismo, ¿sabes? Además, yo no soy un héroe. ¿Por qué voy a hacerlo?

—El capitán Vimes nos paga treinta dólares al mes —dijo Zanahoria.

—Sí —asintió Nobby, sonriente—, y tú además tienes un extra de cinco dólares por rango.

—Pero el capitán Vimes ya no está —dijo Colon, no sin razón.

Zanahoria lo miró con tozudez.

—Estoy seguro de que, si estuviera, él sería el primero en…

Colon le hizo callar.

—Todo eso está muy bien —replicó—. Pero ¿qué pasará si fallo?

—Míralo por el lado bueno —señaló Nobby—. Lo más probable es

que ni lo llegues a saber.

La expresión del sargento Colon se transformó en una sonrisa malévola, desesperada.

—Querrás decir que no lo llegaremos a saber —dijo.

—¿Qué?

—Si crees que voy a subirme solo a no sé qué tejado, estás muy equivocado. Te ordeno que me acompañes. Además —añadió—, a ti también te pagan un dólar extra por los riesgos laborales.

El rostro de Nobby era una mueca de pánico.

—¡Te equivocas! —gimió—. ¡El capitán Vimes dijo que me lo retiraba durante cinco años porque soy una vergüenza para la especie!

—Bueno, pues a lo mejor así lo recuperas. Además, tú eres el experto en puntos volublerables. Te he visto pelear más de una vez.

Zanahoria saludó marcialmente.

—Permiso para ofrecerme voluntario, señor —dijo—. Y yo sólo cobro veinte dólares al mes en concepto de paga básica, y no me importa, señor.

El sargento Colon carraspeó. Luego, se enderezó la placa pectoral. Era una de esas placas impresionantes, con el relieve de los músculos. Su pecho y su estómago encajaban dentro igual que la gelatina en un molde.

¿Qué haría en un momento así el capitán Vimes? : Bueno, bebería algo, desde luego. Pero, si no pudiera beber, ¿qué haría?

—Lo que necesitamos —dijo lentamente—, es un Plan.

Aquello sonaba muy bien. Sólo la frase valía ya la paga. Si uno tiene un Plan, ya ha recorrido medio camino.

Ya le parecía oír las aclamaciones de las multitudes. La gente bordeaba las calles en hileras, y le arrojaban | flores, y lo llevaban en comitiva triunfal por toda una ¡ ciudad agradecida.

Lo malo del asunto era que sospechaba que lo llevaban en una urna.

Lupine Wonse recorrió los pasillos, por los que el viento circulaba ahora libremente, hasta el dormitorio del patricio. Nunca había sido una habitación suntuosa, no había más que una cama estrecha y unos cuantos armarios destartalados. Pero ahora estaba aún peor. Faltaba una pared. Si a uno le daba por caminar en sueños, corría el riesgo de terminar en la vasta caverna que era la Sala Principal.

Aun así, cerró la puerta a su espalda, para obtener un simulacro de intimidad. Luego, cautelosamente, sin dejar de lanzar miradas nerviosas hacia el gran espacio que se abría más allá, se arrodilló en el centro de la habitación y levantó un tablón del suelo.

Sacó del hueco una larga túnica negra. Wonse siguió rebuscando en el polvoriento espacio. Buscó más. Buscó mucho más. Luego se

tendió de bruces y metió ambos brazos en el agujero, a la desesperada.

El libro se deslizó por el suelo de la habitación y le golpeó en la nuca.

—¿Estabas buscando esto? —preguntó Vimes.

Salió de entre las sombras.

Wonse estaba allí de rodillas, abriendo y cerrando la boca como un pez.

¿Qué va a decir?, pensó Vimes. Quizá lo de *Sé lo que estás pensando, pero no es lo que parece.* O a lo mejor *Escucha, puedo explicarlo todo.* Ojalá tuviera un dragón cargado en las manos ahora mismo.

—Vaya. Has sido muy listo al adivinarlo —dijo Wonse.

Y siempre hay otras posibilidades, por supuesto, pensó Vimes.

—Bajo los tablones del suelo —dijo en voz alta—. Vaya tontería por tu parte, es el primer lugar en el que miraría cualquiera.

—Lo sé. Supongo que no se imaginaba que entraría alguien a buscar esto —dijo Wonse al tiempo que se ponía en pie y se sacudía el polvo.

—¿Disculpa? —sonrió Vimes con toda amabilidad.

—Vetinari. Ya sabes que se pasaba la vida con estas estratagemas. Estaba implicado en la mitad de los planes contra sí mismo, así era cómo dirigía las cosas. Le encantaba. Es evidente que invocó al dragón y luego no pudo controlarlo. Se encontró con un ser más astuto que él mismo.

—¿Y qué estabas haciendo tú? —quiso saber Vimes.

—Me preguntaba si sería posible invertir el hechizo. O quizá llamar a otro dragón. Seguramente pelearían entre ellos, ¿no crees?

—¿Una especie de equilibrio de terror, quieres decir? —preguntó Vimes.

—Vale la pena intentarlo —replicó Wonse, ansioso. Se acercó unos pasos—. Mira, con respecto a tu puesto… sé que los dos estábamos un poco nerviosos en aquel momento, y por supuesto, si quieres recuperarlo, puedo conseguirlo sin problemas…

—Debió de ser terrible —lo interrumpió Vimes—. Imagina lo que debió de pasar por su mente. Lo invocó, y luego se encontró con que no era sólo una especie de herramienta, sino un ser vivo con mente propia. Una mente igual que la suya, pero sin frenos. Seguro que al principio el pobre pensaba que lo estaba haciendo por el bien de la ciudad. Sin duda estaba loco. O acabó loco.

—Sí —replicó Wonse con voz ronca—. Debió de ser terrible para él.

—¡Sí, pero me gustaría ponerle las manos encima! Con todos los años que hace que conozco a ese hombre, nunca me di cuenta de que…

Wonse no dijo nada.

—Corre —ordenó Vimes con amabilidad.

—¿Qué?

—Que corras. Quiero verte correr.

—No compren…

—Vi correr a alguien la noche en que el dragón incineró aquella casa. Recuerdo que, en aquel momento, pensé que se movía de una manera extraña, como si rebotara, más que andar. Y el otro día te vi a ti huir del dragón. Casi habría jurado que se trataba de la misma persona. Como si fuera alguien que no quiere quedarse atrás. *¿Ha sobrevivido alguno, Wonse?*

Wonse sacudió una mano, en un movimiento que debió de considerar despreocupado.

—Eso es ridículo, no tienes ninguna prueba —dijo con una risita.

—He visto que ahora duermes aquí —siguió Vi-mes—. Supongo que al rey le gusta tenerte cerca, ¿no?

—No tienes ninguna prueba —repitió Wonse en un susurro.

—Claro que no. La manera de correr. Un tono de voz nervioso. Nada más. Pero eso no importa, ¿verdad? Porque no importaría ni aunque tuviera pruebas. No hay nadie a quien pueda presentárselas. Y tú no me puedes devolver mi puesto de capitán.

—¡Sí que puedo! —gritó Wonse—. Sí que puedo, y no tienes por qué ser un simple capitán…

—No puedes devolverme mi puesto de capitán —repitió Vimes—. Para empezar, nunca pudiste quitármelo. Nunca fui un agente de la ciudad, ni un agente del rey, ni un agente del patricio. Era un agente de la ley. Puede que fuera una ley corrupta e inútil, pero era una ley, más o menos. Ahora no hay más ley que la de «Si no tienes cuidado, te achicharro vivo». ¿En dónde entro yo en ese esquema de cosas?

Wonse se precipitó hacia él y lo agarró por el brazo.

—¡Pero tú puedes ayudarme! —dijo, apremiante— Quizá haya una manera de destruir el dragón, de verdad, o al menos podemos ayudar a la gente, canalizar las cosas para mitigar los daños, buscar un término medio, un punto de acuerdo para que…

El golpe de Vimes acertó a Wonse en el pómulo y lo derribó.

—¡El dragón está aquí! —rugió—. No lo puedes canalizar, ni persuadirlo, ni negociar con él. Los dragones no conceden tregua a nadie. Tú lo trajiste, y ahora tenemos que cargar con él. Hijo de puta.

Wonse se apartó la mano de la brillante marca blanca que le había quedado en la mejilla.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Vimes no lo sabía. Se le habían ocurrido una docena de posibles desarrollos para la situación en que se encontraba en aquel momento, pero ahora el único posible era matar a Wonse. Y, cara a cara, no se

veía capaz de hacerlo.

—Eso es lo que tiene de malo la gente como tú —dijo Wonse mientras se ponía en pie—. Siempre estáis en contra de cualquier cosa que se intente para obtener mejoras para la humanidad, pero nunca tenéis un plan alternativo que ofrecer. ¡Guardias! ¡Guardias!

Dirigió a Vimes una sonrisa enloquecida.

—No te esperabas esto, ¿verdad? —dijo—. Aquí todavía tenemos guardias, ¿sabes? No son muchos, claro. No hay mucha gente que quiera venir a trabajar al palacio.

Se oyeron pisadas en el pasillo, y cuatro de los guardias del palacio abrieron la puerta y entraron con las espadas desenfundadas.

—Yo, en tu lugar, no opondría resistencia —siguió Wonse—. Son hombres desesperados y muy nerviosos. Pero están muy bien pagados.

Vimes no dijo nada. Wonse era un fanfarrón. Con los fanfarrones siempre había una posibilidad. El viejo patricio nunca había fanfarroneado, era una de sus cualidades. Si quería verte muerto, ni siquiera te enterabas antes de estarlo.

Con los fanfarrones, lo mejor es jugar según las reglas establecidas.

—Nunca te saldrás con la tuya —dijo.

—Tienes razón. Tienes toda la razón. Pero «nunca» es un plazo demasiado largo —replicó Wonse—. *Ninguno* de nosotros nos salimos con la nuestra durante tanto tiempo, ¿sabes? Tendrás tiempo para reflexionar sobre esto —dijo, haciendo una señal a los guardias—. Arrojadlo a la mazmorra especial. Y luego, haced ese otro encarguito que os he encomendado.

—Eh… —titubeó el jefe de los guardias.

—¿Qué pasa?

—¿Quieres…, eh…, que le ataquemos? —tartamudeó el pobre hombre.

Aunque los guardias de palacio eran cuatro en aquel momento, eran tan conscientes como cualquiera de las convenciones, y cuando a los guardias se les ordena atacar a un hombre solo en circunstancias acaloradas, no es un buen momento. Seguro que el muy cerdo es un héroe, estaban pensando. Y no les atraía nada un futuro próximo en el que se encontraran muertos.

—¡Claro que sí, idiota!

—Pero…, pero…, sólo es uno —gimoteó el capitán de la guardia.

—Y está sonriendo —señaló uno de sus hombres, que se había apresurado a colocarse tras él.

—Seguro que se colgará de la lámpara en cualquier momento —añadió otro guardia—. Y volteará la mesa de una patada, y todo eso.

—¡Ni siquiera está armado! —chilló Wonse.

—Ésos son los peores —replicó uno de los guardias con gran

estoicismo—. Son los que pegan un salto y agarran una de las espadas ornamentales que hay en la panoplia sobre la chimenea.

—¡Aquí no hay ninguna chimenea! ¡Ni ninguna espada! ¡Sólo está él! ¡Cogedlo inmediatamente! —gritó Wonse.

Dos de los guardias agarraron a Vimes tentativamente por los hombros.

—No irás a hacer nada heroico, ¿verdad? —le susurró uno de ellos.

—No sabría ni por dónde empezar —lo tranquilizó, Vimes.

—Ah. Bueno.

Mientras se lo llevaba, Vimes oyó la carcajada enloquecida de Wonse. Otra de las características típicas de los fanfarrones.

Pero, en una cosa, había dado en el clavo. Vimes no tenía ningún plan. No había meditado gran cosa sobre lo que podía suceder a continuación. Qué idiota he sido, se dijo. ¡Pensar que, después del enfrentamiento, se habría acabado el asunto…!

También iba pensando en cuál sería el otro encarguito de Wonse.

Los guardias de palacio no decían nada, se limitaban a caminar con la vista fija al frente y el paso firme por los pasillos semiderruidos, hasta llegar a otro corredor, hasta una puerta ominosa. La abrieron, lo empujaron hacia el interior y se alejaron de nuevo.

Y nadie, absolutamente nadie, advirtió el pequeño objeto, ligero como una hoja, que cayó de las sombras del techo meciéndose suavemente como una semilla de sicómoro antes de posarse sobre la maraña de objetos que componían el montón del tesoro.

Era una cáscara de cacahuete.

Fue el silencio lo que despertó a lady Ramkin. Su dormitorio daba al cobertizo de los dragones, y estaba acostumbrada a dormir con el susurro de las escamas contra los tablones, el ocasional rugido de un dragón lanzando llamas en sueños, y los lamentos de las hembras en celo. La ausencia de todo sonido era como la alarma de un reloj.

Había llorado un poco antes de dormirse, pero no mucho, porque era inútil ponerse sentimental y dar vueltas a lo que no podía arreglar. Encendió la lámpara, se puso las botas de goma, cogió un bastón que podía ser todo lo que se interpusiera entre ella y una teórica pérdida de la virtud, y bajó apresuradamente hacia el cobertizo envuelto en las sombras de la noche. Al cruzar el húmedo césped, fue vagamente consciente de que en la ciudad estaba sucediendo algo, pero no le concedió importancia en aquel momento. Los dragones eran más importantes.

Abrió la puerta.

Bueno, estaban allí. El familiar olor de los dragones de pantano, mezcla de lodo empantanado y de explosiones químicas, salió como

una ráfaga a la noche.

Cada uno de los dragones estaba de pie sobre las patas traseras, en el centro de su compartimiento, con el cuello arqueado y mirando con feroz intensidad hacia el techo.

—Oh —dijo—. Así que otra vez está volando por ahí, ¿eh? Exhibiéndose. No os preocupéis, mis pequeñines, mamá está con vosotros.

Puso la lámpara en una estantería alta y se dirigió hacia el compartimiento de Errol.

—Hola muchacho… —empezó.

Y se detuvo en seco.

Errol estaba tendido de costado. Una tenue nubecilla de humo gris brotaba de su boca, y su estómago se contraía y se expandía como un acordeón. Y su piel, desde la cabeza hasta la cola, era de un blanco casi puro.

—Creo que, si alguna vez hago una reedición de las *Enfermedades,* te dedicaré un capítulo entero a ti solito —dijo en voz baja, mientras abría el cerrojo de su compartimiento—. Veamos si te ha bajado esa temperatura tan mala, ¿eh?

Extendió la mano para acariciarle la piel, y dejó escapar una exclamación. La retiró rápidamente mientras se le formaban ampollas en las puntas de los dedos.

Errol estaba tan frío que quemaba.

Mientras miraba al dragoncito, las pequeñas marcas redondeadas que había fundido su calor volvieron a transformarse en hielo.

Lady Ramkin se puso en cuclillas.

—¿Qué clase de dragón eres? —suspiró.

Oyó, muy lejos, el sonido distante de alguien llamando a la puerta principal de la casa. Titubeó un instante, luego apagó la lámpara de un soplido, recorrió el pasillo entre los compartimientos a toda velocidad, y apartó a un lado el trozo de tela de saco que cubría la ventana.

Las primeras luces del amanecer le revelaron la silueta de un guardia en las escaleras, con las plumas del casco que se agitaban por la brisa.

Se mordió el labio inferior, cruzó la puerta a toda velocidad, cruzó el césped y se metió corriendo en la casa, subiendo las escaleras de tres en tres.

—Estúpida, estúpida —murmuró al recordar que la lámpara estaba en el piso de abajo.

Pero no había tiempo para eso. Si se entretenía en ir a cogerla, Vimes podía marcharse.

Por tacto y de memoria, en la penumbra, encontró su mejor peluca y se la encasquetó. En algún lugar entre los ungüentos y

pomadas para dragones que poblaban su cómoda había algo que, si mal no recordaba, se llamaba *Rocío de la noche,* o alguna otra cosa igualmente inapropiada, regalo de hacía mucho tiempo de un sobrino en que no pensaba demasiado. Olisqueó varios frascos hasta dar con algo que, por el aroma, era probablemente el que buscaba. Hasta alguien con un aparato olfativo que se había cerrado hacía mucho ante la brutalidad del olor de los dragones, tuvo que ver que era más…, bueno, más *potente* de lo que recordaba. Pero, al parecer, a los hombres les gustaban aquellas cosas. O eso había leído. Una auténtica tontería. Se tiró un poco de la costura del escote del camisón, que de repente le parecía demasiado sensato y cómodo, hasta colocarlo en una posición que esperaba que revelase sin llegar a exponer, y corrió a toda velocidad escaleras abajo.

Se detuvo ante la puerta principal, tomó aliento, giró el picaporte y, mientras la puerta se abría, comprendió que debería haberse quitado las botas de goma…

—Vaya, capitán —dijo dulcemente—, qué sorpresa tan… *¿quién demonios es usted?*

El jefe de la guardia de palacio retrocedió unos cuantos pasos y, como provenía de una familia de campesinos, hizo unos cuantos signos para espantar a los malos espíritus. Obviamente, no sirvieron de nada. Cuando volvió a abrir los ojos, el monstruo seguía allí, todavía encendido de rabia, todavía apestando a algo rancio y fermentado, todavía coronado por una masa de rizos, todavía refugiado tras unos pechos que hicieron que se le secara el paladar…

Había oído hablar de aquel tipo de fieras. Las llamaban arpías. ¿Qué habría hecho aquélla con lady Ramkin?

En cambio, la visión de las botas de goma lo desconcertaba un poco. Las leyendas sobre arpías no incluían referencias a botas de goma.

—Hable de una vez, amigo —rugió lady Ramkin, volviendo a subirse el escote hasta una altura más respetable—. ¿O piensa quedarse ahí toda la noche abriendo y cerrando la boca? ¿Qué quiere?

—¿Lady Sybil Ramkin? —dijo el guardia, no con el tono educado de alguien que busca una simple confirmación, sino con la voz incrédula de quien encuentra muy difícil creer que la respuesta pueda ser «sí».

—Abra los ojos, joven. ¿Quién cree que soy? El guardia recuperó el control sobre sí mismo.

—Tengo una orden para lady Sybil Ramkin —dijo, todavía inseguro.

La voz de la mujer temblaba.

—¿Cómo que una orden?

—Para que acuda al palacio.

—No sé para qué se me puede requerir a estas horas de la madrugada —dijo al tiempo que intentaba cerrar la puerta de golpe.

Pero no se cerró, porque el guardia metió la punta de la espada en el último momento.

—Si no viene —dijo el guardia—, se me ha ordenado que tome medidas.

La puerta volvió a abrirse bruscamente, y lady Ramkin presionó el rostro contra el del guardia, que casi se desmayó ante la peste a pétalos de rosa podridos.

—Si se ha creído que voy a dejar que me ponga la mano encima… —empezó.

La mirada del guardia se desvió un instante, sólo un instante, hacia el cobertizo de los dragones. Lady Ramkin se puso pálida.

—¡No se atreverá! —siseó.

El guardia tragó saliva. La mujer era temible, pero humana al fin y al cabo. Sólo podía arrancarle la cabeza de un mordisco metafóricamente. Se recordó que existían cosas mucho peores que lady Ramkin, aunque también hubo de admitir que no se encontraban en aquel momento a siete centímetros de su nariz.

—Tomar medidas —repitió en un gemido. Lady Ramkin se irguió, y vio por primera vez a los guardias que había más atrás.

—Ya entiendo —dijo con voz gélida—. Así se hacen ahora las cosas, ¿no? Venís seis a coger a una débil mujer. Muy bien. Supongo que, por lo menos, me permitiréis ponerme un abrigo. Hace frío.

Cerró la puerta de golpe.

Los guardias de palacio dieron pataditas contra el suelo para sacudirse el frío, y trataron de no mirarse unos a otros. Obviamente, aquélla no era manera de ir arrestando a la gente. Para empezar, no los solían dejar esperando en la puerta, las cosas no funcionaban así. Pero claro, la única alternativa era entrar y sacarla a rastras, y a ninguno de ellos le entusiasmaba la idea. Además, el capitán de la guardia no estaba muy seguro de que fueran suficientes como para llevarse a rastras a lady Ramkin. Harían falta muchos más guardias, y troncos de madera.

La puerta crujió al abrirse de nuevo, revelando sólo la oscuridad polvorienta del vestíbulo.

—Bien, muchachos… —empezó el capitán, inseguro.

Lady Ramkin apareció ante ellos. El capitán vio sólo un atisbo borroso de la mujer cuando saltó por la puerta, gritando, y bien habría podido ser lo último que recordara si uno de los guardias no hubiera tenido la presencia de ánimo suficiente como para ponerle la zancadilla cuando bajó por las escaleras. Lady Ramkin cayó hacia adelante con una maldición, se precipitó contra el césped descuidado, y su cabeza fue a chocar contra la decrépita estatua de un antiguo

Ramkin. Se quedó inmóvil.

La enorme espada que había esgrimido aterrizó junto a ella, y se clavó vibrante en el suelo.

Tras unos largos momentos, uno de los guardias avanzó de puntillas con cautela y probó el filo con la yema de un dedo.

—Demonios —exclamó con una voz en la que se mezclaban el horror y el respeto—. ¿Y el dragón quiere comérsela?

—Reúne todos los requisitos —dijo el capitán—. Debe de ser la dama de más alta cuna de toda la ciudad. En cuanto a lo de la doncellez, ni idea —añadió—, y en este momento, no me pienso poner a hacer especulaciones. Que alguien vaya a buscar una carreta.

Se pasó un dedo por la oreja, allí donde lo había rozado la punta de la espada. Por naturaleza, no era un hombre cruel, pero en aquel momento estaba seguro de que preferiría que hubiera todo un dragón entre Sybil Ramkin y él cuando la mujer despertara.

—¿No se supone que debíamos matar a sus dragoncitos, señor? —preguntó otro guardia—. Creí que el señor Wonse nos había dicho que acabáramos con todos.

—Eso no era más que una amenaza por si se negaba a venir.

El guardia frunció el ceño.

—¿Seguro, señor? Pensé…

El capitán ya estaba harto. Arpías que gritaban, enormes espadas que hendían el aire junto a él con un sonido como el de la seda al rasgarse…, todo aquello había acabado con su capacidad para ver las cosas desde el punto de vista de un camarada.

—Ah, con *que pensabas,* ¿eh? —señaló con un rugido—. Ahora resulta que eres un pensador, ¿eh? ¿Piensas que haré bien en recomendarte para otro puesto? ¿Para la guardia de la ciudad, por ejemplo? Ahí hay pensadores a montones, te encantará.

Los demás guardias parecieron bastante incómodos ante la idea.

—Si hubieras *pensado* —añadió el capitán, sarcástico—, se te habría ocurrido que el rey no querrá que matemos a otros dragones, ¿verdad? Seguro que son parientes lejanos, o algo por el estilo. No puede desear que matemos a los de su propia especie.

—Pero señor, la gente lo hace, señor —replicó el guardia, amedrentado.

—Oh, bueno —dijo el capitán—. Eso es diferente. —Se dio unas palmaditas pensativas en el casco—. Eso es porque somos inteligentes.

Vimes aterrizó sobre la paja húmeda, en una oscuridad de boca de lobo, aunque al poco rato sus ojos se acostumbraron a la penumbra y empezó a distinguir las paredes de la mazmorra.

No la habían construido para proporcionar comodidades, no era más que un espacio donde se encontraban las columnas y arcos que soportaban el palacio. En un extremo lejano, una rejilla en lo más alto de la pared dejaba entrar la mera sospecha de una luz mortecina de segunda mano.

Había otro agujero cuadrado en el suelo. También estaba cerrado con barrotes. Pero las barras de acero estaban bastante oxidadas. A

Vimes se le ocurrió que, con un poco de paciencia, podría arrancarlos, y entonces sólo le faltaría adelgazar lo suficiente como para caber por un agujero de quince centímetros.

Lo que *no* había en las mazmorras eran ratas, escorpiones, cucarachas o serpientes. En el pasado había habido serpientes, sí, porque las sandalias de Vimes aplastaron unos pequeños esqueletos alargados.

Se deslizó cautelosamente a lo largo de una pared húmeda, sin dejar de preguntarse de dónde provendría aquel rítmico sonido de arañazos. Rodeó una columna gruesa, y entonces lo descubrió.

El patricio se estaba afeitando, con los ojos entrecerrados, ante un trozo de espejo apoyado en una columna para que le diera la luz. No, Vimes comprendió que no estaba apoyado. Más bien sostenido. Por una rata. Era una rata grande, con ojos rojos.

El patricio le dirigió un vago gesto de saludo, sin al parecer sorprenderse de verlo allí.

—Oh —dijo—. Vimes, ¿verdad? Me enteré de que venías para acá. Vaya. Tendríamos que haber dicho al personal de las cocinas… —En este punto, Vimes se dio cuenta de que el hombre estaba hablando con la rata—, de que íbamos a ser dos para comer. ¿Quieres una cerveza, Vimes?

—¿Qué?

—Supongo que sí. Pero me temo que no tendrás suerte. Los amigos de Skrp son listos, pero no se les da muy bien leer las etiquetas de las botellas.

Lord Vetinari se dio unas palmaditas en la cara con la toalla, y la dejó caer al suelo. Una forma gris salió disparada de entre las sombras, la cogió y se la llevó por la rejilla del suelo.

—Muy bien, Skrp —dijo al final—. Ya puedes marcharte.

La rata sacudió los bigotes en gesto de saludo, apoyó el espejo contra la pared y se alejó trotando.

—¿Te sirven las ratas? —se asombró Vimes.

—Hacen lo que pueden. La verdad es que las pobres no son muy eficaces. Es por las patas.

—Pero…, pero…, pero… —dijo Vimes—. Quiero decir…, ¿cómo?

—Tengo la sospecha de que los amigos de Skrp han excavado túneles que pasan por la Universidad —le explicó lord Vetinari—. Aunque supongo que ya eran bastante listos desde el principio.

Al menos Vimes sí que entendía eso. Era bien sabido que las radiaciones taumatúrgicas afectaban a los animales que habitaban en el campus de la Universidad Invisible, convirtiéndolos a veces en réplicas casi exactas de la civilización humana, o incluso mutándolos hasta convertirlos en especies completamente nuevas y especializadas, como la rata de biblioteca con archivadores incluidos, o la cabeza de

búfalo que crecía directamente de la pared. Y, como había dicho el patricio, las ratas ya eran bastante listas de por sí.

—Pero ¿te están ayudando? —preguntó Vimes.

—Es una ayuda mutua, es una ayuda mutua. Digamos que en pago por los servicios prestados —dijo el patricio, al tiempo que se sentaba en algo que, según no pudo dejar de advertir Vimes, era un pequeño cojín de terciopelo.

También notó que, en un estante bajo, muy a mano, había una libreta de notas y una hilera de libros bien ordenados.

—¿Cómo ayudas tú a las ratas, señor? —dijo con voz débil.

—Con consejos. Les doy consejos. —El patricio se recostó—. Eso es lo malo de las personas como Wonse —dijo—. Nunca saben cuándo detenerse. Ratas, serpientes y escorpiones. Cuando llegué aquí, esto era un campo de batalla. Las ratas se estaban llevando la peor parte.

Vimes tuvo la sensación de que empezaba a comprender aquella locura.

—¿Y tú las entrenaste, o algo así? —señaló.

—Las aconsejé, sólo las aconsejé. Se me da bastante bien —respondió lord Vetinari con modestia.

Vimes se preguntó qué habrían hecho. ¿Se aliaron las ratas con los escorpiones contra las serpientes, y luego, cuando hubieron derrotado a los reptiles, invitaron a los escorpiones a una cena para celebrar la victoria, y se los comieron? ¿O sobornaron a algunos escorpiones con grandes cantidades de…, oh, de lo que comieran los escorpiones, para que se filtraran de noche entre las filas de algunas serpientes escogidas y las mataran a picotazos?

Recordó que alguien le había contado la historia de un hombre que, estando encerrado en una celda durante años, entrenó a pajarillos para crearse una especie de libertad. Y sabía de viejos marineros, a los que las enfermedades y la edad habían apartado del mar, que se pasaban los días metiendo barcos en botellitas.

Luego pensó en el patricio, a quien habían arrebatado su ciudad, sentado en el suelo gris de una mazmorra sombría, y recreándola a su alrededor, alentando en miniatura todas las pequeñas rivalidades, luchas de poderes y bandos diferentes. Se lo imaginó como una sombra, una estatua viva que se erguía entre el caos. Probablemente le resultaba más sencillo que gobernar Ankh, donde había alimañas mucho más grandes, que no necesitaban ambas manos para transportar un cuchillo.

Se oyó un tintineo en la rejilla del desagüe. Aparecieron media docena de ratas que arrastraban algo envuelto en tela. La arrastraron por el suelo y, con gran esfuerzo, la depositaron a los pies del patricio. El anciano se inclinó y desató el nudo.

—Parece que tenemos queso, muslos de pollo, cereales, un trozo

de pan algo duro y una excelente botella de… oh, una excelente botella de la Salsa Tradicional Para Carnes y Pescados de Merckle y Aguijón. Cerveza, Skrp, dije cerveza. —La jefa de las ratas movió la nariz—. Lo siento mucho, Vimes, ya te lo dije, no saben leer. Al parecer no pueden ni comprender el concepto. Pero se les da muy bien escuchar. Me transmiten todas las noticias.

—Veo que estás muy cómodo aquí —suspiró Vimes.

—Nunca construyas una mazmorra en la que no querrías pasar una noche —respondió el patricio, al tiempo que extendía la comida sobre la tela—. El mundo sería un lugar mucho más feliz si la gente recordara eso.

—Todos pensábamos que habías hecho construir túneles secretos, y esas cosas.

—Ni se me ocurrió, ¿para qué? —replicó el patricio—. No podría dejar de huir jamás. Qué falta de eficacia. Mientras que, aquí, estoy en el centro de las cosas. Espero que comprendas esto, Vimes: nunca confíes en un gobernante que deposita su fe en túneles, refugios y rutas de escape. Lo más probable es que no esté dedicándose de pleno a su trabajo.

—Oh.

Está en una mazmorra de su propio palacio, con un loco rabioso al mando en el piso de arriba y un dragón achicharrando la ciudad, y cree que todo está saliendo como él quiere. Debe de ser cosa de los altos cargos. Tanta altura vuelve loca a la gente.

—Eh…, no te importa si echo un vistazo por aquí, ¿verdad? —preguntó.

—Estás en tu casa.

Vimes recorrió la mazmorra de punta a punta, y examinó la puerta. Los barrotes eran pesados, los cerrojos bien sólidos y la puerta parecía indestructible.

Luego, se dedicó a golpear las paredes en cualquier punto que pudiera sonar a hueco. Sin duda se trataba de una mazmorra bien construida. Era una de esas mazmorras que se alegran de que encierren en ellas a los criminales peligrosos. Y por supuesto, en esas circunstancias, es mejor que no haya trampillas, túneles escondidos ni pasadizos secretos.

Pero no eran ésas las circunstancias. Era sorprendente lo que varios metros de roca sólida pueden hacer con tu sentido de la perspectiva.

—¿Suelen venir aquí los guardias? —preguntó.

—Casi nunca —dijo el patricio mientras devoraba un muslo de pollo—. Es que no se molestan en darme de comer, ¿sabes? Creo que quieren matarme de hambre. De hecho —añadió—, hasta hace poco, de vez en cuando iba a la puerta y gimoteaba un poco para que

estuvieran satisfechos.

—Pero ¿tienen órdenes de venir a comprobar cómo están las cosas? —dijo Vimes, esperanzado.

—Oh, eso sí que no lo toleraríamos —replicó el patricio.

—¿Cómo vas a impedírselo?

Lord Vetinari le dirigió una mirada ofendida.

—Mi querido Vimes —dijo—, pensaba que eras un hombre observador. ¿Has mirado bien la puerta?

—Por supuesto —dijo—. Señor —añadió rápidamente—. Es de lo más resistente.

—Quizá deberías echarle otro vistazo.

Vimes miró boquiabierto al anciano, luego dio media vuelta y observó de nuevo la puerta. Era de esas que **se** suelen considerar temibles, todo barrotes, cerrojos, bisagras y acero. Pero, por mucho que la mirase, no parecía menos impresionante. La cerradura era uno de esos artilugios fabricados por los enanos, el dolor de cabeza de cualquier ladrón. En definitiva, si alguien buscaba un símbolo de lo inamovible, no tenía más que mirar aquella puerta.

El patricio apareció junto a él, con un sigilo estremecedor.

—Es que, ¿sabes? —empezó—. Siempre que una ciudad es víctima de los desórdenes civiles, el gobernante acaba en sus propias mazmorras. Para cierto tipo de mentalidades, eso es mucho más satisfactorio que una simple ejecución.

—Sí, bueno, pero no entiendo… —empezó Vimes.

—Así que miras esta puerta y no ves más que una puerta muy resistente, ¿verdad?

—Por supuesto. No hay más que mirar los cerrojos, y los barrotes, y…

—La verdad, me siento muy satisfecho —asintió lord Vetinari con tranquilidad.

Vimes miró la puerta hasta que le dolieron las cejas. Y entonces, al igual que las formas abstractas de las nubes, sin cambiar en absoluto, se transforma de repente en la cabeza de un caballo o en un barco velero, vio lo que había tenido ante los ojos todo el tiempo.

Una admiración abrumadora lo invadió.

Se preguntó cómo sería la mente del patricio por dentro. Se la imaginaba fría y brillante, toda de acero azul, estalactitas y pequeñas ruedecitas girando como los engranajes de un reloj. La clase de mente que podía prever su propia caída y tomar ventaja de ella.

Era una puerta de mazmorra absolutamente normal, pero todo dependía del sentido de la perspectiva.

Tras la puerta de aquella mazmorra, el patricio podía encerrar al mundo.

En la parte exterior sólo estaba la cerradura.

Los cerrojos y barrotes estaban por dentro.

Los guardias treparon torpemente por los tejados húmedos, mientras las nieblas de la mañana se fundían ante el calor del sol. No. es que fuera a ser un día claro…, los espesos jirones de humo y el rancio olor a quemado envolvían la ciudad y llenaban el ambiente con el triste aroma de las cenizas mojadas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Zanahoria, ayudando a subir a los demás.

El sargento Colon miró a su alrededor, escudriñando el bosque de chimeneas.

—Encima de la destilería de whisky de Jimmy Abrazodeoso —dijo—. En línea recta entre el palacio y la plaza. Seguro que pasará volando por aquí.

Nobby echó un vistazo por un lado del edificio.

—Me parece que estuve aquí una vez —dijo—. Comprobé la puerta una noche, y se abrió.

—Al cabo de un rato, supongo —señaló Colon con tono amargo.

—Bueno, el caso es que tuve que entrar, para comprobar que no estuviera pasando nada malo. Es un lugar increíble. Está lleno de cañerías y aparatos. ¡Y hay Un olor increíble!

—«Cada botella envejece durante siete minutos» —citó Colon—. «Una gota llenará su día», dice en la etiqueta. Y vaya si es verdad. Una vez probé una gota, y me pasé el día lleno de resaca.

Se arrodilló y desenvolvió un fardo de tela que había estado transportando, con muchas dificultades, durante toda la escalada. Extrajo de él un arco largo de diseño antiguo, y un puñado de flechas.

Levantó el arco muy despacio, con gesto reverente, y lo acarició con los pulgares regordetes.

—¿Sabéis? —dijo en voz baja—. Cuando era joven, lo manejaba de maravilla. El capitán debería haberme dejado probar la otra noche.

—Eso dices tú —replicó Nobby, nada comprensivo.

—Pues gané un montón de premios.

El sargento abrió la bolsita que contenía la cuerda nueva para el arco, la enganchó en un extremo, se puso de pie, tiró, gruñó un poco…

—Eh… ¿Zanahoria? —dijo jadeante.

—¿Sí, sargento?

—¿A ti se te da bien poner cuerdas en los arcos? Zanahoria cogió el arco, lo curvó con facilidad y enganchó el otro extremo de la cuerda.

—Buen comienzo, sargento —señaló Nobby.

—¡No seas sarcástico conmigo, cabo! No es cuestión de fuerza, lo que importa es la agudeza de la vista y la firmeza de la mano. Venga,

pásame una flecha. ¡No, ésa no!

Los dedos de Nobby se quedaron paralizados sobre el asta de una flecha.

—¡Ésa es mi flecha de la suerte! —rugió Colon—. ¡Ni se os ocurra tocarla!

—Pues a mí me parece igual que todas las demás, sargento —señaló Nobby.

—Ésa es la que utilizaré en el comosellame, en el momento de la verdad —replicó Colon—. Mi flecha de la suerte nunca me ha fallado, nunca. Si ese dragón tiene algún volublerable, esta flecha lo encontrará.

Eligió una flecha de aspecto idéntico a las demás, pero presumiblemente menos afortunada, y la colocó en el arco. Luego, escudriñó los tejados circundantes con mirada especulativa.

—Será mejor que vaya haciendo mano —murmuró—. Por supuesto, es una de esas cosas que cuando se aprenden no se olvidan nunca, como montar en…, montar en…, montar en algo de lo que no te puedes olvidar.

Tensó la cuerda del arco hasta que le llegó hasta la oreja, y gimió.

—Bien —dijo, mientras el brazo le temblaba por la tensión como un arbolillo durante un huracán—. ¿Veis el tejado del Gremio de Asesinos, allí?

Escudriñaron el aire turbio.

—Bien —añadió Colon—, ¿y esa veleta que hay en el tejado? ¿La veis?

Zanahoria miró en dirección a la flecha, que giraba sobre sí misma al compás del viento.

—Está muy lejos, sargento —señaló Nobby con tono dubitativo.

—Tú no te preocupes por mí, no apartes la vista de la veleta —gimió el sargento.

Los dos asintieron. La veleta tenía forma de hombre encorvado con una gran capa negra. La daga que empuñaba siempre apuntaba en la dirección del viento. Pero, desde tan lejos, era muy pequeña.

—De acuerdo —jadeó Colon—. Ahora, ¿veis el ojo del hombre?

—Venga ya… —se burló Nobby.

—¡Cállate, cállate, cállate! —gimió Colon—. ¡He preguntado que si lo veis!

—A mí me parece verlo, sargento —respondió Zanahoria lealmente.

—Bien. Bien —asintió el sargento, tomando puntería con mucho esfuerzo—. Así se habla. Buen muchacho. Estupendo. Ahora no lo pierdas de vista, ¿de acuerdo?

Con un último gemido, soltó la flecha.

Sucedieron varias cosas, tan deprisa que habrá que relatarlas en

prosa a cámara lenta. Probablemente, la primera fue que la cuerda del arco restalló contra la sensible cara interna de la muñeca de Colon, haciendo que gritara y que soltara el arco. Esto no influenció en modo alguno en la trayectoria de la flecha, que ya volaba sin titubeos en dirección a una gárgola que adornaba el tejado de la casa de enfrente. Le dio en la oreja, rebotó contra una pared a dos metros de distancia, y volvió de nuevo hacia Colon con una velocidad que parecía incluso superior a la original. Pasó a un milímetro de su sien con un silbido estremecedor.

Se perdió rumbo a los muros de la ciudad.

Tras un rato, Nobby carraspeó y dirigió una mirada inocente a Zanahoria.

—Así, más o menos, ¿cuánto miden los volublerables de un dragón?

—Oh, pueden ser un punto diminuto —respondió Zanahoria, siempre deseoso de ayudar.

—Me imaginaba que dirías eso —suspiró Nobby. Caminó hasta el borde del tejado y señaló hacia abajo—. Estamos justo encima de un estanque —dijo—. Lo utilizan para refrigerar el agua. Tengo entendido que es bastante profundo, así que, cuando el sargento dispare contra el dragón, podemos saltar. ¿Qué os parece?

—Oh, pero si no hará falta —señaló Zanahoria—.

Porque la flecha de la suerte del sargento acertará al dragón en el punto exacto, y lo matará, así que no tendremos que preocuparnos por nada.

—Por supuesto, por supuesto —asintió Nobby apresuradamente al ver el ceño fruncido de Colon—. Es sólo por si acaso, ya sabéis, hay que tener en cuenta que existe una posibilidad entre un millón de que falle… No es que vaya a fallar, claro, es que hay que considerar todas las eventualidades… Si, por un increíble golpe de mala suerte, no consigue darle en el volublerable, el dragón se va a poner hecho una furia, y lo mejor será que no estemos cerca para verlo. Es una posibilidad muy remota, ya lo sé, pero hay que tenerlo todo en cuenta.

El sargento Colon se ajustó la armadura.

—Cuando menos las necesitas —dijo—, las posibilidades de una contra un millón crecen como hongos. Es un hecho científico demostrado.

—El sargento tiene razón, Nobby —señaló Zanahoria—. Ya sabes que, cuando sólo hay una posibilidad de que algo funcione…, bueno, pues funciona. Si no, no habría… —Bajó la voz—. Quiero decir, que es obvio, si las últimas posibilidades a la desesperada no funcionan, no habrá… El caso es que los dioses no lo permitirían. Seguro.

Como un solo hombre, los tres se volvieron para mirar, a través del aire turbio, en dirección al eje del Mundodisco, a miles de

kilómetros de allí. Ahora el aire estaba teñido de gris con el humo y la niebla, pero en los días despejados se podía ver el Cori Celesti, el hogar de los dioses. Al menos, el lugar donde estaba el hogar de los dioses. Vivían en Dunmanifestin, el estucado Valhalla, donde afrontaban la eternidad con la mentalidad de quien no sabe qué hacer para pasar la tarde. Se decía que jugaban con los destinos de los hombres, aunque nadie tenía la menor idea de a qué estaban jugando.

Pero, por supuesto, había reglas. Todo el mundo sabía que había reglas. Y había que cruzar los dedos para que los dioses lo supieran también.

—Tiene que funcionar —murmuró Colon—. Usaré mi flecha de la suerte y todo eso. Tienes razón. Las últimas posibilidades a la desesperada tienen que funcionar. Si no, nada tendría sentido. Tanto nos daría estar muertos.

Nobby volvió a asomarse por el borde del tejado. Tras un titubeo, Colon se reunió con él. Tenían las expresiones especulativas de los hombres que han visto muchas cosas, y sabían que aunque se podía contar con los héroes, los reyes y, en última instancia, con los dioses, lo que de verdad no fallaba nunca era la gravedad y un estanque profundo.

—No es que lo vayamos a necesitar, claro —afirmó Colon.

—Con tu flecha de la suerte, por supuesto que no —asintió Nobby.

—Exacto. Pero oye, por simple curiosidad, ¿a qué distancia crees que está el estanque de aquí?

—Yo diría que a unos diez metros. Más o menos.

—Diez metros. —Colon asintió lentamente—. Es aproximadamente lo que calculaba yo. Y es bastante profundo, ¿no?

—Bastante, según tengo entendido.

—Aceptaré tu palabra. Parece muy sucio. Detesto la idea de meterme ahí.

Zanahoria le dio una alegre palmada en la espalda, y casi lo tiró.

—¿Qué pasa, sargento? —dijo—. ¿Acaso quiere vivir para siempre?

—¿Mmm? —musitó Colon, que parecía inmerso en Un deprimente mundo propio.

—Quiero decir, menos mal que tenemos una posibilidad desesperada de uno contra un millón, ¡si no estaríamos en apuros!

—Oh, sí —asintió Nobby con tristeza—. Qué suerte tenemos.

El patricio se recostó. Un par de ratas le colocaron un cojín bajo la cabeza.

—Creo que las cosas van bastante mal ahí fuera —dijo.

—Sí —asintió Vimes con amargura—. Tienes razón. Aquí estás

más a salvo que nadie.

Insertó otro cuchillo en una hendidura entre las piedras, y escarbó con sumo cuidado, mientras lord Veterinari lo miraba con interés. Ya había conseguido levantar las losas que rodeaban la rejilla.

Ahora empezaba a atacar el cemento que la sujetaba.

El patricio se entretuvo mirándolo un rato, y luego cogió un libro del pequeño estante que tenía al lado. Como las ratas no podían leer los títulos de la biblioteca, los libros que habían reunido eran un tanto variados, pero no era hombre que se cerrase a los nuevos conocimientos. Encontró la señal entre las páginas de *El arte del encaje a lo largo de los siglos, y* leyó unas cuantas páginas.

Tras un rato, se vio obligado a sacudir del libro unos pocos trochos de cemento, y alzó la vista.

—¿Estás haciendo progresos? —preguntó con educación.

Vimes apretó los dientes y no dijo nada. Al otro lado de la rejilla había un patio, apenas más luminoso que la celda. En un rincón había un estercolero, pero en aquellos momentos parecía muy atractivo. Al menos, más atractivo que la mazmorra. Un honrado estercolero era preferible a lo que era Ankh-Morpork en aquellos momentos. Seguro que era una alegoría, o algo por el estilo.

Excavó, excavó y excavó. La hoja del cuchillo vibraba y le hacía temblar la mano.

El bibliotecario se rascó un sobaco con gesto pensativo. Tenía muchos problemas.

Había llegado allí lleno de rabia contra los ladrones de libros, y esa rabia no se había apagado. Pero se le había ocurrido que, aunque los crímenes contra los libros eran los peores que podía perpetrar un hombre, quizá sería mejor posponer la venganza.

Se le ocurrió que, aunque lo que los humanos hicieran unos con otros le importaba un rábano, había cierto tipo de actividades que convenía cortar de raíz, no fuera que a los perpetradores, confiados por el éxito, se les ocurriera empezar a hacer las mismas cosas con los libros.

El bibliotecario contempló de nuevo su placa, y le dio un mordisquito con la optimista esperanza de que fuera comestible. No cabía duda de que tenía un deber para con el capitán.

El capitán siempre había sido amable con él. Y el capitán también tenía una placa.

Sí.

Hay momentos en que un simio tiene que comportarse como un hombre…

El orangután hizo un complejo gesto de saludo y se alejó meciéndose en la oscuridad.

El sol ascendió por el cielo, entre la niebla y el humo rancio, como si fuera un globo perdido.

Los guardias se sentaron a la sombra de una chimenea, esperando y matando el tiempo de diversas maneras. Nobby sondeaba pensativo el contenido de una de sus fosas nasales, Zanahoria estaba escribiendo una carta a sus padres, y el sargento se estaba preocupando. Tras un rato, se removió inseguro.

—Se me ocurre que puede haber un problema —dijo.

—¿Cuál, sargento? —quiso saber Zanahoria. El sargento Colon parecía desanimado.

—Bueeeno, ¿qué pasará si no se trata de una posibilidad de uno contra un millón? —preguntó. Nobby se lo quedó mirando.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, nada, las posibilidades desesperadas de uno contra un millón siempre funcionan, eso no es problema, pero…, bueno, eso es demasiado concreto, ¿no te parece?

—Explícate.

—¿Y si sólo es una posibilidad de uno contra mil?

—preguntó Colon, angustiado.

— ¿Qué?

—¿Alguien ha oído hablar de una posibilidad de uno contra mil que haya funcionado? Zanahoria alzó la vista.

—No digas esas cosas, sargento —protestó—. Nadie ha visto jamás que funcionara una posibilidad de uno contra mil. Las posibilidades en contra son de…

—Calculó, moviendo los labios en silencio—, de uno contra millones.

—Eso. Millones —asintió Nobby.

—Así que sólo funcionará si la posibilidad es verdaderamente de uno contra un millón —terminó el sargento.

—Supongo que tienes razón —asintió Nobby.

—Así que, uno contra 999.943, por ejemplo…

—empezó Colon.

Zanahoria sacudió la cabeza.

—No tendríamos ni una posibilidad. Nadie ha dicho nunca «Es una posibilidad de uno contra 999.943, pero puede funcionar».

Contemplaron la ciudad en el silencio de un feroz cálculo mental.

—Puede que tengamos todo un problema —dijo Colon al final.

Zanahoria empezó a escribir a toda velocidad. Cuando le preguntaron qué hacía, les explicó con todo lujo de detalles cómo se calculaba la superficie total de Un dragón, y luego intentó valorar las posibilidades de que una flecha acertara en un punto concreto.

—Apuntando, tenlo en cuenta —indicó el sargento Colon—. Yo

estaré apuntando. Nobby carraspeó.

—En ese caso, la posibilidad no será de uno contra Un millón, ni mucho menos —asintió Zanahoria—. Puede ser una posibilidad de uno contra cien. Y si el dragón vuela despacio, y el punto es muy grande, puede ser casi una certeza.

Los labios de Colon se movieron en silencio formulando la frase *Es una certeza, pero puede funcionar.* Sacudió la cabeza.

—Naaa —dijo.

—En ese caso, lo que tenemos que hacer —dijo Nobby con voz pausada— es ajustar las posibilidades…

Ahora había un agujero en el cemento, cerca del barrote central. No era gran cosa, Vimes lo sabía, pero al menos se trataba de un comienzo.

—No necesitas ayuda, ¿verdad? —sugirió el patricio.

—No.

—Como gustes.

El cemento estaba medio podrido, pero los barrotes habían sido clavados profundamente en la roca. Bajo la gruesa capa de óxido había aún mucho hierro. Era un trabajo largo, pero al menos le proporcionaba algo que hacer, y requería una agradable falta de ejercicio intelectual. Nadie se lo podía arrebatar. Era un buen desafío, claro y limpio. Sabía que, si seguía excavando, eventualmente conseguiría lo que se proponía.

El problema estaba en lo de «eventualmente». Eventualmente, Gran A'Tuin llegaría al final del universo. Eventualmente, las estrellas se apagarían. Eventualmente, Nobby se bañaría, aunque para eso quizá haría falta un replanteamiento radical de la naturaleza del Tiempo.

Pero siguió atacando el cemento. Sólo se detuvo cuando algo pequeño, de color claro, cayó por el exterior como una hoja seca.

—¿Una cáscara de cacahuete? —se sorprendió.

El rostro del bibliotecario, rodeado por el vello y las orejas del bibliotecario, apareció cabeza abajo ante la rejilla de barrotes, y le dirigió una sonrisa que no resultaba menos terrible por el hecho de estar al revés.

—¿Oook?

El orangután descendió, agarró dos de los barrotes, y tiró. Los músculos de sus brazos se movieron, el pecho de barril se convirtió en una maquinaria esforzada. La boca de dientes amarillentos se contrajo en un gesto de silenciosa concentración.

Se oyeron un par de «tangs» sordos cuando los barrotes cedieron y saltaron de su lecho de piedra. El simio los arrojó a un lado y el bibliotecario metió medio cuerpo por el agujero. Luego, los brazos

más largos de la ley agarraron al atónito Vimes por debajo de los brazos, y lo sacaron sin el menor esfuerzo.

Los guardias supervisaron su obra.

—Vale —dijo Nobby—. Ahora, ¿cuáles son las posibilidades de que un hombre a la pata coja con el casco sobre los ojos y un pañuelo en la boca acierte a un dragón en los puntos volublerables?

—Mmmfff —dijo Colon.

—Escasas, muy escasas —asintió Zanahoria—. Aunque tengo la sensación de que el pañuelo es un poco excesivo.

Colon lo escupió.

—Decidios de una vez —dijo—. Se me está durmiendo la pierna.

Vimes se puso en pie como pudo sobre las sucias losas, y miró al bibliotecario. Estaba experimentando algo que había conmocionado a otras muchas personas, generalmente en circunstancias más desagradables, como por ejemplo durante una pelea en el Tambor Remendado, cuando el simio deseaba un poco de paz y tranquilidad para reflexionar tomándose una cerveza, y era lo siguiente: el bibliotecario podía parecer un saco relleno, pero estaba relleno de músculos.

—Eso ha sido increíble —fue todo lo que pudo decir.

Bajó la vista hacia los barrotes retorcidos, y sintió cómo su mente se oscurecía. Recogió el metal retorcido.

—Supongo que no sabrás dónde está Wonse, ¿verdad? —preguntó.

—¡Eeek! —El bibliotecario le puso un trozo de pergamino arrugado bajo la nariz—. ¡Eeek!

Vimes leyó lo que decía.

El rey…, complacido…, al sonar el mediodía…, una doncella pura de alta cuna…, el símbolo de unión entre gobernante y gobernados…

—¡En mi ciudad! —rugió—. ¡En mi ciudad! Agarró al bibliotecario por dos puñados de vello del pecho y lo levantó hasta la altura de sus ojos.

—¿Qué hora es? —aulló.

—¡Oook!

Un largo brazo cubierto de pelo rojo se extendió hacia arriba. La mirada de Vimes siguió su dedo. Desde luego, el sol tenía todo el aspecto de un cuerpo celestial que se encontrara cerca de la cúspide de su órbita, ansioso por la llegada de la cuesta abajo que desembocaría en las mantas cálidas del anochecer…

—¡No pienso tolerarlo ni por un momento, ¿comprendes?! —rugió Vimes, sin dejar de sacudir al simio.

—Ook —señaló el bibliotecario con paciencia.

—¿Qué? Oh. Perdona.

Vimes lo dejó en el suelo. El simio eligió sabiamente no llamarle la atención sobre lo sucedido, porque cuando un hombre está tan furioso como para levantar ciento cincuenta kilos de orangután sin darse cuenta, es que tiene muchas cosas en la cabeza.

Ahora estaba mirando el patio a su alrededor.

—¿Hay alguna manera de salir de aquí? —preguntó—. Sin trepar por los muros, claro.

No esperó una respuesta, sino que examinó las paredes hasta dar con una puertecita destartalada. La abrió de una patada. No estaba cerrada, pero le dio lo mismo, la abrió de una patada. El bibliotecario lo siguió arrastrando los nudillos.

Al otro lado de la puerta, la cocina estaba casi abandonada. El personal, por último, había perdido la sangre fría, y había decidido que los chefs prudentes nunca trabajaban en locales donde hubiera bocas más grandes que las suyas. Sólo había una pareja de guardias de palacio, tomando un almuerzo frío.

—Bien —dijo Vimes al ver que se incorporaban—. No quisiera tener que…

Ellos no tenían muchas ganas de escucharle. Uno se inclinó para recoger la ballesta.

—A la mierda —rugió Vimes.

Agarró un cuchillo de carnicero que había sobre una tabla, y lo lanzó.

El arte de lanzar cuchillos es complicado, e incluso guando lo dominas hay que practicarlo con cuchillos muy especiales. Si no, el resultado es el mismo que en esta ocasión: no aciertas ni de lejos.

El guardia de la ballesta se inclinó de lado, luego se irguió, y descubrió que una uña purpúrea bloqueaba suavemente el mecanismo de disparo. Miró a su alrededor. El bibliotecario le dio un golpe en todo el casco.

El otro guardia se encogió, retrocedió un paso y Agitó las manos, frenético.

—¡Nonono! —gritó—. ¡Todo esto es un malentendido! ¿Qué es lo que decías que no querrías hacer?, ¡Mono bonito!

—Oh, oh —suspiró Vimes—. ¡Te equivocaste! Hizo caso omiso del aterrador grito, y rebuscó entre los cascotes que poblaban la cocina hasta dar con un cuchillo. Un cuchillo muy pesado. Un cuchillo con un objetivo. Quizá las espadas tuvieran cierta nobleza, a no ser que pertenecieran a alguien como Nobby, por ejemplo, cuyo sable dependía del óxido para mantenerse íntegro. Pero en cambio un cuchillo tenía una enorme habilidad para cortar las cosas.

Dio la espalda a la lección de biología (que en aquellos momentos explicaba que ningún mono puede colgar a alguien por los tobillos),

encontró una puerta apropiada, y salió por ella. Esto le llevó al exterior, al gran patio cubierto de guijarros que rodeaba el palacio. Ahora que había recuperado el control sobre sus nervios, vio…

El aire sobre él pareció estallar. Un vendaval sopló *desde arriba,* y lo derribó.

El rey de Ankh-Morpork, con las alas extendidas, planeó bajo el cielo y se demoró un instante sobre los muros del palacio. Sus zarpas labraron profundos surcos sobre la tierra mientras recuperaba el equilibrio. El sol resplandeció sobre su lomo arqueado cuando estiró el cuello, lanzó una llamarada perezosa y saltó de nuevo al aire.

Vimes dejó escapar un aullido animal (animal mamífero) que le salió de lo más profundo de la garganta, y echó a correr por las calles desiertas.

El silencio poblaba la mansión ancestral de los Ramkin. La puerta delantera se abría y se cerraba sobre sus bisagras, permitiendo que un viento plebeyo y de baja crianza recorriera las habitaciones desiertas, mirándolo todo y buscando polvo en las estanterías más altas. Subía por las escaleras y se colaba por la puerta del dormitorio de Sybil Ramkin, haciendo tintinear los frasquitos que había sobre la cómoda y agitando las páginas de *Enfermedades del dragón.*

Un lector rápido, pero que muy rápido, podría haber aprendido los síntomas de todo, desde el Abatimiento de garganta hasta las Zarpas atrofiadas.

Y abajo, en el cobertizo cálido y maloliente que albergaba a los dragones de pantano, parecía que Errol las padecía todas. Ahora estaba sentado en el centro de su cubículo, meciéndose y gimiendo suavemente. El humo blanco le subía en espirales, brotando de sus orejas y acumulándose a la altura del suelo. Desde algún lugar del interior de su estómago vacío se oían complejos sonidos hidráulicoexplosivos, como si desesperados equipos de gnomos intentaran tender una tubería en un desfiladero durante una tormenta de truenos.

Las fosas nasales del dragoncito se abrían y cerraban, casi por voluntad propia.

Los demás dragones echaban vistazos por encima de los separadores y lo observaban con cautela.

Se oyó otro rugido gástrico en su interior. Errol se retorció de dolor.

Los dragones intercambiaron miradas. Luego, uno a uno, se tendieron en el suelo con sumo cuidado y se pusieron las zarpas sobre los ojos.

Nobby inclinó la cabeza a un lado, especulativo.

—Parece prometedor —dijo con tono crítico—. Puede que ya estemos cerca. Es de suponer que las posibilidades de que un hombre con la cara llena de hollín, sacando la lengua, a la pata coja y cantando *La canción del puercoespín* acierte en los volublerables de un dragón, son…, ¿cuántas calculas tú, Zanahoria?

—A mi parecer, de una contra un millón —concedió el muchacho. Colon los miró.

—Escuchad, muchachos —empezó Colon—, no me iréis a dejar plantado, ¿verdad?

Zanahoria contempló la plaza que se extendía mucho más abajo.

—Oh, diablos —susurró suavemente.

—¿Qué pasa ahora? —se intranquilizó Colon, mirando a su alrededor.

—¡Están encadenando a una mujer a una roca!

Los guardias miraron por encima de la baranda. La gran multitud silenciosa que rodeaba la plaza también contemplaba a la figura blanca que se debatía entre media docena de guardias del palacio.

—¿De dónde habrán sacado esa roca? —se preguntó Colon—. Esto es tierra arcillosa.

—Y no es blandengue la dama, sea quien sea —señaló Nobby, aprobador, al ver cómo uno de los guardias se doblaba por la cintura y caía al suelo—. Ese muchacho no sabrá qué hacer por las noches durante una buena temporada. La chica tiene una rodilla de narices.

—¿Es alguien que conozcamos? —se interesó Colon.

Zanahoria entrecerró los ojos para ver mejor.

—¡Es lady Ramkin! —exclamó boquiabierto.

—¡No!

—¡Y tanto que sí! ¡Va en camisón! —asintió Nobby.

—¡Esos malditos…! —Colon cogió el arco y buscó a tientas una flecha—. ¡Les voy a dar a todos en los volublerables! ¡Una dama tan bienhablada como ella! ¡Qué vergüenza!

—Eh… —empezó Zanahoria, a quien se le había ocurrido echar un vistazo por encima del hombro—. ¿Sargento?

—¡Mira cómo están las cosas! —rugió Colon—. ¡Las mujeres decentes no pueden ni salir a la calle sin que las devoren! Muy bien, bastardos, sois…, ¡sois *geografía**.

—¡Sargento! —insistió Zanahoria, apremiante.

—Se dice historia, no geografía —señaló Nobby—. Eso es lo que se tiene que decir. Se dice «¡Eres historia!», no geografía.

—Bueno, lo que sea —rugió Colon—. Ahora verán…

—*¡Sargento!*

Nobby también estaba mirando hacia atrás.

—Oh, mierda —dijo.

—No puedo fallar —murmuró Colon, apuntando.

—*¡Sargento!*

—¡Callaos los dos, no puedo concentrarme si seguís gritando así!

—¡Sargento, *ya viene*!

El dragón aceleró.

Los tejados tambaleantes de Ankh-Morpork eran a sus ojos un borrón mientras volaba por encima, con las alas cortando el aire. Su cuello se estiró, las llamas piloto de sus fosas nasales centelleaban, el sonido de su vuelo rasgaba el silencio del cielo.

Las manos de Colon temblaban. El dragón parecía volar directamente hacia su garganta, y se movía deprisa, demasiado deprisa…

—¡Eso es! —exclamó Zanahoria. Miró hacia el Eje, por si acaso algún dios se había olvidado de cuál era su misión, y añadió con voz clara, vocalizando bien—: ¡Es una posibilidad de uno contra un millón, pero puede funcionar!

—¡Dispara de una maldita vez! —rugió Nobby.

—Estoy buscando el punto, amigo, estoy buscando el punto —tartamudeó Colon—. Vosotros no os preocupéis, muchachos, ya os he dicho que ésta es mi flecha de la suerte. Es una flecha de primera, la tengo desde que era niño, no os creeríais las cosas a las que he acertado con ella, así que no os preocupéis.

Hizo una pausa mientras la pesadilla se cernía sobre él volando con alas de terror.

—Eh… ¿Zanahoria? —dijo débilmente.

—¿Sí, sargento?

—¿Te dijo alguna vez tu abuelo qué aspecto tenía un punto volublerable?

Y, en aquel momento, el dragón dejó de aproximarse: ya estaba allí, pasando a pocos metros por encima de ellos, un borroso mosaico de escamas y ruido que llenaba el cielo entero.

Colon disparó.

Vieron cómo la flecha ascendía, directa.

Vimes corrió como pudo sobre los guijarros húmedos de las calles, sin aliento y sin tiempo.

No puede ser así, pensó enloquecido. El héroe llega siempre a tiempo. En el momento justo, pero a tiempo. Por los pelos, pero a tiempo. Pero lo más probable era que el momento de llegar a tiempo hubiera pasado hacía cinco minutos.

Y yo no soy un héroe. No estoy en forma, y necesito una copa, y necesito una paga de cien dólares al mes sin extra para plumas. Ésa no es la paga de un héroe. El héroe se lleva remos y princesas, y hace ejercicio a menudo, y cuando sonríe la luz arranca destellos de sus

dientes, *ting*. El muy hijo de puta.

El sudor le escocía en los ojos. La adrenalina que lo había transportado desde el palacio se había agotado, y ahora se estaba cobrando su parte.

Se detuvo tambaleante, y se apoyó contra una pared para mantenerse en pie mientras recuperaba el aliento. Así fue como vio a las figuras que se erguían sobre el tejado.

¡Oh, no!, pensó. ¡Ellos tampoco son héroes! ¿A qué se creen que juegan?

Era una posibilidad de uno contra un millón. ¿Y quién puede decir que, en alguno de los millones de universos posibles, no habría funcionado?

Ése era el tipo de cosas que encantaban a los dioses. Pero Azar, que a veces puede derrotar incluso a los dioses, tenía 999.999 votos.

En este universo, por ejemplo, la flecha rebotó en una escama y se hizo añicos.

Colon se quedó mirando la cola puntiaguda del dragón que pasaba sobre ellos.

—He… fallado… —susurró—. ¡Pero si no podía fallar! —Miró a los otros dos con ojos enrojecidos—. ¡Era la jodida posibilidad desesperada de uno contra un millón!

El dragón movió las alas, su enorme mole giró sobre sí misma, y planeó sobre el tejado.

Zanahoria agarró a Nobby por la cintura y puso una mano sobre el hombro de Colon.

El sargento lloraba de rabia y frustración.

—¡La jodida posibilidad de uno contra un millón!

—Sargento…

El dragón lanzó su llamarada.

Era una línea de plasma perfectamente controlada. Atravesó el tejado como si fuera de mantequilla.

Atravesó el piso superior.

Atravesó los viejos maderos del suelo y los retorció como si fueran de papel. Perforó las cañerías.

Atravesó piso tras piso, como el puño de un dios furioso, y, al final, alcanzó la gran cuba de cobre que contenía miles de litros de whisky recién destilado.

Y también eso lo quemó.

Por fortuna, las posibilidades de que alguien sobreviviera a una explosión como la que siguió eran de uno contra un millón.

La bola de fuego brotó como…, como…, bueno, brotó. Brotó gigantesca, anaranjada, con franjas amarillas. Se llevó el tejado por delante y se envolvió en torno al atónito dragón, lanzándolo disparado

por los aires en una nube hirviente de maderos astillados y trocitos de cañería.

La multitud contempló con admiración la llama superardiente que ascendió hacia el cielo, y apenas advirtió la presencia de Vimes que, jadeando y llorando, empujaba a todo el mundo al abrirse paso entre la marea de cuerpos.

Consiguió empujar también a los guardias de palacio, y se tambaleó tan deprisa como pudo por la plaza. Nadie le prestaba demasiada atención.

Se detuvo.

No era una roca, porque Ankh-Morpork se alzaba sobre terreno arcilloso. Era, sencillamente, un enorme cascote de cemento, sacado con toda probabilidad de algunos cimientos que contaban con cientos de años.

Ankh-Morpork era una ciudad tan antigua que, en su mayoría, estaba construida sobre Ankh-Morpork.

Lo habían arrastrado hasta el centro de la plaza, y lady Sybil Ramkin estaba encadenada a él. Parecía vestida con un camisón blanco y botas de goma. Su aspecto delataba que se había visto involucrada en una pelea, y Vimes sintió una punzada de compasión por los desgraciados que se hubieran enfrentado a ella. La mujer le dirigió una mirada de furia en estado puro.

—¡Usted!

—*¡Usted!*

Vimes blandió vagamente el cuchillo.

—Pero ¿qué hace…? —empezó.

—Capitán Vimes —le interrumpió bruscamente la mujer—, hágame el favor de dejar de sacudir esa cosa ante mis narices, ¡y úsela para lo que tiene que usarla!

Pero él no la estaba escuchando.

—¡Treinta dólares al mes! —murmuró—. ¡Por eso han muerto! ¡Por treinta dólares! Y yo hasta le puse una multa a Nobby, le quité parte de su sueldo. Pero tenía que hacerlo, ¡ese hombre dejaba que se oxidaran hasta los melones!

—¡Capitán Vimes!

Vimes consiguió concentrarse en el cuchillo.

—Oh —dijo—. Sí. Claro.

Era un buen cuchillo de acero, y las cadenas eran de hierro viejo y bastante oxidado. Las cortó con facilidad, arrancando chispas del cemento.

La multitud observaba en silencio, pero varios guardias del palacio corrieron hacia él.

—¿Qué demonios haces? —preguntó uno de ellos, que no tenía mucha imaginación.

—¿Qué demonios creéis que hacéis? —gruñó Vimes alzando la vista. Lo miraron.

—¿Qué?

Vimes siguió cortando las cadenas.

—Bien, tú lo has querido… —empezó uno de los guardias.

El codo de Vimes le acertó de pleno bajo la caja torácica. Antes de que se derrumbara, el pie de Vimes lo golpeó en las rodillas y lo obligó a levantar la barbilla, preparándolo para un segundo golpe con el codo.

—Bien —dijo, distraído.

Se frotó el codo. Le dolía a rabiar.

Se pasó el cuchillo a la otra mano y golpeó de nuevo las cadenas, consciente de que a sus espaldas se estaban reuniendo más guardias, pero corriendo con ese-paso especial que tenían sus colegas. Lo conocía bien, era un paso apresurado que decía, somos una docena, que empiece otro. Decía, parece dispuesto a matar, a mí no me pagan tanto como para que me deje matar, puedo correr muy despacio y entonces se escapará…

No había por qué estropear un buen día atrapando a alguien.

Lady Ramkin se sacudió los últimos restos de las cadenas. Empezaron a sonar aclamaciones, que fueron creciendo en volumen. Incluso en su estado de ánimo actual, el pueblo de Ankh-Morpork sabía valorar una buena actuación.

La mujer cogió un buen trozo de cadena y se envolvió con ella un puño regordete.

—Algunos de esos guardias no saben cómo tratar…—empezó.

—No hay tiempo para eso, ahora no —la interrumpió Vimes, cogiéndola por un brazo.

Era como tirar de una montaña.

De repente, la multitud dejó de aplaudir.

Se oyó un ruido tras Vimes. No era un ruido particularmente fuerte. Pero tenía esa peculiar cualidad desagradable. Era el sonido de cuatro garras posándose sobre las losas al mismo tiempo.

Vimes miró hacia atrás. Luego, hacia arriba.

La piel del dragón estaba cubierta de hollín. Tenía unos cuantos trozos de madera quemada todavía humeantes clavados en la piel. Las magníficas escamas de bronce estaban manchadas de negro.

Bajó la cabeza hasta que Vimes estuvo a un metro de sus ojos, y trató de concentrarse en él.

Probablemente no vale la pena correr, se dijo Vimes. Ni aunque tuviera fuerzas para hacerlo.

Sintió cómo la mano de lady Ramkin envolvía la suya.

—Buen trabajo —dijo la mujer—. Casi ha funcionado.

Los restos humeantes llovieron alrededor de la destilería. El

estanque era un pantano de cascotes cubiertos por una capa de cenizas. La superficie se abrió, y de las aguas salió el sargento Colon, chorreando lodo.

Consiguió llegar hasta la orilla y se puso en pie trabajosamente, como una criatura marina que quisiera recorrer la escala de la evolución a marchas forzadas.

Nobby ya estaba allí, tendido como una rana, calado hasta los huesos.

—¿Eres tú, Nobby? —inquirió el sargento Colon con ansiedad.

—Soy yo, sargento.

—Me alegro, Nobby —dijo Colon.

—Pues yo desearía no ser yo, sargento. Colon vació el agua del casco, y entonces se quedó paralizado.

—¿Dónde está el joven Zanahoria? —quiso saber. Los dos miraron las aguas turbias del estanque.

—Supongo que sabe nadar… —siguió el sargento, titubeante.

—No sé. Nunca lo dijo. No debe de haber muchos sitios para nadar en las montañas —dijo Nobby.

—Pero seguro que había lagunas de claras aguas azules, y profundos arroyos de las montañas —señaló el sargento, esperanzado —. Y estanques helados en valles ocultos, todo eso. Por no hablar de los lagos subterráneos. Seguro que aprendió a nadar. Seguro que se pasaba el día en el agua.

Contemplaron la superficie gris.

—Probablemente fue el protector —dijo Nobby—. A lo mejor se le llenó de agua y lo arrastró al fondo. Colon asintió, sombrío.

—Te guardaré el casco —siguió Nobby tras unos instantes.

—¡Pero yo soy tu superior!

—Sí —asintió el cabo, con tono razonable— pero si te quedas atrapado ahí dentro, querrás que tu mejor hombre esté aquí, preparado para saltar al rescate, ¿no?

—Eso… parece lógico —dijo Colon al final—. No te falta razón.

—Pues venga.

—Pero hay un inconveniente…

—¿Cuál?

—… que no sé nadar —señaló Colon.

—Entonces, ¿cómo has salido de ahí?

Colon se encogió de hombros.

—Soy un flotador de nacimiento.

Una vez más, contemplaron el lodo en que se había transformado el estanque. Luego, Colon miró n Nobby. Muy despacio, Colon se quitó el casco.

—¿Es que aún queda alguien ahí dentro? —preguntó Zanahoria.

Se dieron la vuelta. El muchacho se sacó un poco do barro de la

oreja. A su espalda, los restos de la destilería seguían humeando.

—Pensé que sería buena idea salir a echar un vistazo rápido, a ver qué estaba pasando —dijo con animación, señalando la verja que daba al patio.

La puerta de la verja colgaba de una sola bisagra.

—Ah —dijo Nobby débilmente—. Buena idea.

—Da a un callejón —explicó Zanahoria.

—No hay dragones ahí, ¿verdad? —preguntó el sargento Colon.

—Ni dragones ni humanos. No hay nadie —replicó Zanahoria con impaciencia. Desenfundó su espada—. ¡Vamos! —los apremió.

—¿Adonde? —preguntó Nobby.

Se acababa de sacar una colilla empapada de detrás de la oreja, y la contemplaba con expresión de profundo dolor. Obviamente, ya no servía de gran cosa. Intentó encenderla pese a todo.

—Queremos luchar contra el dragón, ¿no? —dijo Zanahoria.

Colon se removió, incómodo.

—Sí, pero supongo que antes podemos ir a casa a cambiarnos de ropa, ¿no?

—Y a beber algo calientito —añadió Nobby.

—Y a comer algo —asintió Colon—. Un buen plato de…

—Debería daros vergüenza —lo interrumpió Zanahoria—. Hay una dama en apuros, hay que matar a un dragón, ¡y a vosotros sólo se os ocurre pensar en comer y en beber!

—Oh, no sólo estoy pensando en comer y en beber —replicó Colon.

—¡Quizá seamos todo lo que se interpone entre la ciudad y el desastre absoluto!

—Sí, pero… —empezó Nobby. Zanahoria blandió la espada por encima de la cabeza.

—¡El capitán Vimes habría ido! —exclamó—. ¡Todos para uno!

Los miró, y salió corriendo del patio. Colon dirigió a Nobby una mirada triste.

—Estos jóvenes de hoy… —suspiró.

—¿Todos para un qué? —preguntó Nobby. El sargento suspiró otra vez.

—Bueno, vamos allá.

—De acuerdo…

Salieron titubeantes al callejón. Estaba desierto.

—¿Hacia dónde ha ido? —quiso saber Nobby. Zanahoria salió de entre las sombras, sonriendo de oreja a oreja.

—Sabía que podía confiar en vosotros —dijo—.

¡Seguidme!

—Ese chico tiene algo de extraño —dijo Colon mientras cojeaban tras él—. Siempre se las arregla para convencernos de que lo sigamos,

¿te has dado cuenta?

—¿Todos para un qué?

—Supongo que tiene que ver con su voz.

—Sí, pero ¿todos para un qué?

El patricio suspiró, puso el marcapáginas en el libro con todo cuidado, y lo dejó a un lado. A juzgar por el ruido, en el exterior debían de estar pasando montones de cosas emocionantes. Así la situación, era harto improbable que quedaran guardias de palacio allí, cosa que le venía muy bien. Los guardias eran hombres muy bien entrenados, sería una pena malgastarlos.

Los necesitaría más adelante.

Tanteó la pared y empujó una piedra que tenía exactamente el mismo aspecto que todas las demás piedras. Pero, en cambio, ninguna otra pequeña piedra habría provocado que toda una losa de la pared se moviera pesadamente a un lado.

Allí dentro había toda una serie de cosas elegidas con sumo cuidado: raciones de supervivencia, ropa limpia, varios cofrecillos de metales preciosos, joyas, y algunas herramientas. También había una llave. Nunca construyas una mazmorra de la que no puedas salir.

El patricio cogió la llave y se dirigió hacia la puerta. Mientras las bisagras perfectamente engrasadas hacían que se abriera, se preguntó una vez más si no debería haber hablado a Vimes de la existencia de la llave. Pero el hombre parecía tan satisfecho de abrirse camino… Sin duda le habría deprimido tener la llave de la puerta. Y, en el mejor de los casos, habría cambiado su manera de ver el mundo. El patricio necesitaba a Vimes y su manera de ver el mundo.

Lord Vetinari salió por la puerta y, en silencio, recorrió las ruinas de su palacio.

Que temblaron cuando, por segunda vez en un par de minutos, la ciudad se estremeció.

El cobertizo de los dragones explotó. Las ventanas volaron. La puerta dejó la pared entre una humareda negra, y salió disparada por el aire, girando lentamente, hasta aterrizar entre los rododendros.

Algo muy energético y caliente estaba sucediendo allí dentro. Brotó más humo espeso, aceitoso, sólido. Una de las paredes se dobló sobre sí misma, y otra se derrumbó sobre el húmedo césped.

Los dragones de pantano salieron de entre los restos como tapones del champán, sacudiendo las alas frenéticos.

El humo seguía ascendiendo hacia el cielo. Pero en él había algo, un punto de luz blanca que se elevaba con suavidad.

Desapareció de la vista al atravesar una ventana destrozada, y luego, con un trozo de teja todavía en la cabeza, Errol ascendió sobre su propio humo y se remontó hasta los cielos de Ankh-Morpork.

La luz del sol arrancó reflejos de sus escamas plateadas antes de que alcanzara una altura de treinta metros y girase lentamente, conservando un equilibrio perfecto sobre sus propias llamas…

Vimes, que aguardaba la muerte en la plaza, se dio cuenta de que tenía la boca abierta. La cerró.

En la ciudad no se oía absolutamente nada aparte del ascenso de Errol.

Pueden redistribuir sus «cañerías», se dijo Vimes, asombrado. Para adecuarse a las circunstancias. Las está haciendo funcionar marcha atrás. Pero ésos como se llamen, los genes…, seguro que ya los tenía medio preparados para algo semejante. No me extraña que el bichejo tuviera las alas tan cortas. Su cuerpo debía cío saber que no las iba a necesitar para nada más que para maniobrar.

Dioses. Estoy viendo al primer dragón de la historia que lanza la llama hacia atrás.

Se aventuró a lanzar una mirada hacia arriba, el gran dragón estaba inmóvil, los inmensos ojos inyectados en sangre se concentraban en la pequeña criatura.

Con un desafiante rugido de llamas y un salto al aire, el rey de Ankh-Morpork se elevó, olvidándose por completo de los simples seres humanos.

Vimes se volvió hacia lady Ramkin.

—¿Cómo pelean? —le preguntó, apremiante—. ¿Cómo pelean los dragones?

—Yo…, bueno, o sea, no hacen más que aletear alrededor del rival y lanzar llamas —explicó—. Pero eso son los dragones de pantano. Quiero decir, nadie ha visto luchar nunca a un dragón noble. —Se dio unas palmaditas en el camisón—. Tengo que tomar notas. Debo de llevar la libreta por alguna parte…

—¿En el camisón?

—Es increíble cómo se le ocurren a uno las ideas cuando está en la cama, siempre lo he dicho.

Las llamas llegaron al punto donde se había encontrado Errol. Pero ya no estaba allí. El rey trató de girar en el aire. El pequeño dragón trazó círculos humeantes por el cielo, en torno a su desconcertado adversario. Más llamas, más largas y calientes, lo buscaron sin encontrarlo.

La multitud observaba en silencio, sin apenas atreverse a respirar.

—¡Hola, capitán! —saludó una voz. Vimes bajó la vista. Un apestoso montoncito de lodo disfrazado de Nobby le sonrió.

—¡Pensé que estabais muertos! —exclamó.

—Pues no lo estamos —replicó Nobby.

—Ah. Qué bien.

No parecía haber mucho más que decir.

—¿Qué te parece la pelea?

Vimes volvió a mirar hacia arriba. Las espirales de humo subían por toda la ciudad.

—Me temo que no va a funcionar —suspiró lady Ramkin—. Oh, hola, Nobby.

—Buenas tardes, señora —dijo el cabo, llevándose la mano al barro que le cubría la sien.

—¿Qué quiere decir con que no va a funcionar? —protestó Vimes —. ¡Mírelo, mire cómo pelea! ¡El dragón todavía no le ha dado ni una vez!

—Sí, pero Errol le ha dado con su llama varias veces. Y no parece haber surtido el menor efecto. Mucho me temo que no es lo suficientemente caliente. Sí, por ahora lo va esquivando… pero tiene que tener suerte siempre. Y al dragón grande le basta con tener suerte una vez.

Vimes captó la deprimente idea.

—¿Quiere decir que esto es sólo un espectáculo? ¿Que no lo hace más que para impresionar?

—No es culpa suya —intervino Colon, materializándose tras ellos —. Es como lo que hacen los perros, ¿a que sí? Al pobre pequeñajo ni se le ha ocurrido pensar que se enfrenta a uno tan grande. Sólo quiere exhibirse.

Ambos dragones parecieron darse cuenta de que aquella pelea estaba en tablas klatchianas. Con otro anillo de humo y una última llamarada blanca, se separaron y se alejaron unos cientos de metros.

El rey se quedó planeando, sacudiendo las alas rápidamente. Altura. Eso era lo más importante. Cuando un dragón peleaba con otro dragón, lo más importante siempre era la altura…

Errol recuperó el equilibrio sobre su llama. Parecía estar pensando.

Luego, despreocupadamente, sacudió las patas traseras como si los dragones hubieran dominado la técnica de volar sobre sus gases estomacales durante un millón de años, maniobró, y se alejó volando. Durante un instante, se lo pudo ver en forma de estela plateada. Luego, pasó por encima de los muros de la ciudad y desapareció.

Un gemido lo despidió. Brotaba de diez mil gargantas.

Vimes alzó las manos.

—No te preocupes, jefe —se apresuró a tranquilizarlo Nobby—. Seguro que ha ido a…, no sé, a beber algo, o una cosa por el estilo. Quizá sea el final del primer asalto. O una cosa por el estilo.

—Es verdad, se comió nuestra tetera y todo eso —asintió Colon, inseguro—. No va a huir después de haberse comido una tetera. Es evidente. Alguien capaz de comerse una tetera no huye de nada.

—Y mi abrillantador para armaduras —asintió Zanahoria—. Me

costó casi un dólar la lata.

—Ahí lo tienes —dijo Colon—. Lo que decía yo.

—Mirad —replicó Vimes, reuniendo toda su paciencia—. Es un dragoncito encantador, yo lo apreciaba tanto como vosotros, un bicho simpático, pero acaba de hacer lo más sensato, dioses, no se va a dejar quemar vivo sólo para salvarnos. La vida no es así. Más vale que os hagáis a la idea.

En el cielo, el gran dragón surcó el aire e incendió una torre cercana. Había ganado.

—Nunca había visto una cosa semejante —dijo lady Ramkin—. Lo normal es que los dragones luchen hasta la muerte.

—Pues ha criado usted uno muy sensato —señaló Vimes con amargura—. Seamos sinceros: las posibilidades de que un dragón del tamaño de Errol derrote a otro tan grande son de una contra un millón.

Hubo uno de esos silencios que se hacen después de que alguien acaba de dar en el clavo de un asunto, y el mundo contiene la respiración.

Los guardias se miraron unos a otros.

—¿De una contra un millón? —preguntó Zanahoria como quien no quiere la cosa.

—Sin duda —asintió Vimes—. De un millón contra una.

Los guardias volvieron a mirarse.

—De una contra un millón —dijo Colon.

—De una contra un millón —asintió Nobby.

—Es verdad —repitió Zanahoria—. De una contra un millón.

Se hizo otro silencio agudo. Los guardias se estaban preguntando quién iba a ser el primero en *decirlo*.

El sargento Colon tomó aliento.

—Pero puede funcionar —terminó.

—¿De qué estáis hablando? —bufó Vimes—. No hay manera de que…

Nobby le dio un codazo apremiante en las costillas, y señaló hacia el extremo de las llanuras.

Allí había una columna de humo negro. Vimes entrecerró los ojos. Por encima del humo, desplazándose sobre un plantío de cebollas y acercándose a toda velocidad, había una bala plateada.

El gran dragón también lo había visto. Lanzó una llamarada desafiante y se remontó para tener aún más altura, batiendo el aire con sus enormes alas.

Ahora la llama de Errol era visible, tan caliente que parecía casi azul. El paisaje se deslizaba bajo él a una velocidad imposible, y el dragoncito todavía seguía acelerando.

Ante él, el rey extendió las zarpas. Casi parecía sonreír.

Errol va a golpearlo, pensó Vimes. Que los dioses nos ayuden, menuda explosión va a haber.

En los campos estaba sucediendo algo extraño. Un poco por detrás de Errol, la tierra parecía estarse arando sola, lanzando al aire brotes de cebollas. Los matorrales saltaron en una lluvia de polvo…

Errol pasó silenciosamente por encima de los muros de la ciudad, con el morro alto, las alas plegadas a lo largo de los costados, el cuerpo convertido en un simple cono con una llamarada en un extremo. Su adversario le lanzó una lengua de fuego; Vimes vio cómo Errol, con apenas un leve movimiento de las alas hipertrofiadas, lo esquivaba fácilmente. Y luego desapareció en dirección al mar, en el mismo silencio escalofriante.

—Ha falla… —empezó Nobby. El aire retumbó. Un trueno interminable recorrió toda la ciudad, destrozando tejas y derribando chimeneas. El rey se vio atrapado en el aire, golpeado y sacudido como una peonza en una centrifugadora sónica. Vimes, con las manos sobre los oídos, vio cómo la criatura lanzaba llamas desesperadamente sin poder controlar su vuelo en el centro de una espiral de fuego enloquecido.

La magia chisporroteaba en sus alas. El dragón lanzó un aullido penetrante. Luego, sacudiendo la cabeza, aturdido, empezó a planear en amplios círculos.

Vimes gimió. La criatura acababa de sobrevivir a algo que destrozaba las piedras. ¿Qué había que hacer para derrotarla? No se la puede atacar, pensó. No se la puede quemar, no se la puede machacar. No se puede hacer nada con ella.

El dragón aterrizó. No fue un aterrizaje perfecto. Un aterrizaje perfecto no habría derribado toda una hilera de casas. Fue lento, pareció durar una eternidad y trazar un surco sobre una considerable extensión de la calle.

Sacudiendo torpemente las alas, moviendo el cuello y lanzando llamaradas al azar, fue a estrellarse contra un montón de cascotes y vigas. En su sendero de destrucción se produjeron varios incendios.

Por fin, se detuvo y quedó casi enterrado bajo los restos de lo que había sido arquitectura.

El silencio que siguió sólo fue quebrado por los gritos de alguien que intentaba organizar la enésima cadena de cubos entre el río y los incendios más recientes.

Luego, la gente empezó a moverse.

Desde el aire, Ankh-Morpork debía de parecer un hormiguero, lleno de hileras de figuras negras que avanzaban hacia el dragón caído.

La mayoría tenían alguna arma.

Muchos tenían lanzas.

Algunos tenían espadas.

Todos tenían una intención.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Vimes en voz alta—. Va a ser el primer dragón del mundo democráticamente asesinado. ¡Un hombre, un puñal!

—¡Pues tiene que detenerlos! ¡No puede permitir que lo maten! —exclamó lady Ramkin. Vimes se la quedó mirando.

—¿Cómo dice?

—¡Está herido!

—Señora, de eso se trataba, ¿no? Además, sólo está atontado —replicó Vimes.

—Quiero decir que no puede dejar que lo maten *así* —insistió lady Ramkin—. ¡Pobre cosita!

—Entonces, ¿qué quiere hacer? —casi gritó Vimes, que estaba perdiendo la paciencia—. ¿Darle una friega con uno de sus ungüentos y ponerle un cesto delante de la estufa?

—¡Es una carnicería!

—¡Por mí, perfecto!

—¡Pero se trata de un dragón! ¡No hacía más que comportarse como un dragón! Si lo hubieran dejado en paz, nunca habría venido aquí.

Estaba a punto de comérsela, pensó Vimes, y aun así sigue pensando de la misma manera. Titubeó. Quizá eso le diera derecho a exponer su opinión…

Se miraron, muy pálidos. En aquel momento, el sargento Colon se acercó a ellos, corriendo a saltitos nerviosos.

—¡Será mejor que vengas deprisa, capitán! —exclamó—. ¡Va a ser un asesinato!

Vimes hizo un gesto desdeñoso.

—Por lo que a mí respecta —murmuró, esquivando la mirada de Sybil Ramkin—, se lo tiene bien ganado.

—No es eso —replicó Colon—. Se trata de Zanahoria. Ha arrestado al dragón. Vimes tragó saliva.

—¿Cómo que lo ha arrestado? —consiguió decir—. No querrás decir lo que creo que quieres decir, ¿verdad?

—Pues es posible, señor —contestó Colon, inseguro—. Es posible. Se subió a los cascotes a toda velocidad, señor, agarró al dragón por un ala, y dijo «Te hemos trincado, tío». Ha sido increíble, señor. Y lo que vino después sí que no te lo vas a creer…

—¿El qué?

El sargento dio otro saltito nervioso.

—¿Sabes aquello que nos dices de que no hay que maltratar a los prisioneros…?

Era una viga bastante grande y pesada, y cortaba el aire con

cierta lentitud, pero cuando golpeaba a alguien, ese alguien caía de espaldas y quedaba bien golpeado.

—Escuchad bien —dijo Zanahoria, echándose el casco hacia atrás pero sin soltar la viga—. No quiero tener que volver a repetirlo, ¿entendido?

Vimes se abrió camino a codazos entre la densa multitud, con la vista fija en la musculosa figura que se alzaba sobre el montón de cascotes y de dragón. Zanahoria se giró lentamente, esgrimiendo la viga como si se tratara de un bastón. Su mirada era como la luz de un faro. Allí donde se posaba, la gente bajaba las armas y se quedaba silenciosa e incómoda.

—He de advertiros —siguió Zanahoria—, que interferir con un oficial en el cumplimiento de su deber es un delito muy grave. Y el próximo que tire una piedra se va a enterar, os lo garantizo.

Una piedra se estrelló contra la parte trasera de su casco. Se oyeron varias carcajadas.

—¡Deja que le demos su merecido!

—¡Eso!

—¡No queremos que ningún guardia vaya por ahí dándonos órdenes!

—¿Quién guarda a los guardias?

—¿Eh? ¡Eso!

Vimes tiró del brazo del sargento.

—Ve a buscar cuerda. Mucha cuerda. Y lo más gruesa posible. Supongo que podemos…, yo qué sé, atarle las alas al cuerpo, quizá, y amarrarle las mandíbulas para que no pueda lanzar llamas.

Colon lo miró fijamente.

—¿Lo estás diciendo en serio, señor? ¿De verdad lo vamos a arrestar?

—¡Hazlo!

Ya lo hemos arrestado, pensó mientras se adelantaba entre la gente. Personalmente, me habría gustado más que fuera a caer al mar, pero ya lo hemos arrestado, y tenemos que presentar cargos o dejarlo libre.

Sintió que sus opiniones al respecto de la maldita criatura se evaporaban en presencia de la multitud. ¿Qué podían hacer con el dragón? Proporcionarle un juicio justo, pensó, y luego ejecutarlo. No matarlo. Eso es lo que hacen los héroes en los lugares donde no hay i ley. Pero en las ciudades no se puede pensar así. Mejor dicho, sí que se puede, pero si lo haces más vale que lo quemes todo y empieces de nuevo. Hay que hacerlo… según las leyes.

(Eso es. Lo hemos intentado todo. Ahora sólo nos queda probar con las leyes. Además, añadió mentalmente, ese que está ahí arriba es un guardia de la ciudad. Tenemos que apoyarnos mutuamente. Nadie

puede meterse con nosotros.

Ante él, un hombre corpulento alzó un brazo con el que sostenía medio ladrillo.

—Si tiras ese ladrillo, eres hombre muerto —amenazó Vimes.

Luego se agachó y se escurrió apresuradamente entre la gente, de manera que cuando el potencial lanzador de ladrillos miró hacia atrás no lo vio.

Zanahoria había alzado la viga en gesto amenazador cuando Vimes consiguió trepar al montón de cascotes.

—Ah, hola, capitán Vimes —dijo al tiempo que la bajaba—. Es mi deber informarle de que he arrestado a este…

—Sí, ya lo veo —le interrumpió Vimes—. ¿Se te ocurre alguna sugerencia sobre lo que podemos hacer ahora?

—Oh, por supuesto, señor. Tengo que leerle sus derechos, señor.

—Aparte de eso.

—La verdad es que no, señor.

Vimes contempló las partes del dragón que resultaban visibles bajo los cascotes. ¿Cómo se podía matar a un monstruo así? Tardarían un día entero.

Un trozo de piedra rebotó contra su armadura.

—¿Quién ha sido?

La voz restalló como un látigo.

La multitud se quedó en silencio.

Sybil Ramkin subió a los restos del edificio, con los ojos brillantes de ira, y dirigió una mirada furiosa a la multitud.

—¡He preguntado que quién ha sido! ¡Si el que haya sido no lo confiesa, me voy a enfadar *mucho!* ¡Debería daros vergüenza a todos!

Había conseguido que le prestaran atención. Varios de los hombres que tenían piedras y otras cosas las.dejaron caer disimuladamente.

La brisa agitaba los restos de su camisón cuando la dama se dispuso a lanzar la arenga.

—El *valeroso* capitán Vimes…

—Oh, dioses —gimió Vimes entre dientes, echándose el casco sobre los ojos.

—… y sus osados hombres, se han tomado la molestia de venir aquí, a salvar vuestros…

Vimes agarró a Zanahoria por el brazo, y consiguió guiarlo hasta el otro lado del montón de cascotes.

—¿Se encuentra bien, capitán? —preguntó el muchacho—. Se ha puesto todo rojo.

—No empieces tú también —le espetó Vimes—. Ya tengo bastante con aguantar las risitas de Nobby y del sargento.

Para su sorpresa inconmensurable, Zanahoria le dio unas

amistosas palmaditas en la espalda.

—Le comprendo muy bien —dijo, comprensivo—. En las montañas conocía a una chica que se llamaba Minty, y su padre…

—Oye, lo diré por última vez, no hay absolutamente nada entre… —empezó Vimes.

Se oyó un ruido tras ellos. Una pequeña avalancha de yeso y tejas cayó rodando. Los cascotes se movió ron, y abrieron un ojo. Una enorme pupila negra flotó sobre una córnea inyectada en sangre, y trató de con centrarse en ellos.

—Debemos de estar locos —suspiró Vimes.

—Oh, no, señor —replicó Zanahoria—. Hay muchos precedentes. En 1135, una gallina fue arrestada por poner huevos el Jueves del Pastel Enamorado Y durante el régimen de lord Espasmo el psiconeurotico, se ejecutó a toda una colonia de murciélagos por violación persistente del toque de queda. Eso fue en 1401. En agosto, creo recordar. Eran grandes tiempos para la ley —siguió el muchacho, soñador—. En 1321, se juzgó a una pequeña nube por cubrir el sol en el momento más importante de la ceremonia de investidura del conde Hargath el Frenético.

—Espero que Colon se dé prisa con la… —Vimes se detuvo en seco. Tenía que saberlo—. ¿Cómo? —preguntó—. ¿Qué se le puede hacer a una nube?

—El conde la sentenció a ser apedreada hasta la muerte —explicó Zanahoria—. Al parecer, murieron treinta y un ciudadanos.

Sacó la libreta de notas y miró al dragón.

—¿Cree que puede oírnos? —preguntó.

—Supongo que sí.

—Bien, en ese caso… —Zanahoria se aclaró la garganta y se volvió hacia el aturdido reptil—. Es mi deber informarte de que se te ha detenido acusado de los siguientes cargos, a saber: Uno, (Uno) i, que el día 18 del pasado mes de grunio, en un lugar conocido como Calle Corazón, en el distrito de Las Sombras, encendiste fuego de manera ilegal y peligrosa para los residentes, contraviniendo la Cláusula Siete del Acta de Procesos Industriales, 1508; Y QUE, Uno (Uno) ii, que el día 18 del pasado mes de grunio, en un lugar conocido como Calle Corazón, en el distrito de Las Sombras, mataste o provocaste la muerte de seis personas de identidad desconocida…

Vimes se preguntó si los cascotes retendrían a la criatura mucho tiempo. Porque iban a necesitar varias semanas, dado el número de las acusaciones.

La multitud se había quedado en silencio. Hasta Sybil Ramkin los miraba, atónita.

—¿Qué pasa? —dijo Vimes a los rostros que los observaban—. ¿No habéis visto nunca cómo se arresta a un dragón?

—… Dieciséis (Tres) ii, que en la noche del 24 del pasado mes de grunio, incendiaste o provocaste el incendio de las instalaciones conocidas como Vieja Casa de la Guardia, en Ankh-Morpork, valoradas en doscientos dólares; Y QUE, Dieciséis (Tres) iii, que en la noche del 24 del pasado mes de grunio, al ser requerido por un oficial de la Guardia durante el cumplimiento de su deber…

—Será mejor que nos demos prisa —le susurró Vimes—. Se empieza a mover demasiado. ¿De verdad es necesario todo esto?

—Bueno, creo que se pueden resumir los cargos —asintió Zanahoria—. En circunstancias excepcionales, según las Normas Bregg para…

—Quizá esto te sorprenda, pero las circunstancias *son* excepcionales, Zanahoria —replicó Vimes—. Y van a ser realmente *irrepetibles* si Colon no se da prisa con esa cuerda.

Se movieron más cascotes a medida que el dragón : intentaba levantarse. Un golpe brusco resonó para subrayar la caída de una pesada viga. Los mirones echaron a correr.

Aquél fue el momento que Errol eligió para volver i volando sobre los tejados, con una serie de pequeñas ; explosiones y dejando tras él un rastro de anillos de humo. Descendió, planeó sobre la multitud e hizo que más de uno se tirara de bruces al suelo. También él aullaba.

Vimes agarró a Zanahoria por el brazo y saltó del montón de cascotes mientras el rey se debatía desesperadamente para liberarse.

—¡Ha vuelto para matarlo! —gritó—. ¡Seguro que ha tardado todo este tiempo en frenar!

Ahora el dragoncito planeaba sobre el monstruo caído, con unos aullidos tan agudos que habrían hecho añicos la botella más gruesa.

El gran dragón consiguió asomar la cabeza en medio de una cascada de polvo de yeso. Abrió la boca, pero en vez de la lanza de fuego blanco que Vimes esperaba con todos los nervios en tensión, se limitó a emitir un sonido semejante al de un gatito. Un gatito gritando dentro de una cuba de latón en el fondo de una cueva, sí, pero un gatito al fin y al cabo.

Los restos de ladrillos cayeron por toda la calle cuando la criatura se levantó, insegura. Las grandes alas se abrieron, dispersando aún más el polvo y los trozos de teja. Algunos tintinearon contra el casco del sargento Colon, que había vuelto a toda velocidad con lo que parecía una cuerda de tender enrollada colgada del brazo. —¡Estás dejando que se eleve! —gritó Vimes al tiempo que empujaba al sargento para ponerlo a salvo—. ¡No tienes que dejar que se eleve, Errol! ¡No permitas que empiece a volar! Lady Ramkin frunció el ceño.

—Algo va mal —dijo—. Nunca pelean de esa manera. El vencedor suele matar al perdedor.

—¡Buena idea! —exclamó Nobby.

—Y luego, la mitad de las veces, él también explota por la emoción.

—¡Escucha, soy yo! —gritó Vimes a Errol, que revoloteaba despreocupadamente sobre ellos—. ¡Yo te compré la pelotita! ¡La que tenía el cascabel dentro! ¡No nos puedes hacer esto!

—No, espere un momento —le interrumpió lady Ramkin, poniéndole una mano en el brazo—. Me parece que nos hemos equivocado de cabo a rabo…

El gran dragón saltó al aire y batió las alas con un *zump* que derribó unos cuantos edificios más. La gran cabeza se meció, los ojos inyectados en sangre se fijaron en Vimes.

Parecía que, tras ellos, circulaba más de un pensamiento.

Errol describió un rápido arco en el cielo y se situó ante el capitán con gesto protector, enfrentándose al dragón. Por un momento, pareció que la bestia lo iba a convertir en una tostada voladora, y entonces bajó la vista, como avergonzada, y echó a volar.

Ascendió en una espiral amplia, acelerando progresivamente. Errol lo acompañó, en órbita en torno al enorme cuerpo.

—Es…, es como si estuviera rondándolo… —titubeó Vimes.

—¡Llega al final con ese bastardo! —gritó Nobby con entusiasmo.

—Querrás decir que acabe con él, Nobby —le corrigió Colon.

Vimes sintió la mirada de lady Ramkin clavada en la nuca. Miró la expresión de la mujer.

Y comprendió.

—Oh —dijo.

Lady Ramkin asintió.

—¿De verdad? —preguntó Vimes.

—Sí —asintió ella—. La verdad es que debería habérseme ocurrido antes. Era por la llama, por lo caliente que era, claro. Y además, siempre son mucho más territoriales que los machos.

—¿Por qué no peleas con ese hijo de puta? —gritó Nobby al dragoncito.

—Hija de puta, Nobby —dijo Vimes con tranquilidad—. No hijo de puta. Hija de puta.

—¿Por qué no pe… qué?

—Pertenece al género femenino —explicó lady Ramkin.

—¿Qué?

—Queremos decir que, si hubieras probado tu golpe favorito, no habría servido de nada, Nobby —señaló Vimes.

—Es una chica —tradujo lady Ramkin.

—¡Pero si es jodidamente grande! —exclamó Nobby.

Vimes carraspeó en tono de advertencia. Los ojillos de roedor de Nobby miraron de soslayo a Sybil Ramkin, que había enrojecido como una puesta de sol.

—Un perfecto espécimen de dragona, quiero decir —agregó rápidamente.

—Sí…, eh…, caderas amplias, buena criadora —aportó el sargento Colon.

—Estatutescas —añadió Nobby con fervor.

—Callaos —ordenó Vimes.

Se sacudió el polvo de los restos de su uniforme, se ajustó bien la placa pectoral, y se puso bien el casco, palmeándolo con firmeza. Aquello no acababa allí, lo sabía. Aquello no había hecho más que empezar.

—¡Venid conmigo, muchachos! ¡Venga, deprisa! ¡Ahora que todo el mundo está distraído mirando a los dragones! —les ordenó.

—Pero ¿qué hacemos con el rey? —preguntó Zanahoria—. ¿O con la reina? ¿O con lo que sea?

Vimes contempló las formas que se empequeñecían con la distancia.

—La verdad es que no lo sé —respondió—. Supongo que ahora todo depende de Errol. Nosotros tenemos otras cosas que hacer, ¡vamos!

Colon se puso firme, todavía luchando por recuperar el aliento.

—¿Adonde, señor? —consiguió preguntar.

—Al palacio. ¿Alguno de vosotros tiene una espada?

—Le puedo prestar la mía, capitán —dijo Zanahoria.

Se la tendió.

—Bien —asintió Vimes con voz tranquila. Los miró—. Adelante.

Los guardias caminaron tras Vimes por las calles desoladas.

Él empezó a caminar más deprisa. Lo? guardias empezaron a trotar para mantenerse a su altura.

Vimes empezó a trotar para adelantarlos.

Los guardias aceleraron aún más el paso.

Luego, como si les hubieran dado una orden muda, echaron a correr.

Luego, a galopar.

La gente se apartaba precipitadamente a su paso. Las enormes sandalias de Zanahoria golpeaban rítmicas los guijarros del suelo. Las botas de Nobby les arrancaban chispas. Colon corría en silencio y, como todos los gordos cuando corren, con el rostro tenso en una mueca de concentración.

Recorrieron la calle de los Artesanos Hábiles, giraron por el callejón del Lomo del Cerdo, salieron a la calle de los Dioses Menores y se dirigieron a toda velocidad hacia el palacio. Vimes apenas conseguía mantenerse al frente, en su mente no había nada más que la necesidad de correr, y correr, y correr.

Bueno, casi nada más. Pero la cabeza le zumbaba con ecos enloquecidos, los mismos que han oído todos los guardias del mundo, todos los pies planos del multiverso que en una u otra ocasión han intentado hacer lo Correcto.

Muy por delante de ellos, unos cuantos guardias del palacio desenvainaron las espadas, se lo pensaron mejor, se volvieron a refugiar tras los muros exteriores y cerraron las puertas. Acababan de hacerlo en el momento en que llegaron Vimes y sus hombres.

Éste titubeó, jadeante. Contempló las enormes puertas mientras recuperaba el aliento. Las que había quemado el dragón habían sido sustituidas por otras aún más imponentes. Desde detrás de ellas le llegó el sonido de los cerrojos al encajar.

No era momento para andarse con tonterías. Era capitán de la guardia, maldición. Todo un oficial. A los oficiales no les preocupaban las tonterías como aquélla. Los oficiales tenían un sistema infalible para resolver aquel tipo de problemas. Se llamaba «sargento».

—¡Sargento Colon! —rugió, con la mente todavía llena de policiedad universal—. ¡Vuela ese cerrojo! El sargento titubeó.

—¿Cómo, señor? ¿Con un arco y una flecha?

—Quiero decir… —titubeó Vimes—. ¡Quiero decir que abras la puerta!

—¡Sí, señor! —Colon saludó. Miró las puertas un instante—. ¡Al momento! —rugió—. ¡Agente Zanahoria, un paso al frente! ¡Agente Zanahoria, firmes! ¡Agente Zanahoria, abre esa puerta al momento!

—¡Sí, señor!

Zanahoria dio un paso al frente, saludó, apretó una enorme mano hasta formar un puño, y llamó suavemente a la puerta.

—¡Abrid en nombre de la ley! —ordenó.

Se oyeron susurros al otro lado de la muralla y, al final, una pequeña mirilla se abrió una fracción de milímetro.

—¿Por qué? —preguntó una voz.

—Porque, si no lo hacéis, estaréis Interfiriendo con un Oficial de la Guardia en Cumplimiento de su Deber, delito castigado con una multa de no menos de treinta dólares o un mes de prisión menor, así como a permanecer en custodia para ulteriores interrogatorios y a media hora con un atizador al rojo vivo.

Se oyeron más susurros amortiguados, los cerrojos se deslizaron y las grandes puertas se entreabrieron.

Al otro lado no se veía a nadie.

Vimes se llevó un dedo a los labios. Señaló a Zanahoria una de las puertas, y arrastró a Nobby y a Colon hacia la otra.

—Empujad —susurró.

Empujaron, y con todas sus fuerzas. Se oyeron gritos de dolor y maldiciones procedentes desde detrás de la gruesa madera.

—¡Corramos! —gritó Colon.

—¡No! —replicó Vimes.

Dio la vuelta para mirar detrás de la puerta. Cuatro guardias de palacio semiaplastados alzaron la vista hacia él.

—No —repitió—. Se acabó el correr. Quiero que arrestéis a estos hombres.

—No os atreveréis —dijo uno de los hombres. Vimes lo miró.

—Clarence, ¿verdad? —dijo—. Clarence acabado en ce. Pues a ver si te enteras bien de lo que te digo, Clarence acabado en ce. Puedes elegir entre enfrentarte a los cargos de Conspiración y Complicidad o…

—Se inclinó más hacia él y dirigió a Zanahoria una mirada cargada de sentido—. O enfrentarte a un hacha.

—¡Chúpate ésa, cretino! —exclamó Nobby, dando saltitos de venenosa excitación.

Los ojillos de Clarence contemplaron la enorme mole que era Zanahoria, y luego el rostro de Vimes. Allí no había ni rastro de compasión. De mala gana, pareció tomar una decisión.

—Muy bien —dijo Vimes—. Enciérralos en la garita, sargento.

Colon desenfundó el arco e irguió los hombros.

—Ya habéis oído al jefe —rugió—. Un solo movimiento en falso y sois…, y sois… —buscó una palabra, la desesperada—. ¡Y sois caradeverdes!

—¡Eso! ¡Que se enteren de lo que es bueno! —lo apoyó Nobby.

—¿De Conspiración y Complicidad con quien, capitán? —preguntó Zanahoria, mientras los guardias desarmados seguían adelante—. Hay que ser cómplice de alguien.

—Creo que, en este caso, se trata de una complicidad en general —replicó Vimes—. Y de una conspiración con el agravante de reincidencia.

—Eso —asintió Nobby—. ¡No soporto a esos canallas de conspiradores!

Colon tendió a Vimes la llave de la garita.

—No es un lugar muy seguro, capitán —dijo—. Tarde o temprano, se las arreglarán para salir.

—Eso espero —contestó Vimes—, porque quiero que tires esa llave al primer pozo que nos encontremos. ¿Estamos todos? Bien, seguidme.

Lupine Wonse recorrió los destrozados pasillos del palacio, con *La invocación de dragones* bajo un brazo y la deslumbrante espada regia asida con la otra mano temblorosa.

Se detuvo, jadeante, ante una puerta.

No había muchas zonas de su mente que se encontraran en

situación de albergar razonamientos lógicos y cuerdos, pero la pequeña parte que seguía funcionando no dejaba de insistir en que no podía haber visto y oído lo que había visto y oído.

Alguien lo estaba siguiendo.

Y había visto a Vetinari caminando por el palacio. *Sabía* que el viejo patricio estaba encerrado. La cerradura de su celda era completamente indestructible. Recordaba muy bien que el mismo Vetinari se lo había repetido hasta la saciedad cuando la instalaron.

Divisó un movimiento entre las sombras al final del pasillo. Wonse dejó escapar un gemido, giró el picaporte de la puerta que tenía más cerca, entró a toda velocidad y cerró de golpe. Se apoyó contra la pared y luchó por recuperar el aliento.

Abrió los ojos.

Estaba en la antigua sala de audiencias privadas. El patricio se encontraba sentado en su viejo sillón, con las piernas cruzadas. Lo observaba con moderado interés.

—Ah, Wonse —dijo.

Wonse pegó un salto, se aferró al picaporte, salió precipitadamente al pasillo y no paró de correr hasta que no llegó a la escalera principal, que ahora se alzaba entre las ruinas del centro del palacio como un extraño sacacorchos. Escaleras…, altura…, terreno elevado…, defensa. Subió los peldaños de tres en tres.

Lo único que necesitaba eran unos minutos de paz. Luego, ya verían todos.

Los pisos superiores estaban aún más llenos de sombras. Lo que les faltaba era resistencia estructural. Al construir su caverna, el dragón había derribado columnas y muros. Las habitaciones se abrían de manera patética al borde del abismo. Los restos de los tapices y las alfombras ondeaban al viento a través de las ventanas destrozadas. El suelo temblaba como un trampolín bajo los pies de Wonse, que consiguió llegar hasta la puerta más cercana, y la abrió.

—No ha estado nada mal, bastante rápido —dijo el patricio, aprobador.

Wonse le cerró la puerta en las narices, y corrió gritando pasillo abajo.

La cordura consiguió apoderarse de él durante un instante. Se detuvo junto a una estatua. No se oía sonido alguno, ni pisadas apresuradas, ni el chirrido de puertas secretas. Lanzó una mirada de sospecha a la es tatúa, y la pinchó con la punta de la espada.

Al ver que no se movía, se dirigió hacia una puerta y la cerró de golpe a su espalda, cogió una silla y la uso para atrancar el picaporte. Era una de las salas de reuniones del piso superior, casi carente ahora de mobiliario, así como de una de las paredes. El lugar que debería haber ocupado esta última daba ahora a la caverna. El patricio salió

de entre las sombras.

—Bueno, si te has cansado ya de correr… —empezó. Wonse giró sobre sí mismo, con la espada desenvainada y lista.

—No existes, no existes —dijo—. Eres… un fantasma, o algo así.

—Me temo que no —replicó el patricio.

—¡No puedes detenerme! ¡Aún tengo algo de magia, aún me queda el libro! —Wonse se sacó una bolsa de cuero marrón del bolsillo —. ¡Invocaré a otro! ¡Ya verás!

—Yo no te lo recomendaría —señaló lord Vetinari con voz tranquila.

—¡Claro, te crees tan listo, tan controlado, tan tranquilo, sólo porque yo tengo una espada y tú no! ¡Pues tengo mucho más que eso, para que te enteres! —exclamó Wonse, triunfal—. ¡Sí! ¡Tengo a los guardias de palacio de mi parte! ¡Me obedecen a mí, no a ti! Nadie te aprecia, ¡nadie te ha apreciado nunca!

Movió la espada de manera que la punta quedara a un palmo del frágil pecho del patricio.

—Así que volverás a la celda —dijo—. Y esta vez, me aseguraré de que no salgas nunca. ¡Guardias! ¡Guardias!

Se oyó el ruido de unos pasos precipitados en el pasillo. La puerta se estremeció, la silla se movió. Hubo un momento de silencio. Después, puerta y silla saltaron por los aires en un millón de astillas.

—¡Lleváoslo de aquí! —gritó Wonse—. ¡Echad más escorpiones a la mazmorra! ¡Metedlo en…, *vosotros no sois…!*

—Baja esa espada —ordenó Vimes, mientras, tras él, Zanahoria se sacudía los trocitos de puerta del puño.

—¡Eso! —lo apoyó Nobby, aventurando un vistazo desde detrás del capitán—. ¡Ponte contra la pared, y que yo te las vea bien, hijoputa!

—¿Eh? —susurró el sargento Colon, con ansiedad—. ¿Qué quieres verle?

Nobby se encogió de hombros.

—Ni idea —dijo—. Supongo que todo. Hay que ir sobre seguro.

Wonse miró a los guardias, incrédulo.

—Ah, Vimes —dijo el patricio—. Haz el favor de…

—Cállate —replicó Vimes con tranquilidad—. ¿Agente Zanahoria?

—¡Señor!

—Léele sus derechos al prisionero.

—Sí, señor.

Zanahoria sacó su libreta de notas, se humedeció el pulgar y empezó a pasar las páginas.

—Lupine Wonse —empezó—, alias Supino Garabato P.O…

—¿Qué? —se asombró Wonse.

—… con domicilio actualmente en el lugar conocido como El

Palacio, en Ankh-Morpork, es mi deber informarle de que se le arresta y será acusado de… —Zanahoria dirigió una mirada desesperada a Vimes—. De varios cargos de asesinato utilizando como arma un dragón, así como de delitos de complicidad en general que serán detallados más adelante. Tiene derecho a permanecer en silencio. Tiene derecho a no ser arrojado sumariamente a un estanque de pirañas. Tiene derecho a un juicio por prueba de fuego. Tiene dere…

—Esto es una locura —intervino el patricio con voy calmada.

—¡Me parece que te he dicho que te calles! —rugió Vimes, girando en redondo y sacudiendo un dedo tembloroso bajo la nariz del patricio.

—Dime, sargento —susurró Nobby—, ¿crees que el pozo de los escorpiones será un lugar cómodo?

—… decir nada… eh, pero todo lo que diga será anotado aquí, en mi libreta, y bueno, luego podrá ser utilizado como prueba…

La voz de Zanahoria se desvaneció.

—Bueno, Vimes, si esta payasada te proporciona algún placer… —dijo el patricio al final—. Llevadlo abajo, a las celdas. Me encargaré de él mañana por la mañana.

Wonse no los advirtió. No lanzó ningún grito o aullido. Simplemente, corrió hacia el patricio blandiendo la espada.

Las opciones desfilaron por la mente de Vimes. En primer lugar apareció la sugerencia de que sería un buen plan dejar que las cosas siguieran su curso, permitir que Wonse lo hiciera, desarmarlo luego y que la ciudad se limpiara, se renovara. Sí. Buen plan.

Y, por tanto, nunca comprendió por qué eligió lanzarse hacia adelante, y blandir la espada de Zanahoria para bloquear el golpe…

Quizá tuviera que ver con eso de hacer las cosas según la Ley.

Las espadas chocaron. Sin demasiado estrépito. Vi-mes sintió que algo brillante y plateado pasaba zumbando junto a su oreja para ir a estrellarse contra la pared de enfrente.

Wonse se quedó boquiabierto. Dejó caer lo que quedaba dé su espada y retrocedió un paso, aferrándose a *La invocación.*

—Lo lamentaréis —siseó—. ¡No os imagináis cuánto lo vais a lamentar!

Empezó a balbucear entre dientes.

Vimes comenzaba a temblar. Estaba casi seguro de saber lo que había pasado como una bala junto a su cabeza, y sólo con pensarlo le corrían sudores fríos por la espalda. Había acudido al palacio dispuesto a matar, y un minuto más tarde, tan sólo un minuto más tarde, cuando por una vez en la vida todo parecía funcionar bien y tenía controlada la situación…, lo único que deseaba era tomar una copa. Y dormir a pierna suelta una semana.

—¡Déjalo ya! —suspiró—. ¿Vas a venir por las buenas, o no?

Los balbuceos continuaron. El aire de la habitación empezaba a ser caliente y seco.

Vimes se encogió de hombros.

—Como quieras — dijo, dándose la vuelta—. Zanahoria, que caiga sobre él el peso de la ley.

—Inmediatamente, señor.

Vimes lo recordó demasiado tarde.

A los enanos se les daban muy mal las metáforas.

Y además, tenían una puntería excelente.

Las Leyes y Ordenanzas de Ankh y Morpork alcanzó de pleno al secretario en la frente. El hombre parpadeó, se tambaleó y dio un paso hacia atrás.

Fue el paso más largo que podía dar. Entre otras cosas, duró el resto de su vida.

Tras varios segundos, lo oyeron chocar contra el suelo, cinco pisos más abajo.

Tras varios segundos más, se asomaron por el borde del suelo destrozado.

—Qué manera de morir —suspiró Colon.

—Desde luego —asintió Nobby, buscándose una colilla detrás de la oreja.

—Ha muerto por una comosellame, por una metáfora.

—No sé —replicó Nobby—, a mí me parece que ha sido por el suelo. ¿Tienes fuego, sargento?

—Era lo que debía hacer, ¿verdad, señor? —preguntó Zanahoria con ansiedad—. Usted me dijo…

—Sí, sí —asintió Vimes—. No te preocupes.

Bajó una mano temblorosa y recogió la bolsa de cuero de Wonse. Dentro había un montón de piedras, todas agujereadas. Se preguntó para qué las habría querido el secretario.

Un ruido metálico a su espalda hizo que se diera la vuelta. El patricio había recogido la espada regia. Ante los ojos del capitán, el anciano arrancó de la pared el otro trozo. Había sido una fractura limpia.

—Capitán Vimes —dijo.

—¿Señor?

—¿Me permites ver esa espada?

Vimes se la tendió. En aquel momento, no se le ocurría qué otra cosa hacer. Probablemente, hiciera lo que hiciera, acabaría en el pozo de los escorpiones.

Lord Vetinari examinó detenidamente la antigua hoja.

—¿Cuánto tiempo hace que la tienes, capitán? —preguntó amablemente.

—No es mía, señor. Pertenece al agente Zanahoria.

—¿El agen…?

—Yo, señor, su señoría —dijo Zanahoria con un saludo marcial.

—Ah.

El patricio dio varias vueltas al arma, contemplándola con fascinación. Vimes sintió que el aire se espesaba a su alrededor, como si la historia se estuviera arremolinando en un momento concreto, pero no habría sabido decir por qué aunque le hubiera ido la vida en ello. Era uno de esos instantes en los que los pantalones del tiempo se bifurcaban, y si uno no tenía cuidado, podía acabar en la pernera equivocada…

Wonse se levantó en un mundo de sombras, con la mente llena de confusión gélida. Pero, en aquel momento, no podía pensar más que en la alta figura encapuchada que se erguía a su lado.

—Creí que estabais todos muertos —murmuró.

Aquel lugar era extrañamente tranquilo, los colores parecían desvaídos, amortiguados. Algo iba mal, rematadamente mal.

—¿Eres tú, Hermano Portero? —aventuró. La figura se acercó aún más.

METAFÓRICAMENTE —dijo.

… y el patricio tendió la espada a Zanahoria.

—Muy bien hecho, joven —dijo—. Capitán Vimes, sugiero que des el resto del día libre a tus hombres.

—Gracias, señor —asintió Vimes—. De acuerdo, muchachos, ya habéis oído a su señoría.

—Pero tú no, capitán. Tenemos que hablar de algunas cosas.

—¿Sí, señor? —dijo con inocencia.

Los guardias se apresuraron a marcharse, no sin dirigir a Vimes una mirada triste y compasiva.

El patricio se acercó hasta el borde del precipicio que se abría en el suelo, y miró hacia abajo.

—Pobre Wonse —dijo.

Vimes se quedó contemplando la pared.

—Sí, señor.

—La verdad, lo habría preferido vivo.

—¿Señor?

—Estaba equivocado, quizá, pero era un hombre muy útil. Su cabeza me habría sido de gran utilidad.

—Sí, señor.

—El resto lo habríamos tirado, claro.

—Sí, señor.

—Era un chiste, Vimes.

—Sí, señor.

—El pobre nunca entendió el funcionamiento di-los pasadizos

secretos, ¿sabes?

—No, señor.

—Ese joven…, ¿has dicho que se llamaba Zanahoria?

—Sí, señor.

—Un buen muchacho. ¿Le gusta estar en la Guardia?

—Sí, señor. Se encuentra como en su casa, señor.

—Me has salvado la vida.

—¿Señor?

—Ven conmigo.

Echó a andar entre las ruinas del palacio. Vimes lo siguió hasta que llegaron al Despacho Oblongo. Estaba bastante limpio. La devastación no lo había afectado apenas, lo único anormal era la capa de polvo que lo cubría todo. El patricio se sentó, y de repente fue como si nunca se hubiera marchado. Vimes llegó a preguntarse si había salido de allí en algún momento.

El anciano cogió un montón de papeles y les sacudió el yeso de encima.

—Qué lástima —suspiró—. Lupine era un hombre muy prolijo.

—Sí, señor.

El patricio entrelazó los dedos de las manos y miró a Vimes por encima de ellas.

—Permite que te dé algunos consejos, capitán —dijo.

—¿Sí, señor?

—Quizá eso te ayude a comprender el mundo.

—Señor.

—Creo que la vida te resulta tan complicada porque piensas que hay gente buena y gente mala —empezó el hombre—. Pero te equivocas, desde luego. Únicamente hay gente mala, *lo que pasa, es que algunas personas ocupan posiciones enfrentadas.*

Hizo un gesto en dirección a la ciudad, y se acercó a una ventana.

—Es un inmenso mar de maldad —dijo, casi como hablar de una propiedad suya—. Poco profundo en algunas zonas, claro, pero enorme, terriblemente profundo en otras. Siempre hay gente como tú que construye frágiles barquitas de normas e intenciones vagamente buenas, y decís que eso es lo bueno, lo que triunfará al final. ¡Es increíble!

Dio una amable palmadita a Vimes en la espalda.

—Ahí abajo —siguió—, hay gente que seguirá a cualquier dragón, que adorará a cualquier dios, que cerrará los ojos ante cualquier iniquidad. Aceptarán toda maldad cotidiana. No es la maldad creativa, aguda, de los grandes pecadores, sino una especie de oscuridad masiva de las almas. Pecado sin originalidad, se podría decir. Aceptan el mal, no porque digan *sí,* sino porque no dicen *no.* Lo lamento si esto te ofende —añadió, dando unas palmaditas en el hombro del capitán—,

pero los que son como tú nos necesitan.

—¿Sí, señor?

—Oh, sí. Somos los únicos que sabemos hacer funcionar las cosas. Verás, lo único que hacen bien las personas buenas es librarse de las malas. Eso lo hacéis de maravilla, desde luego. Pero lo malo es que es lo único que hacéis de maravilla. El primer día suenan las campanas porque ha caído el tirano, y al siguiente todo el mundo empieza a quejarse porque, desde que se fue el tirano, no funciona el servicio de recogida de basuras. Porque la gente mala sabe hacer planes. Se podría decir que es un requisito imprescindible para ser malo. Hasta el último tirano malévolo ha tenido un plan para dominar el mundo. En cambio, la gente buena no parece comprender el concepto.

—Eso es posible. ¡Pero en lo demás, estás equivoca do! —exclamó Vimes—. Lo que pasaba era que la te estaba asustada, aislada…

Se interrumpió. Las frases le sonaban vacías él mismo.

Se encogió de hombros.

—No son más que personas —terminó—. Se comportan como personas, señor.

Lord Vetinari le dirigió una sonrisa amistosa.

—Por supuesto, por supuesto —dijo—. Lo comprendo, tienes que creer eso. Si no, te volverías loco. Si no, empezarías a pensar que te encuentras en un puente más delgado que una pluma sobre los abismos del infierno. Si no, la existencia no sería más que una agonía oscura, y la única esperanza estaría en que no hubiera otra vida tras la muerte. Lo comprendo, créeme. —Contempló su escritorio y suspiró —. Y ahora —siguió—, tengo mucho trabajo por delante. Me temo que el pobre Wonse era un buen sirviente, pero un amo poco eficaz. Así que puedes marcharte. Procura dormir bien esta noche. Ah, y mañana, ven con tus hombres. La ciudad debe demostrar su agradecimiento.

—¿Que debe qué? —se sorprendió Vimes.

El patricio contempló un pergamino. Su voz ya volvía a tener los matices lejanos *y* distantes del que organiza, y planea, y controla.

—Su gratitud —dijo—. Después de cada victoria triunfal, tiene que haber héroes. Es esencial. Así todo el mundo sabrá que las cosas han acabado bien y se puede volver a la normalidad.

Miró a Vimes por encima del pergamino.

—Es parte del orden natural de las cosas —añadió. Tras unos momentos, hizo unas cuantas anotaciones en el papel que tenía delante. Alzó la vista.

—Ya te puedes marchar —repitió. Vimes se detuvo junto a la puerta.

—¿De verdad crees todo eso, señor? —preguntó—. ¿Crees eso de la maldad y oscuridad infinitas?

—Desde luego, desde luego —asintió el patricio al tiempo que

pasaba una página—. Es la única conclusión lógica.

—Pero… te levantas de la cama todas las mañanas, señor.

—¿Mmm? Por supuesto. ¿Adonde quieres llegar?

—Señor, sólo me gustaría saber *por qué.*

—Sé buen muchacho, Vimes, márchate ya.

En la oscura caverna llena de corrientes, excavada desde el corazón del palacio, el bibliotecario avanzaba por el suelo. Trepó por los restos del patético montón de tesoro, y examinó interesado el cuerpo de Wonse.

Luego se agachó y, con sumo cuidado, extrajo *La invocación de dragones* de entre los dedos rígidos. Sopló para quitarle el polvo. Lo acarició con cariño, como si se tratara de un niño asustado.

Se volvió para trepar de nuevo al montón, y entonces se detuvo. Se inclinó otra vez y, con cautela, recogió otro libro de entre los brillantes restos. No era uno de los suyos, excepto quizá en el amplio sentido según el cual todos los libros caían bajo su dominio. Pasó unas cuantas páginas.

—Quédatelo —dijo Vimes, tras él—. Llévatelo. Guárdalo en alguna parte.

El orangután dirigió un gesto de saludo al capitán, y empezó a descender por el montón. Dio un golpecito a Vimes en la rodilla, abrió *La invocación de dragonas,* pasó las páginas maltratadas hasta que dio con la que estaba buscando, y le pasó el libro.

Vimes escudriñó la confusa caligrafía.

Pero los dragones no son como los unicornios, ni nunca lo fueron. Habitan en un reino definido por nuestra mente y voluntad; y por tanto, bien pudiera ser que aquel que los llamara, aquel que les proporcionara un camino hasta este mundo, estuviera llamando al dragón de su propia mente.

Aun siendo así, el puro de corazón puede llamar al dragón del poder como fuerza del bien para su mundo, y en esa noche comenzará la Gran Obra. Todo está dispuesto. He trabajado duro para ser el digno invocador…

Un reino de la mente, pensó Vimes. Entonces, ahí es a donde fueron. A nuestras imaginaciones. Y cuando los llamamos para que vuelvan, les damos forma, como si fueran masa de panadero metida en sus moldes. Sólo que no salen estrellitas y corazones, sale lo mismo que eres tú. Tu propia oscuridad que toma forma…

Vimes volvió a leer los párrafos, y luego pasó las páginas siguientes.

No había muchas más. El resto del libro estaba completamente quemado.

Vimes se lo devolvió al simio.

—¿Qué tipo de hombre era de Malachité? —preguntó.

El bibliotecario meditó un instante, como convenía a una persona que se sabía de memoria el *Diccionario de biografías de la ciudad.* Luego, se encogió de hombros.

—¿Particularmente bueno? —quiso saber Vimes. El simio sacudió la cabeza.

—Bueno, entonces, ¿rematadamente malo? El simio se encogió de hombros y sacudió la cabeza de nuevo.

—Si yo estuviera en tu lugar —dijo Vimes—, pondría ese libro en algún lugar seguro. Y también el libro de leyes. Son demasiado peligrosos.

—Oook.

Vimes se desperezó.

—Y ahora —dijo—, vamos a tomar una copa.

—Oook.

—Pero una pequeña, ¿eh? Nada más.

—Oook.

—Además, invitas tú.

—Eeek.

Vimes se detuvo y bajó la vista hacia el gran rostro amable.

—Dime una cosa —pidió—. Siempre he querido saberlo…, ¿es *mejor* ser un simio?

El bibliotecario meditó un instante.

—Oook —dijo.

—Ah, ¿de veras? —dijo Vimes.

Llegó el día siguiente. La habitación estaba abarrotada de altos dignatarios de la ciudad. El patricio se sentaba en su austera silla, rodeado por los consejeros. Todos los presentes lucían sonrisas de oreja a oreja.

Lady Sybil Ramkin estaba sentada a un lado, vestida con unos cuantos acres de terciopelo negro. Las joyas de la familia Ramkin brillaban en sus dedos, en su garganta y en los rizos negros de la peluca que llevaba aquel día. El efecto general era sobrecogedor, como un globo en el cielo.

Vimes encabezó el desfile de los guardias hasta el centro de la sala. Se detuvo en seco, como ordenaban las normas. Le había sorprendido ver que hasta Nobby había hecho un esfuerzo: su armadura tenía puntos brillantes aquí y allá. Y la expresión de Colon era de tanta satisfacción que parecía a punto de derretirse. La armadura de Zanahoria centelleaba.

Colon saludó según las normas por primera vez en toda su vida.

—¡Todos presentes, señor! —ladró.

—Muy bien, sargento —replicó Vimes fríamente. Se volvió hacia el patricio y arqueó una ceja concienzudamente.

Lord Vetinari le hizo un gesto con la mano.

—Descansad, muchachos, o relajaos, o como lo queráis llamar —dijo—. Creo que no necesitamos tanta ceremonia. ¿Qué opinas tú, capitán?

—Como desees, señor —respondió Vimes.

—Bien, señores —empezó el patricio, inclinándose hacia adelante —, han llegado a nuestros oídos las noticias de las magníficas hazañas que habéis llevado a cabo en defensa de la ciudad…

Vimes dejó vagar su mente mientras los dulces halagos les llovían encima. Durante un rato, se divirtió bastante observando las caras de los miembros del Consejo. Reflejaban toda una secuencia de expresiones a medida que hablaba el patricio. Por supuesto, era de vital importancia que tuviera lugar una ceremonia como aquélla. Así todo el asunto quedaría limpio y zanjado. Y olvidado. Sólo sería un capítulo más en la larga y emocionante historia de los etcétera, etcétera. A Ankh-Morpork se le daba muy bien empezar nuevos capítulos.

Su mirada errante cayó sobre lady Ramkin. Ella le guiñó un ojo. Vimes volvió la vista al frente, con una expresión que de repente era más rígida que un tablón.

—… muestra de nuestra gratitud —terminó el patricio, volviendo a sentarse.

Vimes se dio cuenta de que todo el mundo lo miraba.

—¿Perdón?

—He dicho, capitán Vimes, que hemos estado tratando de buscar alguna recompensa adecuada. Algunos ciudadanos relevantes… —Los ojos del patricio se posaron en los miembros del Consejo y en lady Ramkin—… y yo mismo, por supuesto, pensamos que se os debe conceder algún tipo de recompensa.

Vimes se quedó en blanco.

—¿ Recompensa ?

—Es lo habitual ante una muestra de comportamiento heroico —insistió el patricio. Vimes volvió a mirar al frente.

—Con sinceridad, no había pensado en eso, señor —dijo—. Aunque no puedo hablar por mis hombres, claro.

Se hizo un silencio tenso. Por el rabillo del ojo, Vimes vio cómo Nobby daba un codazo en las costillas al sargento. Al final, Colon se animó a dar un paso al frente, y ensayó otro saludo.

—Permiso para hablar, señor —murmuró. El patricio asintió.

El sargento carraspeó. Se quitó el casco y sacó de él una hoja de papel.

—Eh… —empezó—, bueno, como ha dicho su señoría, pensamos que eso, que hemos salvado a la ciudad y esas cosas, o sea que…, bueno, que la verdad, algunas cosas se podrían mejorar… y vamos,

que nos lo merecemos, creo yo. No sé si me explico.

Todos los presentes asintieron. Así era como debían ser las cosas.

—Prosigue —lo animó el patricio.

—Así que, bueno, que nos dedicamos a pensar, y se nos ocurrieron un par de ideas —siguió el sargento—. No sé si me…

—Por favor, sargento, adelante —pidió el patricio—. No es necesario que hagas tantas pausas. Todos somos conscientes de la magnitud de vuestra hazaña. • —Bien, señor. Bueno, señor…, lo primero es la cosa de las pagas.

—¿Las pagas? —dijo lord Vetinari.

Miró a Vimes, que miró a la nada.

El sargento alzó la cabeza. Tenía la expresión cándida de un hombre que quiere llegar al fondo do un asunto.

—Sí, señor —dijo—. Treinta dólares al mes. No esta bien. Nosotros pensamos… —Se humedeció los labios y miró a su espalda, a los otros dos, que le hacían vagas señales de aliento—. Nosotros pensamos que no estaría mal que la paga base fuera de…, eh…, ¿treinta y cinco dólares? ¿Al mes? —Vio la expresión pétrea del patricio—. Con incrementos según rango… ¿de cinco dólares?

Se humedeció los labios de nuevo, desconcertado por la cara del patricio.

—No aceptaremos menos de cuatro —dijo—. Y es definitivo. Lo siento, señoría, pero así están las cosas.

El patricio volvió a mirar el rostro impasible de Vimes, luego clavó la vista en los guardias.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Nobby susurró algo al oído de Colon, y luego volvió precipitadamente a su lugar. El sudoroso sargento se aferró al casco como si fuera la única cosa real del mundo.

—Hay otra cosa, eminencia —dijo. El patricio sonrió, como quien sabe lo que le van a decir.

—Ah.

—Está la cuestión de la tetera. No es que fuera muy buena, claro, pero Errol se la comió. Costaba casi dos dólares. —Tragó saliva—. Si a su señoría le da igual, nos vendría muy bien una tetera nueva.

El patricio se inclinó hacia adelante, agarrándose a los brazos de la silla.

—Me gustaría que esto quedara claro —dijo con voz gélida—. ¿Debemos entender que estáis pidiendo un pequeño aumento de sueldo y un utensilio doméstico?

Zanahoria susurró algo al otro oído de Colon.

El sargento volvió los ojos enrojecidos hacia los dignatarios. El borde de su casco estaba dando más vueltas que un molino.

—Bueno —empezó—, lo que pasa es que algunas veces, cuando

tenemos el rato de descanso para la cena, o cuando las cosas están tranquilas…, al final de la guardia, por ejemplo…, bueno, el caso es que nos apetece relajarnos un poco, descargar los nervios…

Su voz se desvaneció.

—¿Sí?

Colon tomó aliento.

—Supongo que un juego de dardos será mucho pedir…

El retumbante silencio que siguió fue quebrado por un sonido desconcertante.

A Vimes se le cayó el casco de entre las manos temblorosas. La placa pectoral de la armadura tembló cuando la risa contenida durante años brotó en oleadas irreprimibles. Se volvió hacia la hilera de consejeros, y rió, rió, rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

Se rió de su manera de levantarse, todos confusos y con cara de dignidad ultrajada.

Se rió del mundo, del bien y del mal.

Se rió, se rió, se rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

Nobby se acercó de nuevo al oído de Colon.

—Ya te lo dije —siseó—. Te dije que no colaría. Sabía que pedir un juego de dardos era pasarse. Ahora se han enfadado con nosotros.

Queridos padres [escribió Zanahoria], no os lo vais a creer, pero sólo llevo en la Guardia unas pocas semanas, y ya soy un agente de pleno derecho, no un aprendiz. El capitán Vimes dice que el patricio en persona pidió que me ascendieran, y también que esperaba que tuviera una larga trayectoria llena de éxitos en la guardia, que él seguiría con especial interés. Además me han subido el sueldo diez dólares y también hemos recibido una paga extra de veinte dólares que el capitán Vimes pagó de su bolsillo, me lo ha dicho el sargento Colon. Te adjunto el dinero. Me he guardado un poco porque fui a ver a Reet y la señora Palma me dijo que todas las chicas habían estado siguiendo mi trayectoria también con Gran Interés, y voy a ir a cenar con ellas en mi noche libre. El sargento Colon me ha explicado cómo se hace la corte, es muy interesante y no tan complicado como parece. Arresté a un dragón pero si-escapó. Espero que el señor Varneshi esté bien.

Soy muy feliz, de verdad.

Vuestro hijo, Zanahoria.

Vimes llamó a la puerta.

Advirtió que se había hecho todo un esfuerzo por adecentar la mansión de los Ramkin. El césped descuidado había sido arrancado de raíz. Un anciano estaba subido en una escalera, arreglando el estucado de las paredes, mientras que otro, con una paleta, definía bastante

arbitrariamente la línea donde acababa el césped y habían empezado los antiguos lechos de flores.

Vimes se colocó el casco bajo el brazo, se echó el pelo hacia atrás, y llamó a la puerta. Había pensado en pedir al sargento Colon que lo acompañara, pero desechó la idea rápidamente. No habría soportado las risitas. Además, ¿de qué tenía miedo? Había estado ante las fauces de la muerte tres veces. Cuatro, si contaba lo de mandar callar a lord Vetinari.

Para su sorpresa, le abrió la puerta un mayordomo tan viejo que parecía que acabara de resucitarlo al llamar.

—¿Sí, señor? —preguntó.

—Soy el capitán Vimes, de la Guardia de la ciudad —respondió.

El hombre lo examinó de arriba abajo.

—Oh, sí —asintió—. La señora me avisó de su llegada. Creo que la señora está con sus dragones. Si quiere esperar aquí, iré a…

—Ya conozco el camino —replicó Vimes.

Echó a andar por el sendero.

Los cobertizos estaban hechos un desastre. Los troncos y los cajones astillados estaban dispersos por todas partes. Unos pocos dragones de pantano silbaron en tono de saludo tristemente.

Un par de mujeres se movían entre las cajas. Eran damas, desde luego. Iban demasiado descuidadas como para ser simples mujeres. Ninguna mujer normal habría soñado con dejarse ver tan desaliñada: para llevar ropas como aquéllas hacía falta la confianza absoluta que da saber quién fue el tatarabuelo de tu tatarabuelo. Y eran, como no pudo dejar de advertir Vimes, ropas de una calidad increíble, o al menos lo habían sido en el pasado; ropas compradas por los padres, pero tan caras y de tanta calidad que nunca se las ponían, e iban pasando de mano en mano, como la porcelana antigua y las cuberterías de plata maciza.

Criadoras de dragones, pensó. Se nota a la legua. Tienen un algo especial. Es esa manera de llevar los pañuelos de seda, las viejas chaquetas de mezclilla y las botas de montar de su abuelo. Y ese olor, claro.

Una mujer menuda, con un rostro que parecía de cuero curtido, clavó la vista en él.

—Ah —dijo—, usted debe de ser el valeroso capitán. —Se remetió un mechón de pelo blanco bajo el pañuelo de la cabeza, y extendió una morena manecita surcada de venas—. Soy Brenda Rodley. Esa de ahí es Rosie Devant-Molei. Dirige el refugio para dragones, ¿sabe?

La otra mujer, que tenía aspecto de poder levantar un carromato con una mano y cambiarle las ruedas con la otra, le dirigió una amable sonrisa.

—Samuel Vimes —dijo Vimes débilmente.

—Mi padre también se llamaba Sam —asintió Brenda—. Él decía que siempre se puede confiar en un Sam.—Hizo unos gestos a un dragón para que volviera a su caja—. Estamos echando una mano a Sybil. Como viejas amigas, ya sabe. Su colección está dispersa, los pequeños monstruitos se han escapado por toda la ciudad. Pero seguro que vuelven en cuanto tengan hambre. Qué estirpe, ¿eh?

—¿Perdón?

—Sybil cree que fue una especie de mutación, pero seguro que en dos o tres generaciones recuperamos la línea genética. Mis técnicas son famosas, ¿sabe? —dijo—. Sería increíble. Toda una nueva subespecie de dragones.

Vimes imaginó cientos de balas blancas surcando los cielos.

—Eh… sí.

—Bueno, tenemos que seguir.

—Disculpe, ¿no está lady Ramkin por aquí? —preguntó Vimes—. He recibido un mensaje que decía que era esencial que viniera urgentemente.

—Está ahí dentro, no sé dónde —dijo la señorita Rodley—. Me parece que tenía que hacer algo importante. ¡Oh, Rose, tontaina, ten cuidado con eso!

—¿Algo más importante que los dragones? —se extrañó Vimes.

—Sí. No me imagino qué podrá ser. —Brenda Rodley rebuscó en el bolsillo de su gigantesca chaqueta—. Encantada de haberlo conocido, capitán. Siempre es grato conocer a nuestros valientes defensores de la ley. Pase a visitarme si alguna vez va por allí. Me encantará enseñarle las instalaciones. —Extrajo una arrugada tarjeta y se la puso en la mano—. Tenemos que marcharnos, nos hemos enterado de que algunos de esos bichejos están intentando construir nidos en la torre de la Universidad. Eso no podemos consentirlo. Tenemos que bajarlos de allí antes de que oscurezca.

Vimes miró la tarjeta mientras la mujer echaba a andar por el sendero, cargada de redes y cuerdas.

Decía: *Brenda, lady Rodley. Gasa Dower, Castillo de Quirm, Quirm.* Se dio cuenta de que eso significaba que la que bajaba por el sendero con ropas impresentables era la duquesa de Quirm, dueña de más tierras de las que se podía ver desde lo alto de una montaña en un día muy claro. Nobby no lo habría aprobado. Al parecer, había una clase especial de pobreza que sólo los muy, muy ricos, podían permitirse.

Así era como se conseguía el poder auténtico: lo único que hacía falta era no pretenderlo, y nunca, nunca estar inseguro acerca de nada.

Volvió a la casa. Había una puerta abierta. Daba a un vestíbulo oscuro y con olor a cerrado. Arriba, en la penumbra, las cabezas de animales muertos poblaban las paredes. Al parecer los Ramkin habían

puesto en peligro de extinción a más especies que la Era Glaciar.

Vimes caminó sin rumbo hasta llegar a un gran arco de caoba.

Era un comedor, en cuyo centro se encontraba una de esas mesas en las que los ocupantes de los extremos, se hallan en franjas horarias diferentes. Uno de los extremos estaba colonizado por candelabros de plata.

Había un servicio para dos. Junto a cada plato se alineaba toda una batería de cubiertos. Los candelabros arrancaban destellos de las antiguas copas de vino.

En aquel momento, una terrible premonición se apoderó de Vimes cuando lo invadió una vaharada de *Seducción,* el perfume más caro que se podía comprar en Ankh-Morpork.

—Ah, capitán. Qué amable ha sido al venir.

Vimes se volvió muy despacio, sin que sus pies parecieran moverse.

Lady Ramkin se erguía allí, magnífica, impresionante.

Vimes fue vagamente consciente de que llevaba un brillante vestido azul que brillaba a la luz de los candelabros. La peluca era una masa de rizos castaños, y el rostro una máscara de ansiedad que sugería que todo un batallón de hábiles pintores y decoradores acababan de desmantelar sus andamios. Un tenue crujido indicaba que, bajo las capas de tela, el corsé estaba sufriendo las presiones que sólo se suelen encontrar en el corazón de estrellas muy grandes.

—Yo, eh… —tartamudeó—. Si me hubiera, eh…, si me hubiera dicho, eh… Me habría vestido de manera más apropiada, eh… Extremadamente… Muy…

La mujer se cernió sobre él como una deslumbrante grúa.

En una especie de ensoñación, Vimes se dejó guiar hasta un asiento. Debió de comer, porque los criados aparecían de la nada con cosas rellenas de otras cosas, y luego regresaban para llevarse los platos. El mayordomo se reanimaba de cuando en cuando para llenar las copas de extraños vinos. El calor de las velas habría bastado para cocinar. Y lady Ramkin no dejó de hablar constantemente… sobre el tamaño de la casa, las responsabilidades de una hacienda tan grande, la sensación de que ya era hora de tomarse Más en Serio su Posición en la Sociedad, mientras el sol poniente teñía la habitación de rojo y a Vimes le empezaba a dar vueltas la cabeza.

La sociedad, consiguió pensar, no sabía lo que estaba a punto de caerle encima. Los dragones no fueron mencionados ni una sola vez, aunque, a media cena, algo puso la cabeza en la rodilla de Vimes y empezó a babear.

No encontró momento para intervenir en la conversación. Estaba superado…por todos los flancos, derrotado antes de empezar. Hizo un solo intento de alcanzar terrenos más elevados, desde los cuales huir.

—¿Adonde cree que han ido? —preguntó.

—¿Quién? —respondió lady Ramkin, deteniéndose por un momento.

—Los dragones. Ya sabe. Errol y su espo… y su pareja.

—Ah, a cualquier lugar rocoso y aislado, supongo —dijo la dama —. Es el lugar favorito de los dragones.

—Pero…, pero ella es una criatura mágica —señaló Vimes—. ¿Qué sucederá cuando la magia se acabe? Lady Ramkin le dirigió una sonrisa tímida.

—La mayoría de la gente se las arregla muy bien —dijo.

Extendió la mano por encima de la mesa para tocar la del capitán.

—Sus hombres creen que usted necesita alguien que le cuide —dijo.

—Ah, ¿sí?

—El sargento Colon me dijo que opinaba que nos llevaríamos como una *maison en Flambe*.

—Ah, ¿sí?

—Y me dijo otra cosa —siguió la dama—. ¿Cómo era exactamente? Ah, sí… «Es una posibilidad entre un millón, pero puede funcionar», me parece que fueron sus palabras exactas.

Lady Ramkin le sonrió.

Y entonces, de repente, Vimes se dio cuenta de- que-, en su categoría especial, era hermosa; se trataba de la misma categoría especial a la que pertenecían todas las mujeres que se habían tomado la molestia de sonreírle. Ella no podía hacerlo peor, pero claro, él no podía hacerlo mejor. Quizá hubiera una especie de equilibrio. Ya no era joven, pero ¿acaso era joven él? Y tenía clase, dinero, sentido común y seguridad en sí misma, todas las cosas de las que él carecía. Y ella le había abierto su corazón: si se lo permitía, lo podría envolver con él. Aquella mujer era una ciudad.

Al final, bajo asedio, uno acababa por hacer lo que siempre había hecho Ankh-Morpork: abrir las puertas, dejar entrar a los invasores e integrarse con ellos.

¿Por dónde empezar? La dama parecía esperar algo.

Vimes se encogió de hombros, cogió la copa tic vino y buscó una frase adecuada.

—Va por ti, nena —fue lo primero que se le ocurrío.

Los gongs de los templos dieron la medianoche.

(Y muy lejos, cerca del Eje, donde las Montañas del Carnero se unían a los imponentes picos del sistema central, donde extrañas criaturas peludas recorrían las nieves perennes, donde las tempestades aullaban entre las cumbres, las luces de un lamasterio se apagaron. En el patio, un par de monjes con túnicas amarillas cargaron la última caja de botellitas verdes en un trineo para la primera parte del viaje

increíblemente difícil que harían hasta las lejanas llanuras. La etiqueta de la caja decía, «Sr. Y.V.A.L.R. Escurridizo, Ankh-Morpork».

—¿Sabes, Lobsang? —dijo uno de ellos—, no me puedo imaginar qué hace con esto.)

El cabo Nobbs y el sargento Colon descansaban contra un muro entre las sombras cerca del Tambor Remendado, pero se irguieron cuando salió Zanahoria con una bandeja. Detritus, el troll, le cedió el paso respetuosamente.

—Aquí tenéis, muchachos —dijo el joven—. Tres jarras de cerveza. Invita la casa.

—De maravilla, nunca pensé que lo lograras —respondió Colon al tiempo que cogía una por el asa—. ¿Cómo lo has convencido?

—Sólo tuve que explicarle que el deber de todos los buenos ciudadanos es ayudar a la guardia en cualquier momento —explicó Zanahoria con inocencia—. Y le di las gracias por su cooperación.

—Sí, y todo lo demás —se burló Nobby.

—No, eso fue todo lo que le dije.

—Pues debes de tener un tono de voz muy convincente.

—Ah. Bueno, muchachos, disfrutad mientras dure —indicó Colon.

Bebieron con gesto pensativo. Era un momento de paz suprema, unos pocos minutos arrebatados a las realidades de la vida real. Era un mordisco a la fruta robada, y como tal lo disfrutaron. En toda la ciudad no parecia haber nadie peleando, apuñalando o armando broncas, y por el momento casi podían imaginar que aquella maravillosa situación duraría cierto tiempo.

Aunque no fuera así, siempre les quedaban los recuerdos agradables. Recuerdos de correr y que la gente se apartara a su paso. Recuerdos de las expresiones horrorizadas de los guardias de palacio. Recuerdos de habían triunfado allí donde habían fracasado ladrones, héroes y dioses. Recuerdos de haber hecho las cosas casi bien Nobby dejó la jarra en la repisa de una ventana, dando unas pataditas al suelo para que los pies le entraran en calor, y se echó aliento a los dedos. Sólo tuvo que buscar unos instantes detrás de su oreja para dar con un fragmento de cigarrillo.

—Qué días, ¿eh? —suspiró Colon satisfecho, mientras la llama de una cerilla los iluminaba a los tres.

Los otros asintieron. El día anterior parecía haber transcurrido un siglo antes. Pero cosas como aquéllas no se podían olvidar, sucediera lo que sucediera en adelante.

—No quiero volver a ver un jodido rey en lo que me queda de vida —dijo Nobby.

—La verdad, no creo que fuera un rey —replicó Zanahoria.

—Ya no quedan reyes de verdad —dijo Colon, sin lamentarlo

demasiado.

Diez dólares más al mes estaban cambiando su vida. La señora Colon se comportaba de manera muy diferente con un hombre capaz de aportar al hogar diez dólares más al mes. Las notas que le dejaba en la mesa de la cocina eran mucho más cariñosas.

—No, pero lo que quiero decir es que no hay nada de raro en tener una espada antigua —indicó Zanahoria—. Ni una marca de nacimiento. Yo mismo tengo una marca de nacimiento en el brazo.

—Mi hermano también tiene una —aportó Colon—. Parece un barco.

—La mía parece más bien una corona —dijo Zanahoria.

—Ah, claro, y por eso eres un rey —sonrió Nobby—. Es evidente.

—No veo por qué. Mi hermano no es almirante —razonó Colon.

—Y también tengo esta espada —siguió el muchacho.

La desenfundó. Colon la cogió de entre sus manos y la examinó a la luz que salía por la puerta del Tambor. La hoja era roma y corta, estaba mellada como una sierra. Parecía muy bien hecha, y quizá en el pasado hubiera lucido una inscripción, pero ahora el uso la había vuelto indescifrable.

—Bonita espada —dijo, pensativo—. Tiene buen equilibrio.

—Pero no es una espada de rey —replicó Zanahoria—. Las espadas de los reyes son brillantes, mágicas, tienen piedras preciosas y cuando las sostienes en alto reflejan la luz, *ting*.

—*Ting* —asintió Colon—. Sí. Supongo que sí.

—Lo que quiero decir, es que no se puede ir por ahí dando tronos a la gente sólo por cosas como ésas —siguió el muchacho—. Eso es lo que dijo el capitán Vimes.

—Pero lo de ser rey es un buen empleo —indicó Nobby—. Se trabaja pocas horas.

—¿Mmm?

Por unos momentos, Colon se había perdido en un pequeño mundo de especulaciones. Los reyes de verdad tenían espadas brillantes, obviamente. Pero, pero, pero quizá los reyes de verdad, en el pasado, preferían las espadas que no se andarán con zarandajas de luces, sino que fueran condenadamente eficaces cortando cosas. Pero no era nada más que una idea.

—Decía que ser rey es un buen empleo, que se trabaja pocas horas —repitió Nobby.

—Sí, sí, pero también se vive pocos años —señaló el sargento.

Miró pensativo a Zanahoria.

—Ah. Claro, eso es verdad.

—En cualquier caso, mi padre dice que ser rey es un trabajo muy duro —intervino el muchacho—. Hay que supervisar montones de cosas. —Se acabó la cerveza—. No es un trabajo para gente como

nosotros. Nosotros… —Alzó la vista con orgullo—. Nosotros somos guardias. ¿Te encuentras bien, sargento?

—¿Eh? ¿Qué? Oh. Sí.

Colon se encogió de hombros. Al fin y al cabo, ¿qué importaba? Quizá las cosas se hubieran resuelto de la manera más conveniente. Apuró la jarra de cerveza.

—Será mejor que nos vayamos —dijo—. ¿Qué hora es?

—Las doce en punto —contestó Zanahoria.

—¿Algo más?

El muchacho pensó un instante.

—¿Y sereno? —aventuró.

—Exacto. Sólo estaba haciendo una prueba.

—¿Sabes una cosa? —dijo Nobby—. Tal como tú lo dices, chico, uno casi se podría creer que es verdad.

Contemplemos la escena desde lejos, cada vez desde más lejos.

Esto es el Disco, mundo y espejo de mundos, que viaja por el espacio sobre los lomos de cuatro elefantes gigantescos, de pie a su vez sobre el caparazón de Gran A'Tuin, la Tortuga Celestial. Por toda la Periferia de este mundo, el océano se derrama incesantemente hacia la noche. En su eje se alza la pica del Cori Celesti, en cuyas brillantes alturas los dioses juegan con los destinos de los hombres…

… aunque no se sabe cuáles son las reglas.

En un extremo del Disco, empezaba a salir el sol. La luz de la mañana fluyó por el puzzle de mares y continentes, pero muy despacio, porque la luz se demora cuando se encuentra con un campo de magia.

En el otro extremo, donde la vieja luz del ocaso apenas había tenido tiempo de desaparecer de los valles más profundos, dos motas, una pequeña y otra grande, salieron volando de entre las sombras, planearon sobre las cataratas de la periferia, y se adentraron con decisión en las estrelladas profundidades del espacio.

Quizá la magia perduraría. Quizá no. Pero ¿acaso hay algo que dure para siempre?

notes

Notas

1

Todo esto era falso. La verdad es que hasta las colecciones grandes de libros normales distorsionan el espacio, como se puede comprobar fácilmente entrando en cualquier librería de viejo, de esas que parecen diseñadas por M. Escher en un día malo y tienen más escaleras que estanterías, con esas hileras de baldas que conducen a puertecitas diminutas, obviamente demasiado pequeñas para **que** pase un ser humano. Científicamente hablando, la ecuación es la siguiente: Conocimiento = poder = energía = materia = masa; una buena librería es, en realidad, un discreto agujero negro que **sabe leer.**

2

Según el *Diccionario de las palabras desternillantes,* una lipasa es un «biocatalizador o enzima orgánica del grupo de las hidrolasas». Al Gran Maestro Supremo le hubiera servido de gran ayuda este diccionario cuando se sentó a redactar los juramentos de la sociedad, ya que incluye otras palabras como osazonas («compuestos caracterizados por el grupo divalente H2N.N:C.C:N.NH2»), chiscarra («roca caliza de poca coherencia que se divide fácilmente en fragmentos pequeños») o pendolista («persona de buena letra»).

3

Al decir «enanos», se habla de ambos sexos. Todos los enanos tienen barba y visten unas doce prendas, unas sobre otras. El sexo es más o menos opcional.

4

Alrededor de los cincuenta y cinco años.

5

Literalmente, *dezka-knik,* «supervisor de la mina».

6

Una de las más notables innovaciones introducidas por el patricio fue hacer que el Gremio de Ladrones fuera responsable de todo robo, con presupuesto y cuota anual, planificación previa y, sobre todo, una fuerte protección contra el intrusismo profesional. Así, a cambio de un nivel de crimen anual concertado, los mismos ladrones se encargaban de que sobre el crimen no autorizado cayera todo el peso de la injusticia, generalmente en forma de garrote con clavos en la punta.

Literalmente, «¡Hola! ¡Hola! ¿Qué es lo que está pasando aquí (en este lugar)?».

8

«Oye, chato (literalmente, la nariz de aquel que tras haberse caído de bruces en la mina guarda reposo en el fondo de su caverna), no quiero partirle la cara a nadie, así que si tú juegas B'tduz'[21] conmigo, yo juego B'tduz contigo, ¿okey?[22]».

9

«Buenas noches.» (Literalmente, «Saludos a todos los presentes al concluir el día».)

10

Como un matón, pero los trolls son más brutos.

11

Menos a los actores mimos. Era una aversión extraña, pero son cosas que pasan. Cualquiera vestido con pantalones amplios y rostro blanco que intentara poner en práctica su arte entre los derruidos muros de Ankh-Morpork, podía encontrarse muy pronto en un pozo de escorpiones, en uno de cuyos muros se leía el consejo: APRENDE A HABLAR.

12

En cambio, por supuesto, era partidario de la crueldad necesaria.

13

Sólo hasta la tercera nidada, claro. Después de eso, son pozas.

14

El patricio había ¡legalizado al Gremio de Bomberos el año anterior, tras multitud de quejas. La cuestión era que, si firmabas un contrato y pagabas tu cuota al Gremio, tu casa quedaba protegida contra incendios. Por desgracia, la ética general de Ankh-Morpork se adueñó de la situación, y los bomberos solían visitar en grupos las casas de los posibles clientes, haciendo en voz alta comentarios como «Este lugar parece muy inflamable» y «Seguro que arde como la paja con una simple cerilla de algún descuidado, no sé si me entiendes».

15

Hasta en las turbas hay intelectuales.

16

El dicho «Para atrapar a un ladrón, lo mejor es otro ladrón» había sustituido, después de múltiples quejas del Gremio de Ladrones, a otro proverbio mucho más antiguo y quintaesencialmente ankhmorporkiano, que decía «Para atrapar a un ladrón, cava un agujero bien hondo y pon en el fondo estacas afiladas, minas explosivas, cuchillas giradoras propulsadas por agua, cristales rotos y escorpiones».

17

Triduos: práctica religiosa breve e innecesaria que llevan a cabo diariamente los Santos Derviches Equilibradores de Otroz, según el *Diccionario de las palabras desternillantes*.

18

Como el puré de guisantes, sólo que más espesa, más pegajosa, y habitada por cosas de las que es mejor no hablar.

19

Las tres normas de los Bibliotecarios del Espaciotiempo son: 1) silencio; 2) devolver el libro en la fecha indicada; y 3) no interferir con la naturaleza de la causalidad.

20

Un buen número de las religiones de Ankh-Morpork seguían practicando los sacrificios humanos, aunque la verdad es que ya no necesitaban practicarlos, porque se les daban muy bien. Las leyes de la ciudad decían que sólo se podía utilizar a criminales condenados, pero eso no tenía mayor importancia, porque en la mayoría de las religiones el negarse a presentarse voluntario para el sacrificio era un crimen castigado con la muerte.

21

Juego popular de los enanos, en el que todos los participantes están de pie, separan las piernas ligeramente y se lanzan grandes piedras unos a otros, apuntando a la cabeza.

Literalmente, «¿Me he explicado bien?».